

BUSCADORES

EMILIO CARRILLO

BUSCADORES

rdeditores

Emilio Carrillo
BUSCADORES
Primera edición: Septiembre de 2009
© Emilio Carrillo, 2009

© De esta edición: RD Editores
San Juan de la Palma, 11
41003 Sevilla
Tlf: 902.889.982
Fax: 954.221.687
rdeditores@rdeditores.com
www.rdeditores.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-96672-
Depósito legal:
Impreso en España - Printed in Spain
Impresión:

«¡Lo he encontrado!» («¡Eureka!»)
Arquímedes

*«Aunque yo hablara todas las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo
Amor, no sería más que bronce que resuena o campana que toca.
Aunque tuviera el don de la profecía y conociera todos los misterios y toda la
ciencia, aunque tuviera toda la fe, una fe capaz de trasladar montañas, si no
tengo Amor, no soy nada.*

*Aunque repartiera todos mis bienes para alimentar a los pobres y entregara mi
cuerpo a las llamas, si no tengo Amor, no me sirve para nada.*

*El Amor es paciente, es servicial; el Amor no es envidioso, no hace alarde, no se
envanece, no procede con bajeza, no busca su propio interés, no se irrita, no tiene
en cuenta el mal recibido, no se alegra de la injusticia, sino que se regocija con la
verdad.*

El Amor todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.

*El Amor no pasará jamás. Las profecías acabarán, el don de lenguas
terminará, la ciencia desaparecerá; porque nuestra ciencia es imperfecta y nues-
tras profecías, limitadas.*

Cuando llegue lo que es perfecto, cesará lo que es imperfecto».

(San Pablo, I Corintios, 13, 1-10)

*«Todos los objetivos que deseas alcanzar en tu progreso puedes ya tenerlos si no te
los regateas a ti mismo. Es decir: caso de que abandones todo el pasado, confíes
a la providencia el porvenir y endereces el presente hacia la piedad y la justicia
(...). No te obstaculice ni la maldad ajena, ni su opinión, ni su palabra, ni
tampoco la sensación de la carne que recubre tu cuerpo (...). Deja todo lo demás
y honra exclusivamente a tu guía interior y a la divinidad ubicada en ti»
(Marco Aurelio, Meditaciones, Libro XII, 1)*

«Sigue evangelizando, hermano, continúa evangelizando».

(HMA. V03/04/09;11:00)

| | |
|---|-----------|
| Prólogo..... | 13 |
| PARTE I: BÚSQUEDA..... | 19 |
| Capítulo 1: | |
| Conócete a ti mismo..... | 21 |
| El ser humano: un ser en búsqueda..... | 21 |
| El laberinto de la felicidad..... | 24 |
| Los cuatro acuerdos..... | 29 |
| Programa versus visión..... | 32 |
| Conócete a ti mismo..... | 36 |
| El diamante está en tu bolsillo..... | 40 |
| Capítulo 2: | |
| Nueva visión..... | 45 |
| Ciencia y espiritualidad..... | 45 |
| El cine y la esencia de la vida (Baraka)..... | 47 |
| ¿Y tú qué sabes?..... | 48 |
| Nueva visión y consciencia de unidad..... | 53 |
| The Matrix: la mente del Todo..... | 56 |
| Del laberinto (del fauno) al cielo (berlinés)..... | 59 |
| La influencia secreta de la música..... | 62 |
| Racionalidad e irracionalidad..... | 66 |
| PARTEII: CONSCIENCIA..... | 69 |
| Capítulo 3: | |
| Búsqueda individual, encuentro en la Unidad..... | 71 |
| Experimentar la realidad..... | 71 |
| Pérdida de la inocencia: el ego..... | 75 |
| El triunfador..... | 77 |
| Eldador..... | 79 |
| El buscador..... | 81 |
| Elvidente..... | 85 |
| El espíritu..... | 88 |
| Alquimia y ascensión..... | 91 |

Capítulo 4:

| | |
|--|-----|
| Consciencia y conciencia | 93 |
| Consciencia..... | 93 |
| Estado de consciencia..... | 95 |
| Elevación del grado de consciencia..... | 96 |
| Conciencia..... | 98 |
| Estadios de conciencia..... | 99 |
| Grado de consciencia, estadios de consciencia y experiencias..... | 102 |
| Integración y aceptación..... | 107 |
| Quietud..... | 109 |
| Movimiento..... | 110 |
| Unidad..... | 111 |

Capítulo 5:

| | |
|---|-----|
| Mente, momento presente y práctica del ahora | 113 |
| Los hemisferios cerebrales..... | 113 |
| La mente: la evolución al servicio de la consciencia..... | 116 |
| La mente está libre de «culpa»..... | 116 |
| Vamos a contar mentiras..... | 117 |
| Las dos dimensiones del momento presente..... | 124 |
| El ahora, Ser, lo Real..... | 125 |
| «Espacio» y nueva interacción con la vida..... | 127 |
| Una sencilla práctica..... | 129 |
| Otra práctica elemental y espiritual..... | 130 |
| Consciencia del Yo soy y no oponerse a la vida..... | 131 |
| Actuar en las dos dimensiones..... | 133 |
| Ojos nuevos para otro mundo mejor posible | |

PARTE III: FÍSICA DE LA DEIDAD.....

Capítulo 6:

| | |
|---|-----|
| Creador&Creación | 139 |
| «Nada» versus «algo»..... | 139 |
| El Todo es Mente; el Universo es mental..... | 143 |
| Las tres partes de un acto único: la Creación..... | 146 |
| Concentración («big»)..... | 148 |
| Expansión («bang»)..... | 150 |
| Absorción y Unidad..... | 152 |
| Principio Único (Padre) y Espíritu o Amor (Hijo)..... | 154 |

| | |
|--|-----|
| Verbo, condensación vibracional y materia..... | 157 |
| Lo No Manifestado y lo Manifestado..... | 158 |
| La Unidad Divina..... | 159 |

Capítulo 7:

| | |
|---|------------|
| Convivencia vibracional y Espíritu encarnado..... | 163 |
| La «Inmanencia» de Dios..... | 163 |
| Lo que «es» y lo que «no es»: la «paradoja de consciencia»..... | 165 |
| El «Espíritu Santo» y la «convivencia vibracional»..... | 167 |
| El «alma»..... | 169 |
| La «dinámica vibratoria interactiva»..... | 173 |
| ¡Toma el mando y Ama!..... | 177 |
| La encarnación en una «cadena de vidas» («reencarnaciones»)..... | 180 |
| La elección de cada nuevo eslabón en la cadena de vidas..... | 184 |
| Final del «gran olvido»: la Iluminación..... | 189 |
| Hablamos de ti y de mí: estamos en acto de servicio por Amor..... | 192 |
| Hijos de Dios, no porque nos haya creado Él, sino porque somos Él..... | 194 |

Capítulo 8:

| | |
|---|------------|
| Bien y Mal..... | 197 |
| Acercamiento desde la objetividad..... | 197 |
| Ahora sí, Bien y Mal..... | 199 |
| El pecado no existe..... | 202 |
| La «interacción consciencial»: el «Juicio Final»..... | 204 |
| La clave es el Amor..... | 206 |
| El Reino de los Cielos está cerca..... | 209 |
| Satanás..... | 211 |
| Hipótesis e imposibilidad del Mal Absoluto..... | 215 |

| | |
|------------------------------|-----|
| PARTE IV: UNIDAD Y AMOR..... | 217 |
|------------------------------|-----|

Capítulo 9:

| | |
|---|------------|
| Unidad..... | 219 |
| Planteamiento..... | 219 |
| La Matriz Cósmica Holográfica complejidad infinita..... | 220 |
| Geometría y sonido, música y matemáticas..... | 224 |
| Geometría fractal y morfología de biominerales..... | 228 |

| | |
|---|-----|
| Los campos mórficos y morfogenéticos..... | 230 |
| «Akasha» y «Campo Crístico»..... | 234 |
| «Noosfera» y Teoría Sintérgica..... | 237 |
| La conexión cósmica de cada ser humano..... | 240 |
| «Akasha» y ADN..... | 243 |

Capítulo 10:

| | |
|--|-----|
| Amor | 245 |
| Sobre el Amor, con Amor..... | 245 |
| «Ho’oponopono»..... | 247 |
| Comunicación con nosotros mismos..... | 250 |
| El «Amor/Evolución»..... | 253 |
| Vía del Servicio a los otros (VSO) y | |
| Vía del Servicio a mí mismo (VSM)..... | 255 |
| Necesidades mías (NM) y necesidades de los otros (NO)..... | 258 |
| Actos con Amor (ACA) y Actos sin Amor (ASA)..... | 259 |
| La Ciencia del Amor..... | 261 |
| La Vía del Servicio a Mí Mismo..... | 262 |
| Amor de pareja, de amistad y familiar y amor al prójimo..... | 267 |
| Amor al prójimo y nueva visión..... | 268 |
| Pasión de predilección y amor por abnegación..... | 270 |
| El Amor de Dios como fuente del amor al prójimo..... | 272 |
| Sin temor y plenamente..... | 273 |

PRÓLOGO

No sé exactamente cuando comenzó a gestarse el texto que aquí arranca. Lo más probable es que ya estuviese escrito con anterioridad a que alguien lo redactara. ¿Cuánto tiempo atrás?. ¡Una eternidad!. En la dimensión espacio/tiempo en la que se publica y en la limitada experiencia de esta vida física, puedo imaginar que tuvo su inicio una radiante mañana de febrero del año 2000 en una calle de Montevideo, donde un plácido paseo sin hora ni destino y la causalidad explotaron mi consciencia al colocar *El Kybalión* en mis manos, mi mente y mi interior. También pudo acontecer posteriormente, a medida que lo divino que hay en todos tomaba las riendas de mi presente hasta el punto de provocar que naciera de nuevo del agua y del Espíritu. Aunque igualmente pudo ser antes. A lo mejor siendo muchacho, cuando aprendiendo con los claretianos sentí una incipiente llama vocacional que finalmente trasladé a la actividad política como vocación de servicio público. O quizá mucho antes, o mucho después, en otras vidas que fueron forjando el Yo Soy.

De lo que sí estoy seguro es del momento, noviembre de 2007, en el que empecé a esbozar las páginas que conforman su *Parte I, Búsqueda*, esto es, los dos primeros capítulos: *Conócete a ti mismo y Nueva visión*. Recuerdo perfectamente que en absoluto lo hice con el objetivo de escribir un libro, sino con el propósito de volcar en el papel intuiciones e inspiraciones que modestamente estimé de utilidad para los contertulios del Círculo Sierpes, que por aquellas fechas daba sus primeros pasos después de que Regla Contreras y María Jesús Fernández, mi esposa, me instaran desde el cariño a poner en conexión —crear red— a distintas personas que avanzaban con fuerza en la expansión de su consciencia. De hecho, en enero de 2008 colgué en la web del Grupo un documento titulado precisamente *Buscadores*, embrión de esta obra. A partir de ahí, el texto fue creciendo en extensión e intensidad, no tanto por la sabiduría del escribiente —harto limitada—, como por arte de la Providencia, que se manifestó en la confluencia de varios factores.

Por un lado, la dinámica de trabajo que fue generando el propio Círculo Sierpes, espacio de encuentro de «espíritus libres» que, sin reglas ni normas, ha mostrado su validez para que fluya y se eleve la consciencia personal y colectiva de sus miembros. El número de éstos supera ya el medio centenar, conformando una comunidad sin límites ni ataduras que ha sido capaz de elaborar, recopilar y reflexionar en común documentos muy diversos —casi 150 se aglutinan en la biblioteca virtual del Grupo— y, lo más importante, compartir prácticas y experiencias cada vez más profundas. Quede constancia aquí de mi sincera gratitud a los amigos y amigas del Círculo Sierpes, que bien saben el Amor que les profeso. Con el corazón en ellos fueron surgiendo una serie de escritos que configuran la Parte II de esta obra, *Consciencia*, compuesta de tres capítulos: *Búsqueda individual, encuentro en la Unidad* (agradezco especialmente a Juan Antonio Lorenzo el haberme contagiado con la llama de Merlín que ilumina sus epígrafes); *Consciencia y conciencia* (le debo a Práxedes Sánchez la semilla de la que germinó este capítulo); y *Mente, momento presente y práctica del ahora* (material base de un *Taller sobre Práctica del Ahora*, preparado conjuntamente con Cristina Vega y José Carlos Cuerda).

Por otro, el descubrimiento por medio de una amiga de Palma del Río (Córdoba), Carmen García, de un sitio maravilloso, el Monasterio trapense de Santa María de las Escalonias, donde una comunidad de hombres santos no ha dudado en darme hospitalidad cristiana y envolverme en su hondo misticismo cada vez que he querido y podido alojarme entre ellos, cosa que con la aquiescencia de mi familia hago cada vez con más frecuencia. En el silencio y la paz monacales emanaron unos escritos que denominé *Desde las Escalonias* que constituyen en lo fundamental la Parte III del presente libro, *Física de la Deidad*, también con una triada de capítulos: *Creador&Creación, Convivencia vibracional y Espíritu encarnado y Bien y Mal*. En lo relativo a sus contenidos debo extender mi agradecimiento a Ignacio Darnaude, quien con su maestría y sus escritos me enseñó el camino en el que ciencia y espiritualidad hacen comunión; a Enrique López (gracias a Cristina Martín Jiménez y su familia por haber

propiciado aquel primer encuentro en Mairena del Alcor), cuya conversación apasionada me ha aportado notables claves para abordar el examen del Mal; y a José Luís García Burgos y demás componentes de uno de los grupos focales en España del Libro del Conocimiento, que pusieron a mi disposición fascículos de la obra que despertaron la inspiración para analizar y comprender asuntos como el Juicio Final.

En tercer lugar, a lo largo del último año y medio, la causalidad ha hecho posible que iniciara o profundizara la amistad con una extraordinaria pléyade de mujeres y hombres. Su afecto y generosidad hacia mi humilde persona han sido especialmente importantes para la composición del libro, en general, y de su tramo final, en particular, es decir, la Parte IV, *Unidad y Amor*, configurada por dos capítulos titulados precisamente *Unidad*, Capítulo 9, y *Amor*, que cierra la obra. Destaco al respecto a Ángel Oliveros, con el que he experimentado lo que significa resucitar en vida, además de disfrutar de buenos ratos en su programa de televisión, *Confidencias en el Camarote*; la Asociación Parthenós, Aurelio Centeno y el grupo de amigas (Ana Campos, Ana M^a García, Carmen Montañez, Concha Reina, Lidia González, Luchy Cordones, M^a José Pineda, M^a José Rodríguez, Rosa Simarro, Rosario Torregrosa y Teresa Dugo) que se mueven en torno a ese programa; Ángela Contreras, de cuya mano y asesoramiento en lecturas he aterrizado en la dimensión donde los libros y los conocimientos dejan de ser necesarios; Antonio López, alma con solera que me ha ayudado a descubrir puertos en los que recaló la mía; Denis Lemarchand, que me ha brindado su bagaje de saberes iniciáticos; Juan Sánchez Gallego, con el que ahondé en ellos; Fernando Vázquez Brea, plasmación misma del Amor en primera persona; Lola Rumi, cuya inteligencia afinó mi percepción acerca del papel del intelecto en el crecimiento espiritual; Manolo Zapata, que con su sapiencia me ha introducido en ámbitos como los campos mórficos y morfogenéticos; Mila Peruyera, que desde su visión interdimensional constantemente me ha facilitado energía; Pepe Navajas, buscador incansable con el que he constatado el diseño inteligente del Universo; Rafael Raya, experto en mitología y culturas arcaicas que me desentra-

ñó secretos de la geometría sagrada; los ya mencionados Cristina Vega, José Carlos Cuerda, Juan Antonio Lorenzo e Ignacio Darnaude, con los que tanto comparto; y África Arroyo, Alberto Mula, Amparo Lledó, Ana Gil, Aurora Velasco, Concha Calderón, Isabel del Valle, Juan Hernández, Juan Ramón Llorca, Luisa Díaz, Malena Martínez, Mamen Mateo, Margarita Villar, María Ramos, María Valencia, M^a José Cabrera, M^a José López Palop, M^a Josefa de la Corte, M^a Luz Porta, Mavi Mellado, Paco Pérez, Paco Ruano, Pilar Chaves, Pura Fernández, Rosa M^a Navarro, Salud Jiménez y un largo etcétera.

Y por último, que no lo último, la organización y desarrollo del Taller de Espiritualidad para Buscadores que tengo el inmenso placer de impartir en las instalaciones del Círculo Mercantil e Industrial de Sevilla. La atención, los comentarios y las aportaciones de las más de 60 personas que han participado en las dos ediciones celebradas hasta ahora (entre octubre y diciembre de 2008, la primera; y de febrero a abril del 2009, la segunda) llenan la totalidad del texto. Sé que expreso el sentir de todas ellas si entre los participantes resalto aquí a Fernando Gaebler, quien a poco de comenzar el segundo Taller transitó a otra dimensión, donde el Maestro Jesús y el Hermano Francisco Javier, por los que tanto Amor y admiración sentía, lo recibieron con los brazos abiertos. Su presencia y su influencia energética han seguido con nosotros y estoy convencido que impregnan estas páginas. Y también en nombre de todos señalo nuestro agradecimiento al Círculo Mercantil en las figuras de su presidente, Salvador Casado, y del responsable de su Aula de Cultura, el ya citado Práxedes Sánchez. Su empeño y el apoyo del personal administrativo y de mantenimiento de la entidad han sido decisivos para la existencia del Taller y para la puesta en marcha de otras actividades —Cine Sierpes, Asambleas Temáticas, mesas redondas y conferencias— que le sirven de complemento.

No deseo distraer más la atención del lector con este Prólogo. Aunque ni quiero ni debo concluirlo sin una referencia a mis dos mejores amigos, Antonio Baena y Justo González, a mis hijos —Emilio, Paula y Andrés— y, de forma especialísima, a María Jesús. Ellos, al compartir mi cotidianeidad, son testigos de

excepción de que las páginas que siguen no son teoría, sino una espectacular experiencia práctica que transforma radicalmente desde lo más profundo del Ser. De hecho, han vivido a mi lado los momentos desconcertantes que tamaño cambio trae inexorablemente consigo; de la misma manera que disfrutan ahora, al menos así lo espero, de que su amigo, padre o marido haya cruzado al otro lado del espejo.

Con Amor, a los que desde el presente eterno son los verdaderos autores de este libro.

Sevilla, 12 de agosto de 2009

PARTE I
BÚSQUEDA

CAPÍTULO 1 CONÓCETE A TI MISMO

El ser humano: un ser en búsqueda

¿Qué somos los seres humanos?. El *Diccionario de la Lengua de la Academia Española* remite la condición de «humano» a la de «hombre» y, partir de ahí, lo conceptualiza como «ser animado racional». Esto es, un espécimen concreto de animal que en la evolución de los mamíferos, a cuya saga pertenece, ha alcanzado determinado nivel intelectual: los seres humanos somos animales intelectuales.

¿Es ésta la manera más atinada y exacta de definirnos?. Desde luego, una descripción así no es falsa. Pero resulta claramente insuficiente al limitarse a componentes superficiales y externos de nuestra humanidad, aquéllos, precisamente, que son directamente perceptibles para los sentidos que conforman la racionalidad. Y es que al calificarnos como seres animados racionales o animales intelectuales no se valoran otras referencias, poderes y voluntades que nos diferencian como humanos bastante mejor que nuestras señas físicas de identidad, incluidos la capacidad cerebral y el coeficiente intelectual. ¿Por ejemplo?. Pues, muy particularmente, esa fuerza o energía emocional e intuitiva —anhelo, agitación, deseo, ansia, zozobra, necesidad de «algo más»,... ¡qué difícil es expresarlo con palabras!— que todos los seres humanos llevamos dentro y que, en buena medida y de modo consciente o inconsciente, impulsa y orienta nuestras vidas.

¿Qué es y en qué consiste esa fuerza hasta cierto punto irracional —intuitiva, emotiva y sensitiva— que nos empuja existencialmente desde nuestro fuero interno y nos distingue como seres humanos?. Basta con mirar, sincera y serenamente, hacia dentro de cada uno para descubrirla.

El nombre es lo de menos, aunque podemos llamarla «búsqueda».

¿La siente latir en su interior?. Seguramente sí, dado que las personas, por encima de cualquier otra cosa, somos «buscadores». El ser humano puede y debe ser definido como «un ser en búsqueda». Pero ¿en búsqueda de qué?. A responder este interrogante con precisión se dirigen las páginas que siguen. A lo largo de ellas se invita a participar en una hermosa aventura reflexiva y cognoscitiva en la que cada uno es el protagonista y que, reconociéndonos como buscadores, mostrará el por qué y el qué de la búsqueda. Lo que, a su vez, ayudará a hallar lo buscado, aunque tal «encuentro» es extremadamente íntimo y sólo puede ser logrado por cada cual.

Como aperitivo e introducción a la bella singladura que nos espera, vaya por delante que tanto la búsqueda como el encuentro son del todo ajenos a las angustias existenciales con las que numerosos filósofos han dibujado la experiencia humana. Como mucho, esa angustia deriva de la frustración interior que rezuma en el ser humano cuando se niega a reconocer y atender la fuerza de la búsqueda que vibra dentro de sí. O, cuando queriéndolo hacer, se topa con el muro que solemos levantar dentro de nosotros mismos con ignorancias y prejuicios y con las insuficiencias de una racionalidad que impide discernir otros ángulos de la realidad.

Tal angustia vital es la que impulsó a Nietzsche a anunciar la muerte de dios y perseguir desesperadamente el «superhombre»; la que condujo a Unamuno a manifestar el «sentimiento trágico de la vida»; la que provocó que Sartre reclamara «la nada» como *leiv motiv* de nuestra existencia. Aunque entre los pensadores contemporáneos, quizá sea Albert Camus el que con más excelencia haya abordado este asunto al escribir en *El hombre rebelde*: «Entonces comenzó el tiempo del exilio, de la interminable busca de justificación, de la nostalgia sin objeto, de los interrogantes más penosos, más

abrumadores, los del corazón que se pregunta: ¿dónde puedo sentirme en mi casa?»

El hombre rebelde expulsado del Paraíso es una figura recurrente en numerosas mitologías y tradiciones culturales y religiosas. ¿Buscamos desde el exilio, a menudo sin siquiera saberlo, la vuelta a casa?. Pero, realmente, ¿de dónde y adónde hemos sido exiliados?; y ¿ha sido por la fuerza, como indica el *Libro del Génesis*, y para siempre o se trata de un retiro voluntario y pasajero?. En cualquier caso, el exilio ¿por qué y para qué?. Y nuestra casa — «¡mi casa!», suplicaba E.T. en la célebre película—, ¿cuál es?, ¿qué es?; y si fuera el Paraíso perdido, ¿dónde está?, ¿como retornar a él?. De nuevo martillean las palabras de Camus: *nostalgia, busca de justificación, interrogantes abrumadores...*

A lo largo de la historia, al corazón que se pregunta la humanidad le ha dado muchas respuestas y del más variado pelaje. No obstante, la práctica totalidad pueden ser encuadradas en dos grandes categorías: las que atienden exclusivamente a la realidad material —física, psíquica, sociológica, antropológica,...— del hombre y la mujer; y las que contemplan una dimensión trascendente y espiritual del ser humano con el telón de fondo de una divinidad— con los atributos que sea— cual origen y causa de nuestra existencia misma.

Ambas categorías continúan estando plenamente presentes y vigentes en la actualidad, aunque lógicamente moldeadas por las circunstancias y gustos del momento. De hecho, acudiendo a las librerías o navegando por internet, se pueden hallar numerosos exponentes de ambas perspectivas. Y comprobar que en la de cariz material destacan hoy los textos englobados en un novedoso género denominado de «autoayuda»; mientras que en el lado trascendente, sobresalen los escritos que profundizan en el pensamiento metafísico y cosmogónico, y sus consejos para la vida cotidiana, no de religiones al uso, sino de antiguas culturas poco conocidas.

Dado el interés del asunto para el objetivo de estas páginas, se toma a continuación un botón de muestra de cada caso y se resume sintéticamente lo que ofrecen desde la óptica de la búsqueda que aquí ocupa. Entre los primeros, un estupendo y breve libro: *El laberinto de la felicidad* (Santillana Ediciones, Madrid, 2007), de Álex Rovira y Francesc Miralles. Y entre los segundos, el no menos fascinante *Los cuatro acuerdos: un libro de sabiduría tolteca* (Ediciones Urano; Barcelona, 2008, 7ª edición), de Miguel Ruiz.

El laberinto de la felicidad

Los textos de «autoayuda» se caracterizan por partir de varias consideraciones básicas que no siempre se expresan en ellos de manera abierta y patente. Primeramente y en coherencia con lo expuesto, la conceptualización del ser humano como un ser en búsqueda. En segundo lugar, la convicción de que lo buscado es, ni más ni menos, que la felicidad. Seguidamente, la constatación de que muchos hombres y mujeres sufren insatisfacción personal, con tintes hasta depresivos, al hallarse desorientados en esa búsqueda o ni siquiera ser conscientes de estar en ella. Y en cuarto y último lugar, que hay una serie de sencillos consejos relativos a nuestra vida diaria y manera cotidiana de pensar y ver las cosas que pueden ayudarnos a superar esa insatisfacción y lograr una existencia más armoniosa y venturosa. Para facilitar aún más la tarea, dichos consejos se ofrecen desmenuzados en medio de un argumento simple, atractivo y ameno, cargado de simpáticas anécdotas y de rápida lectura.

A este modelo responde fielmente *El laberinto de la felicidad*. Un libro muy recomendable que narra la historia de una persona que perdió todo y se encontró a sí misma—su mayor tesoro— en el centro del laberinto que abre las puertas de la felicidad. La trama se desarrolla sobre el hilo

conductor de cuatro interrogantes esenciales: ¿quién eres?; ¿de dónde vienes?; ¿a dónde vas?; y ¿qué haces aquí?.

Con relación al primero —¿quién eres?—, se ofrece una respuesta inmediata y apabullante: soy lo que decido ser. Y a partir de ella, el texto plantea cinco consideraciones complementarias:

— Quien no sueña, está muerto en vida: Al proyectar nuestros sueños empezamos a construirlos.

— La mayoría de los obstáculos que encontramos los creamos nosotros mismos porque tenemos miedo a cumplir nuestros sueños: La mayor parte de los frenos e impedimentos con los que topamos en nuestro camino a la felicidad son imaginarios; los generamos nosotros, son nuestros miedos. Creamos nuestros propios obstáculos porque tememos llegar a donde hemos soñado. Cumplir un sueño siempre genera miedo, porque estamos acostumbrados a lidiar con las dificultades, pero no a recibir regalos de la vida. Por eso, solemos boicotearnos colocando muros entre nosotros y aquello que aspiramos conseguir.

En cuanto a los obstáculos que no creamos nosotros, los que son reales, en verdad no son obstáculos, sino trampolines: sirven para ir a lugares a los que nunca habríamos llegado por nosotros mismos.

— La felicidad siempre está más cerca de lo que pensamos, aunque la busquemos lejos: A veces vamos muy lejos para encontrar algo que en realidad tenemos muy próximo. Vemos la felicidad en lo que está lejos, pero en verdad la tenemos mucho más cerca de lo que imaginamos.

— El arte de dar y recibir amor: cada persona es un Banco de Amor. En él podemos ingresar sonrisas, abrazos, caricias, besos, mimos,... El Banco gestiona un amor sin intereses,

porque se da libremente sin esperar nada a cambio. Sea lo que sea que invirtamos, siempre saldrá a cuenta y multiplicaremos su valor. También es posible efectuar ingresos de alto valor, pero sumamente discretos: en este Banco se valora perdonar, callar a tiempo, agradecer los gestos de otros,... El amor es una divisa que nunca pierde valor en la Bolsa de la Vida.

— De vez en cuando es conveniente hacer limpieza de opiniones: Cada persona tiene tres escalones en su cabeza que hay que limpiar a conciencia de vez en cuando para lograr una vida auténtica y feliz. El primero es la opinión que tenemos de los demás, que sólo sirve para crear prejuicios. El segundo es la opinión que creemos que los demás tienen de nosotros, que genera miedos, engaños y malentendidos. El tercero es la opinión que tenemos de nosotros mismos, que hace que nos miremos el ombligo e inventemos problemas.

En lo referente al segundo interrogante —¿de dónde vienes?—, los autores dan también una contestación directa: vengo de mí mismo. Con base en ella, reseñan media docena de apuntes:

— Para nacer, primero has de morir: Nunca viviremos verdaderamente a no ser que encontremos el motivo por el que estamos aquí, la razón por la que nos levantamos cada mañana.

— Por muy pequeña que sea tu ventana, el cielo sigue siendo igual de grande. Enorme verdad con harta frecuencia olvidada en medio de nuestros miedos inventados y celos imaginarios.

— Predecimos con el pasado, en él está escrito nuestro futuro. Y no sólo en lo que hicimos o sucedió: también nuestras creencias pasadas crean nuestro futuro. ¡Lo que crees es lo que creas!. Sabiendo cómo llegamos al laberinto sabremos cómo salir de él; recuerda por dónde entraste y hallarás la salida. Hay muchas cosas que elegimos inconscientemente porque deseamos que sucedan.

— Muchas personas se entierran en su propio surco (El Hombre del Surco es el personaje que utiliza el texto para explicarlo): Solemos buscar lo que creemos perdido yendo y viniendo en un corto trayecto. Así, terminamos hundidos en un surco que nosotros mismos hemos hecho con nuestras idas y venidas. Y ya ni recordamos qué andamos buscando, qué es lo que nos metió allí.

— Hay que saber oler los caminos que tienen corazón: Debemos aprender a ver lo esencial. De esta manera podemos ser felices; e, igualmente, ayudar y guiar a los demás.

— La risa es algo muy serio: Es el disolvente universal de las preocupaciones. Hay que reír hasta caer al suelo. Cada vez que te ríes desaparece un problema de tu cabeza.

En cuanto a la tercera cuestión —¿a dónde vas?—, el libro señala, igualmente, una respuesta rápida: al centro de mí mismo. De ella derivan siete reflexiones:

— La felicidad es el perfume de las cosas bien hechas: La felicidad no se busca, se encuentra. Y se halla en todas partes y en ninguna, porque la felicidad no es una meta, sino un perfume que desprende lo bien hecho: una puesta de sol, la caricia a un cachorro, la mirada de un ser amado, una canción sublime,..., cualquier cosa inolvidable. Por eso no se puede atrapar como si fuese una mariposa. En griego,

mariposa se escribe “psiké”, que también significa alma. Por eso debe ser tan difícil de capturar. Querer cazar una mariposa es como desear prender el alma; y el alma se pone en las cosas, pero no está en las cosas. Es, precisamente, como el perfume de la felicidad.

— La felicidad es elegir o, mejor expresado, vivir sin miedo a elegir: Nos perdemos en el laberinto cuando permitimos que elijan por nosotros. Porque uno es aquello que elige ser, pero también lo que renuncia a ser.

— Cuando nos dejamos llevar por el éxtasis del canto y el baile, nuestros miedos salen volando.

— El miedo es el medio para descubrir lo que necesitas encontrar: Cuando se vence el temor al espantapájaros llega la oportunidad, pues él señala justamente el lugar donde se puede encontrar alimento. Bajo nuestros miedos se halla el tesoro que andamos buscando. Pero hay que abrir la puerta del miedo; ella llevará a lo que más secretamente anhelamos. El miedo es una oportunidad porque permite conocer lo que estamos buscando. Verbigracia, el miedo a la muerte. Las personas que lo sufren en realidad tienen un gran anhelo a la vida, pero no se atreven a vivirla según les dicta su corazón. Por eso temen morir: porque les causa amargura abandonar este mundo sin haber cumplido con su misión. ¡El miedo es el medio!: déjate instruir por él y encontrarás tu misión y el sentido de la vida.

— La cara es el espejo del alma: Con ella se puede revisar la vida de cada cual. Moldea cada mañana tu cara en consonancia con tu alma; y usa para ello la crema más barata, pues el secreto no gravita en la calidad del producto, sino en tu cualidad interior y el amor que pongas en ello.

— Cada contacto con una persona es una oportunidad para mejorar su vida: Todos tenemos cada día decenas de pequeños y grandes contactos con los demás. Nuestro reto es conseguir que su vida sea un poco mejor después de estar con nosotros. Este es el desafío, el premio gordo de cada encuentro. Ahí radica justamente el sentido de la vida.

— Con todo, el sentido de la vida es distinto para cada persona: Es uno mismo el que debe descubrirlo. Y apoyar a los demás para que también lo consigan. Hay que ser buscador de buscadores: ponerlos en el camino y ayudarles a encontrar lo que buscan.

Por último, en lo relativo al ¿qué haces aquí?, la conclusión es tan simple como profunda: ¡vivir!. Le acompañan tres meditaciones a modo de corolario:

— El fuego de la esperanza: Con él impregnamos lo que nos empuja y nos orienta en nuestro camino de búsqueda.

— Tú eres tu propio camino: Si eres fiel, allí donde estés te encontrarás siempre en el centro del laberinto (desde el que se puede encontrar la salida).

— Ser el niño que fuimos y hemos perdido: Recuperar las ganas de correr, reír jugar, amar,... . En definitiva: ¡vivir!.

Los cuatro acuerdos

Pasando al segundo de los libros citados, *Los cuatro acuerdos* de Miguel Ruiz, bebe íntimamente de las tradiciones toltecas, próximas a las mayas, omelcas, aztecas e incas. Están repletas de trascendencia. Y muy atentas a la plasmación de los saberes espirituales en el estilo de vida y la existencia cotidiana, al objeto de lograr la felicidad y el amor.

Para los toltecas, usando símiles actuales, la vida es nuestra propia película. Sigue, estaban convencidos, un guión escrito por nuestro ser íntimo en la sabiduría y la libertad de la Eternidad y antes de la encarnación en el ser humano que somos. Es un Contrato Sagrado que definimos antes de nacer como persona. Nuestra vida es una película en la que somos el guionista, el director, el cámara y el protagonista. Cada cual vive su película sobre la base de su realidad y concepto del mundo. Por esto, no es necesario esforzarnos demasiado para ser nosotros mismos.

Buscamos la perfección fuera de nosotros y ésta es una de las mayores pérdidas de tiempo. La verdad es que ya somos perfectos de maneras muy individuales. Eres lo que eres. Lo más importante es disfrutar de la vida y eso sólo es posible cuando las personas se transforman en lo que realmente son. Jesús dijo que la verdad nos hace libres; y Buda afirmó que debemos apreciar el mundo tal como es y no cuando está empañado por prejuicios. En la tradición tolteca, nos toca encontrar el camino a través de la niebla que nos confunde con opiniones antes que con hechos. Debemos aprender a volver a nuestra propia naturaleza y el amor es la clave. La vida está llena de opciones. Para tomar decisiones, las personas han de confiar en sí mismas. No importa la edad, siempre puede haber una vida distinta. Es posible recibir la inspiración hasta en el último minuto de la existencia.

Hay «cuatro acuerdos» que son el espejo perfecto para mirarnos tal como somos; no como aparentamos ser, sino como realmente somos. Estos cuatro acuerdos pueden ayudarnos significativamente a cambiar nuestras vidas. Se enuncian a continuación de manera sumamente sintética:

1º Sé impecable con tus palabras: La palabra tiene gran poder y debe usarse con cuidado. Sé impecable con las palabras y trasciende tu nivel de existencia. Debemos evitar el uso de palabras para juzgar o avergonzar a otros, erradicando

do muy especialmente el chismorreó, que es particularmente venenoso.

Hay que hablar con integridad; decir solamente lo que se quiera decir; evitar hablar contra uno mismo y chismorrear sobre los demás. Se debe utilizar el poder de las palabras para avanzar en la dirección de la verdad y el amor. Toda la magia que poseemos se fundamenta en nuestras palabras; son pura magia y si se utilizan mal se convertirán en magia negra. Con una sola palabra se puede cambiar una vida o destruir a millones de personas.

La impecabilidad de nuestras palabras nos llevará a la libertad personal y a la abundancia.

2º No te tomes nada personalmente: Las acciones y opiniones de otras personas no tienen nada que ver contigo, pues cada uno vive su propia realidad y tiene sus propias experiencias. Si las palabras o acciones de otros nos afectan emocionalmente significa que han tocado una herida en nuestro interior, por lo que tendremos que concentrarnos en curar la herida y no en vengarnos contra el que nos ha recordado su existencia (al contrario, deberíamos estarle agradecidos).

Lo que los demás dicen y hacen es una proyección de su propia realidad, de su propio sueño, de su película. Nada de lo que hacen es por ti ni por mí. Cuando se es inmune a las opiniones y actos de los demás, se deja de ser la víctima de un sufrimiento innecesario.

3º No hagas suposiciones: Suponemos porque tememos a hacer preguntas; y, con frecuencia, los supuestos que asumimos cambian el curso de nuestras vidas. Debemos preguntar, expresar lo que deseamos y comunicarlo claramente, ya que, de lo contrario, agarrotamos nuestras vidas con malos entendidos, resentimientos y oportunidades perdidas. Hay que tener la valentía necesaria para preguntar y expresar lo

que se quiere; comunicarse con los demás tan diáfananamente como se pueda a fin de evitar entuertos, tristezas y dramas. El día que no hagamos suposiciones, nuestras palabras se volverán impecables. Nuestra vida se habrá transformado por completo.

4º Haz siempre lo máximo que puedas: Si hacemos todo de la mejor manera posible y aceptamos el resultado, nunca será necesario compararnos con otra persona, ni nos juzgaremos con severidad si fracasamos. Lo mejor de nosotros cambia a cada instante y lo máximo que podamos hacer cambiará de un momento a otro (será distinto, por ejemplo, si estamos sanos o enfermos), mas bajo cualquier circunstancia hay que hacer sencillamente lo máximo que se pueda. De este modo, evitaremos juzgarnos, maltratarnos y lamentarnos.

Además, hay que hacer lo que gusta hacer y evitar lo que no gusta. Se debe tener fe en uno mismo y, a partir de ahí, en todo lo que se hace.

Programa versus visión

Se habrá podido observar que, si bien desde percepciones muy distintas, *El laberinto de la felicidad* y *Los cuatro acuerdos* presentan no pocas similitudes en lo que a consejos y criterios prácticos para la vida diaria se refiere. Lo mismo podríamos concluir si acudimos a otros textos sean de autoayuda o de carácter más espiritual fundamentados en la recuperación de arcaicas culturas. De hecho, la mayoría contienen un núcleo programático común sintetizable en unos pocos puntos claves que se recopilan a continuación, utilizando ideas de los dos textos comentados (las entresacadas de *El laberinto de la felicidad* se señalan con las iniciales ELF y con LCA las correspondientes a *Los cuatro acuerdos*):

— La vida de cada cual es lo que uno quiere que sea: la vida es la proyección de nuestros sueños (ELF); la vida es una película en la que uno mismo es guionista, director, cámara y protagonista (LCA).

— Disfrutar de la vida es sencillo, consiste en ser lo que somos: basta con hacer lo que hemos soñado, la felicidad siempre está más cerca de lo que imaginamos (ELF); eres lo que eres, es suficiente con ajustarnos al guión que nosotros mismos escribimos, transformarnos en lo que realmente somos (LCA).

— Hay que tener confianza en uno mismo: lo que crees es lo que creas, tú eres tu propio camino (ELF); ya somos perfectos de maneras muy individuales, para tomar decisiones la persona debe confiar en sí misma (LCA).

— No colocarnos impedimentos imaginados desde nuestros miedos: creamos nuestros propios obstáculos porque tememos llegar a los lugares que hemos soñado (ELF); no hagas suposiciones, suponemos porque tenemos miedo a hacer preguntas (LCA).

— No nos han de afectar ni las opiniones de los demás ni nuestros propios prejuicios: es conveniente hacer limpieza de opiniones —las que tenemos de los demás, las que pensamos que los demás tienen de nosotros y las que poseemos de nosotros mismos— (ELF); no te tomes nada personalmente, nos toca encontrar el camino a través de la niebla que nos confunde con opiniones antes que con hechos (LCA).

— El secreto está en vivir y amar: volver a ser el niño que fuimos —reír, jugar cantar, bailar,...—, cada persona es un Banco de Amor (ELF); aprender a volver a nuestra propia naturaleza y el amor es la clave (LCA).

— Haciendo todo de la mejor manera posible: la felicidad es el perfume de las cosas bien hechas (ELF); haz siempre lo máximo que puedas (LCA).

— Y aportando felicidad a cuantos nos rodean: el reto es conseguir que la vida del otro sea mejor después de estar con nosotros (ELF); habla con integridad y sé impecable con tus palabras, evita hablar contra ti mismo y chismorrear sobre los demás (LCA).

Estos consejos y máximas conforman una auténtica propuesta programática para nuestra existencia: un «programa» para guiarnos en la búsqueda de la felicidad y ayudarnos a vivir mejor, con más paz interior y mayor capacidad de hacer dichosos a los demás. Es sencillo de entender y recordar; y, en principio, no excesivamente difícil de aplicar. Muchas personas, cuando se acercan a textos como los tomados de ejemplo, se maravillan de haber encontrado por fin algo tan esclarecedor para pilotar adecuadamente su vida cotidiana.

Sin embargo, no siendo mi intención decepcionar a nadie y sin poner en duda el impacto que en principio provoca esa lectura, la realidad es que la existencia de la inmensa mayoría no varía un ápice tras ella. Pasados unos días o, a lo más, unas pocas semanas, se mantiene por idénticos derroteros que antes. ¿Por qué tamaña contradicción entre el aparente efecto inicial de la lectura y el que realmente tiene tras un corto tiempo?. Obedece, simplemente, a que en la búsqueda no precisamos de un «programa», sino de una «visión» nueva. Necesitamos un cambio de visión, no un programa, para ser lo que somos y que nuestra vida sea la que queremos que sea; para tener confianza en nosotros mismos; para no colocarnos impedimentos imaginados desde nuestros miedos ni hacer suposiciones; para que no nos afecten las opiniones de los demás ni nuestros propios prejuicios; para ser impecables con las palabras y hacer todo de

la mejor manera posible; para vivir y amar y aportar felicidad a los que nos rodean. Para todo ello no requerimos un programa, sino otra visión. Nacer de nuevo exige una visión nueva.

¿Y que significa el término visión?. Pues la contemplación inmediata y directa sin percepción sensible. Para comprender con exactitud lo que esto expresa resulta sumamente ilustrativa la genial novela de Daniel Quinn titulada *La historia de B* (Emecé Editores; Barcelona, 1997), por más que aborde un tema diferente al que aquí ocupa: haciendo gala de una colosal erudición, abre las entrañas de nuestra actual civilización para demostrar la necesidad de que la humanidad acometa una radical transformación cultural.

A propósito de lo que la visión representa, Quinn indica que toda cultura tiene un lugar definitorio en el esquema de las cosas, una percepción acerca de dónde encaja en el Universo. No hace falta que la gente comunique esta visión con palabras (por ejemplo, a sus hijos), porque está expresada en su vida, historia, leyendas, costumbres, leyes, rituales, artes, danzas, anécdotas,... Si alguien les pide que expliquen esta visión, no sabrán cómo empezar y hasta puede que no sepan de qué se le está hablando. Podría decirse que es una especie de canción queda y susurrante que está en sus oídos desde que nacieron, que han oído tan constantemente durante toda su vida que nunca la escuchan conscientemente.

Nuestra cultura, extendida hoy por la práctica globalidad del planeta, no escapa a lo anterior. También ella —y todos los individuos que la integramos— está inexorablemente unida a una determinada visión. Y es precisamente esta visión la que dificulta la búsqueda: la que impide que muchos seres humanos se reconozcan como buscadores; y la que complica y entorpece la búsqueda y el encuentro de los que sí son conscientes de serlo.

La visión vigente pretende, entre otras muchas falacias, que las cosas —el mundo, la sociedad, la comunidad de ve-

cinos, la familia, el bienestar de cada uno,..., desde lo accesorio a lo importante— pueden mejorar mediante programas. Pero esto no es verdad; la historia y nuestra experiencia cotidiana muestran que esto no es verdad. Porque para alcanzar un mundo nuevo se necesitan ojos nuevos para mirar el mundo. Y, desde luego, nuestra vida, la de cada cual, no puede mejorar con programas. La consciencia sobre nuestra condición de buscadores y el avance en la propia búsqueda no se logra con programas. Hace falta un cambio de la realidad aceptada, una nueva visión.

Imaginemos un río. El cauce que sigue en su discurrir hacia el mar no cambiará sustancialmente porque clavemos unas estacas, pocas o muchas, en el fondo de sus aguas, pues éstas se limitarán a bordearlas y continuarán su normal fluir en idéntica dirección. Las estancas son los programas; y se requiere mucho más para modificar el lecho por el que fluye la corriente. Se exige un cambio de visión —ojos nuevos, volver a nacer—. Hace tiempo, a esta nueva visión se le denominó «Iluminación».

Conócete a ti mismo

La nueva visión no es elitista; ni difícil de alcanzar. Ni siquiera es nueva, en sentido estricto. Lo es, sin duda, para la inmensa mayoría de los hombres y mujeres de hoy, pero siempre ha estado presente en la historia de la humanidad: antes de la civilización actual; y también en ésta, aunque ahogada por el materialismo y el fariseísmo espiritual. No en balde, procede del interior de cada uno y sólo de nuestro propio interior.

Sus contenidos y dimensiones pueden ser enunciados de muy diversos modos. Los Siete Sabios de la Grecia clásica, recogiendo una sabiduría que se remonta al antiguo Egipto y a culturas mesopotámicas, supieron plasmarlos en el

frontispicio del Templo de Delfos con una frase tan breve y sencilla como profunda y compleja:

«Conócete a ti mismo» («gnothi s' auton»).

Realmente, en esto consiste todo. Mas, desgraciadamente, como Scheler y Heidegger han subrayado, nunca hemos sabido tantas cosas sobre el ser humano como ahora y, contradictoriamente, nunca hemos sabido menos de él. Bajo la fina capa de falsa realidad que atrae a nuestros sentidos físicos subyace otra realidad. Lo que separa la una de la otra es el conocimiento propio. Conocerse a sí mismo conlleva la consciencia, la iluminación interior: es el acto milagroso que permite penetrar en esa otra realidad, la verdadera, tan próxima como desconocida. Al conocernos a nosotros mismos entramos en otra dimensión de sensaciones y percepciones con la misma facilidad y asombro que la Alicia de Lewis Carroll llega al País de las Maravillas al introducirse en la madriguera y caer por ella.

El conocimiento de sí mismo —la consciencia de ser, la gnosis por excelencia— es el núcleo central tanto del Corpus Hermeticum promovido desde el antiguo Egipto por el gran Trismegisto como del gnosticismo griego y cristiano. Su presencia es, igualmente, notable en otras culturas arcaicas: Veda y Avesta, Confucio, Lao-Tsé, Tirthankara, Buda,... Como ha escrito Enrique Cases en *Persona y personalidad* (<http://perso.wanadoo.es/enriquecases>), antes de su colocación en Delfos el adagio ya estaba en la obra de Heraclio, Esquilo, Herodoto y Píndaro. Su influencia es evidente en pensadores como Homero, Eurípides, Sófocles y Aristóteles. Sócrates lo elevó a nivel filosófico como examen moral de uno mismo ante Dios. Y fue Platón quien lo orientó hacia la verdadera sabiduría en un fenomenal sistema de pensamiento.

Como ha reflejado magistralmente Ouspensky en *Fragments de una enseñanza desconocida* (RCR Ediciones; Ma-

drid, 1995) —crónica de su aprendizaje con Gurdjieff, el genial místico armenio—, el ser humano que no se conoce a sí mismo realmente «no es». Y no es ni lo que puede ni lo que debería ser. Ese desconocimiento de sí mismo, esa carencia de consciencia, ese no ser, convierten a la persona en un muñeco mecánico; y a la humanidad, en un torbellino de juguetes mecánicos. Cuando se habla tanto de las amenazas de la mecanización, de la deshumanización derivada del impacto de las tecnologías y del riesgo de convertirnos en autómatas, se está eludiendo el tema fundamental. Porque el ser humano puede utilizar las tecnologías y rodearse de máquinas y, sin embargo, no desmerecer un ápice de su condición humana. Ahora bien, existe otro tipo de mecanización bastante más peligrosa: ser máquina uno mismo. Como le pregunta Gurdjieff a Ouspensky: *¿alguna vez ha pensado en el hecho de que todas las personas, ellas mismas, son máquinas?*

Se es máquina cuando uno no se conoce a sí mismo. Ese desconocimiento nos sitúa a merced de las influencias externas, ante las que reaccionamos mecánicamente. Sin conocimiento interior no hay pensamientos ni actos propios. El *Cantar de los Cantares* lo señala de manera harto expresiva: si no te conoces, seguirás el camino del rebaño. Las máquinas se programan y reprograman y continúan trabajando automáticamente. El ser humano no necesita programa alguno para ser, para buscar y encontrar, sino un cambio de visión que pasa ineludiblemente por la consciencia y el conocimiento de uno mismo. Por tanto, como indica el *Libro del Deuteronomio*, «estate atento a ti mismo» («attende tibi»).

Por ejemplo, se puede aprender mucho leyendo... ¡si se supiese leer!. Hasta de estas modestas páginas se podría aprender algo... ¡si se supiese leer!. Como recuerda la reseñada obra de Ouspensky, si hubiésemos entendido todo cuanto hemos leído a lo largo de nuestras vidas ya sabría-

mos qué estamos buscando ahora. Pero, realmente, no comprendemos lo que leemos; ni siquiera lo que escribimos. Para entender es preciso conocer; y no hay conocimiento si uno no se conoce a sí mismo y adquiere consciencia de ser. Y el conocimiento propio no se halla en los libros, sino en nosotros. Así de elemental; así de peliagudo.

Al no conocernos a nosotros mismos hacemos dejación flagrante de nuestra condición de guionistas, directores, cámaras y protagonistas de nuestra vida. Deja de ser tal, nuestra vida, para convertirse en una cadena de sucesos ante los que reaccionamos mecánicamente, cual mero animal intelectual. Al no conocernos, renunciamos a hacer nuestra vida, rechazamos llevar el timón de la misma. Como enfatiza Gurdjieff, todas las personas creen que pueden hacer, todas desean hacer y la primera pregunta que todo el mundo se formula es qué tienen que hacer. Pero, en realidad, al no conocerse a sí mismas, nadie hace nada ni nadie puede hacer nada: todo, llanamente, sucede. Todo lo que nos acontece y creemos que hacemos, simplemente, sucede: igual que cae la lluvia como resultado de un cambio de temperatura en las regiones más elevadas de la atmósfera o en las nubes circundantes; igual que la nieve se derrite bajos los rayos del sol; igual que se levanta polvo cuando hace viento. Nadie hace, todo sucede.

Volviendo al programa enunciado páginas atrás para, teóricamente, guiarnos en la búsqueda de la felicidad y ayudarnos a vivir mejor, ¿alguien puede creer de verdad que esas propuestas programáticas pueden servir de algo si no nos conocemos a nosotros mismos?. Sin conocerse a sí mismo, ¿cómo delante vamos a ser lo que somos y lograr que nuestra vida sea la que queremos que sea?, ¿cómo vamos a tener confianza en nosotros mismos?. ¡Imposible!. Al no conocernos, acaecerá lo inevitable: nos colocaremos impedimentos imaginados desde nuestros miedos y haremos suposiciones; nos afectarán las opiniones de los demás y nuestros propios

prejuicios; no podremos hacer las cosas de la mejor manera posible ni aportar felicidad a los que nos rodean, pues ni siquiera somos capaces de hacer nuestra propia vida. Vivir y amar será una ficción, una ilusión vana que se diluye entre nuestros dedos cual agua de lluvia.

Al no conocernos, somos máquinas. Los hechos, acciones, palabras, pensamientos, sentimientos, convicciones, opiniones y hábitos son resultado de influencias y sensaciones externas; todo cuanto digamos, pensemos o sintamos, simplemente sucederá. Por tanto, ¡conócete a ti mismo!. ¿Cómo conseguirlo?

El diamante está en tu bolsillo

Primero, deseándolo de verdad. Los que han alcanzado el conocimiento de sí mismos enseñan que no es una tarea tan ardua como parece, pero que sí exige la voluntad firme de lograrlo. Éste es el punto de partida: la voluntad de adquirir consciencia, de conocerse íntimamente.

A partir de ahí, tal como se reseñó en el arranque de estas páginas, reconocer abiertamente nuestra condición de buscadores; asumir, entender, interiorizar y comprender que el ser humano es un ser en búsqueda; abrir la puerta y ser sensible a esa fuerza interior —anhelo, agitación, deseo, ansia, zozobra, necesidad de algo más— que tiene mucho de irracional —intuitiva, emotiva y sensitiva— y que nos empuja existencialmente desde nuestro fuero interno. Para ello hace falta modestia, humildad. Y una franca disposición a ver qué causa tu sufrimiento; a formularte grandes y pequeñas preguntas que despierten tu consciencia y creen en ti novedosas formas de estar en el mundo; y a deshacerte de multitud de ideas y conceptos falsos, especialmente sobre ti mismo, impuestos por la falaz visión predominante. La búsqueda pronto nos aportará nuevos conocimientos, reales y verdaderos, pero exigirá también que reverencemos

la verdad y nos deshagamos de nociones tan erróneas como arraigadas en nosotros. Lo nuevo ni puede ni debe ser construido sobre bases falsas o equivocadas.

En tercer lugar, el deseo de despertar nos proporcionará libertad y dicha. Hay que disfrutar de la búsqueda y con la búsqueda. Se trata de una hermosísima aventura —la aventura de la Vida— en la que hay que regocijarse y con la que nos debemos alegrar. En palabras de Fred Alan Wolf, el verdadero secreto en la vida no es alcanzar el conocimiento, sino adentrarse en el misterio. Y tener muy presente que al buscar ya hemos logrado el «encuentro»; nos parecerá imposible antes de empezar la búsqueda o aún dentro de ella, pero ¡al buscar ya hemos logrado el encuentro!. Es como si al empezar a buscar de forma inmediata se colocara ante nosotros el espejo a cuyo otro lado el encuentro nos espera.

Por tanto, no hay que obsesionarse con hallar lo buscado. De nada sirven las prisas; la búsqueda no es una carrera. Al comienzo, la visión imperante nos llevará a pensar en ella como una competición en la que hay que llegar al final cuanto antes, ser los primeros o estar entre ellos. Pero esto es una estupidez en el contexto de la verdadera realidad que la nueva visión irá poniendo de manifiesto, de manera natural y sencilla, dentro de nosotros; las cosas no funcionan así en la nueva realidad y en el grado de consciencia en el que nos estaremos introduciendo. Una vez que sintamos la auténtica realidad de las cosas, nos reiremos a carcajadas, literalmente, de cuando pensábamos que era importante ser los primeros o superiores en algo.

Y en la búsqueda, iremos pasando por sucesivos grados de consciencia y estadios de conciencia (en capítulos posteriores se entrará en detalle) que afrontaremos con entusiasmo en el convencimiento de que en cada uno se halla lo buscado. Mas no serán sino la puerta a uno nuevo con mayor capacidad de conocimiento y de hacernos vibrar interiormente. Y un buen día, por expresarlo de algún modo,

se plasmará el gran encuentro. Hay que insistir en que al buscar ya se ha producido el encuentro y que la adquisición de consciencia plena siempre está a nuestra disposición. La única diferencia es que en algún momento «tomamos consciencia» y cruzamos al otro lado del espejo que hace tiempo teníamos delante. Vemos entonces nuestro genuino ser y la verdadera faz y sustancia de todas las cosas. El velo que los cubría cae ante la iluminación interior.

Es una experiencia tan maravillosa que no puede ser descrita con palabras, sino con Amor. Y lo mejor es que con ella nada acaba. Al contrario, será entonces cuando todo comience. Ya no será preciso programa alguno. Propuestas programáticas como las que se reflejaron páginas atrás formarán parte de nuestra vida a modo de visión, de forma espontánea y sencilla, sin necesidad de que nos propongamos llevarlas a cabo o de que nos esforcemos en recordarlas, de manera tan natural como respirar.

Como ha escrito Gangaji: *El diamante está en tu bolsillo* (Gaia Ediciones, Madrid, 2006). Comprobaremos que la felicidad no se encuentra en «alguna parte», sino en nosotros mismos, pues ¡la felicidad es nuestra verdadera naturaleza!. Aprenderemos que abrir la mente al silencio significa abrirnos a nuestro verdadero yo y cesaremos de cargarla con tantas responsabilidades absurdas, permitiendo que deje de reaccionar ante todo y por todo, acumular información, imaginarse el futuro, elaborar estrategias de supervivencia. Experimentaremos que cualquier cosa con la que estuviéramos luchando ya no está allí; que el problema, la disputa, la herida o la confusión, cualquiera que fuera, realmente no existe. Mantendremos a nuestro ser libre de todo e inmune a los conceptos sobre quiénes somos -débiles o fuertes, inferiores o superiores, ignorantes o iluminados,...-, que nunca nos impidieron ser lo que de hecho somos y éramos, aunque sí que tomáramos consciencia de ello. Y diremos siempre la verdad y accederemos a verdades cada vez más

profundas que nos revelarán que nuestra historia personal no tiene una realidad definitiva: al conocerme me expando y al expandirme me conozco; sin pretender justificarme personalmente ni mi existencia; rompiendo las ataduras de la individualidad y dejando de ser «yo» para ser «Todo».

Más adelante, en las otras partes que componen estas páginas, se mostrará de manera precisa lo que se acaba de dibujar como esbozo y con rápidas pinceladas. No obstante, previamente, en el capítulo que sigue, nos aproximaremos a la nueva visión y se delimitarán algunos contornos de la misma usando instrumentos tan comunes y queridos para todos nosotros como el cine o la música.

CAPÍTULO 2 NUEVA VISIÓN

Ciencia y espiritualidad

La experiencia acumulada por el ser humano a lo largo de la historia pone de manifiesto que, conforme asumimos la firme voluntad de «buscar» y conocernos íntimamente, una nueva visión va tomando cuerpo en nuestro interior de manera espontánea y natural. Su luz ofrecerá una novedosa perspectiva que nos deparará no pocas sorpresas acerca de la auténtica realidad del Universo, nuestro planeta y cuanto nos rodea; y sobre nuestra propia existencia y ser.

Como desarrollaremos en los próximos epígrafes y capítulos, la nueva visión y la consciencia —sobre lo que somos y es real— que la misma representa irá descorriendo el velo que oculta la Unidad intrínseca de cuanto existe, la energía vibratoria que en todo subyace y los principios, leyes y hasta estructuras geométricas semejantes que están en la raíz íntima de todos los objetos, cosas y seres.

Aprenderemos, no por la teoría, sino por la práctica, que el presente es lo único que existe —un momento presente continuo en lo que lo eterno se desenvuelve— y se dibuja en términos de una «Providencia» cuyos contenidos y características son definidos por nosotros mismos, con los pensamientos y acciones del ahora. Comprobaremos que conocerse uno mismo significa ser «Uno» y prescindir del «mismo»; y que la búsqueda que arrancó en nuestro interior concluye, precisamente, en ese interior, en el linaje divino que atesora nuestro verdadero ser y en la existencia de éste en comunión perfecta con la Unidad, con la que llegaremos a vivir un auténtico enamoramiento. Alcanzaremos una paz completa y permanente en la que se disuelven los falsos dualismos (bien y mal, superior e inferior, yo y tú,...), nuestros apegos materiales (riqueza, dinero, poder,

fama, éxito, reconocimiento social, qué dirán,...) y nuestros anhelos, preocupaciones y sufrimientos. Y veremos que nuestro enamoramiento con la Unidad se desparrama cual fuente inagotable de energía (Amor) hacia todo lo que nos rodea, desarrollando una «Vida Impersonal» con pleno amor al prójimo en la Divinidad y Unidad que constituyen el orden natural del Creador y la Creación, que de hecho son lo mismo.

Obviamente, la nueva visión va más allá de lo que podemos percibir por medio de nuestros cinco sentidos y es esencialmente trascendente y espiritual. No obstante, en las últimas décadas, la ciencia moderna, con la física cuántica a la cabeza, ha comenzado a vislumbrar la verdadera dimensión de las cosas que la nueva visión muestra. No debe extrañarnos. Uno de los principales empeños y falacias de la visión dominante es la dualidad. Y ésta, entre otros efectos e impactos, ha llevado a separar y confrontar lo inmanente con lo trascendente y la ciencia con la espiritualidad. Mas tal división dicotómica es un engaño por asombroso que parezca a los ojos contemporáneos.

Lo expresó muy bien el astrofísico Arthur Eddington al indicar que una misma luz interior es la que impulsa tanto la búsqueda intelectual de la ciencia como la búsqueda mística del Espíritu. Y el discernimiento espiritual aporta un amplio conjunto de saberes con claras y directas implicaciones científicas, del mismo modo que el conocimiento científico posibilita la mejor y más ajustada comprensión de lo espiritual: existe una estrecha interacción entre la ciencia física y el conocimiento de la divinidad, hasta el punto que puede y debe hablarse de una «Física de la Deidad», en la que se centrará la Parte III de este texto. La ciencia actual está ofreciendo pruebas evidentes de ello, lo que posibilita que entendamos mejor las características de la nueva visión a la que se viene haciendo mención.

El cine y la esencia de la vida (*Baraka*)

Imbuido por estos adelantos científicos y por la propia experiencia de búsqueda vivida por seres humanos concretos, un ámbito tan cercano y fascinante como el del cine, con su enorme capacidad de influencia y divulgación, ha dado de sí creaciones magistrales que, amena y sugestivamente, nos acercan a la nueva visión que cristaliza en los buscadores y examinan la interrelación espiritualidad–ciencia. Sin ánimo de exhaustividad, se indican seguidamente algunas de tales producciones cinematográficas que vienen como anillo al dedo para el propósito de estas páginas.

Para empezar, sirva de aperitivo *Baraka*, rodada en 24 países de los cinco continentes y estrenada en 1992. Su director, Ron Fricke, nos sumerge en un mundo puramente visual, pues en la cinta no hay diálogos, pero sí encantadoras imágenes y una gran partitura musical de Michael Sterns. Se integra en un género de documentales, que se prodigó a partir de los años 80, en los que el potencial narrativo se despliega en una mezcolanza de imágenes, música y sonidos naturales o artificiales y en una honda reflexión sobre el ser humano, la humanidad y su interacción con el medio ambiente.

Baraka —antigua palabra sufí que significa bendición, aliento o esencia de vida— nos introduce a través del esplendor audiovisual en ámbitos de conocimiento ajenos al cine convencional: la evolución del planeta y el ser humano; las flagrantes carencias de la visión imperante; su huida hacia adelante a costa de la explotación de la naturaleza y de la propia humanidad; los peligros de mecanización que la acompañan, en el sentido expuesto en el diálogo entre Gurdjieff y Ouspensky recogido en el capítulo precedente; y la espiritualidad y el sentimiento de búsqueda como señas de identidad más singulares de la persona. Todo ello con el telón de fondo de una meditación y contemplación de

enorme belleza plástica en torno a las preguntas básicas y clásicas sobre nuestra existencia.

La película responde perfectamente a lo apuntado por Raymundo Gleyzer: «*No hacemos filmes para morir, sino para vivir, para vivir mejor. Y si se nos va la vida en ello, vendrán otros que continuarán*». Lo que tiene su complemento en lo reseñado por Jean Breschand: «*Interrogar al cine partiendo de su faceta documental significa interrogarse sobre el estatuto de la realidad frente a la cámara, o la relación entre el film y la realidad. Significa elegir un eje de reflexión, un eje que supone que el cine se reinventa a sí mismo cuando logra hacer visible algo que hasta entonces había permanecido inadvertido en nuestro mundo*».

¿Y tú qué sabes?

Y esto es lo que de modo sobresaliente hace otra genial película-documental: *¿Y tú qué sabes?*, de 2004, codirigida por William Arntz, Betsy Chasse y Mark Vicente. Aunque presenta una trama alrededor de las vivencias de una fotógrafa, Amanda (personaje interpretado por Marlle Matlin, oscar a la mejor actriz por *Hijos de un dios menor*), constituye sobre todo una profunda reformulación de la realidad en la que existimos y a la que pertenecemos y, por este medio, de nosotros mismos. Para lo cual indaga en áreas muy diversas del conocimiento científico —física, química, psicología y psiquiatría— y plantea una extensa batería de teorías, algunas de las cuales provienen de la Escuela de Iluminación de Ramtha (www.ramtha.com), de JZ Knight/Ramtha, de la que los tres codirectores son seguidores.

Estos han afirmado que la película se dirige especialmente a los que denominan «creativos culturales», una categoría sociológica que englobaría a una proporción creciente de la población, al objeto de establecer un diálogo sobre los límites, reales o ficticios, que separan nuestra mente del mundo

exterior y sus consecuencias filosóficas y prácticas. Y aunque una parte de la comunidad científica ha alegado que el film interpreta incorrectamente varios principios de la mecánica cuántica, otros científicos aplauden sus contenidos y reivindican una discusión transparente sobre los asuntos que difunde.

Tres grandes ejes reflexivos y científicos sirven a la cinta de hilo conductor: el convencimiento de que la consciencia de ser, forjada en el interior de cada cual, es decisiva en la conformación del mundo exterior; la necesidad de replantearse y redefinir lo que se entiende como «real»; y la convicción de que todo lo que existe, incluido nosotros mismos, pertenece a una misma unidad o totalidad.

En lo relativo a lo primero, el argumento y las acotaciones científicas que lo adornan muestran como lo exterior a cada uno depende del interior de cada cual. Esto es, recuérdese *El laberinto de la felicidad*, lo que crees es lo que creas: existe una conexión entre lo interior —trascendente— y lo exterior —material—, estando lo segundo animado e inducido desde lo primero. Lo ha expresado muy bien Edgar Mitchell, el que fuera astronauta de la NASA: «*Lo fundamental es la consciencia misma; y la material/energía es producto de la consciencia. Si cambiamos nuestra opinión sobre quiénes somos, si conseguimos vernos como seres eternos y creadores que creamos experiencia física y si nos unimos todos en ese nivel de existencia que llamamos Consciencia, empezaremos a ver y crear el mundo en que vivimos de una manera muy distinta*».

¿Sorprendente?. Pues no tanto, ya que, desde finales del siglo XIX, como recopilé en *Los códigos ocultos* (RD Editores; Sevilla, 2005), las teorías y propuestas lanzadas por numerosos científicos han abierto preguntas y formulado cuestiones que no pueden ser contestadas desde la perspectiva de la ciencia tradicional y la visión dicotómica —ciencia versus espiritualidad— imperante. Marco en el que está adquiriendo peso la idea de que la consciencia acerca de lo

que somos, sobre lo que cada uno es, crea la realidad que nos rodea, las experiencias de cada cual: el mundo no físico moldea el Universo material y la realidad que detectan nuestros sentidos.

Buda enseñó que *«la mente (consciencia) es todo; nos convertimos en lo que pensamos (toma de consciencia)»*. La ciencia comienza a confirmarlo: somos productores natos de realidad y permanentemente creamos la realidad y sus efectos; somos al 100 por 100 responsables de nuestras vidas (la técnica del ho'oponopono que se recoge en el Capítulo 10 se fundamenta en ello). Maharishi Yogi lo ha expresado de manera hermosa: *«El Universo entero es expresión de la consciencia. La realidad del Universo es un océano ilimitado de consciencia en movimiento»*.

Ligado a lo cual hay que resaltar la creciente convicción de que la naturaleza, sus características y sucesos, no puede examinarse desde fuera, como enseñan los postulados racionalistas clásicos. Entre los científicos que han llegado a esta conclusión destaca el alemán Werner Heisenberg, Nóbel de Física en 1932, cuyas investigaciones le llevaron a argumentar que *«lo que observamos no es la naturaleza misma, sino la naturaleza expuesta a nuestro método inquisitorial (...); la división común del mundo interno y mundo externo, cuerpo y alma, ha dejado de ser adecuada»*. Esta relatividad que afecta a la indagación científica, lejos de cerrarle puertas, le ha abierto muchas, hasta el punto de que son numerosos los investigadores que piensan que los saberes científicos se hallan en la antesala de una nueva forma de concebir y entender el Universo entero —su esencia y sus estructuras— y la realidad cotidiana que nos envuelve y a la que pertenecemos. A este respecto, Ilya Prigogine, nacido en Moscú en 1917 y premio Nóbel de Química, escribió que *«estamos lejos de la visión monolítica de la física clásica y ante nosotros se abre un Universo del que apenas comenzamos a entrever sus estructuras»*.

Un contexto en el que la ciencia contemporánea ha dado un sensacional salto cognoscitivo, que es el segundo gran eje de *¿Y tú que sabes?*: el replanteamiento de lo que entendemos por «real». Lo que engarza con lo manifestado por antiguas culturas que insisten en que el mundo percibido por los sentidos físicos es pura ilusión —«maya»— y que por debajo hay algo más poderoso y fundamental y, desde luego, más real, aunque sea totalmente intangible. Esto es, precisamente, lo que la física está revelando: en el núcleo del mundo material y cuanto la compone hay una realidad no física que puede ser denominada ondas de probabilidad, información, consciencia, pensamiento,... . Así, el físico Jeffrey Satinover ha señalado: *«La materia, sea lo que fuere, no tiene nada en esencia; es completamente insustancial. Lo más sólido que se puede decir sobre ella es que se parece mucho a un pensamiento; es como una pizca de información concentrada»*.

Una nueva forma de comprensión de lo real que tuvo uno de sus más notables pioneros en el filósofo inglés Herbert Spencer, nacido en 1820, quien postuló la existencia de una *«energía infinita y eterna de la cual proceden todas las cosas»*. Línea de investigación que ha ido evolucionando con aportaciones como las del genial físico, matemático e ingeniero Nikolas Tesla —señaló que en el núcleo de lo material hay una realidad no física que se expresa como vibración y tiene su razón de ser en información, consciencia o pensamiento— o el antropólogo y lingüista Gregory Bateson —llegó a afirmar que «la mente es la esencia de la vida»—.

Gracias a científicos como ellos, en el siglo XXI se empieza a describir la realidad substancial de cuanto existe como energía vibratoria asociada a alguna modalidad de información, idea o pensamiento. La Teoría de Cuerdas, por ejemplo, sostiene que las partículas fundamentales no son puntos, como ha mantenido la teoría de partículas convencional, sino cuerdas, objetos extensos y vibratorios. Para el

físico David Gross, premio Nóbel y uno de los máximos expertos en dicha teoría, partículas como el electrón o la radiación electromagnética corresponden sencillamente a las vibraciones de menor energía. En palabras de Fritjof Capra, prestigioso físico fundador del Instituto Elmwood, «*no resulta inverosímil pensar que todas las estructuras del Universo (desde las partículas subatómicas hasta las galaxias y desde las bacterias hasta los seres humanos) sean manifestaciones de la dinámica autoorganizadora del Universo, que hemos identificado como la Mente Cósmica*».

Lo que conduce, además, a la idea de una única identidad o unidad cosmogónica en la que todo se integra y se sostiene, tercer eje básico de *¿Y tú qué sabes?*. Unidad o Todo a la que pertenecen las distintas manifestaciones materiales, inmateriales y espirituales que nos ofrecen el mundo y el Universo en su globalidad interdimensional.

De hecho, ya Albert Einstein había considerado al ser humano como parte inseparable de una totalidad llamada Universo, si bien una parte limitada en el espacio y el tiempo. Destacó que «*la distinción entre el pasado, el presente y el futuro es solamente una ilusión*», pues los sucesos no se desarrollan, simplemente son. Y que otra especie de ilusión de nuestra consciencia hace que nos experimentemos a nosotros mismos y a nuestros pensamientos como algo separados del resto.

A propósito de lo cual, Erwin Schrödinger, Nóbel de Física en 1933 y otro de los padres de la mecánica cuántica, enfatizó la convicción de que «*todos estamos en todo (...) y nuestras vidas no son piezas, sino la totalidad; somos la totalidad del mundo*». Entendimiento al que se sumó J.S. Bell, autor en 1964 del Teorema que lleva su nombre, considerado como la obra aislada más importante en toda la historia de la física, y que viene a concluir que no existe nada que pueda llamarse verdaderamente «parte separada», porque todas las partes del Universo están conectadas de manera

íntima a un nivel fundamental, trascendiendo del tiempo y el espacio.

Una nueva senda para la ciencia donde brillan las contribuciones del profesor de física teórica David Bohm, que giran alrededor de la unidad esencial del Universo: cualquiera de sus elementos se contiene en la totalidad del mismo, que incluye tanto la materia como la consciencia. Convencido de que existen otros planos de la realidad a los que sólo podemos tener acceso a través de estados místicos —éxtasis, elevación del grado de consciencia,...—, subrayó que la globalidad de la creación y todos los planos dimensionales están conectados «en un estado de interminable flujo o doblado y desdoblado», siendo la evolución un signo de la inteligencia creadora explorando estructuras diferentes que van mucho más allá de lo que se precisa para sobrevivir. Para Bohm, existe un orden implicado plegado en la naturaleza que se despliega gradualmente a medida que evoluciona el Universo. Algo parecido a un holograma, aunque prefirió hablar de «holomovimiento»: forma parte de la realidad que se envuelve y se desenvuelve constantemente, entre el orden implicado y el orden manifestado, a un ritmo tal que el mundo visible aparece como uniforme.

Nueva visión y consciencia de unidad

Los contenidos que se han resumido a propósito de *¿Y tú qué sabes?* sitúan al ser humano ante una nueva visión y una novedosa frontera existencial relacionada con su propia toma de consciencia y la comprensión del entorno. Lo que conduce, como ha señalado Willigis Jäger, a la necesidad de acometer experiencias en el espacio transpersonal. Sin ellas no podremos sobrevivir como especie humana, afirma este monje benedictino, maestro zen, autor de obras como *La ola es el mar* (Desclée de Brouwer; Bilbao, 2002) y fundador de la Casa de San Benito en Würzburg (Alemania)

Tales experiencias transpersonales deben partir del hecho de que el «yo» es un éxito de la evolución, pero, al mismo tiempo, representa un obstáculo para que ésta siga su avance. Nos hemos desarrollado desde una consciencia prehomínida de la que progresamos hacia una consciencia mágica, luego mítica y ahora mental y racional. Pero no podemos quedarnos aquí: nuestra consciencia ha de ampliarse. En nuestro interior gozamos de capacidades para comprender la realidad de un modo que no puede abordarse con la razón. La personalidad, la experiencia de individualidad en libre albedrío, significa un gran logro de la evolución, pero al mismo tiempo supone una limitación. Caer en la cuenta de ello es esencial para cada persona y para nuestra especie.

Muchos piensan que su consciencia egóica —la ligada a su yo— es la única posibilidad de saber y comprender. Pero esto, indica Jäger, es igual de tonto que cuando creíamos que la Tierra era el centro del Universo. Con tal concepción nos hemos orientado hacia un enorme egocentrismo, que es la fuente de los males que afligen al mundo. Él nos ha llevado al borde de la desaparición. Para salir de esta limitación hay que entrar en el nivel de la unidad; constatar que somos uno con Todo y que sólo existe la Unidad. Una red de pescador consiste en numerosas mallas, una malla sola no tiene sentido: cada uno adquiere sentido en la totalidad.

Provenimos de un paraíso en el que alguna vez nos sentimos en una unidad simbiótica con la naturaleza. Lo que llamamos «pecado original» no es otra cosa que el haber desarrollado la consciencia individual fuera de esa simbiosis. Pero, apenas salimos de ella y pudimos decir «tú» y «yo», Caín empezó a matar a Abel. Desde entonces nuestra especie no ha hecho otra cosa que matarse mutuamente y eso se ha agravado muchísimo. Hemos llegado a un punto en el que no sabemos cómo vamos a terminar. En el siglo pasado se mataron mutuamente cien millones de personas y ninguna moral surtió efecto. Frases como «debes hacer» o

«tienes que» no han hecho adelantar a la especie humana para nada.

Cómo superar las limitaciones del yo es algo que las místicas de Occidente y Oriente siempre han sabido. Pero se puede hacer en las religiones y también fuera de ellas. La mayoría de las personas buscan hoy fuera de sus religiones. Lo importante es subir un piso más arriba en la experiencia de lo religioso. Las religiones predicán el amor y dicen «debes amar a tu prójimo igual que a ti mismo», pero no nos han ayudado a dar ni un paso hacia adelante. Decimos «mi religión», «mis creencias»,...: egoísmo. Y los que no estaban de acuerdo fueron quemados. Eso sigue igual en el presente: sunnitas y chiítas, judíos y musulmanes, fundamentalistas en la Iglesia Católica. Todos dicen «yo, yo, yo...»: los problemas del mundo derivan del egocentrismo.

Sólo cambiaremos, concluye Willigis Jäger, si entramos en un nivel nuevo de consciencia, en el espacio transpersonal. Se trata de vivir siendo más plenamente ser humano. Hay que preguntarse qué sentido tienen esos pocos decenios de mi vida en un Universo al que la ciencia calcula una antigüedad de 13.700 millones de años. La respuesta radica en ser plenamente humano. Expresado a la manera cristiana y en línea con lo que se expondrá en otros capítulos: Dios quiere ser persona en mí, tal como soy en este momento, con esta figura que tengo. Es el único motivo por el que existimos. Por eso bailo esta danza de la vida, pero yo no «estoy» bailando, sino que «soy» bailando, soy el baile. Dios se baila a Sí mismo en mí. Eckart dice que Dios se saborea a Sí mismo en las cosas. Ése es el motivo de mi existencia.

Yo tengo una importancia sin par. Por eso dice Eckart que si no estuviera yo, Dios no sería. Por eso tengo un significado único con mi vida, con esas escasas décadas en medio del Universo. Mi verdadera existencia no es la consciencia egóica del yo, sino la consciencia de Ser, algo que no nace y no muere. Lo que soy en lo más íntimo es algo que seguirá

cuando mi cuerpo físico haya muerto. Y no soy el único que está bailando, sino que bailan conmigo muchas personas, que tienen la misma importancia que yo. Cuando experimento esto, mi comportamiento cambia.

The Matrix: la mente del Todo

Retomando el paseo por películas que promueven una nueva visión a través de contenidos científicos, se podía alargar indefinidamente el repaso de aportaciones de las últimas décadas. Muestran que la ciencia está preparada para plantearse novedosas preguntas, a las que aún no puede responder, y abrir sus puertas a concepciones hasta hace poco vetadas por el saber académico tradicional.

Preguntas que, efectivamente, son nuevas, aunque puede que tengan respuestas antiguas que, con diversas denominaciones —hermetismo, esoterismo, Tradición, sabiduría secreta, ciencia oculta,...—, han llegado hasta nosotros transmitidas de generación en generación fuera de los cauces ortodoxos de aprendizaje. A ellas se acerca la ciencia cada vez con mayor velocidad, gracias especialmente al aire fresco aportado por los últimos avances de la revolución tecnológica y el inmenso mundo de la realidad virtual. Lo que se ha plasmado en películas de tanto éxito comercial como *The Matrix*, que permiten adivinar el contenido del gran conocimiento y constituyen una gran metáfora en torno al mismo.

The Matrix, dirigida por Andy y Larry Wachowski en 1999 y convertida después en trilogía (*Reloade* y *Revolutions*), presenta claras influencias del film *Ghost in the Shell* (1995) de Mamoru Oshii y aboga con contundencia por la existencia de una realidad subyacente, que es la verdadera, aunque nuestros sentidos nos hagan creer en una realidad aparente, virtual, puramente ficticia. El convencimiento de que ésta es lo único que existe nos convierte en máquinas

y nos pone al servicio de las máquinas. Sin embargo, el conocimiento de nosotros mismos, de lo que genuinamente somos, nos permite tomar conciencia de la existencia de la auténtica realidad, nos libera de las cadenas mecanicistas, nos introduce vertiginosamente en una nueva visión de las cosas, coloca la realidad aparente al servicio de nuestra consciencia interna, transforma nuestra existencia y descubre al auténtico ser que vive en nuestro interior.

En la cinta, el protagonista, Neo (Keanu Reeves), bajo la iniciación de Morfeo (Laurence Fishburne), adquiere consciencia de que el mundo que tomaba por verdadero no es sino una mera simulación virtual y que todos los seres humanos somos presos de una ilusión individual y colectiva, creada por la máquinas, conocida como Matrix. El grupo de rebeldes que lidera Morfeo rescata a Neo de la cosecha de personas donde se encontraba prisionero y le explican en qué consiste la realidad: se encuentran cerca del año 2199 y la humanidad está esclavizada por las máquinas, que tras el desarrollo de la inteligencia artificial se rebelaron contra la humanidad y ahora emplean a la especie humana como fuente de energía, mientras la mantienen adormecida en conexión a una falaz realidad virtual. En este mundo ficticio, los pocos humanos que han escapado del adormecimiento y han adquirido consciencia de la verdad pueden desafiar las leyes físicas y realizar hazañas asombrosas.

Sobre esta trama, nada en el film es casual. Parte de un saber antiguo que Heráclito de Éfeso ya enunció en el siglo VI a.C. mediante la célebre diferenciación entre aquellos que estando dormidos parecen estar despiertos y los que de verdad están despiertos y pueden comprender. Para despertar hay que emprender la búsqueda — «no es lo mismo conocer el camino que andar el camino», dice Morfeo—; conocerse a sí mismo — «no pienses que lo eres, sabes lo que eres», señala, igualmente, Morfeo—; y tener confianza en nuestras capacidades y talentos —es lo que en la cinta tras-

mite el Oráculo—. Búsqueda, conocimiento de uno mismo y confianza que aportan una nueva visión. Ella permite constatar lo ficticio del teórico mundo real, lo que enlaza con otra frase del guión: «bienvenido al desierto de lo real» (su autoría es del filósofo francés Jean Baudrillard, en su libro *Simulacro y simulación*, que aparece al inicio del film), donde el término desierto es una referencia no peyorativa, sino descriptiva, a una vida libre por fin de apegos y anhelos vanos e ilusos.

La nueva visión posibilita, además, que nuestra realidad interior actúe y mande sobre el mundo exterior y virtual que antes creíamos real —por esto, Neo puede volar o parar una bala con la mano—, siempre que seamos capaces de romper con esos apegos que nos atan al mundo de ficción y nos restan energía. Igualmente, la nueva visión hace que superemos los dualismos impuestos por la anterior visión: el «yin» y el «yang», los opuestos, se unen; el bien y el mal se unifican para trascenderse; y la maldad o la bondad pueden surgir en la figura de cualquiera con la finalidad de que la consciencia triunfe.

Conjunto de reflexiones que aparecen desparramadas por el argumento de la cinta con expresiones y consideraciones sacadas del budismo, el taoísmo, el zen o el hinduismo. Y con claves judaicas y cristianas, cual el atributo de «Elegido» que se da a Neo, similar al de «Mesías»; la denominación de Zión que se otorga a la última ciudad humana, en referencia a la Sión bíblica; o el nombre de Trinity que tiene el personaje (Carrie-Anne Moss) que conduce a Neo hasta Morfeo, en alusión a la Trinidad. Aunque la tradición filosófica y espiritual que más influencia tiene en la película es, sin duda, el hermetismo.

En particular, los saberes resumidos en *El Kybalión*, obra de raíces milenarias que cuenta con varias ediciones en castellano (por ejemplo, Edaf Ediciones; Madrid, 1988). No en balde, los hermanos Wachowski utilizan la trama como

excusa para escarbar bajo la superficie de la realidad aparente y descubrir lo que en ella subyace. Y, utilizando la metáfora de las nuevas tecnologías y el mundo virtual, ofrecen la conclusión de que esa realidad subyacente tiene una naturaleza mental. Lo que constituye la esencia del principio hermético del Mentalismo, reflejado así en *El Kybalión*: «*el Universo es una creación mental sostenida en la mente del Todo*»; «*el Todo es Mente; el Universo es mental*». El título de la cinta es, de hecho, un guiño a este influjo hermético, pues *El Kybalión* afirma que «*la mente del Todo es la matriz del Universo*». Parafraseando al ya citado Herbert Spencer, mental es la energía infinita y eterna de la cual proceden todas las cosas. En palabras de Ibn Arabi, padre del sufismo: «*el Universo es la sombra de Alá*».

Del laberinto (del fauno) al cielo (berlinés)

Al final de la búsqueda, ¿consistirá el encuentro en descubrir nuestro auténtico ser interior y constatar que es una porción —chispa, idea, pensamiento, energía...— que comparte la esencia de esa mente infinita y eterna que *El Kybalión* denomina Todo y comúnmente llamamos Dios?.

La famosa película de Guillermo del Toro titulada *El laberinto del fauno*, coproducción hispano-mexicana de 2006, arranca con una voz en «off» que nos introduce así en el argumento: «*Cuentan que hace mucho, mucho tiempo, en el reino subterráneo donde no existe la mentira ni el dolor, vivía una princesa que soñaba con el mundo de los humanos: soñaba con el cielo azul, la brisa suave y el brillante sol. Un día, burlando toda vigilancia, la princesa escapó. Una vez en el exterior, la luz del sol la cegó y borró de su memoria cualquier indicio del pasado. La princesa olvidó quién era, de dónde venía; su cuerpo sufrió frío, enfermedad y dolor; y, al correr de los años, murió. Sin embargo, su padre, el rey, sabía que el alma de la princesa regresaría, quizá en otro cuerpo, en otro tiempo*

y en otro lugar. Y él la esperaría hasta su último aliento; hasta que el mundo dejara de girar».

¿Constituirá esta historia, protagonizada en el film por Ofelia (Ivana Baquero), una hermosa metáfora y una bella aproximación a la experiencia que los seres humanos vivimos inmersos en una ilusión de individualidad, pues verdaderamente estamos integrados en una única identidad de esencia divina, infinita y eterna?. Retomando *El hombre rebelde* de Camus mencionado al comienzo del Capítulo 1, ¿será con el olvido de nuestro linaje divinal cuando comienza el tiempo del exilio, de la interminable busca de justificación, de la nostalgia sin objeto, de los interrogantes más penosos, los del corazón que se pregunta dónde puedo sentirme en mi casa?. Agustín de Hipona relacionó el «conócete a ti mismo» con la divinidad y señaló como finalidad de la vida «conocerme y conocerme» («noverim te, noverim me»). ¿Se conoce el ser humano cuando va al fondo de sí y halla esa estirpe divina?.

El propio San Agustín cuenta en sus *Confesiones* (Libro X, 27) la experiencia del encuentro partiendo del «Sero te amavi, pulchritudo tam antiqua et tam nova»: «*Tarde os amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde os amé. Y he aquí que Vos estabais dentro de mí y yo de mí mismo estaba fuera; y por defuera yo os buscaba. Y en medio de las hermosuras que creasteis irrumpía yo con toda la insolencia de mi fealdad. Estabais conmigo y yo no estaba con Vos. Manteníanme alejado de Vos aquellas cosas que si en Vos no fuesen, no serían. Pero Vos derramasteis vuestra fragancia, la inhalé en mi respiro y ya suspiro por Vos (...)* Encendime en el deseo de vuestra paz»

Bajo esta óptica, todos los seres humanos somos buscadores, pero nos encontramos en distintos grados de conciencia y conocimiento íntimo:

— Buscadores que, cegados por la luz del sol, desconocen que lo son; príncipes y princesas que han olvidado su linaje y sufren la nostalgia sin objeto.

— Buscadores que han tomado consciencia de serlo y buscan recordar lo que son, de dónde vienen, cuál es su casa.

— Buscadores que ya han experimentado el encuentro, hallando dentro de sí lo que buscaban por defuera, y continúan en el mundo de los humanos para ayudar a tantos príncipes y princesas que buscan y, aún, no encuentran.

— Y buscadores que experimentaron el encuentro y para los que terminó el tiempo del exilio. Viven ya con su padre en el reino donde no existe la mentira ni el dolor, que en verdad no es subterráneo, sino Luz que no ciega. De él no querrán volver a salir jamás.

Con relación al tercer tipo de buscadores, de algún modo hay que llamarlos, la obra maestra del cine *El cielo sobre Berlín*, cinta de 1987 dirigida por Win Wenders con base en una novela de Peter Handke, realiza una alegoría sobre ellos a través de dos ángeles que vagan por el Berlín de la posguerra. Invisibles a los seres humanos, salvo para los niños y los sencillos de corazón, dan su ayuda a las almas perdidas, aunque sin poder cambiar el curso de las cosas. Pero la misma ansia que empuja a la princesa de *El laberinto del fauno*, impulsa a uno de ellos a transformarse en humano, decidido a sentir sensaciones y sentimientos que no sean puramente espirituales —se enamora y sacrifica su inmortalidad por una joven y hermosa trapecista—. Transformación que, exactamente en sentido inverso, es una metáfora acerca del camino de transfiguración que recorreremos los seres humanos cuando comprobamos en la búsqueda que la felicidad no se halla en experiencias materiales, ni en los apegos y guiños del mundo exterior.

Ahora bien, la evolución por estos diferentes tipos de buscadores, es decir, de grados de consciencia y conocimiento interior, ¿acontece en una sola vida o lo largo de una cadena de vidas que constituye nuestra auténtica exis-

tencia humana?. La teoría de la reencarnación remite a esta segunda posibilidad. A lo que va ligado el término sánscrito «samsara», que desde 2001 ha hecho suyo el *Diccionario de la Lengua de la Academia Española*: «en algunas doctrinas orientales, ciclo de transmigraciones, o de renacimientos, causados por el karma».

La película *La fuente de la vida*, de 2006, dirigida por Darren Aronofsky, aporta claves muy hermosas e interesantes al respecto a través de las experiencias del protagonista (Hugh Jackman), que transita del siglo XVI al XXVI por un proceso de reencarnaciones incitado por el amor a su mujer (Rachel Weisz), que padece cáncer, y en busca del Árbol de la Vida que le permita salvarla de la enfermedad.

La influencia secreta de la música

En *La fuente de la vida*, el recorrido por centurias tiene el acompañamiento de la magnífica banda sonora de Clint Mansell. También los seres humanos contamos con la música a lo largo de la búsqueda; y con el encuentro, sus notas explotan en un canto de sublime armonía y equilibrio. Y tratándose de búsqueda y música, hay que recordar a Cyril Scott y su muy peculiar libro *La música: su influencia secreta a través de los tiempos* (Editorial Orión; México D.F., 1968 -traducción de la 6ª edición inglesa de 1958-).

Entre otras muchas cosas relativas a los poderes ocultos de la música, este pianista y compositor británico nos recuerda que Brahms confesó, cuatro meses antes de fallecer, que cuando componía se sentía inspirado por un poder fuera de él; creía en un Espíritu Supremo y mantenía que sólo cuando el artista se abría a Él se hallaba en condiciones de componer obras inmortales. Lo podemos entender escuchando su *Sinfonía n.º 4 en mi menor*. Y aún mejor en sus *Cuatro cantos graves*, postrera obra del compositor, presagio

del cercano final, donde la muerte aparece concebida como un retorno a la Unidad Divina.

A lo que también se refería Beethoven en esta frase que se le atribuye: «*Música: Las vibraciones en el aire son el aliento divino hablando con alma de hombre. La música es el lenguaje de Dios*». La película *Copying Beethoven*, de 2006, dirigida por Agnieszka Holland, la recoge en la única escena en la que el compositor (Ed Harris) se sienta para conversar sosegadamente con su copista (Diane Kruger). ¿Alguien puede dudarle con la *Novena* sonando de fondo?.

Quizá porque la música, la vibración, es el lenguaje divino, Johann Sebastian Bach pudo sintetizar a través de ella la búsqueda humana. Lo hizo magistralmente mediante varias composiciones. En el *Preludio de Coral para Órgano (BWV 646)* simbolizó el proceso de búsqueda con una serie de notas básicas que se repiten en desarrollo mientras el fondo musical se hace cada vez más rítmico y complejo, reflejando la perfección lograda por el aprendizaje en nuestra experiencia humana en sucesivas encarnaciones. Es en este marco en el que el ser humano, por fin, encuentra. Y lo hace desde su interior (Bach lo representa en la utilización del cello) y en sagrada soledad: ahí el por qué de la *Suite de cello solo nº1 (BWV 1007)*. Por fin, tras el encuentro sólo queda la paz y la felicidad perfectas. Lo que el músico representó en dos violines cuyas dulces notas se hacen finalmente una en un proceso que es prolongado, pero no demasiado en un contexto de eternidad: su *II Largo, ma non tanto del Concierto para dos violines (BWV 1043)*.

Búsqueda y encuentro que también se hallan en otras muchas piezas musicales de muy diversos compositores, desde el muy conocido *Canon* de Pachelbel —con dos bandas melódicas que avanzan en equilibrio y riqueza como símbolo de la naturaleza una y doble, interior y exterior, del ser humano— al dulcísimo *Largo from «Serse»* de Handel. Como subraya Cyril Scott, «la melodía es el grito del hom-

bre a Dios; la armonía es la respuesta de Dios al hombre». Una respuesta que descubrimos en la inspiración de Mozart, la simpatía de Mendelssohn, el refinamiento de Chopin, la feminidad y la infancia volcadas en Shumann, la profundidad iluminada de Wagner, el individualismo de Strauss, el puente a la divinidad de Franck, las reminiscencias akásicas y de «mantras» de Debussy, el exponente dévico de Scriabin o la sublimación de la fealdad de Moussorgsky, sin olvidar a Grieg, Tschaikowsky, Delius, Ravel y tantos otros.

El sonido vibratorio como apoyo en la búsqueda y al servicio de la evolución interna del ser humano. Sin principio, ni final. No por casualidad, Bach y Beethoven dirigieron sus últimos esfuerzos al «arte de la fuga» como forma musical suprema y vanguardista. Beethoven insistió en ello en su lecho de muerte. Y Bach, alcanzó la cima de su genial escritura contrapuntística en sus obras finales, especialmente en la inacabada *El Arte de la fuga* y en la *Ofrenda musical*. En ésta, la mención «buscad y hallaréis» revela el esoterismo de un Bach volcado hacia la tradición medieval, donde el contrapunto era tarea de iniciados, no accesible a todos los oídos.

Y es que la música no transmite lo mismo para cada cual; y no puede describirse con palabras. Tal es su grandeza y naturalidad. Se diferencia, así, del lenguaje oral. Éste constituye un instrumento fundamental para racionalizar internamente y transmitir a los demás los conocimientos derivados de nuestras experiencias vitales e intelectuales. Pero esto hace que, de manera inconsciente, tendamos a creer que la experiencia existe en letras y palabras, confundiendo el hecho experiencial con su expresión literal.

Lo cierto es que cuando de manera conceptual se refleja una experiencia, ésta asume su propia objetividad, que solemos tratar de modo independiente. Por lo que existe el peligro tanto de malinterpretar el concepto, tomándolo como hecho experimentado, como de terminar olvidando la experiencia misma. Sin embargo, ésta se sitúa muy por

encima de las nociones que utilizamos para interiorizarla o transferirla. Y el examen y estudio de los saberes teóricos no pueden hacer olvidar que lo importante es esa experiencia viva, genuina, pura y directa.

Para enfatizar lo anterior, existe una sabiduría ancestral que insiste en que no se trata de «conocer», sino de «ver». Porque el avance espiritual de cada ser se forja en la experiencia, la cual no puede ser transmitida tal cual es, corriéndose siempre el riesgo de diluirla entre los conceptos y nociones abstractos. Debido a ello, diversas escuelas de pensamiento nos han advertido sobre lo que sintetiza muy bien esta reflexión tomada de los maestros zen: *«por muy grande que sea el entendimiento de los conceptos, éstos, ante la experiencia real, son como copos de nieve cayendo sobre el fuego»*. Por muy exactas y detalladas que sean las explicaciones, no hacen más que girar alrededor de la experiencia en sí, sin abarcarla nunca.

La música se mueve en la esfera de «ver». Lo hace por medio de la vibración. Esto la enlaza directamente con lo que algunos textos sagrados consideran el arranque de la existencia. Recuérdese el inicio del *Evangelio de San Juan*: «Al principio fue el Verbo». Pitágoras descubrió, dando lugar al nacimiento de lo que hoy entendemos por ciencia, que el tono guarda relación con la longitud de la cuerda: vibración. Hubo que esperar siglos para que el gran científico Michael Faraday demostrara que el magnetismo, la electricidad, la luz y el sonido son distintos aspectos de una misma fuerza: vibración. Y, en la época actual, según la ya citada Teoría de Cuerdas, el más novedoso intento de construir una teoría unificada del comportamiento de la materia en el Universo, la mejor manera de representar la conducta de las ondas de partículas subatómicas es una cuerda que vibra: vibración.

El Kybalión sintetiza así el principio de vibración: «nada está inmóvil; todo vibra». Y asegura que su entendimiento permite el control de las vibraciones mentales y de los fenómenos naturales, en el convencimiento de que son los distintos grados vibratorios los que explican las diferencias entre las diversas manifestaciones de la materia, la mente y el espíritu. Ahondaremos en ello en próximos capítulos.

Racionalidad e irracionalidad

Apreciaciones conectadas con las que Antonio Damásio vierte en su libro *En busca de Spinoza* (Editorial Crítica; Barcelona, 2005), en el que indaga en la inteligencia humana. Para ello, profundiza en la tesis de Pascal acerca de que el corazón tiene razones que la razón no comprende, rastrea respuestas en la filosofía y la ética y constata la permanencia de una sabiduría ancestral que sostiene que la inteligencia humana camina sobre dos piernas, la racional y la irracional, ambas de idéntica utilidad y significación.

De ahí que la vigente preponderancia de lo racional constituya un grave error, pues cierra las puertas a otras formas —intuición, inspiración, sentimiento— de adquirir conocimientos y forjar experiencias. La hegemonía de la racionalidad ha llevado a pensar que las decisiones correctas han de tomarse sin que intervenga lo sensitivo. Pero Damásio sostiene que requieren de una triada de elementos: emoción, conocimiento y razón. Los tres deben manejarse en equilibrio y mediante una negociación entre el abanico de posibilidades que permiten. La irracionalidad es una herramienta que nos ayuda a elegir entre opciones y que se complementa con el conocimiento racional. No tenerlo en cuenta, lejos de evitar la irracionalidad, la coloca fuera de control y nos convierte en esclavos de las emociones y el entorno.

Bajo este prisma, podemos entender mejor tantas tradiciones espirituales que nos hablan de los humanos como seres de «luz» que, encarnados en una realidad tridimensional donde la «luz» no es percibida por nuestros sentidos físicos, la buscamos ansiosamente en el mundo exterior. Creemos que se puede hallar en los objetos y realidades materiales tridimensionales que nos rodean, cuando realmente se encuentra en nuestro interior, pues es nuestra auténtica esencia, la que nos une a la divinidad y nos hace «Hijos de Dios». El mundo exterior nos engatusa tanto como para creer que podemos encontrar en él una felicidad que sólo está en la divinidad de nuestro verdadero ser. Pero no hay torpeza en esta manera de obrar. Se trata de un plan preconcebido: un plan llamado humanidad. De él formamos parte de modo consciente —aunque hayamos perdido la consciencia de ello— y voluntario —una elección tomada desde la Eternidad—.

Por tanto, nos estamos buscando a nosotros mismos: buscamos la luz que somos, la única que da sentido a nuestra auténtica existencia y nos proporciona la verdadera felicidad —constante, intensa, profunda y plena—. El fin de la búsqueda, el gran encuentro, se produce curiosamente cuando, ¡qué sencillo!, nos descubrimos a nosotros mismos: hallamos la luz, acontece la «Iluminación». Merece la pena detenerse en ello y lo haremos de inmediato, en el próximo capítulo, con el apoyo de Deepak Chopra y su obra *El camino de la sabiduría* (Martínez Roca; Madrid, 1999). El ego, el triunfador, el dador, el buscador, el vidente y el espíritu nos esperan.

PARTE II

CONSCIENCIA

CAPÍTULO 3 BÚSQUEDA INDIVIDUAL, ENCUENTRO EN LA UNIDAD

Experimentar la individualidad

En los dos capítulos precedentes se ha insistido, tanto desde la perspectiva espiritual como científica, en la Unidad de cuanto existe. Y en la integración en ella de todos y cada uno de los seres humanos, que somos y existimos en la medida en que a la Unidad pertenecemos. ¿Por qué, entonces, nos contemplamos a nosotros mismos como un yo separado, un individuo con personalidad singular?. A contestar este interrogante se dirigen las páginas que siguen.

Como aperitivo, tomando como base el título de la obra de Willigis Jäger ya mencionada, podemos imaginar un inmenso mar. En su superficie, debido al efecto del viento, se forman olas de distintos tamaños. Obviamente, tales olas nunca serán otra cosa que el propio mar: de él surgen, con él comparten su naturaleza acuosa y marina y en él, finalmente, se esparcen y disuelven. Aún así, las olas, cada una de ellas durante el tiempo que lo son, pueden teóricamente experimentar la ficción de una existencia individual y separada del mar, olvidando, incluso la existencia de éste y su pertenencia a él.

Pues bien, algo semejante le ocurre al ser humano. El mar es la Unidad en la que somos y existimos. Y nuestra experiencia en la tridimensionalidad, en el mundo de tiempo y espacio que nos rodea y del que nuestros sentidos físicos se percatan, es similar a la de las olas del ejemplo: vivimos, como ellas, una ilusión de separación e individualidad. Eso sí, lo hacemos en libre albedrío, lo que posibilita un hecho maravilloso: cuando retornamos a la Unidad, es decir, cuando adquirimos consciencia de pertenecer y ser en ella, pues de la Unidad nunca salimos, lo hacemos no mecánica-

mente, ni por inercia, sino tras vivir una serie de experiencias que hacen posible tal toma de consciencia. En palabras usadas en páginas anteriores, la llave que abre la puerta del regreso a la Unidad es la expansión de nuestra consciencia. Y cuando esto acontece se expande la consciencia de toda la Unidad. Una expansión que trasciende el espacio-tiempo, pues la Unidad ya es Todo, y ostenta carácter vibracional y energético.

Sin entrar en detalles acerca de consideraciones que inmediatamente se expondrán, puede adelantarse que la experiencia de individualidad que cada uno vive en calidad de ser humano conlleva primeramente, tras la inicial inocencia que el recién nacido pronto pierde, comportamientos egóicos: el «ego» quiere lo que le produce felicidad y, de manera radical, se identifica con el mundo exterior que se la proporciona. Nos inundan los apegos y anhelos materiales (dinero, riqueza, poder, éxito, fama, reconocimiento social, emociones placenteras,...). Y bajo el acicate de sus influjos, la persona no tarda en convertirse en «triunfador» y pugna por alcanzar la totalidad de sus deseos y aspiraciones materiales. Si no lo consigue, surge la frustración y se repiten los intentos. Pero si lo logra, curiosamente, también aparece una insatisfacción ligada al sentimiento de carencia o falta de plenitud. Íntimamente se intuye que tiene que haber algo más, aparte de lo material, capaz de proporcionarnos una vida más llena, abundante y auténtica.

En este marco, la suma de experiencias pondrá de manifiesto que hacer cosas por los otros reporta, igualmente, felicidad: además de la vía del servicio a mí mismo, empezamos a divisar la vía del servicio a los otros como fuente de alegría y bienestar interior. Es más, notamos que las satisfacciones generadas por el altruismo son más intensas y permanentes que las del egoísmo. Este hecho trascendental nos introduce en la hermosa aventura del «dador». Y el concepto del otro, al que queremos servir, se va ampliando. El sistema o esfera

hacia el que dirigimos nuestra acción de dar es cada vez más grande y generoso: familia, amigos, comunidad, sociedad, humanidad, planeta,... . Hasta que llega un momento en el que el ímpetu de darnos a los demás coloca a nuestra individualidad —al ego— en un punto límite y la lanza a dimensiones antes impensables. Queremos dar sin recibir nada a cambio y nos parecen insulsos muchos de los objetos y emociones que antes nos provocaban placer. Se comienza a sentir la necesidad de ver más allá de lo material, de contemplar otra realidad que aún no vemos, pero que intuimos que está ahí, esperándonos al otro lado del espejo. El ser humano empieza a verse a sí mismo como «buscador».

La búsqueda nos conducirá a nuevas experiencias que irán quebrando nuestra identificación con el yo, que hasta ahora había sido absoluta. El ego, sus afanes y proyectos, nos va dejando de interesar. Y cuando cesa toda identificación externa y el ego llega a su final, el buscador se convierte en «vidente». Como tal, recuperamos la inocencia perdida, que ya no será mero sentimiento, como le ocurre al recién nacido, sino consciencia, conocimiento profundo de lo que soy y de lo que es. Se diluyen los conceptos de nacimiento y muerte y desaparece cualquier identificación con el cuerpo y la mente, apareciendo, en su lugar la expectativa de una Vida Impersonal. Con lo que el vidente se transfigura en «espíritu».

Tomamos consciencia de que lo Real es la Unidad (el mar, volviendo al libro de Jäger), siendo el Amor Incondicional la fuerza que fragua la unión. Y de que no somos un trozo o fragmento de la Unidad (una ola cualquiera del inmenso mar), sino la Unidad en su integridad (la ola es el mar, como afirma el título de la obra), por lo que existir en Unidad, lejos de empequeñecernos, nos eleva espectacularmente. En definitiva, bella paradoja, encontramos en la Unidad la felicidad perfecta que ansiamos desde la indi-

vidualidad. El libre albedrío es lo que nos hace perder el camino; pero también lo que nos permite reencontrarlo.

Transformados en espíritu, tal como se analizará en profundidad más adelante, se descorre el velo y vemos que no somos parte de la Creación, sino la Creación misma. Y que no sólo somos Creación, sino Creador, ya que Creador y Creación son Uno: el Creador crea desde su Consciencia completa de Ser y con la única referencia de su Ser; y la Creación está íntima e inseparablemente unida a Él y actúa de Creador por medio de la expansión de la Consciencia. Por esto, los seres humanos creamos lo que creemos; y si pasamos de vidente a espíritu es por una toma de consciencia sobre nuestro verdadero ser que expande, a su vez, la consciencia de la Unidad. Contemplamos entonces nuestra esencia divina y percibimos a Dios, a nosotros mismos, como Ser infinito que se mueve a velocidad infinita a través de dimensiones infinitas con Consciencia Perfecta y Amor Incondicional.

Antes de llegar a esta experiencia sublime, habremos comprendido que todos somos un único Ser viviendo la experiencia de individualidad en distintas circunstancias: la compasión y el amor al prójimo, sin distingos ni predilecciones, serán las consecuencias de tal descubrimiento. Y que el egoísmo o el altruismo son iguales desde su dimensión de experiencias que tenemos que vivir, conocer y acumular en libertad a lo largo de la senda por la que incrementamos nuestro grado consciencial. Por ello, el mal no es sino la ausencia de bien (de idéntico modo que no existe la oscuridad, sino carencia de luz; ni el frío, que es falta de calor). Y nadie es superior o más privilegiado que otro. Nos obsesiona dividir la realidad en yo y otro, lo tuyo y lo mío, bien y mal, santo y pecador, pío e impío, mejor y peor, superior e inferior, alto y bajo; pero la realidad es que la vida, toda y sin excepciones, constituye un colosal flujo divino de Amor y elevación de la consciencia.

El impulso de poseer conocimiento y realización —consciencia— es lo que empuja la vida hacia delante y expande el Universo. La Creación es consciencia y se expande por la consciencia: ser Creador significa adquirir consciencia de ser. Cada ser humano es el Ser Uno experimentando una ilusión de individualidad con la que el Ser Uno se expande energéticamente como algo innato a su naturaleza creadora. Nuestras experiencias abren y amplían los horizontes de la individualidad hasta llevarla a un límite donde el ego es sustituido por el espíritu y brilla el Amor. La expansión de la consciencia que ello depara expande la Creación. Cuando un ser humano aumenta su grado de consciencia, ejerce de Creador (en otros capítulos se ahondará sobre cómo Creador y Creación se fusionan y unifican siendo, de hecho, una misma cosa, sin división ni fragmentación).

¿Increíble?. Así parece desde la visión preponderante y por la falta de conocimiento de uno mismo. No lo es, sin embargo, desde la nueva visión en la que se insistió en páginas anteriores y cuando nos conocemos a nosotros mismos. A esto nos ayudará un repaso pormenorizado de lo que se acaba de resumir en los párrafos precedentes. Lo haremos siguiendo el texto ya citado, *El camino de la sabiduría*, de Deepak Chopra.

Pérdida de la inocencia: el ego

Al nacer —en los primeros días, semanas o, incluso, meses de vida— nuestro estado es de inocencia y brilla la consciencia. No cuestionamos la existencia, ni nos preguntamos quiénes somos. Vivimos en la aceptación de nosotros mismos; en la confianza y el amor. Y estamos inmersos en lo intemporal, sin noción de pasado ni de futuro, sólo de un presente que se va desdoblando (la eternidad es un presente continuo que se que renueva de manera constante). Nos sentimos omnipotentes en nuestro mundo y todo lo que ve-

mos y percibimos lo contemplamos cual reflejo de nosotros mismos, en Unidad.

Pero esta pureza es fugaz. Muy pocas personas recuerdan su pérdida, pues ocurre en los primeros tiempos de la infancia. Equivale, de hecho, a nacer de nuevo. Comenzamos a considerar nuestro respectivo «yo»; y a los «otros», personas u objetos, como creaciones aparte. Mostramos una tendencia innata a pasar del mundo intemporal al de las horas, días y años; del silencio del mundo interior a la actividad del exterior; y de la absorción en uno mismo —consciencia de ser— a la identificación con todas las cosas fascinantes que nos rodean. Surgen deseos que no podemos satisfacer de manera inmediata y se experimenta el dolor.

Lo cierto es que los seres humanos no perdemos la inocencia al crecer, ya que ésta se mantiene intacta, como esencia, en su integridad. Lo que sucede es, sencillamente, que la vamos olvidando. Nos habituamos a vivir en fragmentos, de espaldas a la Unidad; y da la impresión de que desaparece lo que realmente somos. Pero es sólo una ilusión: la esencia permanece y la pérdida de la inocencia es un acontecimiento real que, a la par, no tiene ninguna realidad. En cualquier momento podemos recuperar la inocencia que existe en nuestro interior y tomar consciencia de nuestro verdadero ser (al menos, como se verá, el grado de consciencia alcanzable en el plano humano).

Por tanto, al principio no había separación (aunque como se examinará en su momento, sí traemos con nosotros la separación vivida como experiencia en vidas físicas anteriores). Sin embargo, transcurrido un corto tiempo de vida, todo bebé comienza a percibir el mundo exterior como algo diferente de él mismo. Poco a poco, ciertas cosas pasan a identificarse como «yo» y el resto como «no yo», pues para tener «yo» también debe existir el «tú» o el «otro». En el plan de la naturaleza, un bebé responderá automáticamente a su madre como fuente de amor y nutrición. Pero es una

fuente situada fuera del bebé mismo. Ahí está la trampa. Y durante años añoraremos nuestro propio ser antes de que alguien más apareciese en escena.

En la separación empieza la búsqueda de uno mismo en los objetos y acontecimientos. Se pierde la capacidad de verse a sí mismo como fuente y espacio de todo lo que es. El mundo exterior y sus objetos se vuelven fascinantes; la felicidad se liga a ellos. La referencia al objeto sustituye la referencia del bebé a sí mismo. El ego se dice «esto es yo, eso no es yo». Así, el nacimiento del ego supone el de la dualidad: el principio de los antónimos y el comienzo de la oposición. Además, da origen a sentimientos y sensaciones que en la edad madura todavía se pueden percibir: el miedo al abandono, la necesidad de aprobación, el espíritu posesivo, la angustia de la separación, la preocupación e, incluso, la lástima por uno mismo.

Nos convertimos en adictos al mundo y configuramos un sentido del yo atado a las experiencias y recuerdos individuales que vamos acumulando: nuestra pequeña historia personal de apegos y anhelos materiales que proyectamos hacia el futuro, confiando en encontrar en él la felicidad y la vida llena y auténtica que no hallamos en el pasado. Olvidamos que el presente es lo único real y nos introducimos en una vida de ficción que, cual pelota de tenis, va del pasado al futuro y viceversa.

Mas la pérdida de la inocencia y el nacimiento del yo son pasos absolutamente necesarios en nuestro proceso de aprendizaje en torno a la individualidad. Y debajo de estos cambios actúa una fuerza profunda ligada en su raíz con el por qué de nuestra propia existencia como humanos.

El triunfador

Una vez que el ego ha aparecido en escena, emerge también el impulso del triunfador, un poderoso ímpetu que nos

empuja a salir al mundo y vencer. Las señales de ello son primarias: el bebé pronto quiere andar y empieza a protestar si su madre no se lo permite. Este deseo de escapar y deambular fuera del anillo de protección materno es tímido al principio, pero con el tiempo, el mismo bebé que anhelaba que lo abrazaran, llora para que lo suelten. Se trata de un instinto beneficioso, porque lo desconocido es fuente de miedos y si el bebé no saliese a conquistar el mundo crecería temiéndolo cada vez más.

El impulso del triunfador es la señal del ego en acción, probándose a sí mismo que la separación es soportable. Y su surgimiento es imprescindible para que los seres humanos adquiramos confianza desde la perspectiva de singularidad. Hay que insistir en que la existencia que hemos elegido como mortales en este mundo de objetos y acontecimientos trata de una cosa: experimentar la individualidad y, en libre albedrío y vía aumento de la consciencia, trascender de tal estado. Y para ser individuo es necesario el ego; y para ello es preciso el nacimiento del triunfador, que hace que éste sea un mundo lleno de cosas que hacer y aprender.

La sed de triunfo aplastará al auténtico propósito de la búsqueda. Nuestra consciencia queda ignorada, adormecida, bajo una amplia batería de inclinaciones que nos conducen a lograr el reconocimiento social, a ponderar el éxito por encima de cualquier otra cosa, a sacralizar la propiedad y el dinero, a idolatrar la propia imagen y el poder. Dejamos de vivir en el presente, lo único que en verdad existe, y deambulamos entre el recuerdo subjetivo de un pasado lleno de tareas pendientes e insatisfacciones y un futuro al que confiamos nuestra realización personal. Las pre-ocupaciones (futuro) se anteponen a las ocupaciones (presente); y hasta el dolor lo sublimamos a través del ego como sufrimiento, otro apego más. En libre albedrío, las personas decidimos que el mundo exterior es más importante que

nosotros mismos y arrinconamos la consciencia sobre nuestro verdadero ser.

Es así como el ego asume el mando de nuestra vida, sin ofrecer realmente ninguna posibilidad de realización. Controla y carece de amor; ansía tomar todo lo que pueda para sí mismo en el convencimiento de que la vía del servicio a mí mismo y sólo a mí es la apta e idónea para alcanzar la felicidad. Todas las personas, a lo largo de la cadena de vidas que conforma nuestra encarnación en el plano humano, marchamos un tiempo más o menos prolongado por esta vía. Nada malo hay en ello desde la perspectiva divina, pues el libre albedrío marca el rumbo más acertado.

No obstante, un buen día, fruto de la acumulación de experiencias, el ego encuentra que la felicidad no reside sólo en tomar, sino, igualmente, en dar. Y la acción de dar no se limita a ofrecer dinero o cosas a otra persona; existe también el servicio al otro, el darse uno mismo; y la devoción, la acción de dar amor bajo su forma pura. Eso sí, no se experimenta el placer de dar mientras se haga porque alguien lo ordena o porque se piense que es lo correcto: la acción de dar tiene que ser espontánea y desinteresada.

El dador

El dar libera al ego de muchas clases de miedo: del temor al aislamiento, al que forzosamente conduce el egoísmo total; del pánico a la pérdida, que nace porque no podemos tenerlo todo para siempre; del espanto ante los enemigos, los que pretenden quitarle cosas. Pero hay aún algo más hondo, pues la acción de dar relaciona a dos personas, una que da y otra que recibe. Esta relación hace que surja un nuevo sentido de pertenencia: la pertenencia activa de alguien que ha aprendido a crear felicidad. Y es que el dar es creativo. La persona se desprende libremente de algo, pero no tiene sensación de pérdida. En vez de ello, el ego siente

placer; un placer distinto, más agudo y cálido, que el placer de tomar derivado del impulso del triunfador. Se trata, sin duda, de un descubrimiento trascendental.

El nacimiento del dador indica que el ego, aunque siga dominando al ser interior, ha empezado a mirar fuera de sí. No es que el ego esté comenzando a morir, sino que amplía su campo de visión. La muerte no existe y nada tiene que perecer con el fin de alcanzar la meta de nuestra búsqueda. En el manido y erróneo concepto de la muerte del ego subyace la idea de que hay cosas en nosotros que Dios condena. Pero esto de ningún modo es así: el plan divino consiste en que nos busquemos a nosotros mismos en completo libre albedrío; y posibilita y permite todas las experiencias, incluso que deseemos explorar como ser egoístas, ignorantes, groseros, ladrones, asesinos o carecer totalmente de fe. Y no somos juzgados, pues ninguna de nuestras acciones es buena o mala a los ojos divinos: el pecador y el santo son sólo máscaras que nos ponemos; y el pecador de hoy puede que esté aprendiendo a ser santo en la próxima vida física. Como se desarrollará en el Capítulo 8, dedicado al Bien y al Mal, todos estos papeles son ilusiones en la óptica divinal.

Ahora bien, la aparición del dador no significa que el ego sienta amor, ya que esto es un imposible. El ego puede sentir intensamente placer, satisfacción propia o apego y, a veces, a estos sentimientos les llamamos amor. Pero éste es de naturaleza abnegada y se requiere un acto de abnegación para que surja el auténtico amor, el amor al prójimo. Como se expondrá en los últimos epígrafes del presente texto, el amor es universal y no toma partido. Al ego no le gusta en absoluto este hecho y piensa que él sí es merecedor del amor de Dios, pero no el otro o los otros. Obviamente, ésta no es la perspectiva divina. Desde ella el pecado se contempla como ilusión; nada de lo que equivocadamente consideremos pecado puede causar la más mínima mancha en el amor de Dios.

El buscador

El que da, empieza dando sólo a la familia y los amigos; luego, a instituciones benéficas o a un colectivo o asociación concreta: después a la comunidad local o a la sociedad en su conjunto. Así, la esfera o el sistema en el que se ejerce la acción de dar se va ampliando. Finalmente, la perfección derivada de las experiencias provoca que la inclinación a dar no quede satisfecha hasta que todos los seres humanos resulten beneficiados. Y esto, el impulso a darnos a todos los demás habitantes del mundo, lleva nuestra individualidad al límite y la transporta a planos hasta entonces inimaginables.

Llegados a este punto, estaremos ante una experiencia francamente apasionante. Por un lado, el aprendizaje de nuestra individualidad habrá dejado atrás al triunfador, al encontrar una fuente de placer más completa: la acción de dar. Igualmente, habremos ejercitado tal acción con nuestros seres queridos y con nuestro entorno más cercano hasta que nos inundó una sensación interior de insuficiencia: requerimos más y deseamos dar a todos los seres humanos e, incluso, al planeta en su globalidad. Y, por fin, cuando creíamos logrado nuestro objetivo, nos topamos con una nueva sorpresa: el dador que quería abrazar al mundo se da cuenta de que el mundo ya no es para él fuente de realización.

Cosas y emociones que antes nos producían placer comienzan a parecernos insulsas: no es una renuncia o sacrificio, sino pérdida de entusiasmo por cosas que antes nos encandilaban. En particular, ya no produce satisfacción la necesidad que tenía el ego de aprobación e importancia propia. Se empieza a sentir la necesidad de contemplar otra realidad más allá de la material; aún no la vemos, pero intuimos que está ahí, esperándonos, al otro lado del velo. Aparece la sed de ver el rostro de Dios, de vivir bajo la luz, de explorar el silencio de la consciencia pura.

De esta forma, el dador se transfigura en buscador. Ya éramos buscadores, pero sin saberlo. La diferencia es que ahora somos conscientes de serlo. Las viejas y conocidas preocupaciones del ego se apartan y se amplía el sentido del yo. Ansiamos experiencias espirituales y presentimos una fuente de amor y realización que ni siquiera el amor más intenso de otra persona nos puede facilitar. Desde que vimos la luz del mundo hemos deseado más y más. Y nos convertimos en buscadores conscientes cuando nuestros deseos se han incrementado hasta el punto de que nada nos satisface salvo encontrar a Dios. Gracias a la encarnación en distintas vidas físicas como seres humanos, a las experiencias en ellas acumuladas, nos acercamos más al objetivo real de nuestro aprendizaje en la escuela Tierra.

Hay que tener en cuenta que el anhelo de encontrarnos con Dios no es «más elevado» que querer dinero, fama o amor pasional. Estos deseos eran la faz de Dios cuando representaban para nosotros lo más importante: cualquier cosa que creamos que nos reporta paz y realización definitivas son nuestra versión de Dios. Sin embargo, al avanzar de una fase a la siguiente, nuestra imagen de Dios se convierte en más certera, más próxima a su naturaleza real. Pero ninguna fase es «superior» a la otra. Es el ego el que tiene alto y bajo, bueno y malo.

El objetivo de nuestra encarnación humana es la toma de consciencia sobre nuestro verdadero ser, con la libertad y realización que ello conlleva. Esto no se logra hasta que no se conoce a Dios tan completamente como él se conoce a sí mismo. Los mortales estamos siempre anhelando milagros, pero el mayor de los milagros somos nosotros mismos porque Dios nos ha otorgado esta capacidad singular de identificarnos con su naturaleza y adquirir consciencia al respecto. Una rosa perfecta no se da cuenta de que es una rosa; un ser humano que se ha realizado sabe lo que significa ser divino.

Y el impulso del buscador puede presentarse bajo muchas formas. No obstante, todos los buscadores comparten la sensación de que el mundo material no parece el lugar donde puedan realizar sus deseos. Habremos empezado a entender que Dios está en todas partes, pero esto no nos servirá de nada si no podemos ver dónde está. El buscador explora e indaga con el fin de ver; lo que le motiva es la sed de realidad superior. Esto no significa que desaparezca la etapa anterior de dar. Pero ahora se da sin motivaciones egoístas; el impulso a dar es la compasión. No importa el nombre: Dios, Todo, Ser Uno, Identidad Universal,... . Todas las denominaciones apuntan hacia una necesidad nueva, profundamente sentida, de escapar de los límites que imponen el tiempo y el espacio, del marco tridimensional. Tal requerimiento es coherente con nuestra auténtica esencia, que es ilimitada y creada para vivir una vida plena y multidimensional. Frente a ello, el mundo que nos rodea parece estar limitado por el tiempo y el espacio. Pero es sólo una apariencia y el buscador empieza a percatarse de ello.

La Creación no esconde nada a nuestros ojos; no somos víctimas de ningún engaño. En ella rige una regla básica: ¡lo que crees es lo que creas!; todo está en función de nuestra consciencia, de lo que seamos conscientes de ser. Si nos contemplamos como deficientes, indignos o culpables, así seremos y así será el mundo exterior, que se forja a nuestra imagen y semejanza. Pero lo cierto es que Dios no ve nada malo en nosotros; y el espíritu no podría permanecer alejado de nosotros aunque quisiera, porque, como se mostrará en próximos capítulos, todo es espíritu. Cada persona obtiene la versión de lo divino que concibe según su grado de consciencia; y desde ella moldea el mundo que le rodea. Algunas ven a Dios en visiones, otras en una flor. Hay muchas clases de buscadores.

Todos nacemos para buscar, primero, y encontrar, después: «buscad y hallaréis», indica con razón el *Evangelio de San Lucas* (11,9). El motivo por el que parece que los buscadores son escasos obedece al hecho de que buscar es una experiencia íntima y dirigida completamente hacia dentro. Por los signos externos no es fácil saber quién busca y quién no. Algunas señales interiores del buscador son las siguientes: la acción de dar pasa a estar motivada por el amor abnegado, sin querer nada a cambio, ni siquiera gratitud; las pautas adictivas con respecto al mundo exterior comienzan a desaparecer; la intuición y la inspiración se convierten en una guía de confianza de la acción y complementa a la estricta racionalidad; la oración y la meditación pasan a ser partes de la vida cotidiana; se experimenta un goce creciente de la soledad y el silencio; se incrementa la dependencia respecto de uno mismo, en lugar de estar pendiente de la aprobación social; y aumenta la confianza en la providencia. Y aunque todas estas manifestaciones espirituales le apartan de la vorágine del entorno material, el buscador, paradójicamente, disfruta de una relación más profunda con la naturaleza, más bienestar en el cuerpo físico y mayor facilidad en aceptar a los demás. Esto se debe a que el espíritu no es el opuesto de la materia, sino que él lo es todo. Su aparición en la vida hará que todas las cosas sean mejores, incluso las que parecen ser antónimos.

Con todo ello, por primera vez, ponemos en duda la pretensión del ego de ser omnisciente y todopoderoso. Valga el ejemplo de un carruaje: imaginemos que el carruaje es nuestro ser total; que los caballos son el ego; y que la voz de dentro del carruaje es el espíritu, nuestro ser interior. Cuando éste aparece en escena, el ego, al principio, no lo escucha, porque está seguro de que su poder es absoluto, y continúa llevando al carruaje hacia donde sus apegos materiales le indican. Pero el espíritu no utiliza la clase de poder al que el ego está acostumbrado. El ego está habituado a rechazar,

a juzgar, a separar y a tomar lo que piensa le pertenece. En cambio, el espíritu es simplemente la voz tranquila del Ser afirmando lo que es. Con el nacimiento del buscador, ésta es la voz que se empieza a oír; va ganando fuerza y comienza a coger las riendas del carruaje. Pero debemos estar preparados para una reacción violenta del ego, que no renunciará a su poder sin luchar.

Hay que insistir en que el poder del espíritu no es de la clase que el ego conoce y utiliza. El espíritu es el poder en sí: un poder de alcance infinito; un poder organizador que hace que cada uno de los átomos del Universo se mantenga en perfecto equilibrio. Comparado con él, el que usa el ego es absurdamente limitado y trivial. Sin embargo, no nos daremos cuenta hasta después de haber renunciado a la necesidad del ego de controlar, predecir y defender. Su poder se reduce a esta tríada. Si el ego pudiera renunciar a todo de una vez, no habría necesidad de pasos posteriores; el nacimiento del buscador sería suficiente. Mas no ocurre así. La voz del espíritu le anuncia al buscador una realidad más allá; acceder a ella es otra cosa.

El vidente

Obviamente, buscar, por sí sólo, sin más, no conduce a la realización. Y en el caso de que se buscara sin encontrar, la experiencia sería insulsa y frustrante nuestro proceso de aprendizaje. Pero no hay que preocuparse, pues, como también señala el *Evangelio de San Lucas*, «quien busca, halla» (11,10). En el plan divino todos los interrogantes llevan consigo la correspondiente respuesta, de modo que cuando llega ese momento sublime en el que nos preguntamos íntimamente dónde está Dios, se encuentra la contestación. Es más, siendo la motivación del buscador poder ver, esto se produce pronto a través del nacimiento del vidente.

La llegada del vidente significa el fin del ego y de toda identificación externa. Retomando la reflexión planteada en páginas anteriores acerca de que nuestra vida es una película en la que nosotros mismos somos guionista, director, cámara y protagonista, imaginemos ahora que somos también el espectador que, sentado en la butaca de un cine, la está viendo proyectada sobre la pantalla blanca. Mientras estamos dominados por el ego, nos concentramos en las imágenes que se mueven sobre la pantalla y las consideramos reales. En el momento en el que el buscador hace su aparición, empezamos a percatarnos de la irrealidad de tales imágenes. Y será con el nacimiento del vidente cuando nos giremos sobre la butaca, volvamos la cara hacia el foco de luz del proyector y veamos la imagen propia tal cual es: una proyección insustancial a la que hace real la desesperada necesidad del ego de conceder importancia a una mente y a un cuerpo limitados por el tiempo y el espacio. El vidente percibe y contempla lo que hay detrás de esta motivación del ego y, simplemente, deja de aceptarla.

Una cosa es pensar que somos espíritus con un cuerpo —espíritus teniendo una experiencia humana— y otra que somos humanos viviendo una experiencia espiritual. Existe un abismo entre ambas visiones. Si me veo como un cuerpo con espíritu, me rijo por el ego, concibo mi cuerpo como mi verdadera identidad y me sujeto a las leyes de la individualidad, de la separación y del desamor. En cambio, si siento que soy un espíritu que posee un maravilloso vehículo planetario (cuerpo) al que tiene que cuidar y mimar, puedo verme como un ser inmenso que todo lo abarca; que es uno con Dios y, por tanto, con la fuente de energía absoluta en la que se cargan las pilas permanentemente. Y dejo de sentir dolor, depresión, pobreza, enfermedad, porque todo esto no existe en el mundo del Espíritu.

Los videntes se dan cuenta de que constituye una falacia el vernos a nosotros mismos como una envoltura de carne y hueso (cuerpo) que aloja una realidad subyacente (espíritu) de naturaleza divina —un fantasma dentro de una máquina—. Y hacen suya la primera de las dos perspectivas anteriores: somos espíritu con un cuerpo o, lo que es lo mismo, espíritu teniendo una experiencia humana. Pero comprendiendo, a la par, que todo es divino, tanto el ocupante (ser interior) como el vehículo planetario (cuerpo físico con todos sus componentes) en el que se aloja durante las distintas vidas físicas que conforman su encarnación en la Tierra. El cuerpo es espíritu que ha tomado una forma que los sentidos pueden palpar, ver y oler; la mente es espíritu bajo una forma que puede oírse y entenderse. El espíritu mismo, en su forma pura, no es ninguna de estas cosas y sólo puede percibirlo la inspiración perfeccionada.

El mundo empezará a desaparecer como cosa sólida y a retroceder hacia el interior de la abrumadora luz del Ser. Dará la sensación de un nuevo nacimiento. El vidente se diferencia del buscador en que ya no tiene que escoger con cuidado. El buscador continúa envuelto en una ilusión cuando va por ahí preguntándose dónde está Dios y dónde no está. El vidente, en cambio, ve a Dios en la vida misma. Así de sencillo. Esto hace que la larga guerra interior haya terminado por fin y el guerrero encuentra descanso. En vez de lucha, experimentamos la realización natural, espontánea y sin esfuerzo de todos nuestros anhelos.

En este punto, cuando el ojo se posa en algo, este algo se acepta tal como es, sin juzgarlo. Comprendemos que no tenemos carencia alguna que llenar, ningún problema o deseo; actuamos, por supuesto, movidos por la compasión y el amor al prójimo, pero sin apegos. Y ante nosotros aparece, por fin, la gran verdad luminosa de nuestra existencia como seres humanos: el hecho de estar en esta vida y en nuestro cuerpo es el más alto objetivo espiritual que podemos alcan-

zar. Conscientes de nuestro Ser, enamorados con la Divina Unidad en la que somos y viviendo el presente como lo único que existe, no haremos otra cosa que emanar amor incondicional, energía pura, a nuestro alrededor: haremos el Cielo en la Tierra. El conocimiento debe dejar paso a la acción y ser convertido en sabiduría: de la teoría a la experiencia; del conocer al saber amar al prójimo.

No hay señales externas que identifiquen a los videntes que hay en este mundo. Mas por dentro se sienten abiertos y felices; permiten que los demás sean quienes son, lo cual es la forma más profunda de amor; no ponen ningún obstáculo en el camino de las demás personas y de los acontecimientos; y han renunciado a todo sentido pequeño de «yo», que ya no domina ni sus mentes ni sus vidas, dirigidas de manera cada vez más consciente por el verdadero Yo.

Y el vidente, profundizando en su luminosa experiencia, comprobará que lo que parece ser gozo y realización total aún puede ampliarse más. Porque llegar a la presencia de Dios no es el fin de la búsqueda, sino el principio. Empezamos en la inocencia y del mismo modo terminamos, más esta vez la inocencia es diferente, porque hemos adquirido consciencia, conocimiento completo y absoluto, mientras que un bebé sólo tiene sentimiento.

El espíritu

Cuando logramos vernos a nosotros mismos como espíritu, cesa nuestra identificación con este cuerpo y con esta mente. Al mismo tiempo, se diluyen y extinguen los conceptos de nacimiento y muerte. Seremos una célula en el cuerpo del Universo; y este cuerpo cósmico será tan íntimo para nosotros como ahora lo es nuestro propio cuerpo físico. Se comprende entonces que el nacimiento es meramente la idea de que «tengo este cuerpo»; y la muerte no es más que la de «ya no tengo este cuerpo». Al no estar ya sometidos a

la ilusión del nacimiento, cualquier cuerpo que asumamos lo veremos como una pauta de energía; y cualquier mente, como una pauta de información. Estas pautas cambian siempre: vienen y se van. Pero nosotros mismos estaremos más allá del cambio.

El espíritu nace del silencio puro. Cuando se cita al espíritu, se apunta hacia un mundo invisible. De él salen volando hacia nosotros flechas de luz que encienden nuestra alma, pero nosotros no podemos responder lanzando flechas de pensamiento. Una rosa sería misteriosa si sólo pudiéramos pensar en ella, sin experimentarla nunca. El espíritu es una experiencia directa, pero trasciende este mundo. Es silencio puro y rebosante de potencial infinito. Cuando adquirimos conocimiento de cualquier otra cosa, adquirimos conocimiento de algo; cuando adquirimos conocimiento del espíritu, nos convertimos en el conocimiento mismo. Todos los interrogantes cesan porque nos encontramos en el centro mismo de la realidad, donde todo, sencillamente, es.

El dialogo interior de la mente debe concluir y no volver a empezar jamás, porque lo que dio origen al diálogo interno, la fragmentación del yo, ya no está presente. Nuestro cuerpo será yo unificado y, al igual que el bebé que fue nuestro principio, no sentiremos ninguna duda, vergüenza ni culpa. La necesidad de dualidad del ego dio por resultado un mundo de bien y mal, correcto y equivocado, luz y sombra. Ahora veremos que estos antónimos se funden. Tal es la perspectiva de Dios, porque en todas las direcciones hacia las que mira sólo se ve a Sí Mismo.

El espíritu es un grado de consciencia que podemos denominar <<estado de lo milagroso>>. Y nos impulsa sucesivamente hacia tres etapas o estadios de conciencia:

1º Estadio de «conciencia cósmica», en la que «experimentamos milagros»: Todo acontecimiento material tendrá una causa espiritual; todo suceso local tendrá lugar también

en el escenario del Universo. Nuestro menor deseo hará que las fuerzas cósmicas causen su realización. Por maravilloso que parezca, no es un estado tan avanzado, pues mucho antes de que alcancemos este estadio de conciencia estaremos acostumbrados a que nuestros deseos se realicen espontáneamente.

2º Estadio de «conciencia divina», en la que «obramos milagros»: Es el estado de la creatividad pura, en el cual nos fundimos con el poder de Dios, por medio del cual Dios crea mundos y todo lo que acontece en ellos. Este poder no procede de nada que Dios haga; sencillamente, es su luz de la consciencia. Como un resplandor vivo, veremos la consciencia divina brillando a través de todo lo que nuestros ojos contemplan. El mundo pasa a estar iluminado desde dentro y no cabe ninguna duda de que la materia es simplemente espíritu hecho manifiesto. En la divina consciencia nos veremos a nosotros mismos como creador, en vez de lo que ha sido creado -como el que da la vida, en lugar del que la recibe-.

3º Estadio de «conciencia de la Unidad», en el que «nos convertimos en el milagro»: Desaparece cualquier distinción entre el creador y lo que es creado; Creador y Creación se unifican de manera indisoluble, sin que el uno pueda ser sin el otro. El Espíritu que hay en nosotros se funde por completo con el Espíritu que hay en todo lo demás. Nuestro retorno a la inocencia lo abarca todo, porque, al igual que el bebé que toca la cuna sólo se siente a sí mismo, veremos toda acción como espíritu entrando en espíritu. Viviremos inmersos en un conocimiento y confianza completos. Y, aunque parecerá que todavía residimos en un cuerpo, será sólo un grano de Ser en las costas del infinito océano del Ser que somos nosotros mismos: Creador&Creación; Creación&Creador.

Alquimia y Ascensión

El objetivo de espíritu puede parecernos demasiado elevado o lejano. Y excesivamente prolongado el tránsito por los distintos estados de consciencia enunciados —ego, triunfador, dador, buscador y vidente, hasta desembocar en el espíritu—. Pero lo cierto es que en cada uno de ellos ya estuvo presente el espíritu; y en la búsqueda, ya estuvo el encuentro desde el principio. Jesucristo lo expresó de una manera hermosa: «allí donde esté nuestro tesoro estará nuestro corazón» (*San Mateo, 6,21*). Todo es cuestión de consciencia. En la inocencia estaba la totalidad de Dios, como en triunfar, dar o buscar. Lo único que cambia es dónde ponemos nuestro tesoro o centro de atención: el grado de consciencia acerca de nuestro verdadero Ser.

¿Dónde está nuestro tesoro en la vida?. Debemos examinar nuestros anhelos para saberlo. San Agustín afirmó: «*Tu anhelo continuo es tu voz continua. Si dejas de amar callará tu voz, callará tu deseo*». Practicar la alquimia es pasar de un grado de consciencia a otro más elevado; ser capaz de transmutar los viles metales (apegos materiales, deseos vanos, preocupaciones, sufrimientos,...) en oro puro, en consciencia. Practicar la alquimia nos conduce a la Ascensión.

Como refleja una obra fácilmente accesible en internet titulada *Un manual para la Ascensión* (Oughten House; Livermore, CA, USA, 1991) —canalizada por Tony Stubbs de una entidad de nombre Serapis—, la Ascensión es un proceso consciencial y experiencial a través del cual accedemos a una nueva dimensión espiritual, una dimensión de mayor nivel vibratorio. Es como bañarnos en una energía nueva que nos hace sentir completamente diferentes a cómo éramos antes; como pasar a otra vida sin morir. No es que vayamos a ningún lugar especial, permanecemos en donde estamos y, sin embargo, todo cuanto nos rodea se modifica,

porque nuestra percepción de la realidad ha cambiado y nosotros somos los creadores de la misma.

Cuando ascendemos, empezamos a hablar un nuevo lenguaje: el lenguaje interdimensional, que es como una emisora invisible que está enviando constantemente mensajes del Yo Superior, de nuestro ser verdadero, a través de los sueños, la intuición, la inspiración, las sincronicidades, los pequeños milagros que ocurren a diario cuando hemos penetrado en la sincrorrealidad. Ascender es como dejarse llevar de la mano por el espíritu, por una energía maestra. Sin embargo, esta energía causa ansiedad y desasosiego cuando no es comprendida, cuando uno la rechaza, consciente o inconscientemente.

Para lograr la ascensión, lo primero es expresar nuestra intencionalidad de pasar al siguiente nivel, de ir un punto más allá de donde nos encontramos ahora. Es como decir: «Estoy preparado, quiero moverme en una vibración más ligera y elevada». Si expresamos esta intención, los siguientes pasos se nos presentarán solos. Es cuestión de voluntad, consciencia y madurez en la Unidad hasta experimentar milagros, obrar milagros y, finalmente, convertirnos en el milagro. Con razón, un espléndido y completo texto de espiritualidad editado por la Fundación para la Paz Interior tiene precisamente como título *Un curso de milagros* (Foundation for Inner Peace; Mill Valley, CA, USA-, 1999).

CAPÍTULO 4 CONSCIENCIA Y CONCIENCIA

Consciencia

En las páginas anteriores han aparecido con reiteración las palabras «consciencia» y «conciencia». En el lenguaje corriente no suele distinguirse entre ambas. El propio *Diccionario de la Lengua de la Academia Española* remite a la segunda en el primer significado que otorga a la primera. Sin embargo, conocer lo que los dos términos significan y diferenciar entre ambos es de enorme importancia y ayuda para el ser humano, en general, y los buscadores, en particular. Y ofrece una perspectiva llena de luz para comprender e interiorizar mejor la experiencia de individualidad que ocupó el capítulo previo y el recorrido que el ser humano efectúa por las etapas examinadas —ego, triunfador, dador, buscador, vidente y espíritu—.

Empezando por el primero de los vocablos citados, la «consciencia» se relaciona con «ser». Cuenta con dos dimensiones inseparablemente unidas: «consciencia de lo que se es» y «consciencia de lo que es».

Para entenderlo conviene recordar la contestación que Dios ofrece a Moisés (*Éxodo, 3,14*) cuando éste le pregunta cuál es su nombre: «yo soy el que soy», traducido del latín («ego sum qui sum»); o «yo soy el Ser», si se acude al griego («e.gó ei.mi ho on»). Con una contundencia radical, se refleja en esta afirmación la consciencia de ser en su doble dimensión: la consciencia de lo que se es —consciencia de Ser, de ser quien soy—; y la consciencia de lo que es —consciencia de lo Real, de lo que es la realidad—. También Jesucristo hizo suya esta expresión y en el *Evangelio de San Juan* utiliza el «yo soy» en siete ocasiones (4,26; 6,20; 8,24,28,58; 13,19; 18,5). Y en la tradición oriental, Buda es descrito como un ser plenamente consciente de ser.

En esta consciencia de ser —de lo que soy y de lo que realmente es— se fundamenta el «conócete a ti mismo» comentado en apartados precedentes como clave y llave para abrir la nueva visión que la búsqueda necesita. Conocerme a mí mismo implica ser consciente de lo que soy. Y supone sentir y vivir lo «Real», sin fantasías, prejuicios, interpretaciones o ilusas pretensiones sobre mí y lo que me rodea.

Recuérdese la película *The Matrix*. Lo que Neo, el protagonista, logra durante el argumento es adquirir consciencia de ser. Experimenta un proceso de despertar que enlaza con la distinción ya enunciada, formulada entre otros por Heráclito de Éfeso, entre aquellos que estando dormidos parecen estar despiertos (los humanos que las máquinas mantienen inconscientes en nichos y enchufados a una realidad virtual que consideran su verdadera vida) y los que realmente están despiertos y pueden comprender (los humanos encabezados por Morfeo que han escapado del dominio de las máquinas). Y Neo adquiere consciencia de ser en su doble dimensión: de lo que él es; y de lo que es real, una realidad tan distinta del iluso mundo virtual diseñado por las máquinas. Lo primero es resumido por Morfeo de manera admirable cuando le dice «no pienses que lo eres, sabes que lo eres». Y lo segundo, se recoge en la frase «bienvenido al desierto de lo real», pues para el ser consciente el mundo exterior se desvanece como mera ficción y dejan de tener significado los apegos y anhelos materiales en los que buscaba la realización.

¿Quién goza de una Consciencia Perfecta?. Una Consciencia así, con mayúscula, es atribuible a la divinidad. El Ser Uno, Todo o Dios es Consciencia pura, sin otros aditivos ni paliativos.

Estado de consciencia

Los seres humanos, en nuestra escala, podemos aproximarnos a ella en la comprensión de que la consciencia es un «estado» y que son muchos sus niveles o grados (como si fuera un termómetro).

El grado menor de consciencia se corresponde con la inconsciencia integral. Igual que la oscuridad completa es la falta total de luz o el frío completo es la carencia total de partículas caloríficas, la inconsciencia completa es la ausencia total de consciencia (no obstante, a la inconsciencia integral hay que aplicarle lo que se planteará en el Capítulo 8 acerca de la hipótesis e imposibilidad del Mal Absoluto).

En cuanto al grado mayor, es la Consciencia Perfecta: un estado permanente e inalterable de consciencia absoluta de lo que soy y de lo que es. Conlleva paz y quietud inalterables, armonía y equilibrio impecables y una atención centrada en ser lo que se es sin distracción alguna. A un estado así nos acercamos modestamente los seres humanos conforme avanzamos en nuestra evolución espiritual (elevando nuestro grado de consciencia en la forma que se verá más adelante) y seguimos el consejo del *Libro del Deuteronomio*: «estate atento a ti mismo» («attende tibi»). La meditación y, especialmente, la contemplación son un gran apoyo al respecto.

En el estado de Consciencia plena no existe ni el pasado ni el futuro, sólo un presente continuo en el que lo eterno se desenvuelve. No hay anhelos, ni deseos, ni versiones ilusas sobre lo real, ni ningún tipo de apego exterior al Ser que nubla la consciencia o aparte la atención de lo que soy. Tampoco pre-ocupaciones, pues el Ser está integralmente ocupado en ser. Y en un estado así fluye del Ser, de manera tan natural como intensa, el Amor Incondicional, la energía primaria y pura con la que la quietud se hace movimiento y viceversa.

Como se examinará en la Parte III, es en ese estado de Consciencia Perfecta en el que el Ser Uno, íntegramente concentrado en lo que es, emana y expande su Esencia (lo que la astrofísica denomina «big-bang»: concentración–expansión). Actúa, así, como Principio Único de cuanto existe en sus múltiples dimensiones. No lo hace por necesidad o requerimiento alguno, sino porque es su naturaleza innata, porque es Amor; un Amor sin distingos ni predilecciones, abnegado, misericordioso, profundo.

Elevación del grado de consciencia

Por lo mismo, todo es Unidad: nada está separado y todo pertenece a la Identidad Divina. La Unidad es lo Real. Sin embargo, nuestros sentidos físicos perciben las cosas, objetos y seres como entidades inconexas e individuales. Además, mayoritariamente tenemos adormecida (las mujeres, por lo general, menos que los hombres) la capacidad de «ver» desde nuestro interior (intuición, sensibilidad, inspiración). La consecuencia es que fabricamos un mundo imaginario de separación y fragmentación, repleto de dualismos. De ahí la obsesión insensata, pero para tantas personas irrefrenable, de enjuiciar, clasificar y etiquetar todo y a todos: bueno y malo, superior e inferior, yo y el otro, lo tuyo y lo mío, ayer y mañana,... ¡Pobre mente humana opinando constantemente en un tumultuoso mar de suposiciones; sometida por nosotros mismos, por nuestra incapacidad de «ver» y por nuestra falta de consciencia, a la condena de ser juez y parte de cuanto existe y sucede en una agotadora actividad que ni cuando dormimos descansa!.

El ser humano puede liberarse de una situación tan absurda, inútil y dolorosa elevando de grado el estado de consciencia. Es indudable que sólo alcanzando la Consciencia Perfecta desaparecen los equívocos y ficciones: soy el que soy (no el que pienso que soy); y lo que siento Real es la

realidad verdadera (no una realidad ilusoria, virtual). Y una Consciencia así es ajena al ser humano, que se mueve en grados de consciencia no plena y, por tanto, pensando lo que es (en vez de ser lo que es) e imaginando la realidad (en lugar de sentir lo Real). No obstante, podemos acercarnos a ella elevando el grado de consciencia. Y cualquiera que éste sea, se produce un hecho maravilloso que cuesta trabajo asumir: somos lo que creemos ser. Somos creadores y creamos según lo que creemos ser, en función de nuestra consciencia de ser. Ni más, ni menos. En términos utilizados en epígrafes previos, lo que crees es lo que creas; la vida es una película en la que uno mismo es el guionista, director, cámara y protagonista. Soy lo que creo ser. Y lo que creo ser depende de mi grado de consciencia, sea el que sea.

En cuanto a cómo elevar tal grado, toda persona puede en cualquier momento conseguir el máximo grado de consciencia al que es posible aspirar en el plano humano. Aunque parezca increíble, está al alcance de todos y en todo instante adquirir consciencia de lo que se es y de lo que es y afirmar con legitimidad «soy el que soy». No es preciso vivir muchos años, ni transitar por una cadena de vidas; ni, en cada una, leer muchos libros o atesorar conocimientos múltiples. Frecuentemente, los buscadores se enfrascan en una insaciable exploración de conocimientos teóricos y experiencias que acaban por introducirlos en un sinuoso laberinto de difícil salida. Pero el ansiado encuentro es bastante más simple y directo: conocerse a sí mismo y constatar que soy el que soy.

Las etapas antes vistas de ego, triunfador, dador, buscador, vidente y espíritu son grados, de menor a mayor, del estado de consciencia (esquemáticamente enunciado, pues en cada uno hay muchos grados de consciencia posibles). Y el ser humano puede tomar consciencia de espíritu en cualquier momento; adquirir consciencia de que soy, somos, el Milagro, una manifestación de Dios y Dios mismo,

Creación y Creador. ¡Interiorízalo de una vez y olvídate de tantas idas y venidas por ideas, conceptos y experiencias «interesantes»!. Sin embargo, la inmensa mayoría de los seres humanos opta por una vía más dilatada —en términos de nuestra tridimensionalidad, pues en verdad el tiempo no existe— y van incrementando paulatinamente el grado de consciencia a través de una cadena de vidas físicas y a lo largo de cada una de ellas. A continuación se verá cómo.

En cualquier caso, al ir elevando el grado de consciencia —al pasar, por ejemplo, de triunfador a dador o de buscador a vidente— nos vamos acercando a lo que verdaderamente somos y a lo auténticamente real. Como la consciencia no será total, estaremos todavía en «nuestra» película. Pero su guión y discurrir se ajustarán cada vez más a nuestro ser verdadero y a la auténtica realidad. De su argumento irán desapareciendo paulatinamente las sensaciones de fragmentación y separación y los dualismos dicotómicos que encañaban y coartaban nuestra felicidad. Su espacio será ocupado de manera natural por paz y armonía crecientes, una honda noción de Unidad y una gran capacidad de Amor.

¿Cómo se eleva el grado de consciencia?. Para responder a este interrogante hay que detenerse en la consciencia.

Conciencia

La ilusoria separación de la Unidad que vivimos los seres humanos al experimentar la individualidad en libre albedrío provoca la pérdida de consciencia. La inconsciencia de lo que realmente somos nos introduce en un mundo de enredos dicotómicos y apegos materiales en el que la «conciencia» nos sirve de orientación, como una brújula. ¿Hacia dónde nos guía?: ¡a la consciencia!. La consciencia es un impulso interior que inconscientemente nos dirige, valga el juego de palabras, a elevar el grado de consciencia, a reco-

brar la consciencia. Es la llama que alimenta al buscador y le dirige al gran encuentro: hacia la consciencia de lo que es.

Puede parecer increíble, pero todo encaja de manera impecable y maravillosa en un Omniverso emanado del Amor. Aunque ni se nos pase por la cabeza, la función de la consciencia es la recuperación de la consciencia y, por ende, de la Unidad, a la que, obviamente, nunca dejamos de pertenecer por olvidada y arrumbada que la mantengamos.

Piénsese, por ejemplo, en las personas concienciadas en el servicio a la comunidad, la defensa de los derechos humanos, la ayuda al Tercer Mundo, evitar el maltrato de animales o la protección del medio ambiente. Son conductas y comportamientos ligados de un modo u otro a la idea de Unidad. Y son indicios palpables de que el ser humano que los ejerce, en su discurrir espiritual, avanza hacia el restablecimiento de la consciencia y el conocimiento de sí mismo. No importa que se considere ateo o agnóstico. Una persona concienciada en ámbitos como los expuestos muestra un progreso espiritual hacia su verdadero Ser. No es extraño encontrar ateos que en realidad están espiritualmente mucho más despiertos que otros que se reclaman religiosos y reducen la religión a una práctica iterativa y rutinaria de ritos y ceremonias vacíos de contenido, carentes de amor, y a una concepción egocéntrica, maniquea y maliciosa de la realidad. Como afirma la *Primera Carta de Juan*: «el que no ama, no ha llegado a conocer a Dios, porque Dios es Amor» (4,8).

Estadios de consciencia

La consciencia, como se reseñó, radica en ser; la consciencia en estar: se está en un determinado «estadio» de consciencia. Y si el grado de consciencia puede elevarse, en los estadios de consciencia es posible progresar. Expresado gráficamente, la consciencia es una línea vertical en la que

se puede ascender (aumento del grado de consciencia); la consciencia es una línea horizontal en la que se puede progresar (avance en el estadio de consciencia). Así como existen diferentes grados de consciencia, hay distintos estadios de consciencia. Según nuestro grado de consciencia, las personas pasamos de un estadio de consciencia a otro a lo largo de la cadena de vidas físicas —y en cada una de ellas— de nuestra encarnación en el plano humano.

Enlazando con lo ya explicado y expresado muy sintéticamente, el punto de arranque es un bajo grado de consciencia o consciencia egocéntrica, representado por el ego y el triunfador de páginas anteriores. De hecho, engloba diversos grados de consciencia, pero todos tienen como eje la identificación con el ego y con lo que a éste reporta placer: mi yo es el centro del Universo y todo gira en torno a mí para proporcionarme felicidad. En estos grados de consciencia egocéntrica se viven, a su vez, distintos estadios de consciencia —conscienciación en torno a la acumulación de riqueza y dinero o en clave de poder, éxito y fama, reconocimiento social, ...— con sus correspondientes experiencias. Y es la insatisfacción o carencia de una vida llena y completa que sentimos en el transcurso de tales experiencias la que nos conduce a buscar algo más y ayuda a elevar nuestro grado consciencial.

Nos introducimos entonces en una consciencia de sistema: nos transformamos en dadores, en la terminología ya usada, y hacemos cosas de forma desinteresada para una determinada esfera (sistema). Ésta se irá ampliando poco a poco en la medida que aumenta el grado de consciencia: familia, amigos, comunidad, sociedad, humanidad, planeta. El altruismo ganará terreno, dando paso a diferentes niveles en el estado de consciencia en los que el triunfador de antes se convierte en un dador cada vez más generoso capaz no sólo de dar cosas, sino también de darse a sí mismo. En estos grados de consciencia viviremos diversos estadios de

conciencia —las modalidades de concienciación ya citadas en torno al servicio a la comunidad, los derechos humanos, el Tercer Mundo, el maltrato de animales o el medio ambiente—, con sus respectivas experiencias.

La sucesión de estas experiencias aportará vivencias que irán elevando nuevamente el grado de consciencia; y ampliando el ansia de dar a todos los seres humanos y al planeta en su globalidad. Esto nos hará avanzar por estadios de conciencia cuyas experiencias situarán a nuestra individualidad en un punto límite: el mundo que queríamos abrazar deja de ser fuente de realización y aparece la necesidad de elevar trascendentemente el nivel consciencial. Aspiramos a encontrar a Dios y nos transformamos en buscadores (siempre lo hemos sido, pero ahora somos conscientes de serlo). El mundo material ya no es el lugar en el que pueden realizarse nuestros deseos y anhelos y ponemos en cuestión la pretensión del ego de ser omnipotente. Y, como buscadores, pasaremos por distintos grados de consciencia que nos introducirán en diversos estadios de conciencia con sus consiguientes experiencias.

Éstas nos pondrán en evidencia una luz interna que insiste en que hay que ir más allá, disfrutando del viaje como en la travesía hacia Ítaca cantada por Kaváfis, pues la búsqueda ha de desembocar en el encuentro. Su empuje nos lleva a vislumbrar dimensiones de la realidad que hasta ahora permanecían escondidas. Aún no las podemos palpar, pero empezamos a sentir que están ahí, esperando a que demos el paso hacia a ellas. Nuestro grado de consciencia se eleva al nivel de vidente, que realmente incluye diferentes grados de consciencia. En ellos desarrollamos diversos estadios de conciencia con sus correspondientes experiencias, que propiciarán que toda identificación externa y el ego se vayan diluyendo.

Es un nacimiento nuevo, una resurrección en vida que posibilita que veamos a Dios en la vida misma. Desparece cualquier lucha interior y el guerrero que hemos sido (egoístas, triunfadores, dadores,...) puede descansar para siempre. También el buscador, porque la búsqueda, simplemente, concluyó. Nos inundará una inocencia similar a la de los niños, aunque no será ya un sentimiento, sino consciencia. Lloraremos como niños, porque se ha producido el anhelado «encuentro»; y reiremos como niños, porque veremos que en todo momento, a lo largo del camino, el encuentro estuvo con nosotros y a nuestro alcance: sólo era cuestión de ser conscientes. Comprenderemos, igualmente, que el camino ha merecido la pena.

Nuestro nivel de consciencia se habrá elevado mucho, pero aún puede aumentar más. El encuentro nos permite ver a Dios. Pero desearemos experimentar a Dios mismo, fundirnos con Él y en Él. Se alcanza entonces un grado de consciencia de espíritu, que se despliega en los estadios de consciencia comentados en su momento: consciencia cósmica (experimentamos milagros); consciencia divina (obramos milagros); y consciencia de la Unidad (nos convertimos en el milagro). No es la Consciencia que disfruta el Ser Uno, pero sí análoga. Con el último estadio reseñado, consciencia de Unidad, la propia consciencia se disuelve. De hecho, deja de ser necesaria, pues cumplió su función como brújula y guía hacia mayores grados de consciencia. Ésta ya fluye en todo su esplendor y de modo pleno, sin reservas.

Grado de consciencia, estadios de consciencia y experiencias

Hay que reiterar que en cada nivel expuesto —egocéntrico, triunfador, dador, buscador, vidente y espíritu—, existen en realidad numerosos grados de consciencia. Cada uno se plasma, a su vez, en variados estadios de consciencia. Y éstos, a lo largo de nuestra existencia como seres huma-

nos, nos llevan a vivir muy diferentes experiencias que nos permiten ir elevando el grado de consciencia. Como se ha subrayado ya, la toma de consciencia plena está siempre a nuestro alcance. Pero solemos transitar por los distintos grados de consciencia durante nuestra encarnación —cadena de vidas— en el plano humano.

Antes de nacer en cada vida física, tenemos un grado de consciencia resultado de las existencias y experiencias de vidas anteriores. El cuerpo y el entorno (el «yo y mis circunstancias» de Ortega) en el que volvemos a nacer contará con el perfil energético y vibratorio pertinente para, a partir de ese grado de consciencia, desarrollar un estadio de consciencia específico en el que viviremos experiencias que nos posibilitarán el aumento en el grado de consciencia. Tras ello, desplegaremos un nuevo estadio de consciencia con sus respectivas experiencias, que nos permitirán incrementar otra vez el grado de consciencia. Durante una misma vida física, este proceso se puede repetir «n» veces, sin que exista una regla fija, pues depende de cada uno y su respectiva toma de consciencia. Y el proceso no tiene que ser siempre evolutivo (ascensos sucesivos en el grado de consciencia), sino que las experiencias vividas en un estadio de consciencia pueden llevarnos a una involución o descenso en el grado consciencial.

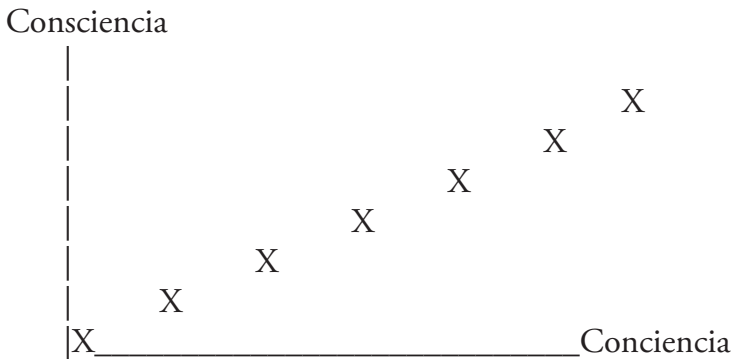
Como consecuencia de todo ello, en el momento concreto de la transición que erróneamente llamamos «muerte» disfrutaremos de un determinado grado de consciencia. Éste será el punto de partida en nuestra siguiente vida física y definirá el perfil del cuerpo y el entorno en el que nos volvemos a encarnar.

Por tanto, denominado «A» al grado de consciencia, «B» a cada estadio de consciencia y «C» a las experiencias que vivimos en cada estadio, la secuencia puede formularse así:

--- A --- B --- C --- A --- B --- C --- A --- B --- C ---

La base está, por tanto, en el grado de consciencia, que es puramente interior. Sin embargo, solemos creer que la clave del cambio se encuentra en modificar el estadio de consciencia, que tiene un marcado sesgo exterior. Retomando consideraciones ya expuestas, los cambios en los estadios de consciencia son programas. Y hace falta mucho más para avanzar en la búsqueda: se necesita una nueva visión. Ésta sólo la ofrece la elevación en el grado de consciencia. En cada vida y sus múltiples experiencias hay que trabajar en el interior de cada uno para aumentar lo más posible el grado de consciencia, sabiendo, además, que la toma de consciencia plena siempre está a nuestra disposición.

Contemplando, como antes se hizo, la consciencia como una línea vertical, con distintos grados, y los estadios de consciencia como una horizontal en la que se puede avanzar, estamos ante una especie de eje de coordenadas en el que, en cada vida física, se parte de un punto concreto dentro del espacio por él delimitado y se puede progresar, o retroceder, a otros puntos del mismo espacio:



Como el tiempo no existe, sino una eternidad que se desenvuelve en un presente continuo, la totalidad de grados de consciencia, la globalidad de estadios de conciencia a ellos asociados y el conjunto de experiencias a cada estadio ligadas acontecen y se desarrollan al unísono y multidimensionalmente. Por esto, la franja ascendente en el eje de coordenadas es, en verdad, una Matriz Cósmica Holográfica de complejidad infinita (véase el Capítulo 9). Tal Matriz es, de hecho, la mente del Ser Uno. Recuérdese *El Kybalión*: «la mente del Todo es la matriz del Universo».

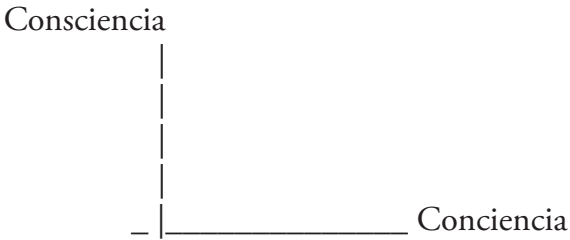
Como se ha indicado, al nacer en cada vida física nos encarnamos en un cuerpo y un entorno (yo y mis circunstancias) cuyo perfil vibracional y energético se corresponde exactamente con un determinado grado de consciencia (lo que hará que partamos de un estadio de conciencia específico con sus consiguientes experiencias, gracias a las cuales podemos alcanzar un aumento del grado consciencial). En términos de eje de coordenadas o de matriz holográfica, nos encarnamos en un «punto» concreto de ese eje o matriz que cuenta con las características energéticas y vibratorias precisas (se profundizará en esto en capítulos posteriores) ajustadas al grado de consciencia que disfrutamos y su potencial de crecimiento a través de estadios de conciencia y experiencias en la nueva vida.

En este convencimiento, remotas tradiciones espirituales consideraban crucial saber cuál es el «punto» que a cada recién nacido corresponde, para, a partir de ahí, ayudarlo en su evolución durante su nueva vida física. Y en el entendimiento de que el «punto» es de perfil energético y vibratorio, buscaron la información al respecto en los movimientos y posicionamientos cosmogónicos, también de carácter vibratorio y energético, de planetas y estrellas en el instante del nacimiento. Ésta es una de las razones, por ejemplo, de la auténtica obsesión de la cultura maya por el estudio del tiempo y del Cosmos. Y el célebre horóscopo zodiacal o

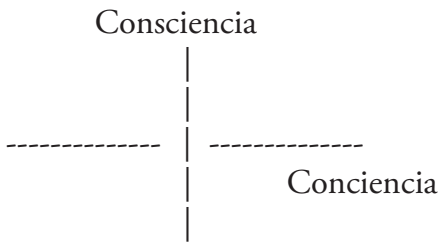
las llamadas cartas astrales de la actualidad, aunque usados normalmente de manera harto frívola, hallan también en ello su explicación.

En esas antiguas tradiciones, muy anteriores a la época en la que los matemáticos diseñaron los ejes de coordenadas, la interrelación entre la consciencia y la conciencia se dibujaba cual cruce (cruz) de las dos líneas. Sirvan estos ejemplos:

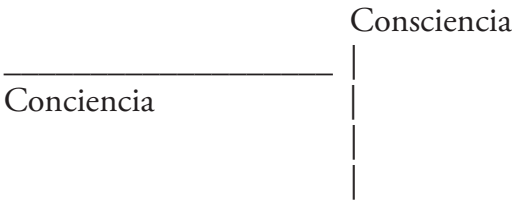
+ Experiencia egóica pura:



+ Experiencia altruista:



+ Experiencia de espíritu:



Integración y aceptación

Con la elevación del grado de consciencia y el avance en los estadios de conciencia se produce, finalmente, la integración en la Unidad. Desde luego, siempre permanecemos en ella. La diferencia es que ahora tomamos consciencia de ello. Hay que insistir en que esta consciencia plena siempre está a nuestro alcance. Pero solemos recorrer múltiples grados de consciencia, en un contexto de individualidad y libre albedrío, hasta adquirir consciencia de Unidad.

Imaginemos por un momento que somos una hoja en un gran árbol: vivimos junto a otras hojas en una ramita que pende, junto a otras ramitas, de una rama mayor que está sujeta a su vez, junto con otras ramas, de uno de los troncos en los que se ha abierto el tronco común del árbol. De manera figurada e inevitablemente insuficiente, podemos representar así sucesivos aumentos del grado de consciencia, cada uno de los cuales se plasmará en estadios de conciencia con sus correspondientes experiencias:

a) Soy una hoja y cuanto me rodea existe para hacerme feliz (grado consciencial muy bajo o egóico).

b) Soy una hoja en una ramita con otras hojas: aspiro a mi felicidad y a la de las demás hojas de la ramita (grado consciencial bajo o de sistema «ramita» —familia—).

c) Soy una hoja en una ramita con otras hojas que pende, junto con otras ramitas que tienen otras hojas, de una rama mayor: deseo mi felicidad y la de todas las hojas que están en la rama (grado consciencial medio/bajo o de sistema «rama» —comunidad próxima—).

d) Soy una hoja en una ramita con otras hojas que pende, junto con otras ramitas que tienen otras hojas, de una

rama mayor que, junto con otras ramas con sus respectivas ramitas y hojas, surge de un tronco: quiero ser feliz y que conmigo lo sean todas las hojas, ramitas y ramas que salen del tronco (grado consciencial medio o de sistema «tronco» —sociedad—).

e) Soy una hoja en una ramita con otras hojas que pende, junto con otras ramitas que tienen otras hojas, de una rama mayor que, junto con otras ramas con sus respectivas ramitas y hojas, surge de un tronco que, junto a otros troncos con sus ramas, ramitas y hojas, sale del tronco común: ligo mi felicidad a la de todas las hojas, ramitas, ramas y troncos que tienen una base compartida (grado consciencial medio/alto o de sistema «global» —planeta—).

f) Soy una hoja en una ramita con otras hojas que pende, junto con otras ramitas que tienen otras hojas, de una rama mayor que, junto con otras ramas con sus respectivas ramitas y hojas, surge de un tronco que, junto a otros troncos con sus ramas, ramitas y hojas, sale del tronco común de un árbol en el que como hoja me integro: mi existencia trasciende de mí como hoja y uno mi felicidad al árbol en su conjunto, con todos sus componentes (grado consciencial alto o de consciencia buscador).

g) No soy una hoja, sino el árbol que se manifiesta y experimenta a sí mismo como hoja (grado consciencial muy alto o de consciencia vidente).

h) Soy el árbol y la vida que le da vida y lo unifica: cualquier suceso que en el árbol acontezca, por ejemplo, un pájaro que se posa en cualquier rama u hoja, me ocurre a mí y lo siento en mí porque soy el árbol y la energía que lo vivifica (grado consciencial pleno o de consciencia de espíritu).

En este último escenario, por fin soy el que soy. Sin ruptura o separación alguna. Ello, lejos de desmerecer mi esencia y existencia, las engrandece: no soy una hoja del árbol, sino el árbol mismo, de cuya vida y esencia participo y en la que me integro. No soy un trazo suelto en un cuadro, sino todo el cuadro en sí; no soy una ola en el mar, sino el mar como tal; no soy una ínfima porción de la Creación, sino la Creación misma.

Es más, cada incremento de mi grado de consciencia contribuye al aumento de la consciencia de la suma de la que formo parte (la ramita, la rama o el tronco) y, a través de ello, de la Unidad (el árbol). Y cuando elevo la consciencia a su grado más alto o de espíritu, mi toma de consciencia explota la consciencia de la Unidad, por lo que, siendo Creación, también soy Creador.

Se acabó la visión fragmentada que tanto gusta al ego y es propia de la tridimensionalidad. Tú, yo, el de allí y el de acá somos Uno y somos Dios. Este estado de consciencia genera en nuestro interior un agudo sentimiento de integración y enamoramiento: nos sentimos completamente enamorados de la Unidad Divina, del Ser Uno. Los primeros Padres de la Iglesia llamaron a esto «endiosamiento», señalado por San Basilio como meta máxima que *«conlleva el don de la gracia, alegría interminable, permanencia en Dios»*. En este grado de consciencia la persona siente su ser repleto de quietud y movimiento, que no son antagónicos, sino complementarios. Y si seguimos encarnados en el plano humano será para apoyar a los buscadores, poniendo a su servicio lo único que en verdad somos: Amor

Quietud

Desarrollo una vida impersonal —sin ego, en la Unidad—. Vivo el presente y me ocupo de ser, sin apegos, ni preocupaciones, ni deseos, pues nada puedo anhelar cuan-

do soy el que soy. Constató que el conocimiento y las creencias tienen al deseo como base común, por lo que me libero del querer saber y, simplemente, siento, soy. La lucha de la mente cesa para siempre. Compruebo que todo está a mi entera disposición y que mi interior construye y reconstruye constantemente el exterior. Nada rechazo y todo lo acepto (incluido mi cuerpo) tal cual es: Divinidad y Unidad. Me llena la paz, nada la altera, nada es capaz de quitármela. Sé que cuanto me reprima o inquiete es falso y reboso de felicidad y quietud.

Esta quietud, como manifestación de la consciencia pura y completa, ha estado muy presente en el misticismo cristiano, en general, y en el español, en particular, con Miguel de Molinos (1628-1696) a la cabeza, encarcelado por la Inquisición acusado de practicar el «quietismo» y ensalzarlo en su obra *Guía Espiritual* (Barral Editores; Barcelona, 1974). Su *Defensa de la contemplación* (en la misma edición de Barral) muestra cómo la consciencia plena del ser engarza con la práctica de la contemplación: un estado más perfecto que la meditación, siendo ésta principio y medio para alcanzar aquélla.

Movimiento

Y como Dios que soy, Amor soy. Un Amor colosal e integral que me inunda, me envuelve y me convierte en energía pura y dinámica. Amar se transforma en mi ocupación, la única, pues soy el que soy y Amor soy. Se plasma en mi entorno en amor al prójimo: ilimitado, incondicional, abnegado, sin predilección. Rompe cualquier estatismo o resignación y me transforma en movimiento ilimitado que se expande a mi alrededor.

Me con-muevo y siento com-pasión con el dolor y mi esencia se moviliza con el que lo tiene y se da por entero a él, aunque aprendo a diferenciar el dolor —un hecho

objetivo— del sufrimiento —subjetivo, un apego más del ser humano— y el victimismo. Y me con-muevo y siento com-pasión con el entusiasmo, en cualquiera de sus manifestaciones, egóicas o altruistas; y veo a Dios en la fuerza que tantos despliegan buscando fuera de sí lo que poseen en su interior.

Unidad

La consciencia plena nos identifica radicalmente con la Unidad. Comprendemos, interiorizamos y vivimos que todo es suma de partes y forma parte de una suma superior, aunque cada parte es, a su vez, el Todo. Así de grandiosa es la Unidad divina.

Cada componente del organismo humano es un Universo dentro de un cuerpo, que es otro Universo dentro de un planeta (Tierra), que es otro Universo dentro de un sistema solar (Ors), que es otro Universo dentro de una galaxia (Vía Láctea), que es otro Universo dentro de un Universo, el conocido por la ciencia y por nuestros sentidos físicos, que es una de las muchas dimensiones del polifacético y multidimensional Omniverso. Y todo es Uno, siendo el Amor Incondicional, como constataremos en la Parte Tercera del texto, la fuerza infinita que vivifica, unifica y hace posible este colosal milagro cosmogónico. El Amor es la energía, vibración pura, que fluye por doquier y de la que surgen todas las demás modalidades energéticas. El Amor ensambla, aglutina y permite el desarrollo de la Creación a través de la expansión de la consciencia, de modo que el aumento del grado de consciencia de cualquiera de las partes conlleva la expansión de la consciencia de la Unidad.

En este prodigioso marco, cada ser humano es un Universo dentro de otros muchos Universos. Cada hombre y mujer es uno de los infinitos vórtices (núcleos, células, centros) de energía sostenidos en la Creación. Un vórtice de

energía de Amor y vibratoria en el que se cumple la regla sagrada: es suma de partes y forma parte, a su vez, de una suma superior, aunque cada parte es, a su vez, el Todo. Por tanto, cada ser humano es una plasmación de la Unidad o una manifestación de Dios. Nada nos separa de la Divina Unidad. Como hoja, somos el propio Árbol de la Vida. Somos mucho más que la Creación de Dios: somos Dios mismo; somos Creación&Creador.

Somos Creación: Cada ser humano es parte (hoja) de la Creación (Árbol), pero como ésta es Una, somos la Creación misma (no somos una hoja, sino el Árbol). El Amor es la savia, la vida del Árbol, la energía y elemento vivificador que plasma y en la que se manifiesta esta Unidad.

Y Somos Creador: Creamos exactamente lo que creemos. Cuando adquirimos consciencia de nuestro verdadero Ser —cuando podemos afirmar soy el que soy (no hoja, sino Árbol, Dios)—, creamos Amor puro e incondicional, la energía que todo impulsa. La consciencia de nuestro verdadero Ser (Árbol, Dios) contribuye a la expansión de la Consciencia de la Unidad y de la Creación.

Al madurar la noción de Unidad, nos familiarizaremos más y más con lo divino. Y, finalmente, experimentaremos a Dios, a nosotros mismos, como Ser infinito en movimiento a velocidad infinita por dimensiones infinitas con Consciencia Perfecta, Unidad Absoluta y Amor Incondicional. Nos habremos convertido en el Milagro; y esta experiencia pasmosa nos parecerá tan natural y sencilla como estar sentados bajo las estrellas, pero cada una de ellas será nosotros mismos. Este es nuestro estado natural: estar unificado con el Cosmos, en íntima relación con la vida en todas sus formas; alcanzar finalmente la Unidad con nuestro propio Ser. Este es nuestro destino y el final de nuestra búsqueda. Cada uno de nosotros es Amor y pasa por la lucha, el dolor, el entusiasmo y la pasión para terminar reconociéndose como lo que es: Amor.

CAPÍTULO 5 MENTE, MOMENTO PRESENTE Y PRÁCTICA DEL AHORA

Los hemisferios cerebrales

La mente humana, situada orgánicamente en el cerebro, es un maravilloso producto de la evolución del planeta Tierra. Constituye una avanzadísima computadora biológica con unas funcionalidades tan extensas, diversas y especializadas que, como la ciencia reconoce, aún no han podido ser suficientemente analizadas ni comprendidas. Para hacer factible esta amplia gama de prestaciones, el cerebro se estructura en dos hemisferios. El izquierdo opera como un procesador en serie; y el derecho, como un procesador en paralelo. Ambos están completamente separados —sólo se unen por medio de un cuerpo calloso compuesto por 300 millones de fibras— y se ocupan de cosas diferentes, debido a una división del trabajo resultado de la citada evolución.

En este orden, es bien sabido que la mente ofrece prestaciones fundamentales para el adecuado discurrir de la esfera material de las personas y su quehacer cotidiano en el mundo tridimensional al que el cuerpo físico pertenece. Tales prestaciones están radicadas en el hemisferio izquierdo, que piensa lineal y metódicamente y se centra en el pasado y el futuro. Registra el colosal collage de cuanto ocurre y acontece; analiza detalles y más detalles de los mismos detalles; clasifica y organiza toda esa información; la asocia con todo lo que aprendimos en el pasado; y la proyecta hacia el futuro con sus posibilidades y alternativas. Para ello, utiliza los datos facilitados por nuestros sentidos —los que derivan de ver, palpar, oír, oler y degustar—; procesa la experiencia adquirida y los instintos básicos, como el de conservación, que cual mamíferos poseemos; y, como herramienta de supervivencia en el medio tridimensional, posibilita que cada

uno se considere un ser individual y fabrique mentalmente la noción de un yo y una personalidad. Es el ego con el que, olvidando otras dimensiones de nuestro ser, transitamos por un mundo hacia el que volcamos nuestros deseos, apegos miedos y frustraciones, pero que contemplamos, a la par, como ajeno y hostil.

El hemisferio izquierdo piensa con lenguaje. Se trata del diálogo interno que continuamente pone en conexión el yo con el mundo exterior. Ello hace posible que nuestras ideas y sueños estén conectados a una realidad compartida, evitando que se conviertan en delirios (esquizofrenia, trastorno bipolar,...). También es la vocecilla que me indica «no olvides pasarte por el supermercado y comprar esto y aquello para la comida de mañana»; la inteligencia que me recuerda cuándo tengo que ir a una cita o planchar la ropa. Y, lo más notable, relacionado con lo ya reseñado, es la voz que me dice que existo como yo, la que forja mi ego y me convierte en un ser individual. Bajo su influjo, me contemplo como una sola persona sólida, fragmentada del flujo de energía de alrededor, separada del otro y de lo otro y con sentido de sus límites corporales, dónde empiezan y dónde terminan, dejando de ser átomos y moléculas que se mezclan con los de los objetos y cosas que me rodean.

Sin embargo, es mucho menos conocido, sólo en la actualidad algunas investigaciones empiezan a mostrarlo, que la mente proporciona igualmente utilidades de excelencia al servicio de la dimensión no estrictamente física del ser humano, esto es, para lo que en términos trascendentes se denomina Espíritu, Ser o verdadero Yo. De ello se ocupa el hemisferio derecho, que se centra en el aquí y ahora mismo; y mantiene abierto los conductos y canales que permiten que el ser humano y su cuerpo interactúen con la unidad material y no material a la que pertenece y en la que se integra. En este orden, aporta funciones y mecanismos que se mueven en el campo de lo irracional, intuitivo y sensitivo;

vive plenamente el presente más allá del tiempo y el espacio; y percibe y trata información que los sentidos físicos no pueden aportar.

El hemisferio derecho piensa en imágenes. La información le llega en forma de flujos de energía de manera simultánea desde todos nuestros sistemas sensoriales, hasta conformar el cuadro completo de la apariencia del momento presente —cómo se ve, a qué huele, a qué sabe, qué se siente y cómo suena el presente—. Permite que nos contemplemos como seres de energía conectados a la energía de nuestro entorno; seres de energía, interconectados a la familia humana y al planeta, que estamos aquí para hacer del mundo un lugar mejor. Y, con esta percepción, nos vemos perfectos y hermosos.

La mente: la evolución al servicio de la consciencia

Así, el potencial operativo de la mente es colosal, inmenso. Tanto que, como si fuera un ordenador de última generación, su rendimiento no depende estrictamente de ella, sino de la cualificación del usuario. Y si en los ordenadores tal cualificación viene definida por los conocimientos y pericia del operador, en el caso de la mente está en función del grado de consciencia de la persona. Por lo que cabe afirmar que la mente está al servicio de la consciencia.

La manifestación de la Consciencia es el «soy el que soy» con el que Dios responde a Moisés. En nuestro plano, está relacionada con la honda interiorización de lo que el ser humano es: una unidad, integrada a su vez en la Unidad de cuanto existe, en la que confluyen de manera armoniosa y equilibrada una dimensión interior y espiritual y otra exterior y material. La consciencia hace factible tal confluencia y plasma la adecuada conexión entre esas dos dimensiones.

Con esta base, cuando el nivel consciencial es bajo, la conexión falla: la persona está desconectada de su Ser profundo y carece de una dirección consciente. Ante esta ausencia del Yo interior en el timón, la mente activa una especie de piloto automático, valga el símil, que suple tal déficit. Se trata del ego, que desarrolla un yo y una personalidad ante las necesidades de conservación y actuación en el mundo tridimensional. Frente al Yo interior, es un yo no sólo pequeño, sino también falso, en el sentido de que es una creación de la mente, un objeto mental. Pero no es menos cierto que resulta imprescindible para la supervivencia y actividad del ser humano ante la ausencia de un mando consciente.

En cambio, cuando la persona disfruta de un alto grado de consciencia, la conexión entre sus componentes trascendente y material está plenamente operativa; y el verdadero Yo asume la dirección consciente. El piloto automático, el ego, no es preciso, por lo que la mente lo mantiene desactivado. Además, en vez de usar y canalizar su energía y capacidad para el funcionamiento y desarrollo del ego, las pone al servicio del Yo profundo.

La mente está libre de «culpa»

Por lo enunciado, es la cualificación consciencial del usuario lo que determina el papel y el rendimiento de la mente, que está siempre a nuestra entera disposición en su vasta capacidad funcional.

No obstante, al igual que distintas tradiciones y culturas religiosas se han empeñado a lo largo de la historia en satanizar el cuerpo físico, el desconocimiento de lo que se acaba de explicar ha provocado que otras dirijan sus fobias contra la mente, culpándola de la existencia del ego y de la interminable sucesión de pensamientos que por ella fluyen sin control. Pero cuerpo y mente son, como el espíritu o el alma, creaciones divinas; nada malo hay en ellos. La mente,

en particular, es un prodigioso tesoro biológico-tecnológico al servicio del ser humano, incluida su esfera espiritual. Y es un instrumento neutro, cuyo potencial resulta más o menos rentabilizado dependiendo de la cualificación del operador, esto es, del grado de consciencia de la persona.

Eso sí, cuando tal grado es reducido, el funcionamiento del piloto automático o ego, una creación mental, sumerge a la persona en un mundo de creaciones mentales. Al ego no se le puede pedir otra cosa, no da más de sí. Lo que provoca que muchos seres humanos vivan en un mundo de ficción e ilusiones mentales mayoritariamente marcado por la insatisfacción y la infelicidad. Pero es de género estúpido responsabilizar a la mente de esto, cuando se limita a cumplir con su obligación: activar un mecanismo supletorio por la carencia de dirección consciente y ante necesidades primarias de conservación y actuación en la tridimensionalidad.

La mente, pues, está libre de «culpa» y es el ser humano el que debe mirar hacia su interior y elevar su grado de consciencia. Para lograrlo, un buen procedimiento consiste en poner en evidencia las ficciones e ilusiones mentales en las que las personas se introducen cuando el ego asume el mando y, a partir de ello, escudriñar en la dimensión profunda del ser humano. A esto se dedican las páginas que siguen, en las que han influido las aportaciones de Eckhart Tolle (www.eckharttolle.com) vertidas en obras como *El poder del ahora*, *Practicando el poder del ahora* y *La nueva consciencia* (GAIA, Ediciones; Madrid, 2001, 2003 y 2007, respectivamente).

Vamos a contar mentiras

Bajo el control del piloto automático, la vida cotidiana de muchísimas personas discurre sumida en una serie de mentiras y errores. Estos afectan sensiblemente a su sentido del yo, a la consciencia acerca de sí mismos y a la percepción

sobre cuestiones tan primigenias como lo que significa pensar o lo que es vivir el presente. Entre tales mentiras, sobresalen la media docena que se enuncian de manera sintética a continuación

1ª No es verdad que sea consustancial tener una voz en la cabeza que habla sin parar

Cuando el ego está al mando, basta con que se reflexione o medite un momento para constatar que los pensamientos acuden a la mente sin previo aviso, de manera espontánea y sin autorización por nuestra parte, sin que intervenga nuestra voluntad. Parecen obedecer al dictado de algo o alguien ajeno a nosotros mismos, como si estuviéramos poseídos por una entidad extraña con sus propios deseos y prioridades.

Nos cuesta enorme trabajo cortar ese flujo permanente y descontrolado de pensamientos. También resulta difícil concentrarse en uno concreto, pues enseguida otros pugnan por entrar en escena. Y su autonomía llega al extremo de que ni siquiera podemos evitar aquéllos que nos desagradan; por más que nos fastidien, vuelven a aparecer cuando les viene en gana.

Es más, los pensamientos han logrado tal poder que aceptamos su dominio como lo más normal del mundo. Cada uno de nosotros y la civilización y cultura vigentes, la visión imperante, estima lógico que no podamos poner coto a su ritmo incesante, centrarnos en uno específico o liberarse de los que nos disgustan.

Pero esto es una gran mentira: no es un hecho consustancial al ser humano tener en el interior de la cabeza una especie de voz que habla sin parar y con autonomía y criterio propios. Esto se produce cuando el referido piloto automático está encendido. Si el ser humano eleva su grado de consciencia, el piloto se desactiva y el Yo verdadero toma la dirección, teniendo capacidad sobrada para controlar la mente, ya sea para acallarla o para concentrarla en un

tema o asunto concreto sin interferencias o injerencias de pensamientos no invitados. Cuando aumentamos el nivel consciencial, los pensamientos están a nuestro servicio y no nosotros al servicio de ellos.

2ª No es verdad que nuestro Yo y nuestros pensamientos sean lo mismo

Nuestra rendición ante los pensamientos ha llegado al extremo de que confundimos su voz con nosotros mismos. Nos identificamos con ellos, permitimos que nos capten hasta el punto de unir a ellos nuestro sentido del yo y tejemos lo que pomposamente denominamos personalidad sobre un crisol de pensamientos que fluyen, refluyen, juzgan, prejuzgan, etiquetan y clasifican a su entero antojo.

Es ciertamente sorprendente, pues es obvio que los pensamientos campan a sus anchas. Pero, aún así, terminamos creyendo que nosotros somos nuestros pensamientos, identificándonos con ellos. De este modo, los pensamientos fabrican en nosotros un falso ego: el reiterado piloto automático, totalmente ficticio y de carácter puramente ilusorio, que afirmamos solemnemente como nuestro yo.

Pues bien, ésta es otra gran mentira, la segunda del listado. La realidad es que nuestro verdadero Yo nada tiene que ver con ese falso y pequeño yo ni con nuestros pensamientos. Los seres humanos tenemos un Yo profundo absolutamente ajeno a ese ego y a los pensamientos; y para el que éstos no son sino instrumentos para la acción en el mundo en el que vivimos.

3ª No es verdad que exista el pasado

Ahora bien, el absurdo no termina aquí, sino que es aquí donde empieza. Primero, porque no se trata de una voz en el interior de la cabeza, sino de muchas voces que pugnan

y discuten entre sí, pues tenemos muchos pensamientos a menudo contradictorios y enfrentados. Y en segundo lugar, porque los pensamientos están condicionados no por el presente, sino por el pasado, por nuestras experiencias y recuerdos. Esto nos introduce en un espectacular embrollo porque el pasado no existe ni existirá. Creer en la existencia del pasado es la tercera gran mentira, asumida sin rechistar cuando es escaso el grado de consciencia sobre quién se es y lo que es real.

La memoria del pasado es algo que surge como forma mental en el momento presente; cuando pasó lo que pasó, lo hizo como presente y después dejó de ser real para configurarse en una creación u objeto mental. Además, tal memoria ni siquiera es del todo certera, pues muchos sucesos del pasado los rememoramos desde la interpretación subjetiva de nuestra pequeña historia personal —sufrimientos y goces, éxitos y fracasos—. Y ésta suele estar marcada por la insatisfacción, bien por no haber alcanzado lo deseado o porque, habiéndolo conseguido, inmediatamente aspiramos a algo más, a algo nuevo que haga nuestra vida más placentera, completa o genuina.

De este modo y aunque no nos percatemos del desatino, nuestra identidad, personalidad y sentido del yo quedan a merced de unos pensamientos contradictorios que responden a la interpretación subjetiva por parte del ego insatisfecho de un pasado inexistente. Ante esto, no puede sorprendernos que nuestro sentido del yo se halle estrechamente ligado a una sensación de frustración o, al menos, de carencia de algo, de emociones o cosas. El piloto automático, a falta de una dirección consciente, no da para más. Por lo que una gran parte de las personas notan que sus vidas no están llenas, se sienten incompletas. Cunde el desasosiego, configurado ya como santo y seña de la sociedad actual.

4ª No es verdad que exista el futuro

¿Qué hacer ante el desasosiego?. Pues como el ayer no nos satisface, miramos hacia el mañana. Se trata de una huida hacia adelante en toda regla. Sobre ella se construye otra falacia, la cuarta gran mentira: el futuro.

Puenteando el presente, pasando por encima de él, proyectamos el pasado, con sus frustraciones y carencias, hacia el futuro. Pero éste es sólo otra invención de la mente, otro objeto mental. El futuro sólo es real cuando ya no es un objeto mental, es decir, cuando deja de ser futuro y se transforma en el momento presente.

Sin embargo, al observar el mundo que nos rodea, es fácil constatar que el futuro se ha convertido en una droga a la que se mantiene enganchada una ingente cantidad de personas. La gente se aferra al futuro cual tabla de salvación —también muchos buscadores—. Lo consideran imprescindible para salir del agujero emocional en el que han caído, para experimentar nuevos sentimientos y sensaciones, para poseer los objetos que precisan o les ilusionan, para completarse, para ser felices.

Desde luego, el futuro es útil para las cosas prácticas, pero más allá no tiene ningún sentido. Está claro que cada cosa que hacemos requiere tiempo para completarse; y que hay acciones que han de ejecutarse hoy con la mirada en el mañana o que forman parte de una cadena de tareas que trascienden el ahora. Pero en lo que corresponda hacer en este ahora, no son futuro, sino presente. Y en éste me debo ocupar de lo que me tengo que ocupar, sean cuales sean sus implicaciones o consecuencias en el tiempo. Son las ocupaciones del momento presente, no las pre-ocupaciones por el mañana.

La realidad es que gastamos muchísima energía en las pre-ocupaciones, mientras que ponemos escasa atención en llevar a cabo las ocupaciones de la mejor manera posible. En

lugar de diferenciar entre ocupaciones y pre-ocupaciones y centrarnos exclusivamente en las primeras, nos metemos en una cadena sin fin donde el pasado condiciona el futuro; y éste, cuando llega, se añade al pasado y vuelve a condicionar el futuro. La droga del futuro nos tiene desquiciados.

El futuro no existe, excepto en la mente, como un pensamiento. El pequeño yo, el ego, está siempre esperando encontrarse a sí mismo en algo que hallará en el momento próximo; anda siempre en camino hacia lo que sea. Y esto, lógicamente, provoca estrés: la enfermedad mental más común y extendida en nuestra civilización.

5ª No es verdad que vivamos en el presente

Si a cualquier persona se le pregunta si vive en el antes, en el ahora o en el después, nos mirará con cara de sorpresa por la teórica imbecilidad de la pregunta y contestará de inmediato que en el ahora. Es lógico, pues en nuestra carencia de consciencia estamos convencidos de que vivimos en el hoy; ni en el ayer, ni en el mañana, sino en el presente. Sin embargo, esto es mentira, la quinta de la relación.

Ojalá fuera verdad que vivimos el presente, pero, como consecuencia de las cuatro mentiras anteriores, por el bajo grado de consciencia, la mayoría de hombres y mujeres estiman en su fuero interno, aunque sea inconscientemente, que el momento próximo es más importante que el actual. Y pasan sus días en plena incapacidad para vivir en el único sitio donde la vida existe: el momento presente.

La razón es sencilla de entender. El ego es una creación mental surgida de la identificación con nuestros pensamientos. Como tal, se nutre y se recrea en las invenciones y objetos mentales, espantándole todo lo que sea real. Por eso anda siempre dando bandazos entre el pasado y el futuro, meros objetos mentales. Y por eso no le gusta el momento presente, que es lo único auténticamente real.

El falso yo vive en constante oposición al momento presente o, simplemente, lo niega. Ha convertido el momento presente en su enemigo. Para él nunca es suficiente. Rara vez hay algún momento que le guste. Y cuando esto ocurre, el momento presente pasa rápidamente y se queda en el mismo estado que antes. Las quejas mentales son una manifestación de esta confrontación con el momento presente. El ego está instalado en un estado casi permanente de queja mental. Nada le agrada ni parece bastarle. Halla defectos y motivos de protesta hasta en lo más placentero o deseado. Es como se alimenta el falso y pequeño yo: posicionándose y reafirmando contra lo que es, contra la vida. Imponemos juicios y reducimos a las personas a un puñado de etiquetas y conceptos mentales. Y al encarcelar a los otros con los pensamientos, nosotros mismos entramos en la prisión mental.

El ego se percibe a sí mismo contra la vida, contra el Universo, contra el resto de lo que existe, que, en su labor como piloto automático, contempla cual amenaza. Es una colosal locura que aún se hace mayor debido a que el ego también necesita el mundo que le rodea para cumplir su misión y satisfacer sus aspiraciones. El ego pasa sus días —y con él los seres humanos que con él se identifican— en el tremendo conflicto de rechazar el momento presente, lo único real, la vida. Y lo agudiza necesitando de un mundo que, a la par, estima una amenaza.

6ª No es verdad que seamos lo que somos

La última mentira que aquí se va a destacar es una especie de corolario de las cinco precedentes y el máximo exponente de las consecuencias del reducido nivel consciencial. Radica en el hecho de que cada uno está convencido de que vive su vida. No puede ser de otra manera, nos decimos. Nos consideramos conscientes de lo que hacemos, de lo que queremos,... de lo que somos. Pero tampoco esto es verdad.

No tenemos consciencia de nuestro ser real, el verdadero Yo, sino del piloto automático con el que nos identificamos; de un ser que nuestra mente, ante la ausencia de mando consciente, ha tenido que inventar por necesidades de supervivencia y actuación en la tridimensionalidad. Hemos desarrollado una consciencia de los objetos: no somos lo que somos, sino lo que pensamos que somos; nos vemos a nosotros mismos como objetos mentales. El ego forjado por los pensamientos ha sido creado como objeto mental: mi pequeño yo, mi pequeña historia, mis emociones. Y este objeto mental busca su felicidad en los objetos físicos y mentales: en las cosas materiales, en las creencias o teorías mentales y en las emociones estimulantes.

Sin duda, todas estas cosas tienen su lugar en este mundo, pero no para que nos identifiquemos con ellas. Es imposible que nos encontremos a nosotros mismos con objetos y formas ajenas a nuestro Ser. Pero lo hacemos. Y el resultado final es la frustración, la insatisfacción: la demencia derivada de la pérdida de conexión con una dimensión más profunda del ser humano, nuestro verdadero Yo. Podemos activar tal conexión mediante la elevación del grado de consciencia. ¿Cómo conseguirlo?. Resulta de gran ayuda examinar nuestra dimensión profunda a través de su relación con el único sitio donde la vida realmente existe: el ahora. A ello se dirigen los próximos apartados. Vaya por delante que en esa dimensión no existe el tiempo; que nada tiene que ver con los pensamientos, conceptos, juicios y definiciones; y que no se identifica ni se llena con objetos materiales, mentales y emocionales.

Las dos dimensiones del momento presente

Para adentrarnos en la dimensión profunda del ser humano y su relación con el ahora, es crucial que primero reconozcamos y desvelemos interiormente las mentiras que han

sido sintetizadas y por las que ha discurrido nuestra vida. Este reconocimiento es la llave que abre el acceso a esa otra dimensión: adquiramos consciencia del contenido y consecuencias reales de las mentiras reseñadas y convirtamos esa consciencia en la llave que conduce a nuestra dimensión más profunda. ¿Cuál es la puerta en cuya cerradura hay que introducir la llave?. La puerta es la esencia subyacente del momento presente. Veamos por qué.

Como ya se ha resaltado, el momento presente es el único sitio donde la vida existe. La vida llena y abundante es la eterna, la que no está sujeta al tiempo, un continuo momento presente en el que lo eterno se desenvuelve. Nuestra dimensión profunda se encuentra donde el ego nunca la buscaría: en el aquí y ahora. No obstante, el momento presente cuenta también con dos dimensiones: la superficial y cambiante; y la subyacente y fija.

La primera es la forma del momento presente, sus contenidos percibidos por nuestros sentidos. Y es cambiante. De un momento a otro varían los sonidos, silencios y ruidos; las luces y las sombras; la respiración y otras facetas corporales; las circunstancias personales y del entorno; las situaciones, lugares y paisajes; los estados de ánimo; la temperatura y la climatología; los olores y lo que el tacto toca; los pensamientos que transitan por la mente; los sentimientos y emociones; etcétera.

La segunda, la esencia subyacente por debajo de las formas, es la existencia, la vida misma, que siempre es ahora y nunca será no ahora. La existencia es «ser» y «ser» es ahora; no cuando fue, ni cuando será; no es un pensamiento o un objeto mental. Es el ahora; es «Ser»; es lo «Real».

El ahora, Ser, lo Real

El ego, en su pilotaje automático, transitando entre creaciones mentales, ni sabe en qué consiste la esencia subya-

cente del momento presente. Sólo reconoce su aspecto superficial, la forma del ahora, que muta cada día, cada hora, cada minuto e, incluso, cada segundo. Por ello, el pequeño yo cree que es el propio momento presente el que se transforma de momento en momento. Casi ni existe, llega a pensar, dada su volatilidad, oscilando entre el momento que ya ha pasado y el que después vendrá.

Pero hay una esfera no superficial del momento presente que escapa a la comprensión del ego. Valga el ejemplo de un río, verbigracia el muy milenario Guadalquivir, el Baetis o Beitis de antes de los tartesios, que fluye desde tiempos remotos por tierras andaluzas. El falso yo, sentado a su orilla, sólo atiende a las formas y observa el curso de sus aguas, que en un punto concreto varía a cada momento o baja más o menos caudaloso. Es incapaz de entender que el río, por encima de tales cambios, es el río; que el Guadalquivir existe y es con independencia de las formas que adopte, más allá del discurrir de sus aguas, de las modificaciones de su caudal y del transcurrir del tiempo.

Lo mismo ocurre con el ser humano, que, como el momento presente, cuenta con una dimensión superficial, su forma percibida por los sentidos, y otra subyacente. La primera es la persona temporal, cuya fisonomía y circunstancias mutan a cada momento y cuyo fin, al cabo de unas pocas décadas, se halla en el cementerio. Allí serán enterrados o quemados todos sus anhelos, dramas, temores, ambiciones, éxitos y fracasos; allí quedará su forma reducida a polvo o ceniza. Por el contrario, la esencia subyacente no sabe de variaciones ni de muertes. Es inalterable, es la existencia, es el ser; el verdadero Yo, no el falso y pequeño yo; lo único real.

Contemplar lo transitorio y efímero del momento presente —sea de un río o de un ser humano— es una buena manera no sólo de percibir la forma, sino, igualmente, de percatarse de la esencia subyacente: el ser; el ahora ajeno a

las formas y sus modificaciones. Se «es» en el ahora, en el momento presente. La forma de éste sí se transforma continuamente, pero sólo la forma. Por debajo del cambio hay algo que no tiene forma. Y ese algo no es «algo»; es sólo algo cuando pensamos en él y pretendemos llevarlo al mundo del ego. Pero, realmente, carece de forma, no es un objeto mental: es Ser, Existir, este momento, ahora.

No se puede ir más allá de este punto con el entendimiento. De hecho, ni hace falta ni es conveniente. Paramos el ajetreo incesante de los pensamientos, nos contemplamos a nosotros mismos y sentimos internamente que ser es existir y existir es ser. ¡Ya está!. Ni más, ni menos. No necesitamos pensar en que existimos y somos. Se trata, sencillamente, de tomar consciencia de ser, de existir. La mente está a nuestro servicio, no al revés; la mente está al servicio del ser, no a la inversa. Y ser conlleva atributos y potestades que pierden su esencia —se desnaturalizan— si son mentalmente tratados. Ser, existir, no precisa de racionalización alguna. Cuando intentamos situarlo al nivel del entendimiento lo convertimos mentalmente en «algo» lo empaquetamos en un objeto mental; y desvirtuamos de modo lamentable su esencia y entidad. Si lo nombramos, clasificamos y etiquetamos, ya no es real, sino una interpretación mental que nada tiene que ver con lo real.

«Espacio» y nueva interacción con la vida

Por todo lo visto, hay una estrecha ligazón entre el momento presente -su forma y su dimensión subyacente- y la esencia subyacente del ser humano. Es obvio que si el momento presente existe, con sus dos dimensiones, es porque Yo existo. Si Yo no existiera, no habría momento presente ni en su forma ni en su fondo.

Verbigracia, si usted está aquí y ahora leyendo estas palabras —sentado en un sitio u otro, solo o acompañado, en

silencio o no, con una temperatura mayor o menor, luciendo el sol o lloviendo, ... — es porque usted «es» (ser), porque existe. Si no existiera —ser, lo subyacente— no habría este momento de lectura en ninguna de sus posibles y cambiantes circunstancias —la forma—. Y cuando termine de leer o haga un descanso, la forma del ahora será distinta a la del momento en el que inició la lectura o la del momento actual. Sin embargo, «algo» no habrá cambiado: el hecho de que usted es y existe.

Por tanto, el momento presente está absorbido en el Ser. Es en el Ser en donde existe la dimensión profunda del momento presente, su esencia subyacente y fija, la existencia, la vida. Y también es en el Ser donde existe la dimensión superficial y cambiante del ahora —su forma, sus contenidos—. Por ello se puede afirmar que el Ser es el «espacio» en el que emanan las formas del momento presente.

Para que exista el momento presente en sus dos dimensiones es imprescindible que Yo exista. Y este hecho tan obvio nos acerca espectacularmente al Yo verdadero, al que es y existe más allá de las formas cambiantes del continuo momento presente. Más allá de lo variable y mutable que hay en nuestra vida actual o, incluso, en la cadena de vidas que podemos transitar en nuestra encarnación en el plano humano, hay «algo» que no cambia: el hecho de que Yo existo; y de que si no existiera, todo lo demás tampoco existiría, pues mi Ser es la referencia obligada para que exista todo lo demás que muta y se transforma de un momento a otro. Mi dimensión subyacente —ser, existir— es la esencia de la dimensión subyacente del ahora, del momento presente. Y conforma el espacio en el que el momento presente se desenvuelve

Este hecho es de enorme trascendencia para la vida cotidiana de cualquiera de nosotros y son muchas y muy notables sus implicaciones en nuestra existencia, en el ahora. Al ego le parece una locura, pero hay que volver a subrayar

que la única demencia es la suya cuando intenta filtrar todo por el único plano que él conoce, el mental. Pero lo real es el Ser, el Yo verdadero. Y su existir explica el momento presente en sus dos dimensiones. El Ser es el espacio en el que surgen las formas del ahora.

El Ser es la consciencia misma que permite afirmar «soy el que soy». Todo lo demás es consciencia de objetos. La consciencia del Ser significa estar concentrado en Ser; existir en alerta y en el único sitio en donde la vida es posible: el ahora. El ahora es el Ser y en su espacio surgen las formas del momento presente, aunque el Yo verdadero esté más allá de las formas y no se llene de sus contenidos.

Una sencilla práctica

Para vislumbrar lo que significa Ser sirve un sencillo ejercicio. Basta con dejar un lapso entre dos pensamientos de los que bullen en nuestra mente. Concentrémonos e intentemos que haya un instante, uno sólo, por pequeño que sea, entre ambos. Cada uno de estos pensamientos es un objeto mental. El lapso que conscientemente dejamos entre ellos es la presencia del Ser, el Yo verdadero. Los pensamientos van y vienen incluso cuando dormimos. En el lapso en el que los interrumpimos radica la consciencia: estar muy desperto sin nombrar o interpretar el momento. Simplemente, quietud en alerta. Una quietud que está presente, igualmente, en el movimiento, en la acción. Para el Yo verdadero, la quietud es movimiento y el movimiento es quietud.

Y los seres humanos estamos en condiciones de lograr que en nuestra vida la consciencia que percibimos durante el referido lapso sea no sólo un corto instante entre dos pensamientos, sino que florezca e impregne toda ella, de modo que el Yo verdadero coja las riendas, en lugar del ego, y que la mente esté a nuestro servicio, no al revés. En realidad todo consiste en ser consciente de que Yo soy, de que

existo, y de que mi ser y existencia es tanto la dimensión subyacente del ahora —inmutable, inalterable— como el espacio en el que surge y se despliega la forma del momento presente —mutable, variable—. Y con esta toma permanente de consciencia se produce la conexión entre nuestro Yo profundo —interior, eterno y situado más allá de la mente— y el mundo y circunstancias que nos rodean —exterior, efímero y mental—, que quedan así bajo el mando del Yo verdadero.

La nueva visión que esta toma de consciencia aporta es extraordinaria. Yo Soy; y todo es y se desenvuelve porque Yo soy. Si Yo no fuera, nada sería. Yo soy es la razón de cuanto existe. Y, como veremos en próximos capítulos, mi Yo soy es idéntico al Yo soy del otro y sólo se explica y se sostiene en la Unidad del Ser Uno.

Otra práctica elemental y espiritual

La citada nueva visión eleva nuestro grado de consciencia por arriba del correspondiente a la consciencia de los objetos y transforma el «no» inconsciente y demente a la vida en su «sí» consciente y cuerdo; plasma en el ahora una nueva interacción con la vida que conlleva un rotundo sí a la misma que no es sólo mental, sino consciente, interiormente sentido. Esta nueva interacción radica en abandonar toda oposición o resistencia contra el momento presente y la forma y contenidos con las que aparece. La práctica que ello conlleva es fácil de exponer: dejar de nombrar, etiquetar y clasificar todo lo que nos rodea y a nosotros mismos; cesar de interpretar y enjuiciar cada cosa del mundo de los objetos, cada persona que encontramos, cada situación o acontecimiento, cada acción propia o ajena, cada pensamiento,...

Se trata de dejar de discutir con lo que es. Es una práctica elemental: es lo que hacen las plantas, los árboles o los

animales. Y es una práctica espiritual: hace que aflore el Ser, el Yo profundo. Conseguimos la alineación interior con el momento presente; aceptamos su forma, sus contenidos cualesquiera que sean, de manera abierta y amistosa. No polemizamos con lo que es y que no puede ser de otra manera que como ya es. Lo cual no supone ni resignación ni inacción. Al contrario, hace la acción mucho más eficiente, pues se actúa alineado con la vida, no desde la negatividad del ego. Al no poner a otras personas en prisión mental, tampoco me meto en ella yo mismo. Y al no juzgar, siento y genero una paz que se convierte en bendición para cada persona que encuentro.

Comprobaremos que esta práctica, ejercitada de modo continuo en el presente, proporciona una gran sensación de libertad. No en balde, dejamos de estar atrapados en la pequeña historia del ego. Ya no hay piloto automático: El Ser toma el mando.

Consciencia del Yo soy y no oponerse a la vida

Al ego le parecerá increíble que mediante prácticas tan primarias se pueda expandir la dimensión espiritual del ser humano. Le gustan prácticas espirituales más complicadas, especialmente las que proponen multitud de pasos que se extienden durante meses o años de ejercitación. Como le aterra el presente y se alimenta de la confrontación con la vida, con el ahora, le encanta la idea de estar largo tiempo practicando cómo llegar al futuro, cómo ser mejor. El pequeño yo se nutre de tiempo y desea tiempo para llegar a donde sea, incluso a Dios. Demasiados buscadores espirituales responden inconscientemente al mismo patrón y, en lugar de coger por los cuernos el toro del momento presente y vivir y ser de verdad en él, transitan por un laberinto de lecturas, escuelas, prácticas meditativas y experiencias esperando conseguir la iluminación en un futuro próximo.

Pero la consciencia del Yo soy y no oponerse a la vida no precisa de tiempo, pues sólo requiere el ahora. Tampoco de libros, ni conocimientos, ni estados meditativos. Nada de eso. Todo es simple e inmediato: Ser y existir, en paz con la vida; dejar de enjuiciar y etiquetar; aceptar lo que es; permanecer continuamente alineado con la forma del momento presente, un momento que es siempre el mismo, el ahora, aunque adopte formas diferentes. Desaparecen los pensamientos que antes surgían involuntariamente para juzgar y etiquetar cuanto nos rodeaba y ocurría, incluido a nosotros mismos. Fluye sin obstáculos la dimensión profunda de nuestro ser, abriéndose el espacio interior que permite al momento presente, incluida su forma y contenidos, ser lo que es. Siento íntimamente —no sólo mentalmente— el sí al ahora. Y percibo, lo que no tiene forma, el verdadero Yo, el atemporal, el que nada tiene que ver con la pequeña historia personal del falso yo cuando funcionábamos bajo la batuta del ego.

Al verdadero Yo lo siento como presencia. Es la consciencia pura de Ser, un estado que es alerta y, a su vez, espacio. Muchas personas, tras años de prácticas meditativas, no captan tal presencia porque buscan un objeto mental. Pero no es esto ni se le parece. Es «consciencia»: «alerta» y «espacio». Nos percatamos de que somos el espacio para todo lo que sucede, para cada situación, sea de gozo o de dolor; constatamos que somos el espacio para el mundo exterior y traemos a él nuestra dimensión profunda.

La práctica del ahora, tan directa y sencilla, nos ayuda a elevar el grado de consciencia mucho más que cien libros o técnicas de meditación. Cuando el nivel consciencial aumenta se establece la conexión entre la dimensión interior y exterior, espiritual y material, del ser humano. Y la mente, en su sabiduría, apaga el piloto automático del ego. La toma de consciencia permite que el verdadero Yo tome la direc-

ción consciente del ser humano y se transforme en lo que somos: el espacio en donde todo es.

Actuar en las dos dimensiones

Como se resaltó en el capítulo precedente, la «consciencia» se relaciona con «ser» y cuenta con dos esferas inseparablemente unidas: «consciencia de lo que se es» y «consciencia de lo que es». En términos que se acaban de citar, la primera se refleja en estar «alerta»: sé y siento lo que soy (toma de consciencia de lo que se es). Y la segunda, con el «espacio»: sé y siento lo que es, sé que soy el espacio en el que surgen las formas del ahora (toma de consciencia de lo que es). Como también se indicó, «Yo soy el que soy» sintetiza de modo rotundo la consciencia de ser en su doble perspectiva: consciencia de lo que soy —consciencia de Ser—, esto es, alerta; y consciencia de lo que es —consciencia de lo Real—, es decir, mi ser como espacio en el que surgen las formas.

Como escribió William Shakespeare y puso en boca de Hamlet, «ser, o no ser: este es el dilema» («to be, or not to be: that is the question») (*Hamlet. Acto Tercero, Escena I*). Y ser significa poder afirmar con legitimidad y certeza «soy el que soy». Permanecer alerta siendo y sintiendo en el ahora mi ser verdadero y subyacente, eterno, inmutable. Y constatar cómo mi ser es la forma del momento presente, lo que explica y en donde se despliegan los contenidos cambiantes del ahora. Nada es, por tanto, ajeno a mí mismo: ni, por supuesto, mi Yo verdadero, pues es mi ser; ni tampoco las formas mutables del ahora continuo, pues yo soy el espacio en el que existen y se desenvuelven.

Y tomo consciencia de que cada situación cuenta con estas dos dimensiones, que no están confrontadas, sino en armonía: la profunda y multidimensional del Ser y la de las formas del mundo tridimensional. Nuestro componente

corporal está en el mundo tridimensional y, desde luego, en él hay que actuar y hacer cosas. Y, bajo el mando del Yo verdadero, acometo las ocupaciones que correspondan, pero sin perder la consciencia de Ser. Por esto precisamente, la mente no activa el piloto automático, ignora las preocupaciones y sitúa los pensamientos a nuestro servicio. Los que aparezcan en ella, serán los útiles y pertinentes para el ejercicio de las ocupaciones; si surgen otros, ya no tienen importancia porque no pueden hacernos infelices. Podemos seguir usando la mente muy eficazmente cuando la necesitemos, pero con la capacidad de ir más allá del pensamiento.

Los conceptos ya no son importantes. Disfrutamos de un saber mucho más profundo que el que se plasma en conceptos mentales. Una sabiduría innata para el Ser interior que emana del estado sin pensamiento, en quietud y alerta. Actuamos libres de culpa y sin estrés; sin los apegos e insatisfacciones del ego; y sin resistencia al momento presente. En el fondo sentimos un estado de alerta que es la esencia del Ser. Y al adquirir esta conexión con el Yo verdadero no utilizo el ahora en otra cosa —ni acumular conocimientos, ni meditar, ni experimentar,...— que no sea Amar.

En el momento presente nuestra acción será sólo y absolutamente Amor incondicional. Un Amor que no es de este mundo, porque el mundo tridimensional es forma y este Amor radica en lo que no tiene forma, en nuestra dimensión profunda que proyectamos a las formas del momento presente. Observamos sin enjuiciar que en el mundo exterior cada persona tiene sus ocupaciones, pero que en el interior todos tenemos un mismo y único propósito: traer el Cielo a la Tierra; vivir en las dos dimensiones y ser una puerta para que la dimensión informe fluya y entre en el mundo de las formas para convertirlo no en algo hostil, sino bondadoso, con Amor.

Ya alcancé el «conócete a ti mismo»: soy consciente de lo que soy —alerta— y de lo que es Real —espacio—; y siento mi Ser profundo estrecha e inseparablemente ligado a la Unidad. Un estremecimiento de quietud y movimiento me recorre energéticamente cuando me inunda tal conocimiento de mí mismo. ¡Tantas travesías buscándolo por fuera en piloto automático y resulta que lo encuentro en mi interior cuando conscientemente decido tomar el mando de mi vida!. Y «ahora» que lo siento sé que es un estado más allá de los pensamientos e imposible de captar como objeto mental. Tal es así que esta es la mejor manera de expresar el conocimiento de uno mismo: uno no puede conocerse a sí mismo porque uno no es uno, sino Uno. Indefinible, inabarcable, indescriptible e infinito; no admite definición porque ningún pensamiento —ninguno— puede abarcarlo. Y entre ese Uno y Yo no hay diferencia ni separación alguna.

Yo soy el Ser Uno hasta el punto de que no puedo explicar con palabras la realidad de la Unión. Soy la Sabiduría y, sin embargo, me es imposible utilizar los conceptos, no tengo ningún pensamiento o definición de quién Soy porque lo real escapa de las categorías mentales. Soy un continuo momento presente en el que lo eterno se desenvuelve. Soy Creación. Soy la Consciencia e Inteligencia que me hacen Creador. Soy Creación y Creador. Soy el Espacio en el que todo surge. Soy el Amor incondicional que el ego no entiende y que Yo, un estado de Dios, Dios mismo, plasmo en el plano humano para que el Amor fluya en la tridimensionalidad.

Ojos nuevos para otro mundo mejor posible

Siento en lo más íntimo que Yo soy el Milagro. El mundo es, ni más ni menos, un reflejo de mi consciencia; y lo transformo por medio del incremento del grado consciencial. Y mi vida es mi responsabilidad al 100 por 100, tanto mis

actos y pensamientos como los de aquéllos que se relacionan conmigo (se pormenorizará al respecto a propósito del «ho'oponopono» en el capítulo que cierra estas páginas).

El mundo no se puede cambiar pensando cómo hacerlo, con programas; no hace falta pensar cómo transformar el mundo. Descubro que para hacer otro mundo mejor posible sólo se precisan ojos nuevos (elevación del grado de consciencia) para «Ver» el mundo. La esencia del Ser es la nueva consciencia que cambia el mundo —las formas— a través mía (como decía San Pablo, si tú fueras mejor, el mundo sería mejor).

El verdadero Yo dirige conscientemente mi persona. De hecho, vivo una Vida Impersonal. Actúo y realizo las ocupaciones del ahora y, al hacerlo sin cargas, en libertad plena, no doy otra cosa que lo que esencialmente soy, es decir, Amor. Así, transformo el mundo invisiblemente. También mediante palabras escritas o habladas que, de repente, vienen a mi pluma o a mi boca aunque no son mías; y por las acciones que tomo en el mundo ante ciertas situaciones, sabiendo que proceden de lo profundo del Ser y llevan energía de paz.

El nuevo mundo es el reflejo de este cambio interior. Y lo estoy construyendo Yo contigo, que eres Yo, como Yo soy Tú. Este es nuestro destino en el momento presente más allá de los pequeños destinos personales de cada uno. Concentrados en el Ser, desplegamos Amor y conectamos la tri-dimensión con esa dimensión que no tiene forma, con la Consciencia, Ser, Amor.

PARTE III
FÍSICA DE LA DEIDAD

CAPÍTULO 6 CREADOR&CREACIÓN

«Nada» versus «algo»

Han sido ya numerosas las referencias al Ser Uno (Todo, Dios,...), a la Unidad que Él engloba y explica y a la dimensión espiritual de los seres humanos. Es llegado el momento de ahondar al respecto, comenzando por el principio, esto es, por la esencia de la divinidad.

En este orden, cuando se trata de discernir sobre el Ser Uno, surge inmediatamente la pregunta que estremeció a Leibniz, Unamuno o Heidegger: ¿por qué hay «algo» y no más bien «nada»? Lo cual abre una disyuntiva primigenia y radical que, como las nuevas tecnologías, es de base binaria (0/1): hubo un estadio o periodo previo en el que «nada» había ni existía (opción 0); o desde siempre y por siempre ha existido «algo» (opción 1). ¿Cuál de ambas opciones, 0 ó 1, es la cierta, ya que una, forzosamente, tiene que serlo y las dos a la vez no lo pueden ser?.

En mayo de 2008, Michael Heller —longevo sacerdote polaco, profesor en la Academia Pontificia de Teología de Cracovia— recibió el prestigioso Templeton Prize —galardón que desde 1973 otorga anualmente la Fundación del mismo nombre— por sus investigaciones dirigidas a elaborar una demostración matemática de la existencia de Dios. Según él, la ciencia no es sino un esfuerzo colectivo de la mente humana para leer la Mente divina. Sus indagaciones parten de la evidencia de que multitud de procesos del Universo pueden ser expuestos como una cadena de estados donde el precedente siempre sirve de causa para explicar el siguiente, de forma que en todo momento rige una ley que dicta cómo un estado sucede a otro. Sobre esta base, conectada con la noción de un Universo Inteligente, Heller despliega una serie de deducciones y argumentos para mos-

trar que cuanto existe ostenta una naturaleza matemática. Y concluye que la inteligibilidad de ésta por parte del ser humano constituye la prueba circunstancial de la existencia de Dios.

Eso sí, sus razonamientos arrancan de una toma inicial de partido por la aquí designada como opción 1, a partir de la cual se desarrolla y adquiere consistencia la demostración matemática. Y el sacerdote reconoce que su inclinación por esta alternativa no admite justificación científica, salvo —cabe apuntarle— la vía indirecta de la reducción al absurdo de la opción 0: de la «nada» no puede surgir nada (cero es igual a cero por más dígitos que contenga el número por el que lo multipliquemos) y, mucho menos, el grandioso y multifacético Omniverso del que somos parte. Expresado de otra manera, el infinito tiene que ser el productor de lo finito, aunque sea imposible determinar un momento en el tiempo en el que la producción no haya tenido ya lugar.

En cualquier caso, al hilo de lo reconocido por Heller, la decantación por la alternativa 1 no es tanto una elección racional en sentido estricto como fundamentalmente irracional, sensitiva, intuitiva e inspirativa. Fluye de nuestro interior cuando late la íntima convicción de que siempre existió «algo» y que ese algo es Dios. Lo que no significa ni que el intelecto humano no pueda acercarnos al conocimiento de la divinidad ni que espiritualidad y ciencia caminen por sendas antagónicas, como hoy se opina de manera tan mayoritaria como obtusa.

Como se ha recalado en el capítulo precedente, la mente humana, más allá de la utilización que cada usuario haga de ella, es una prodigiosa y armoniosa conjunción de biología, tecnología y arte, producto y resultado de miles de millones de años de evolución. Sería absurdo que una obra tan exquisita y un proceso tan prolongado y apasionante tuviesen como desenlace algo incapaz de discernir acerca de lo divi-

nal y sus atributos; y sobre una Unidad en la que el propio ser humano se integra. Antes bien, parece del todo lógico que el intelecto esté en condiciones de acometer, aunque sea con humildad y modestia, tal discernimiento.

Así lo confirman las experiencias interiores y las aportaciones hacia el exterior que tantos hombres y mujeres han realizado a lo largo de la historia. Y también lo corrobora la interacción entre espiritualidad y ciencia ya abordada en epígrafes previos: los saberes espirituales abren las puertas a innovaciones científicas y éstas confirman aquéllos y coadyuvan a su mejor interiorización. De este modo fue en culturas arcaicas; y se comprueba en la actualidad cuando una serie de avances científicos —física cuántica, ciencia de partículas, teoría de cuerdas, física de la vibración, astrofísica del big-bang,...— están evidenciando lo atinado de reflexiones trascendentes que pertenecen al acervo cultural y espiritual de la humanidad.

Un acervo que tiene como pilar —hay que volver a subrayarlo— el intelecto humano; y que por milenios se ha plasmado en una gran variedad de escuelas y corrientes filosóficas y teológicas que arrancan de una convicción atávica sobre la existencia de un Creador y una concepción primigenia acerca de sus potestades. De ello, probablemente, han bebido la globalidad de las religiones hoy vigentes, adaptando a lo largo de los siglos esa base común a cada realidad social, educativa y geográfica.

Todo esto, a su vez, lejos de estar reñido con la «fe», se halla estrechamente asociado a ella. Porque en el despliegue y desarrollo de la inteligencia humana la racionalidad y la irracionalidad pueden y deben caminar de la mano y en equilibrio, en los términos ya enunciados en otros apartados. Por lo que con rigor cabe refrendar la realidad de la fe como vivencia íntima, fuente de experiencia y de sabiduría: fe que busca la inteligencia («fides quaerens intellectum»); fe para saber, o creer para entender («credo ut intelligam», en

expresión de San Agustín). Porque, como indicó San Anselmo al hablar de la «operosa fides» y de la «otiosa fides», la fe que no trata de entender es una fe ociosa.

Una fe que no sabe de iglesias ni de credos. Una fe inteligente, operante, viva, válida para comprender. Una fe que es el suplemento de conocimiento que nos proporciona la revelación interior a la que los seres humanos tenemos acceso. Revelación que no sucede aleatoriamente o por azar, sino que, como ya se ha tratado, está ligada a nuestro Yo profundo y al aumento del grado consciencial. Por lo que la fe, para que dé sus frutos, debe volcarse en una práctica cotidiana de la misma —estadio de conciencia y sus correspondientes experiencias— que confirmará en el día a día la veracidad de lo que anuncia y ayudará a profundizar en ella mediante la elevación del nivel de consciencia.

Planteamientos que ayudan a interiorizar el mensaje que un grupo de monjes contemplativos católicos remitió al Sínodo de los Obispos, en septiembre de 1967, sobre la posibilidad de que el ser humano entable un coloquio con Dios. En él, frente a la idea imperante incluso entre muchos creyentes de que no es posible llegar a Dios —desconocido e inaccesible, «completamente Otro»—, muestran su convencimiento de que Dios *«concede al espíritu atento y purificado el don de alcanzarlo más allá de palabras e ideas»*, añadiendo que *«la fe desemboca en la seguridad inamisible colocada en nuestros corazones por Dios mismo»* y que *«en el Espíritu hemos comprendido que en Él tenemos acceso a Dios por la fe reintegrados en nuestra dignidad de Hijos de Dios»*. Y concluyen: *«El conocimiento místico cristiano no es solamente el conocimiento oscuro del Dios invisible; es, en el encuentro de un amor personal, una experiencia de Dios que se reveló a fin de hacernos participar en el diálogo del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Y, justamente, en la Trinidad de las Personas es en donde Dios se nos revela como completamente Otro y, al mismo tiempo, como más cerca de nosotros que cualquier otro»*

ser». En los próximos epígrafes y capítulos se comprobará la veracidad de estos asertos.

El Todo es Mente; el Universo es mental

Tras estas premisas y admitida la capacidad de la inteligencia humana para discernir sobre la divinidad y sus atributos, lo primero a subrayar es que indagar sobre lo divinal significa hacerlo sobre una realidad sustantiva y sustancial situada fuera de lo que nuestros sentidos físicos perciben y de la que el ser humano se percata de manera sensitiva, intuitiva e inspirativa (toma de consciencia y acción del Yo profundo), de un lado, y por medio de la investigación científica, de otro. Hace miles de años, Hermes Trismegisto lo compendió con maestría: *«más allá del Cosmos, del Tiempo, del Espacio, de todo cuanto se mueve y cambia, se encuentra la Realidad Substancial, la Verdad Fundamental»*. Y en la actualidad, tanto las religiones como la ciencia se refieren a ella, aunque se le asignan distintos y variados nombres: Espíritu, Energía, Fuerza, Esencia Subatómica, Identidad Universal,...

Ante lo cual emerge una pregunta clave: ¿de qué está hecha o en qué consiste esa realidad substancial?. El intento de responder a este interrogante nos retrotrae a lo que en el Capítulo 2 se citó como segundo eje de la película *¿Y tú que sabes?*: el replanteamiento de lo que entendemos por «real». Un terreno en el que la ciencia contemporánea ha dado un sensacional salto cognoscitivo al desvelar que en el núcleo del mundo material y cuanto lo compone hay una realidad inmaterial de carácter subyacente.

Como allí se señaló, esta nueva forma de comprensión de lo real tuvo pioneros como Herbert Spencer, que en el siglo XIX defendió la existencia de una *«energía infinita y eterna de la cual proceden todas las cosas»*, o Nikolas Tesla, que décadas después explicó como en la raíz de lo material hay una

realidad no física que se expresa como vibración; la cual, a su vez, tiene su origen y razón de ser en la plasmación mental de la consciencia. A lo que después se sumaron científicos como Jeffrey Satinover: *«la materia, sea lo que fuere, no tiene nada en esencia; es completamente insustancial; lo más sólido que se puede decir sobre ella es que se parece mucho a un pensamiento; es como una pizca de información concentrada»*.

Gracias al trabajo de muchos científicos como ellos y a las repercusiones de la física cuántica, en esta primera década del siglo XXI se empieza describir la realidad substancial de cuanto existe como energía vibratoria o vibración —así lo sostiene, por ejemplo, la Teoría de Cuerdas— provocada o asociada a alguna manifestación mental, sea consciencia, información, idea o pensamiento. Por lo que, como se enunció en el Capítulo 2 siguiendo al físico Fritjof Capra, *«no resulta inverosímil pensar que todas las estructuras del Universo (desde las partículas subatómicas hasta las galaxias y desde las bacterias hasta los seres humanos) sean manifestaciones de la dinámica autoorganizadora del Universo, que hemos identificado como la Mente Cósmica»*.

Por tanto, desde este replanteamiento científico de lo real, el interrogante acerca de qué está hecha y en qué consiste esa realidad substancial tiene una respuesta contundente: es vibración originada por algún tipo de fenómeno mental de características cosmogónicas. ¿Sorprendente?. No tanto. Primeramente, porque las nuevas fronteras científicas dibujadas por la revolución tecnológica, en general, y el mundo de la realidad virtual en particular, ofrecen recursos hasta hace poco impensables para comprender tal respuesta. En segundo lugar, porque coincide exactamente con lo enseñado hace miles de años por sabidurías arcaicas —recuérdese *El Kybalión*: «el Todo es Mente; el Universo es mental»—. Y, por fin, porque usando el conocido principio de reciprocidad o correspondencia —«como es arriba es abajo; como es abajo es arriba»— y siendo la mente lo más primoroso

y poderoso de la máquina humana (abajo), analógicamente ha de ser en la esfera divinal (arriba), lo que encaja con la convicción científica de que la realidad substancial tiene naturaleza vibratoria, con el establecimiento del origen de esta vibración en un fenómeno mental y con la percepción del Todo o Ser Uno como colosal Mente que siempre ha existido y existirá.

Desde luego, cuando se utiliza el principio de reciprocidad no se quiere indicar que el arriba y el abajo sean iguales, sino que presentan una analogía que puede ser indagada y comprendida por la inteligencia humana. A la citada analogía se refiere, por ejemplo, el *Libro del Génesis* cuando especifica: «Dios procedió a crear al hombre a su imagen, a la imagen de Dios lo creo (1,27)». No se señala en este versículo que Dios y el ser humano sean iguales, sino que se usa una expresión, «imagen» (imagen de Dios, «imago Dei»), que nos conduce al ámbito de lo analógico. Y que, por cierto, se mueve también en la esfera de lo mental, pues en ella es en donde se inserta la noción de imagen. Por lo que en este pasaje bíblico se está haciendo mención a la presencia en la persona de atributos analógicamente semejantes a los divinos como consecuencia de un hecho crucial: la propia existencia del ser humano se gesta y permanece en la Mente divinal.

Por tanto, en el discernimiento sobre la divinidad resulta una tesis plausible, surgida de los razonamientos formulados y fundamentada en ellos, la descripción del Ser Uno (Todo, Dios,...) como Mente infinita y eterna. Con lo que mental es la Matriz y la Unidad donde todo existe y se sostiene; mental es el origen del Omniverso y su naturaleza intrínseca; y mental y vibratoria es la esencia innata de todos los cuerpos, objetos y seres que lo pueblan, en todas sus dimensiones. El resultado es un Cosmos armonioso y perfecto donde la vida fluye por doquier y la muerte es un imposible.

En las páginas que siguen se va a desarrollar esta tesis inicial tanto desde la perspectiva cosmogónica como en sus implicaciones con relación al ser humano y su experiencia vital. Y se alcanzarán unas conclusiones que, por su congruencia y ajuste a la realidad que puede ser contrastada, reforzarán la veracidad de la propia tesis. Tal contraste y veracidad se harán especialmente notorios en el interior de cada uno, en nuestra intimidad, en nuestra esfera espiritual. Y lo espiritual es mucho más que lo no material, cual suele ser entendido.

Julián Marías lo ha reflejado muy bien al señalar (en su conferencia en el Curso *Los estilos de la filosofía*, Madrid, 1999-2000) que lo espiritual es la realidad capaz de entrar en sí misma; el entrar en uno mismo es lo que da la condición de espiritual, no la inmaterialidad. La insistencia en lo inmaterial ha ocultado lo esencial, que es precisamente la capacidad de entrar en sí mismo. Por esto dijo San Agustín: «*no vayas fuera, entra en ti mismo: en el hombre interior habita la verdad*» («*noli foras ire, in teipsum redi; in interiore homine habitat veritas*»). El descubrimiento es la interioridad, nuestra intimidad, el Ser profundo. Y el descubrimiento permite que el Yo verdadero aflore y tome el mando de nuestras vidas. Con ello, el ego, el piloto automático, se desactiva y cesa la curiosa y absurda dinámica por la que, al quedarnos en las cosas exteriores, nos vaciábamos a nosotros mismos.

Las tres partes de un acto único: la Creación

Planteadas la aproximación al Ser Uno como *Mente* infinita y eterna, con todo lo que conlleva, la siguiente cuestión a abordar debe ser cómo crea el Ser Uno y cuáles son las características y contenidos de su Creación. ¿Está el entendimiento humano en condiciones de acercarse a tamaño

conocimiento?. Sí. Y lo está, nuevamente, mediante la aplicación de la humildad y del principio de analogía.

Para empezar, sabemos que la mente humana crea de manera natural, en razón de su constitución íntima. Pues bien, en su fenomenal escala de infinitud y eternidad, el Ser Uno crea de forma innata, por su propia Esencia; no por necesidad o requerimiento alguno, sino porque su Esencia es creadora (porque es Amor, como se verá inmediatamente). ¿Cómo exactamente?. Repasemos cómo crea mentalmente, en su modesto nivel, el ser humano. Sirva el caso del que escribe una obra literaria (verbigracia, Miguel de Cervantes y su celeberrimo *Don Quijote de la Mancha*). Desde Aristóteles y su teoría de la trama unificada—la trama consta de distintas partes con funciones independientes, pero que contribuyen, a la par, al todo narrativo—, la elaboración y composición de la trama suele ser dividida en tres grandes partes: planteamiento, nudo y desenlace.

El planteamiento deriva de la concentración primigenia del autor de la que nacen los perfiles y características esenciales de los principales protagonistas, ambientes y situaciones. En cuanto al nudo, consiste en la expansión y desenvolvimiento del núcleo temático inicial, con el desarrollo del argumento y sus detalles y la aparición y despliegue de nuevos personajes, escenas y paisajes. Y, por fin, el desenlace, con el que se pone colofón a la trama y, a la vez, la obra se convierte en un todo narrativo, absorbido como unidad en la mente del autor y unitariamente plasmado en el libro que posteriormente se imprime y publica.

Extrapolando analógicamente al Ser Uno este esquema de base aristotélica, cabe sostener que en su Creación, aún siendo un acto único al estar fuera del tiempo, también pueden distinguirse tres acciones primordiales: Concentración (planteamiento), Expansión (nudo) y Absorción (configuración unitaria del todo narrativo tras el desenlace).

Concentración («big»)

En lo relativo a la Concentración, su dimensión es colosal. No en balde, es la manifestación del estado de Consciencia Perfecta —«Soy el que Soy»— que caracteriza a la divinidad: absolutamente Consciente, completamente Concentrado en lo que Es, radicalmente en el Ahora e incondicionalmente Ocupado en Ser.

La Concentración es Quietud. El Ser Uno no «piensa», ni «medita» o «acalla» la Mente. Simplemente, «Es». Plenamente Consciente, permanece inalterable en «Contemplación» del Ser; sin otras referencias, ni criterios, ni parámetros que Él mismo, lo Único que Existe y Es.

Y la Concentración es Movimiento. Como se reflejó en la parte final del Capítulo 4, la Quietud no es estatismo, ni aislamiento, ni indiferencia, ni resignación. En Concentración y Contemplación consciencial, el Ser Uno es el Movimiento mismo. Lo que se plasma en la «Emanación» de modo innato de «algo» que no puede ser conceptualizado, ni etiquetado, porque se trata de su «Esencia». Y la Emanación de esta Esencia lleva asociada una gigantesca fuerza vibratoria que diversas tradiciones religiosas denominan «Verbo».

Por tanto, «Soy el que Soy» es estado de Consciencia Perfecta. Por ello, Concentración absoluta, Quietud y Movimiento. Y el Movimiento es Emanación de la Esencia del Ser Uno, que lleva asociado el Verbo. Esta Emanación de la Esencia, a la que acompaña el Verbo, configura el Principio Único de la Creación, de cuanto es y existe. Es lo que la astrofísica moderna denomina «big» en el contexto del famoso «big-bang». E incluye, en términos que serán analizados más adelante, tanto el plano de lo «No Manifestado» (que escapa a nuestros sentidos corporales) como el de lo «Manifestado» (del que parcialmente sí se percatan nuestros

sentidos), también denominados «Omega» y «Alfa», respectivamente, en diferentes escuelas espirituales.

Con relación a la Esencia divina, las distintas culturas y tradiciones espirituales la han cualificado con atributos como bondad, ternura, dulzura, misericordia, clemencia, magnificencia, benignidad, santidad, etcétera. Todo ello y mucho más, en dimensión inagotable e inconmensurable, es la Esencia del Ser Uno. Y la Esencia emana del Ser Uno como lo que Es: Amor integral, abnegado, sin predilección ni limitación de ninguna clase; Energía y Vibración infinitas; Espíritu divinal Puro.

En el plano humano, este Amor es el que emana, en nuestra escala, en las personas que elevan su grado de conciencia lo suficiente como para que la mente apague al piloto automático del ego y el Yo profundo asuma la dirección consciente, logrando la concentración —quietud y movimiento— en el verdadero Ser. Cuando esto ocurre, como se concluyó en el capítulo anterior, no damos otra cosa que lo que esencialmente somos: Amor. Concentrados en Ser, emanamos Amor y conectamos conscientemente la tridimensión en la que vivimos nuestra experiencia física con nuestra dimensión profunda y multidimensional, la que no tiene forma: Ser, Amor.

En cuanto al Verbo, está constituido por la fuerza vibratoria que la Emanación de la Esencia lleva asociada. El Movimiento es Emanación y a ésta le acompaña el Verbo, por lo que el Verbo está consustancialmente en el Principio Único de la Creación. Así se señala en el arranque del *Evangélio de San Juan*: «*al principio era el Verbo; y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios*» (1,1). Hay que repetir que el Verbo no es la Esencia del Ser Uno, ni su Emanación, sino la vibración anexa a la Emanación de la Esencia. Por esto, su frecuencia vibratoria no es infinita, como el Amor o Espíritu emanado, sino finita (Para facilitar la comprensión, en el resto del texto se utilizará esta diferenciación entre

vibración infinita y finita, aunque científicamente hay que referirse a «modos de vibración»: así, el Amor tiene todos los modos de vibración y en todas sus amplitudes, mientras que el Verbo es la expresión concreta de un modo de vibración que se corresponderá —como se analizará después— a su mayor o menor condensación y, por ende, inferior o superior frecuencia vibracional).

También las personas que logran concentrarse en Ser y emanan Amor generan en paralelo una fuerza vibratoria de menor frecuencia que el Amor emanado. Incluso en el acto humano de pensar sucede lo mismo: como confirman los experimentos científicos, el acto de pensar se ve acompañado de la emisión de pequeñas vibraciones cuya frecuencia es muy inferior a la del pensamiento generado.

En resumen, el Ser Uno es estado de Consciencia Perfecta y Concentración Absoluta, Quietud y Movimiento. El Movimiento es Emanación de la Esencia del Ser Uno —Amor o Espíritu de Vibración Pura e infinita—, que lleva asociada el Verbo, una gigantesca fuerza vibratoria, pero de frecuencia finita. Y la Emanación de la Esencia, acompañada del Verbo, configura el Principio Único de la Creación.

Expansión («bang»)

En el caso del ser humano, la concentración del autor literario (Miguel de Cervantes, en nuestro ejemplo) está indisolublemente unida a la expansión de la idea: la concentración deviene en explosión del pensamiento (el nudo de la trama, el desarrollo del argumento de la novela y sus detalles). Pues bien, en la escala divinal, el Amor o Espíritu emanado y el Verbo asociado se despliegan y expanden de manera natural en el Ser Uno y exclusivamente en su Ser, Mente infinita y eterna, pues es lo único que Existe y Es. Se trata del «bang» que completa el binomio formulado por la astrofísica contemporánea.

¿Cómo tiene lugar exactamente tal expansión?. Concretamente, el Verbo se despliega en la Mente como energía vibratoria de gradación finita. En cuanto al Amor o Espíritu, se expande también en la Mente como energía de frecuencia vibratoria pura e infinita; y en un momento presente continuo en lo que lo eterno se desenvuelve.

El despliegue del Amor en la Mente divinal es lo que distintas escuelas espirituales refieren como Pensamiento Divino. Pero no es pensamiento; es mucho más. Es el Espíritu o Amor Incondicional, la Esencia del Ser Uno emanada y expandida (se podría sintetizar indicando que la Esencia funde y el pensamiento con-funde). En nuestro plano, es lo que acontece en el caso de las personas en las que el Yo verdadero ha tomado el mando: el Amor que despliegan no es pensamiento u objeto mental, sino una energía mucho más honda, intensa, esencial. Algunas investigaciones científicas se acercan a este hecho cuando hablan de «energía de ondas de torsión», porque la Esencia emanada, Espíritu o Amor, se expande en la Mente del Ser Uno, donde Todo existe y se sostiene, distorsionando precisamente ondas de energía.

En cuanto a la expansión del Amor o Espíritu en un momento presente continuo, recuérdense los contenidos del capítulo precedente. El momento presente sólo cambia su forma, su dimensión superficial, pero no su esencia subyacente, que es inmutable; por lo que hablar de algún momento o de ningún momento, es meramente una ficción mental. Esto enlaza con la conclusión que Stephen Hawking recoge en su *Historia del tiempo* (Crítica; Barcelona, 1988) —en la página 156 relata cómo renunció a exponérsela a Juan Pablo II, cuando éste le solicitó que no indagara sobre el «big-bang»—: *«la posibilidad de que el espacio/ tiempo fuese finito, pero no tuviese ninguna frontera, lo que significaría que no hubo ningún principio, ningún momento de Creación»*. El momento presente en su forma superficial es espacio-tiempo finito, pero en su esencia subyacente es el

ahora y el espacio sin frontera, en expresión del físico inglés. Realmente, como señala Hawking, la Creación no ocurrió en ningún momento. Lo que no la refuta, sino que explica su espectacular dimensión: la Creación es Consciencia, Concentración, Momento, Ser en el Ahora eterno.

En definitiva, el Espíritu o Amor que emana el Ser Uno se despliega de manera natural por todo su Ser, Mente infinita y eterna, y exclusivamente por su Ser. Por lo mismo, se configura y expande como energía mental de frecuencia infinita, aunque le acompañan enormes corrientes vibratorias de frecuencia finita: el Verbo. Y el despliegue se produce en un momento presente continuo cuya esencia subyacente es el ahora eterno y el espacio infinito y sin frontera, aunque en su forma o dimensión superficial se perciba como espacio/tiempo finito.

Ahora bien, los planos que acaban de ser referidos son una Unidad y no hay separación, división ni fragmentación alguna entre ellos. Ciertamente, el Amor emana del Ser Uno y se despliega como energía vibratoria (ondas de torsión) de frecuencia infinita y en un momento presente continuo, intemporal, eterno. En cambio, el Verbo es frecuencia finita y se expande en espacio/tiempo finito, configurando la forma o dimensión superficial del momento presente. Pero estos planos son una Unidad indisoluble en el Ser Uno, lo único que Es y Existe, y su Creación.

Absorción y Unidad

Retomando la teoría aristotélica de la trama, en el caso humano, tras el planteamiento y el nudo, deviene el desenlace y, con él, la conformación unitaria del todo narrativo. Aplicándolo analógicamente al nivel divinal, puede afirmarse que, aún siendo un acto único al estar fuera del tiempo, el estado de Consciencia y Concentración que actúa de Principio Único (planteamiento; «big») y el Despliegue o Ex-

pansión del Amor Incondicional que emana de la Esencia del Ser Uno y del Verbo que lo acompaña (nudo; “bang”) configuran una «Unidad» que todo capta y en la que todo se encuentra —de ahí que también se le denomine «Absorción» — y en la que está incluida el propio «Desenlace» creador.

En este orden, con relación a la Unidad o Absorción ocurre lo mismo, en su dimensión, que en la obra literaria humana, donde el todo narrativo surge de la mente del autor y es una unidad en su mente, en la que se ha generado y se mantiene. Del mismo modo, Todo permanece y se sostiene en la Mente infinita y eterna, en el Ser Uno, y es una Unidad con la Mente misma.

En cuanto al Desenlace, la dimensión infinita y eterna del Ser Uno hace que no exista tal en términos de conclusión de la trama, sino como una constante Expansión sin principio ni fin. En páginas próximas se explicará con detalle tan maravilloso hecho y algo se ha adelantado ya en capítulos anteriores. Valga ahora con remarcar que la Consciencia y Concentración («big») y el Despliegue o Expansión del Espíritu o Amor y del Verbo que configuran la Creación («bang») se desenvuelven de manera tal que la Creación actúa también de Creador a través de la expansión de la consciencia de lo Creado. Es un símil bastante tosco, pero sucede como si de la cabeza del autor literario (Miguel de Cervantes) surgieran personajes (Don Quijote) que compartieran su esencia (capacidad mental, en este caso) y, al adquirir consciencia de ello, elaboraran real y fehacientemente otras obras literarias, expandiendo la original (una especie de juego de rol, donde sobre la marcha, viviendo el presente, todos y ninguno establecen el guión y, a su vez, generan nuevos personajes, humanos o no).

En la escala divinal, no hay división entre Creador y Creación, que se fusionan en el Ser Uno. Como se examinará con más detalle en el próximo capítulo a propósito del

alma, la dinámica divina es tanto «de arriba hacia abajo» como «de abajo hacia arriba». La Consciencia (Perfecta en el caso del Ser Uno) desencadena, a través de la Concentración Absoluta, la Emanación de su Esencia, que se ve acompañada del Verbo; y el Espíritu o Amor (Esencia divina, vibración pura) y Verbo (vibración finita) se expanden configurando la Creación en todo su esplendor. Y, como se verá, también la consciencia (la toma de consciencia) en las esferas vibratorias finitas dimanadas del Verbo provoca el aumento de su rango vibracional hacia las escalas propias del Espíritu, con lo que energética y vibracionalmente se elevan y tienden a ser absorbidas en la Vibración Pura de la Esencia.

Esta indisoluble identidad entre Creador y Creación, por lo que la Creación es, a la vez, Creador, explica otra posible traducción del ya mencionado versículo 3,14 del *Libro del Éxodo* —«Yo soy el que soy»— que, sobre la base de que «Eh-yéh» deriva del verbo hebreo «ha-yáh» (llegar a ser, resultar ser), significaría «Yo resultaré ser lo que resultaré ser». Y el pasaje seguiría ordenando Dios a Moisés lo que ha de decir a los hijos de Israel: «Yo Resultaré Ser me ha enviado a ustedes». El «Yo Soy» y el «Resultaré Ser» se funden en el Ser Uno, Creador y Creación; y esta fusión hace que la Creación sea Creador: Creador&Creación.

Principio Único (Padre) y Espíritu o Amor (Hijo)

Resumiendo lo reflexionado, la Esencia del Ser Uno, Mente infinita y eterna, es Amor Incondicional. En el estado de Consciencia Perfecta y Concentración Absoluta que al Ser Uno corresponde, la Esencia emana como Espíritu o Amor y esta Emanación, que lleva asociada el Verbo, actúa como Principio Único de la Creación. El Espíritu o Amor emanado se expande y despliega en un momento presente continuo como energía de vibración pura e infinita, a la que

acompaña la expansión del Verbo en forma de extraordinarias corrientes vibratorias de frecuencia finita. Y la Creación nunca cesa ni finaliza, sino que permanece fusionada con el Creador y actúa como tal al expandirse sin límite alguno por la expansión de la Consciencia.

La Emanación de la Esencia o Principio Único es el «Estado Natural» del Ser Uno. Él Es y Existe en un estado de Consciencia plena y Concentración completa en el que la Esencia emana de modo intrínseco; no es posible que sea de otra manera. Por ello, puede afirmarse que la Emanación de la Esencia o Principio Único es innata al Ser Uno. En cambio, el Espíritu o Amor emanado y el Verbo, no son increados, sino que surgen del Principio Único —de la emanación— y se despliegan a partir de él, aunque al estar fuera del tiempo se trate de un acto único.

Por lo demás, el Espíritu o Amor, aún no siendo increado como el Principio Único, disfruta del resto de sus cualidades —infinito, imperecedero, vibración pura,...— pues comparten idéntica Esencia (lo que no sucede con el Verbo, que, además de no ser increado, no tiene la vibración infinita del Principio Único y el Espíritu). Como acercamiento, aunque sea un tanto rudimentario, piénsese en un acuífero que brota cual manantial y en el río que fluye a partir de él. Tres cosas son obvias: el acuífero, una vez que ha aflorado como manantial, forzosamente ha de desplegar las aguas que de él emanan, con lo que surge el río; el río no puede existir sin el acuífero que hace de manantial; y el acuífero y el río son la misma agua, comparten idéntica esencia. Se entiende así que haya tradiciones espirituales que denominan «Padre» (y «Madre») al Principio Único; e «Hijo» al Espíritu o Amor en expansión (esta cualidad de Hijo es la que la Iglesia Católica limita a Jesús, cuando en realidad, tal como se examinará pormenorizadamente, en todos está el Espíritu o Amor emanado y expandido y, por tanto, todos gozamos de la condición de Hijos).

Como ocurre al ser humano, el Hijo debe al Padre/Madre su existencia, mas recordando siempre que es una extensión de él —genética en el caso humano, de calidad esencial, energética, mental y vibratoria en la divinidad— y que la naturaleza del Padre/Madre es Creadora, por lo que el Hijo es el fruto lógico de la propia Esencia paterna y del Amor que surge en la Concentración plena que corresponde a la Consciencia divina. Igualmente, así como el padre/madre humano ama a su hijo/a y viceversa, así, en una dimensión incomparablemente superior, el Principio Único y el Espíritu están unidos por el Amor porque son precisamente eso: la Esencia del Ser Uno, Amor Incondicional. La Esencia, que es Amor, unifica al Padre y al Hijo, que se funden en el Ser Uno.

En definitiva, el Principio Único es más que el Espíritu, pues es quien lo engendra, pero el Espíritu y el Principio Único comparten (son) la misma Esencia. El Principio Único es la Emanación misma de la Esencia; y el Espíritu es la expansión de la Esencia a partir de esa Emanación. Esto explica la radical veracidad de dos aseveraciones de Jesús recogidas en el *Evangelio de San Juan* y que aparentan ser contradictorias: «yo (Hijo) estoy en mi Padre», por un lado, y «el Padre es más que yo (Hijo)», por otro (14,20 y 14,28, respectivamente). También esclarece otra afirmación de Jesús en el mismo *Evangelio*: «si me conocéis a mí (Hijo), conoceréis también al Padre» (14,7).

Pero si el Principio Único y el Espíritu o Amor son la misma Esencia y comparten sus atributos en cuanto a calidad energética pura y vibración infinita, ¿cómo y de dónde surge la materia que conforma el mundo que nos rodea y nuestro propio cuerpo?. Para resolver este interrogante hay que volver al Verbo.

Verbo, condensación vibratorial y materia

Ya se ha repetido que el Verbo no es la Esencia del Ser Uno, ni su Emanación, sino la vibración que la Emanación de la Esencia lleva asociada. Por esto, su frecuencia no alcanza la gradación vibratoria del Amor: el Amor o Espíritu emanado es Vibración infinita; el Verbo que acompaña a la Emanación es vibración finita. Eso sí, su envergadura es colosal. Y la expansión del Verbo conforma una descomunal onda energética que se desparrama por la Mente infinita del Ser Uno y ocasiona enormes campos vibratorios integrales que se reproducen constantemente.

En estos inmensos campos vibratoriales tienen lugar gigantescos movimientos, interferencias, interacciones y solapamientos ondulares y gravitatorios que se conjugan y condesan en incontables campos y nodos que adoptan muy distintas cotas y frecuencias vibratorias. De este modo, del Verbo y su despliegue surge una amplísima gama de niveles vibratoriales de mayor o menor condensación y, por ende, de superior o inferior intensidad vibratoria (es lo que se anunció al indicar que el Amor tiene todos los modos de vibración y en todas sus amplitudes, mientras que el Verbo es la expresión concreta de un modo de vibración que se corresponderá a su mayor o menor condensación y, por ende, inferior o superior frecuencia vibratorial). Y de esa extensa gama de niveles vibratorios surgen los mundos, esto es, la base material del Macrocosmos y sus diversos componentes —cuerpos, objetos,...—, parte de los cuales (los que están dentro de una determinada banda de frecuencia) pueden ser percibidos por nuestros sentidos físicos.

La materia, pues, surge del Verbo, del desenvolvimiento y condensación del mismo. Aparece en los nodos y campos vibratorios en donde la condensación es alta y, por ende, el nivel vibratorio es bajo. Y será tanto más densa cuanto mayor sea la condensación y menor su grado de vibración.

Surgida de este modo, la materia ha evolucionado en cada rincón del Universo hasta configurar el prodigioso Cosmos que nos rodea, el sistema solar y el planeta en el que vivimos y todo lo que en él hay, incluida la especie humana. Por tanto, el Verbo, está en la razón de ser de toda la materialidad existente, desde la estrella más remota a nuestro cuerpo físico. Se entiende así el versículo ya citado del *Evangelio de San Juan*: «*al principio era el Verbo; y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios*» (1,1).

Por tanto, la materia también es creación divina (por supuesto, dentro del concepto general de materia se incluyen muchos tipos de ella, pues las diferentes combinaciones de modos de vibración generan materias de diferente naturaleza y rango frecuencial). No obstante, su nivel vibratorio es escaso, tanto menor cuanto mayor sea su densidad, en comparación con el Principio Único (Padre) y el Espíritu o Amor (Hijo) y carece de otras muchas de las cualidades de éstos. Debido a ello, escritos pretéritos, como el Génesis, se refieren a la materia como las «Tinieblas», diferenciándola de la «Luz» que identifica la alta vibración del Padre y el Hijo. Lo que no significa, como se desarrollará más adelante, que la materia sea el «Mal», pues no puede haber maldad en lo que es creación divina. Sencillamente, ostenta las características y condiciones que le corresponden en función de su baja vibración por la intensa condensación del Verbo (es parecido a lo que ocurre con la temperatura: si tomamos la escala Celsius, tendremos temperaturas positivas y negativas; si usamos la escala Kelvin, las temperaturas son absolutas, siempre positivas).

Lo No Manifestado y lo Manifestado

Por todo lo expuesto, cabe señalar que la Creación, siendo Una en el Ser Uno, ostenta una doble dimensión o plano: el plano de lo «No Manifestado» (Omega) y el plano

de lo «Manifestado» (Alfa). Con relación al primero, está situado más allá del espacio/tiempo y es imperceptible para nuestros sentidos físicos. Lo configura la expansión de la Esencia emanada, que es fruto de la actividad creadora innata del Principio Único, comparte sus cualidades y elevadísimo rango vibratorio y se despliega como Espíritu o Amor. En cuanto al plano de lo Manifestado, se debe al Verbo y su condensación. Hay que insistir en que el Verbo, aunque también sea generado por el Principio Único, no es Esencia, sino que surge asociado a su Emanación. Y cuando el Verbo se despliega, las ondas vibratorias que lo constituyen se condensan (valga el símil del agua que se condensa como hielo) en muy distintos y cuantiosos niveles vibratorios, de menor frecuencia cuanto mayor sea la condensación, que conforman el plano de lo Manifestado

Es tal la variedad de niveles vibratorios generados por el desenvolvimiento del Verbo que, para su mejor entendimiento por la mente humana, es conveniente subdividir el plano de lo Manifestado en «manifestaciones intangibles» y «manifestaciones tangibles». Las primeras, dimanan de condensaciones débiles, por lo que gozan de alta gradación vibratoria y se mantienen en la esfera de lo inmaterial (al menos desde la perspectiva de nuestros cinco sentidos). Por el contrario, las manifestaciones tangibles derivan de condensaciones fuertes, por lo que tienen una reducida frecuencia vibratoria y conforman la materia que nuestros sentidos son capaces de percibir. Es en estos últimos niveles en donde tiempo y espacio ganan protagonismo.

La Unidad Divina

Hay que insistir en que todo existe y se sostiene en el Ser Uno: todo es Él y permanece en Él; nada hay fuera ni distinto de Él. Es la Unidad Divina (Todo, Identidad Suprema). En coherencia con ello, el plano de lo No Manifes-

tado u Omega (Espíritu o Amor, vibración infinita) y el de lo Manifestado o Alfa (Verbo, vibración finita) están plena y radicalmente inmersos en la Unidad Divina. A ello hace mención San Juan en el *Apocalipsis* cuando recoge esta afirmación de Dios: «yo soy el Alfa y la Omega» (1,8), esto es, lo Manifestado y lo No Manifestado.

Además, dentro de la Unidad, cada uno de estos planos configura, a su vez, una unidad. Específicamente, uno es el Espíritu o Amor que emana y se expande (lo No Manifestado). Y uno es con el Principio Único que lo engendra, ya que el Hijo es uno con el Padre — «Yo (Hijo) y el Padre somos uno» (*Juan, 10, 30*)— y comparte sus cualidades de eternidad, inalterabilidad, infinitud y vibración pura. En cuanto al plano de lo Manifestado, también conforma una unidad, pues todas las manifestaciones —las intangibles y las tangibles— son fruto de la condensación de las ondas vibratoriales asociadas a la Emanación divina, distinguiéndose entre sí sólo por el nivel de condensación y, en consecuencia, la frecuencia vibratoria.

Nuestros sentidos corporales carecen de capacidad para notar la existencia del plano de lo No Manifestado. En cuanto al de lo Manifestado, sólo perciben las manifestaciones tangibles, pero no las intangibles. Y lo hacen sin percatarse de que todas estas manifestaciones (incluida la materia y nuestra realidad física como seres humanos) pertenecen y se integran en la unidad energética y vibracional del Verbo, sostenido y existente, a su vez, en la Unidad Divina del Ser Uno.

Esto tiene importantes implicaciones en nuestra vida cotidiana. En otros epígrafes del texto se profundizará en ellas. Baste aquí con subrayar que, por lo que se acaba de señalar, cuando el ser humano pasa sus días en piloto automático (ego) y no abre otras puertas (intuición, inspiración, meditación, sensibilidad,...) de acceso al conocimiento, confiando exclusivamente en lo que sus cinco sentidos le ense-

ñan, se condena a vivir ajeno a su verdadero ser, que, como después se verá, pertenece al plano de lo No Manifestado. Igualmente, limita su visión del Universo a sólo una parte del plano de lo Manifestado, las manifestaciones tangibles, ignorando las de carácter inmaterial. Y, finalmente, cae en el error de creer que las manifestaciones materiales, en general, y su propia entidad física, en particular, son realidades separadas, individuales e, incluso, dotadas de una identidad singular o personalidad. Tamaña falacia introduce a hombres y mujeres en un mundo ilusorio («maya») de muy reducido grado de consciencia y que en nada coincide con lo Real, convirtiendo su existencia en una estéril búsqueda sin objeto entre apegos materiales y con la muerte como amenaza constante y aciago final.

CAPÍTULO 7 CONVIVENCIA VIBRACIONAL Y ESPÍRITU ENCARNADO

La <<Inmanencia>> de Dios

Como se remarcó en el capítulo precedente, el plano de lo No Manifestado es creación divina y Esencia (Amor) emanada en expansión, por lo que, aun no siendo increado como el Principio Único, participa de sus demás cualidades, entre éstas la gradación pura e infinita de su vibración. En cuanto al plano de lo Manifestado, está constituido por la expansión del Verbo asociado a la Emanación de la Esencia, siendo igualmente obra divina, tanto en sus manifestaciones intangibles como tangibles, aunque su vibración sea finita y tanto más densa cuanto mayor es su condensación.

En este orden, la Creación —en permanente despliegue por la expansión de la Consciencia y fusionada con el Creador en el Ser Uno— está repleta y completa de la Esencia emanada en expansión, es decir, de lo No Manifestado, del Espíritu o Amor desplegado a partir del Principio Único. La Creación es Amor, sin disociación posible. Y lo No Manifestado radica íntimamente y es presencia absoluta y subyacente, con frecuencia vibracional infinita, en las múltiples dimensiones y en la globalidad y en cada uno de los Universos que configuran el Omniverso, todos existentes y sostenidos en la Mente infinita y eterna, Ser Uno.

Esto no ocurre con lo Manifestado. El Verbo no es la Esencia emanada, sino la vibración que le acompaña. Y el Verbo en expansión, en sus muy distintos grados de condensación y consiguientes gradaciones vibratorias finitas (intangibles y tangibles), no llena toda la Creación. Enunciado en términos coloquiales, lo Manifestado no ocupa la totalidad de la Creación, aunque esté integrada en ella, sino

una «parte» de la misma, por más que la «parte» pertenezca a la Unidad Divina.

Por tanto, en la Creación hay esferas —dimensiones, planos, espacios,...— constituidas exclusivamente por lo No Manifestado (con ello está relacionado lo que la ciencia tilda tanto de antimateria como de materia oscura). Y otras en la que lo No Manifestado, vibración infinita, y lo Manifestado, vibración finita, coexisten vibracionalmente.

Esto provoca algo de enorme trascendencia: sea cual sea el carácter intangible o tangible de lo Manifestado y sea cual sea la «parte» del Omniverso donde radique u ocupe, siempre convive con lo No Manifestado. Es una convivencia de tipo vibratorio (una «convivencia vibracional» en la que se profundizará inmediatamente) entre la frecuencia infinita del Espíritu o Amor y la gradación finita de lo Manifestado, sea intangible o tangible.

Desde la perspectiva de los cinco sentidos del ser humano, que sólo se percatan de parte de lo Manifestado (de la gama o franja de las manifestaciones que por su condensación y vibración pueden percibir), esta convivencia puede describirse como presencia «patente» (visible) de lo Manifestado y presencia «latente» (no visible) del Espíritu. O lo que es lo mismo: como presencia «subyacente» del Espíritu (vibración pura) en lo Manifestado (vibración finita, tanto menor cuanto mayor sea la condensación).

Esto, por supuesto, es aplicable a la materia (lo Manifestado tangible para nuestros sentidos): a pesar de su corporeidad, la materia (incluida la parte física del ser humano) goza de la presencia subyacente del Espíritu, de la Esencia emanada y expandida, con todos sus atributos y capacidades. Es un hecho francamente maravilloso que evidencia rotunda y portentosamente la envergadura del acto de Amor que la Creación es y significa. A él se refieren diversas tradiciones espirituales con la expresión la «Inmanencia» de Dios.

Para entender mejor sus implicaciones, resulta útil constatar que el *Diccionario de la Lengua de la Academia Española* aconseja el uso del término «inmanente» para referirse a lo «*que es inherente a algún ser o va unido de un modo inseparable a su esencia*». Para poder aplicar esta definición a la Inmanencia de Dios hay que reiterar que todo es creado y se sostiene en el Ser Uno, Mente infinita y eterna. Por lo mismo, su Esencia ha de estar, de forma inherente o subyacente, en todo lo que en Él existe y permanece. No puede ser de otra manera; y la presencia inmanente de lo No Manifestado en lo Manifestado es su plasmación natural.

En conclusión: todas las modalidades de existencia procedentes de la condensación del Verbo —intangibles y tangibles— conviven vibracionalmente con el Espíritu o Amor, lo que se plasma en la inmanencia de lo No Manifestado (frecuencia vibratoria infinita y de la que, por ello no se percatan nuestros cinco sentidos) en lo Manifestado (de limitada gradación vibracional y que en el caso de mayor condensación y menor gradación vibratoria, como la materia que conforma nuestro cuerpo, sí es percibida por los sentidos físicos).

Lo que «es» y lo que «no es»: la «paradoja de consciencia»

Dentro del plano de lo Manifestado, las manifestaciones tangibles o materiales, por su fuerte condensación y débil grado vibratorio, están sujetas a las reglas del tiempo y el espacio (espacio/tiempo). Y son mutables y muy efímeras en comparación con la inalterabilidad y eternidad que caracterizan al plano de lo No Manifestado. Esto ha provocado que escritos religiosos ancestrales identifiquen lo material como lo que «no es», dada su existencia fugaz y cambiante; y lo No Manifestado como lo que «es», debido a su perpetuidad e inmutabilidad.

Ante ello e hilando con lo reseñado a propósito de la Inmanencia, se produce una curiosa circunstancia: nuestros sentidos perciben las manifestaciones materiales, englobadas en lo que «no es», pero, por su elevadísimo rango vibratorio, no se percatan de lo No Manifestado, que realmente «es». Se trata de una tremenda paradoja: percibimos lo que «no es» y no nos percatamos de lo que «es».

Y esto se puede aplicar a nuestra propia realidad como seres humanos. Nuestro cuerpo físico pertenece al ámbito de lo Manifestado; y es el resultado de la evolución, a lo largo de miles de millones de años, de la materia surgida de la condensación del Verbo (la vibración asociada a la Emanación de la Esencia divina). Además, contamos con la presencia inmanente de la Esencia emanada y expandida, Espíritu o Amor (No Manifestado). Lo primero nos proporciona una dimensión material de baja frecuencia vibracional, que «no es», debido a su condición extremadamente efímera y cambiante; lo segundo nos otorga una dimensión espiritual de altísima gradación vibratoria, perteneciente a lo que «es», por ser eterna e inalterable. Sin embargo, nuestros sentidos físicos perciben de nosotros mismos lo que «no es» (lo que «no somos»), mientras que no se percatan de la existencia de lo que realmente «es» (lo que verdaderamente «somos»).

La ignorancia acerca de esta paradoja, que es una auténtica «paradoja de consciencia», hace que numerosas personas olviden su espectacular dimensión espiritual (Espíritu, Esencia divina, Hijo de Dios, Dios mismo) y pasen sus días de existencia física en el falso convencimiento de que eso es todo lo que son, cuerpo o materia sometido a la tiranía de los apegos materiales y, finalmente, de la muerte. Tal es el nivel de inconsciencia y de desconocimiento de sí mismo al que el ser humano puede llegar.

El «Espíritu Santo» y la «convivencia vibracional»

Se han hecho numerosas referencias hasta aquí tanto al Principio Único como al Espíritu o Amor; y a cómo ambos comparten atributos y pureza vibratoria y son la Esencia misma del Ser Uno. Ahora bien, ¿qué es el «Espíritu Santo» que completa la naturaleza trina de Dios (Ser Uno), propugnada por el cristianismo y otras creencias, junto con el Padre (Principio Único) y el Hijo (Espíritu o Amor)?. Ex-puesto sin ambages, el Espíritu Santo o Paráclito (del griego «parakletos»: «aquel que es invocado») es la plasmación efectiva y concreta de la Inmanencia de Dios en cada una de las manifestaciones, intangibles o tangibles, que conforman lo Manifestado.

Como se ha reseñado, la Inmanencia es la presencia inherente de lo No Manifestado en lo Manifestado. Pues bien, estamos ante el Espíritu Santo cuando, realmente y de modo específico, se produce esa presencia del Espíritu divino en cualquier manifestación concreta, sea inmaterial o material, de las prácticamente infinitas que configuran el plano de lo Manifestado.

Ya se señaló que el Espíritu o Amor, lo No manifestado, es uno. Y que las manifestaciones, por cuantiosas que sean, constituyen una unidad en lo Manifestado. Aún así, las manifestaciones admiten una diferenciación aparente entre sí debido a sus múltiples y distintos niveles de condensación y frecuencia vibracional. Por esto, aunque la Inmanencia de Dios es global y total (en lo Manifestado se halla inherente lo No Manifestado), hay también que contemplarla en términos de presencia efectiva del Espíritu o Amor en cada una de esas manifestaciones. Valgan los símiles tanto del viento —que es uno, pero zarandea en particular cada árbol o animal del bosque— como del aire que respiramos —que obviamente es uno, pero alienta a cada persona que lo inspira. Análogicamente, siendo uno el Espíritu, su pre-

sencia específica en cada manifestación concreta, inmaterial o material, es el Espíritu Santo.

En coherencia con los símiles propuestos, se entiende que en el *Evangelio de San Juan* se afirma: «*El viento sopla donde quiere y oyes su ruido, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así es todo el que ha nacido del Espíritu*» (3,8). O que haya descripciones del Espíritu Santo como el «aliento» de Dios, que es Uno, pero que anima a cada individuo o modalidad de existencia: «*Entonces el Señor Dios modeló al hombre con arcilla del suelo y sopló en su nariz un aliento de vida. Así el hombre se convirtió en un ser viviente*» (*Génesis*, 2,7).

Por supuesto, todo esto es aplicable a cada uno de los componentes del mundo material que los cinco sentidos detectan; y a nosotros mismos en nuestra dimensión física. El Espíritu —de elevadísimo rango vibratorio, Esencia divina (Amor) emanada y expandida— radica de forma inmanente tanto en la materia que nos rodea como en la que nos constituye corporalmente. Una materia de reducida gradación vibratoria que es «iluminada» por la vibración pura del Espíritu, por la Luz de Dios. Es la lógica de Amor de la Creación; y esto es lo que indica la figura del Espíritu Santo: la presencia subyacente y concreta del Espíritu divino en cada manifestación del plano de lo Manifestado y, por supuesto, en cada ser humano. El cristianismo lo expresa simbólicamente cuando describe al Espíritu Santo como llama o chispa viva del Espíritu de Dios que «desciende» sobre nosotros: a los reducidos niveles vibratorios de la materialidad baja el Espíritu para que se haga la Luz en las Tinieblas. Algunas tradiciones religiosas denominan a esto «encarnación».

Se comprende así la naturaleza trina de Dios (Ser Uno): Padre (Principio Único); Hijo (Espíritu o Amor, con las mismas cualidades vibratorias que el Principio Único y, por ello, Esencia de Dios, Dios mismo); y Espíritu Santo (pre-

sencia inmanente del Espíritu, la Esencia divina emanada y expandida, en cada manifestación, inmaterial o material, surgida por la expansión y condensación del Verbo —vibración asociada a la Emanación de la Esencia—).

Asistimos con todo ello a la extraordinaria «convivencia vibracional» antes aludida. Porque, aun siendo una unidad en el ámbito de lo Manifestado, todas las manifestaciones, inmateriales o materiales, tienen su propia identidad en función del grado de condensación y la frecuencia vibracional resultante. Y todas cuentan, a su vez, con la presencia inmanente del Espíritu. De lo cual se deduce que en el mundo que nos rodea y en nosotros mismos coexiste una doble dimensión vibratoria: la «dimensión manifestada» en sentido estricto, de limitada gradación vibracional (por ejemplo, la materia que perciben nuestros sentidos o nuestro cuerpo físico); y, de manera inherente, otra «dimensión no manifestada» o espiritual, de elevadísima frecuencia vibratoria (de la que por ello nuestros sentidos no se percatan). La Inmanencia, la presencia subyacente de lo No Manifestado en lo Manifestado, provoca esta íntima alianza o convivencia vibracional entre la vibración pura e infinita del Espíritu o Amor —Hijo de Dios, Esencia divina, Dios mismo— y la limitada gradación vibratoria de lo Manifestado.

El «alma»

Todo lo descrito es primoroso. Y es el preámbulo de algo todavía más radiante que se citó en el capítulo previo, aunque sin ahondar en ello, a propósito de la Absorción: la Inmanencia del Espíritu (plano de lo No Manifestado) en las manifestaciones intangibles o tangibles (plano de lo Manifestado) posibilita la activación vibracional de las manifestaciones inmateriales y materiales y el aumento de su

frecuencia hacia niveles vibratorios por encima de lo que en sí les corresponden.

Al Amor de Dios no le basta que lo Manifestado forme parte intrínseca de la Creación; tampoco que a ello se sume su Inmanencia en él. El Amor es tal que logra más: gracias a la convivencia vibracional y por influjo del Espíritu, se activa una dinámica dirigida a multiplicar la gradación vibracional de las manifestaciones intangibles y tangibles (en nuestro caso, el cuerpo humano) y a integrarla (absorberla) en la propia Esencia divina. En el lenguaje cristiano, el Padre (Principio Único) envía a su Hijo (Espíritu o Amor) para que se encarne (Espíritu Santo) en el mundo (convivencia vibracional) y resucite la carne (materia), consiguiendo que ésta suba al Cielo (el incremento de su gradación vibratoria hacia escalas divinales).

Como se adelantó en el capítulo precedente respecto a la Absorción, se logra así que el proceso «de arriba hacia abajo» (Principio Único, Padre, «big» —Emanación de la Esencia divina y del Verbo a ella asociado—; Hijo, «bang» —expansión de la Esencia como Espíritu y del Verbo—; e Inmanencia de lo No Manifestado —Espíritu Santo— en lo Manifestado —condensación del Verbo: manifestaciones inmateriales y materiales—) tenga su correlato «de abajo hacia arriba» mediante la generación de una nueva energía vibracional en el plano de lo Manifestado. Una energía sembrada por la Consciencia Perfecta (semilla) a partir del «big-bang» y que brota y va subiendo de gradación vibratoria en una dinámica que la irá aproximando (Absorción) a la que es propia del Espíritu y la Esencia divinal. ¿Cómo sucede algo tan extraordinario?. A través de lo que diversas religiones conocen como «alma».

Para entender cómo aparece el alma y cuáles son sus perfiles y características, hay que hacer referencia al «efecto de heterodinaje»: un fenómeno sobradamente conocido por la ciencia y aplicado actualmente en ámbitos relacionados con

campos y frecuencias vibratorias Por ejemplo, en la ingeniería de sonido, que nos muestra cómo al combinarse dos ondas de distinta frecuencia vibratoria —una mayor y otra menor— se genera una tercera con un nivel vibratorio que se mueve entre los de las dos primeras. Aplicando esto a lo que aquí ocupa, significa que de la convivencia vibracional entre la alta frecuencia del Espíritu y la baja de la corporeidad surge una tercera gama o esfera vibracional, usualmente llamada alma, con una gradación que oscila entre la frecuencia de la corporeidad y la del Espíritu. En este orden, las funciones del alma son tanto de enlace y bisagra vibratoria entre Espíritu y cuerpo como de transmisor vibracional y batería energética.

Por una parte, el alma actúa de bisagra en cuanto a que opera como espacio vibratorio de encuentro y conexión entre los campos vibratoriales del Espíritu y el cuerpo, facilitando que se produzca la aludida convivencia vibracional, pero sin que haya ni «mezcla» ni «contacto» directo. Y es que la mezcla no puede darse, pues conllevaría la alteración de las cualidades del Espíritu como Esencia divina, lo cual es imposible ya que el Ser Uno es inalterable y su Esencia y naturaleza no pueden ser modificadas. Como tampoco es viable el contacto, pues es tan descomunal la diferencia en intensidad de los dos planos vibratorios que, en el supuesto de que existiera contacto directo entre el Espíritu y las manifestaciones (nuestro cuerpo físico entre ellas), éstas sufrirían enormes distorsiones que bloquearían su evolución biológica, anulando el desarrollo de formas de vida, más o menos sutiles, en lo Manifestado.

Por esto, centrando la reflexión en los seres humanos, la convivencia vibracional entre Espíritu y cuerpo implica, mediante el efecto de heterodinaje, la generación natural y automática del alma cual tercera gama o esfera vibratoria. El alma ensambla ambos planos vibratorios y hace factible la

convivencia entre los dos a través de ella, sin que Espíritu y cuerpo se mezclen ni entren en contacto directo.

Y, por otro lado, el alma actúa de transmisor y batería energética, ya que propicia que la fuerza vibratoria del Espíritu se canalice hacia la corporeidad y aumente la frecuencia vibratoria de ésta en el sentido antes expuesto. Un fenómeno que no es difícil de comprender, pues tiene su punto de partida analógico en los principios de Entropía y Entalpía (del griego «thalpein», «calentar»), que a colación, por ejemplo, del encuentro entre masas de agua fría y caliente, muestran cómo el resultado de la combinación de ambas será una masa acuosa de temperatura intermedia, por pérdida de energía calorífica del agua caliente a favor de la fría.

Los contenidos de estos dos principios físicos pueden ser analógicamente aplicados a la convivencia vibracional entre Espíritu y cuerpo, aunque con un elemento de enlace o bisagra, el alma, que no existe en el ejemplo del agua caliente y fría. Concretamente, la alta gradación vibracional del Espíritu (agua caliente) se canaliza de modo natural hacia el bajo nivel vibratorio del cuerpo (agua fría), si bien lo hace a través del alma, que es la que adquiere una gradación vibracional situada entre los dos extremos (el caliente y el frío).

Eso sí, la vibración del Espíritu es infinita. Siguiendo con el caso del agua, es como si la caliente estuviera vinculada a una fuente de energía que le permitiera volver a calentarse permanentemente, superando así el transitorio menoscabo promovido por el contacto con el agua fría. El Espíritu es inalterable, pues es Esencia divina, y emite hacia el cuerpo, con el intermedio del alma, su elevada frecuencia. Por esto, la gradación vibracional y energética hacia el alma tiende a ir en aumento en el contexto de un proceso que se examina en el próximo epígrafe: la «dinámica vibratoria interactiva» (el agua caliente, al volver a calentarse constantemente, terminará elevando hacia su nivel calorífico al agua fría con la que está en contacto). Metafóricamente, la Luz habrá

vencido a las Tinieblas; y la carne resucitada (la materia vibracionalmente activada por la convivencia con el Espíritu) ascenderá a los Cielos. Como señala Jesús: «*Yo he venido al mundo como Luz, para que todo el que crea en mí no quede en las Tinieblas*» (Juan, 12,46).

La «dinámica vibratoria interactiva»

El papel del alma es, por tanto, fundamental como bisagra y enlace vibracional entre Espíritu y cuerpo; y como transmisor de la fuerza vibracional del primero hacia el segundo y batería energética (como explicación alternativa, pero basada en los mismos principios, podríamos plantear la inducción de corrientes de energía eléctrica en circuitos en los que el flujo magnético varía: el flujo magnético sería el Espíritu Santo; el circuito sería el Alma; y la corriente eléctrica generada, también de naturaleza ondulatoria, sería la parte Manifestada o cuerpo).

Para desempeñar tal papel, el alma opera como filtro, usando la terminología científica relativa al heterodinaje. Un filtro es un circuito vibratorio que deja pasar determinadas frecuencias, pero no otras. Y en lo que aquí interesa, hay dos clases principales de filtros: «filtro pasa bajos», que deja pasar todo aquello que sea igual o se encuentre por debajo de una frecuencia vibratoria denominada «frecuencia de corte del filtro»; y «filtro pasa altos», similar al anterior, pero al revés, pues deja pasar todo lo que sea igual o se halle por arriba de la frecuencia de corte.

¿Cómo actúa el alma en un ser humano?. Pues la frecuencia de corte del filtro está definida con exactitud por el grado de consciencia de la persona: la frecuencia vibracional del grado consciencial funciona como frecuencia de corte. A partir de ahí, según el sentido Espíritu-cuerpo (agua caliente hacia agua fría) o cuerpo-Espíritu (agua fría hacia agua caliente) de los flujos vibratoriales, el alma actúa como fil-

tro pasa bajos o filtro pasa altos, respectivamente. Se trata de la «dinámica vibratoria interactiva» (el «modelo» puede complicarse al objeto de explicar un cierto fenómeno selectivo de la frecuencia de paso hacia el cuerpo: tendríamos así los circuitos de los aparatos de radio, en los que una resistencia variable y un condensador seleccionan la frecuencia de la emisora que queremos oír).

Supongamos una persona cuyo grado de consciencia es 3 (ni que decir tiene que es sólo una hipótesis numérica de carácter didáctico). Ante la enorme fuerza vibracional que emite el Espíritu, el alma opera como filtro pasa bajos: recibe y transmite hacia la corporeidad toda la energía vibracional que sea tanto igual como inferior a la frecuencia vibratoria de corte, esto es, 3 (grado de consciencia). Esta energía es recogida por el cuerpo, que funciona como «oscilador local» (expresión científica referida a un circuito vibratorio que se encarga de generar una onda de una frecuencia específica para mezclarla con la frecuencia recibida), y se plasma en un determinado estadio de conciencia que lleva al ser humano a desplegar una serie de experiencias. Si como consecuencia de éstas se produce una elevación del grado de consciencia de la persona, por ejemplo hasta el nivel 4, el alma recibe el incremento energético actuando como filtro pasa altos: recibe la fuerza vibratoria que se sitúe igual o por encima de la frecuencia de corte definida por el grado consciencial anterior, esto es, por arriba de 3.

A partir de aquí se repite el proceso en el contexto de la dinámica vibratoria interactiva, pero con la nueva frecuencia de corte derivada del nuevo grado de consciencia (ya no es 3, sino 4). El alma, ante el elevado influjo vibracional del Espíritu, vuelve a operar como filtro pasa bajos: recibe y transmite hacia la corporeidad energía vibracional tanto igual como menor a la nueva frecuencia vibratoria de corte, es decir, 4 (nuevo grado de consciencia). Esta energía es tomada por el cuerpo y se concreta en un determinado

estadio de conciencia que conduce al ser humano a vivir un conjunto de experiencias. Si debido a éstas se produce una elevación del grado de conciencia de la persona —verbigracia, hasta el nivel 5—, el alma acoge el incremento energético actuando como filtro pasa altos: recibe la fuerza vibratoria superior a la frecuencia de corte definida por el grado consciencial anterior, esto es, mayor que 4.

Y así sucesivamente, con la única e importante salvedad de que el ser humano goza de libre albedrío, por lo que sus experiencias en un determinado grado de conciencia (verbigracia, el 3 con el que antes se arrancó) y estadio de conciencia pueden no llevarle a un ascenso en tal gradación consciencial, sino a un mantenimiento (seguiría siendo 3), o, incluso, provocar un decremento (por ejemplo, a 2). En este último supuesto, el alma, funcionando ante la fuerza del Espíritu como filtro pasa bajos, recibiría y canalizaría hacia la corporeidad energía vibracional tanto igual como inferior a la nueva frecuencia vibratoria de corte, es decir, 2. Esta energía sería acogida por el cuerpo y se plasmaría en un determinado estadio de conciencia que llevaría al ser humano a vivir una serie de experiencias. Si como consecuencia de éstas se produce una elevación del grado de conciencia de la persona —verbigracia, hasta el nivel 3—, el alma acogería el incremento energético actuando como filtro pasa altos: recibe la fuerza vibratoria superior a la frecuencia de corte definida por el grado consciencial precedente, esto es, mayor que 2. Aunque también puede ser que, como consecuencia de las experiencias, tuviera lugar un estancamiento o una nueva bajada de la gradación consciencial (por ejemplo, a 1).

En definitiva, la dinámica vibratoria interactiva es la visión energética y vibracional de la interacción «conciencia–conciencia–experiencias» analizada en capítulos anteriores. En cualquier caso, no hay determinismo alguno, sino un potencial que el ser humano, en su experiencia de indivi-

dualidad en libre albedrío, puede hacer efectivo, o no, a través de su voluntad y comportamiento (experiencias en un determinado estadio de conciencia). Si lo hace, la elevación de grado vibracional y consciencial que le ha llevado a ese estadio de conciencia (los ego, triunfador, dador, buscador, vidente o espíritu de capítulos precedentes) no será canalizado hacia un nuevo aumento de tal grado. Pero si la persona plasma el citado potencial en su conducta, inclinaciones y afectos —es decir, en Amor—, provoca un efecto de retroalimentación vibracional que impulsa una nueva elevación de su gradación consciencial, volviéndose a repetir la dinámica descrita.

De esta forma, con la reiteración y reproducción de la dinámica vibratoria interactiva, el ser humano (unidad de espíritu, cuerpo y alma) puede elevar su grado de conciencia (caminar hacia la plena conciencia de su auténtico ser), lo que se verá acompañado del avance en el estadio de conciencia: la sustitución de comportamientos ligados a los apegos e inercias de la materia (objetivos egoístas, riqueza y dinero, poder, fama, éxito, reconocimiento social, qué dirán,...) por pautas divinas de acción (Amor: bondad, misericordia, benevolencia, altruismo, generosidad y desprendimiento, humildad, vocación de servicio, amor al prójimo, compasión,...). La prioridad por estas pautas muestra un acercamiento consciencial y vibratorio al «Bien», mientras que la prevalencia de los apegos materiales indica un acercamiento al «Mal», aunque, como se explica en el siguiente capítulo, ambos términos tienen un significado muy distinto al que comúnmente se les suele otorgar.

La antigua polémica teológica sobre si todos los seres humanos poseemos o no alma o si ésta tiene que ser «fabricada por cada uno» es un debate estéril. Por supuesto que todos tenemos alma, pues constituye el fruto natural de la convivencia vibracional, con el consiguiente efecto de heterodinaje, entre nuestro ser profundo (Espíritu) y el cuerpo

físico. Pero cada alma, cual bisagra, acumulador y comunicador vibracional, ostenta una frecuencia vibratoria distinta según el grado de consciencia (frecuencia de corte del filtro) de la persona, pudiéndose tal grado elevar, mantener o reducir mediante la dinámica vibratoria interactiva que se acaba de resumir.

¡Toma el mando y Ama!

En términos no del Espíritu, que es eterno y se despliega en un momento presente continuo, sino del espacio/tiempo finito que enmarca el plano del mundo material que nos rodea y en el que físicamente vivimos, ¿cuánto tiempo dura el pleno desarrollo de la reiterada dinámica vibratoria interactiva o, lo que es lo mismo, la elevación del grado de consciencia hasta el mayor nivel que sea posible en nuestra condición de seres humanos?.

Tal elevación puede producirse en cualquier momento, de manera instantánea, si la persona adquiere consciencia de lo que es y con legitimidad afirma «soy el que soy». En esta toma de consciencia radica la plenitud de nuestra experiencia de individualidad en libre albedrío. Y está a nuestro alcance de modo permanente. No es preciso vivir muchas vidas físicas; ni, en cada una, leer muchos libros o atesorar conocimientos múltiples. El Espíritu que somos es el Conocimiento mismo. Sus dones y frutos están descritos en los libros sagrados —San Pablo los resume en su *Epístola a los Gálatas* (5, 22-23): amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza—. Ya tenemos en nosotros la totalidad de la sabiduría porque somos la Sabiduría.

A menudo, los buscadores se embarcan en una ansiosa y laboriosa captación de conocimientos que termina por perderlos en un laberinto de teorías, conceptos y prácticas: que si una escuela dice no sé qué, que si otra explica no sé cuán-

to, qué idea tan interesante ésta, qué forma tan original e intensa de meditar, que si con ese maestro aprendo tal cosa, que si ese otro me enseña tal otra, que si este libro es magnífico, pues anda que esa página web,... ¡cuánto mal trato y atosigamiento para nuestra mente!. Pero todo es bastante más sencillo y directo; es cuestión de consciencia: ¡soy el que soy!, una plasmación de Dios y Dios mismo; no la hoja, sino el Árbol; no la ola, sino el mar.

¡Entérate de una vez y no sigas dando vueltas a la noria!. El conocimiento es vacío; la Consciencia es la expresión absoluta de Ser. Las vías y prácticas, da igual que se basen en la mente o en la no-mente, son un embrollo para la toma de consciencia; las técnicas, sean las que sean, un enredo; las experiencias, una maraña. El momento presente, el aquí y ahora, no ha de ocuparse con conocimientos, vías, prácticas, técnicas o experiencias. Sólo llenarse con Ser. O, lo que es lo mismo, con Amor. Cuando ocupas el ahora en algo que no sea Amor Incondicional a todo y a todos, estás enclaustrando tu Esencia —tu Verdadero Ser— entre las rejas de la vanidad. Como se pregunta y responde Salomón en el *Eclesiastés (1,2-3)*, «¿qué saca el ser humano de todo el trabajo con que se afana sobre la tierra o debajo de la capa del sol?»: «vanidad de vanidades y todo vanidad». Si hay Consciencia, Ser es Amor. Si Ser no es sólo y exclusivamente Amor Incondicional, no hay Consciencia. Todo lo demás, no Es. Sólo vanidad.

Eres (somos, soy) la Creación, el Creador y el Milagro: desde la individualidad en libre albedrío y en la tridimensionalidad, tomo consciencia de lo que soy y de lo que es; y conmigo se expande la Consciencia de la suma de la que formo parte y, con ello, la Unidad Divina y Multidimensional (es como un pequeño big-bang, que contribuye a que se expandan más los impactos del gran big-bang ya examinado). Ya no hay dualidades y triunfa la Unidad. Reconozco completamente, acepto plenamente y me integro con todas

sus consecuencias en la Unidad Divina a la que siempre he pertenecido y sobre la que ya soy absolutamente consciente. La Unidad que me hace uno con el Ser Uno aquí y ahora, que pone de manifiesto mi divinidad recién reconocida, aunque siempre estuviera ahí, y que modifica las condiciones, circunstancias y características del mundo exterior en consonancia y coherencia con mi linaje divinal. Y en consciencia, me ocupo en el ahora de Amar y sólo de Amar, mi única y portentosa acción, mi Esencia; y, al Amar, todos los poderes divinos son mis poderes puestos al servicio de llenar de Amor un mundo que tanto lo necesita.

Comprendo entonces que ya no es tiempo de orar. Cuando se ora —lo explica, muy bien Domingo Díaz desde su iniciativa de Amor y Consciencia (AMYCS)— se pide algo o se alaba a alguna deidad de cualquier credo religioso o espiritual. Esto implica que internamente consideramos que nosotros estamos a un lado y Dios a otro, lo que es un reconocimiento patente de que la dualidad está aún anclada en nuestras mentes y sistemas de creencias. Pero ya no es momento de eso, sino de apagar el piloto automático y permitir que fluya libremente nuestro Yo profundo y divino; dejar que coja las riendas y asuma el mando. Y el mando debe ser puesto en práctica mediante órdenes directas que, emitidas interna o externamente, sean un acto claro, firme y rotundo de creación; un ejercicio consciente de nuestra divinidad. Es el acto de un Dios con forma humana mediante el cual define con Amor las condiciones en las que desea que se desarrolle su vida física y la de su entorno, desde lo más próximo hasta la globalidad planetaria.

Desde mi divinidad, defino y establezco mis condiciones de vida al completo y re-ordeno el mundo para que sea el que quiero que sea. Mis deseos ya no son anhelos humanos, sino la emanación del Amor y la sabiduría que están en mí como consecuencia de esa recién recuperada consciencia de divinidad. Es el momento de decretar como un Dios huma-

no y de re-ordenar la vida y sus circunstancias; de ejercer el poder de nuestra divinidad con responsabilidad, consciencia y Amor y con la convicción de que todos los decretos serán cumplidos a la mayor brevedad posible.

La fuerza y el poder de la orden tienen su origen en la fuerza y el poder de nuestra propia convicción en lo decretado. Y esta convicción se ejecuta tanto al emitir la orden como a partir de ese momento, pues se debe vivir como si el decreto ya se hubiera cumplido, con todas sus consecuencias. Si uno decreta, pero no vive de acuerdo con la orden, es porque en el fondo no cree en el ejercicio de mando que acaba de realizar. Hay que insistir otra vez: al creer, estoy creando; ¡cuando creo, creo!. Y el creer consciente en la divinidad que soy es el crear divino, el verdadero origen del poder creador del Dios que todos somos.

La encarnación en una «cadena de vidas» («reencarnaciones»)

Sin embargo, al ser humano le apasionan los laberintos. Hasta la felicidad la ha convertido en el laberinto con el que comenzaron estas páginas. Aturdido por los engatusamientos de la materialidad, no logra fijar la atención en lo único que la merece: su propio Ser; Amor. Y anda distraído cual mariposa de flor en flor, de día en día, de año en año, de vida en vida. Por ello, la dinámica vibratoria interactiva precisa comúnmente para su desarrollo de una «cadena de vidas» físicas.

No es que el Espíritu salga y entre del plano humano de manera intermitente, pues el Espíritu está inmanente en él («desciende» a él una vez: encarnación). Sucede, simplemente, que el desarrollo de la dinámica vibratoria interactiva por la que se eleva la gradación consciencial suele requerir de un tiempo —vivencias, experiencias— que va más allá de lo que nuestros sentidos perciben como una vida,

es decir los años que van del nacimiento a la muerte física. De ahí que la encarnación del Espíritu en el plano material humano y la dinámica vibratoria interactiva se plasman y se desenvuelven en lo que desde nuestra perspectiva es una cadena de vidas físicas. Algunas religiones llaman «reencarnaciones» a la presencia del Espíritu Santo en cada una de estas vidas, pero hay que insistir en que la encarnación es una y sólo una, por más que la dinámica vibratoria discurra por una cadena de vidas.

En este discurrir, el Espíritu es siempre Él, sin cambios. Tiene como fiel compañera al alma —bisagra y batería energética de acoplamiento del Espíritu en el cuerpo—, que también es siempre la misma (un tercer campo vibratorio generado por la convivencia vibracional entre Espíritu y cuerpo), si bien su potencia vibracional tiende a ir «in crescendo» en la medida en la que recibe y acumula los impulsos vibratorios de los aumentos del grado de consciencia (frecuencia de corte) —sin descartar, por supuesto, decrementos conscienciales— por los estadios de conciencia y experiencias disfrutados en cada vida y en la cadena de vidas físicas. Lo que sí cambian son el cuerpo y las vidas físicas, eslabones en la cadena de vidas en la que el Espíritu despliega su encarnación y el alma su evolución (o involución) vibratoria.

En cada uno de estos eslabones, aunque el Espíritu y el alma son los mismos y el cuerpo es lo único que cambia, se impone lo que algunas tradiciones espirituales llaman «Ley del Inferos» o «Encadenamiento a los ciclos de la materia»: la carencia de memoria de lo vivido y avanzado vibracionalmente —en consciencia, conciencia y experiencias— en las vidas físicas precedentes. Se trata de una ley cosmogónica cargada de sentido común. El recuerdo de todas nuestras vidas y experiencias anteriores atoraría nuestra posibilidad de elevación consciencial; nos bloquearía por la dimensión y enorme intensidad de lo vivido. De ahí que las personas

—Espíritu, cuerpo y alma— no nos acordemos de las vidas anteriores o reencarnaciones por las que Espíritu y alma han transitado en el desarrollo de la encarnación inmanente del primero en el plano humano.

El cuerpo, en el que radica la mente y la memoria, no las vivió. El Espíritu, por su parte, Esencia y vibración pura, está más allá del tiempo y la remembranza. Y el alma, que sí acumula energética y vibracionalmente la cadena de vidas recorrida (por esto algunas escuelas iniciáticas la llaman «alma-personalidad»), lleva a cabo una especie de rememoración selectiva, pues en la nueva vida física activa exclusivamente aquellos componentes y recuerdos precisos para las experiencias conscienciales y concienenciales que, en libre albedrío, tocan vivir (en el próximo epígrafe se señalará cómo el alma implementa tal activación en nuestro ADN). Es como si guardásemos todas las experiencias acumuladas a lo largo de la cadena de vidas en una especie de disco duro, pero mientras unos archivos están «activos» (consultables, utilizables), otros permanecen «ocultos» (no son accesibles). Incluso cuando una persona acomete prácticas de regresiones o progresiones a otras vidas —son muchos los textos que se ocupan de ello, por ejemplo, *Todos somos inmortales*, de Patrick Drouot (EDAF; Madrid, 1989)—, accederá únicamente a aquellas vidas y recuerdos que le sean consciencialmente útiles para las experiencias que en la nueva vida corresponden.

No obstante, aún sin memoria estricta de otras vidas, cada nueva vida física es un reflejo exacto de lo acontecido en aquéllas. Valga el símil de un día cualquiera de nuestra vida actual. Obviamente, al levantarnos por la mañana nos disponemos a vivir una serie de experiencias y acciones que están en función de lo vivido los días anteriores y las semanas, meses y años previos: gran parte de lo que viviremos a lo largo de las siguientes horas tiene su causa (relación causa-efecto) en lo ya vivido en el pasado. Pues bien, lo mismo

ocurre en cada nueva reencarnación o vida física (como si fuera un nuevo día), con la importante diferencia de que no recordamos las otras vidas (en el ejemplo, los días, semanas, meses y años precedentes).

Todo lo cual ocurre, además, con un telón de fondo que es un exponente más de la íntima unión de cuanto existe y, en este caso, de la que hay entre cada uno de nosotros y el planeta del que formamos parte y en el que vivimos. Se trata de algo francamente maravilloso y que se relaciona con el hecho, bien conocido por la geología, de que la mayor parte de la formación rocosa de la Tierra, especialmente en la corteza, es roca cristalina. Y estos cristales tienen una funcionalidad no sólo física o material, sino también sutil y trascendente que enlaza con una serie de características y capacidades de cristales y biominerales que se abordarán en la Parte IV de este texto: conservan la energía, tienen memoria, son un banco de recuerdos.

¿Recuerdos?, ¿de qué?. De cada uno de nosotros, de nuestro Yo verdadero y de sus experiencias a lo largo de la cadena de vidas físicas. La totalidad de lo que hacemos se registra en este planeta como energía y permanece en el entramado cristalino. La globalidad de lo que hemos hecho colectivamente durante todas las vidas permanece en el planeta como una vibración superior. Esta energía es extraordinaria. Y es la fuerza por la que la elevación del grado de consciencia de cada ser humano contribuye a aumentar la consciencia de la suma a la que pertenecemos y, a través de ello, expande la consciencia de la Unidad.

En tal estructura cristalina se conserva, en términos energéticos, todo lo que cada uno espiritualmente ha hecho y aprendido durante sus vidas físicas en este planeta. Como si fueran los anillos de un árbol, cada vida está representada ahí; es la esencia de todas las vidas experimentadas por cada uno esperando la siguiente. Y es que —como enseñan distintas tradiciones y han subrayado contemporáneamen-

te canalizaciones como las de Kryon (www.kryon.es)— en el instante en que nace un bebé, se activa una estructura cristalina en la «Cueva de la Creación»: la Tierra sabe que el alma, si es «vieja», retorna otra vez para seguir su encarnación en la cadena de vidas; o que, si es «nueva», inicia este peregrinaje. Y en el caso de las almas viejas, en la estructura cristalina está toda la información de las vidas anteriores esperando la nueva reencarnación.

No debe olvidarse que el Ser profundo o Yo verdadero siempre es el mismo, por lo que todas las vidas pasadas no son extrañas a tu Mí Mismo. Y en cada nueva vida, esa estructura cristalina se activa y está a nuestra disposición para ver, para recordar, incluso para recuperar algunos de los talentos con los que ya contábamos antes (se denomina «excavar en el registro akásico», lo que enlaza con lo que se examinará sobre el «Akasha» en el Capítulo 9). Si un ser humano empieza a plantear preguntas espirituales, todo lo que aprendió a través de las edades regresa a él; nada se perdió y, si no quiere, no tiene que volver a aprender ni pasar por nada otra vez. Aún con la Ley de Ínferos en juego, cuando se comienza a abrir esa puerta, la intuición muestra lo que ya se ha aprendido.

Todo ello se produce en estricto cumplimiento de la Ley de la Creación. Así es tanto en lo grande como en lo pequeño, en lo que no se ve como en lo conocido, pues una es la Ley e infinitas sus manifestaciones. No hay que sorprenderse de nada. Forma parte de las leyes por las que discurre la Creación, incluida la Ley de Ínferos que rige la inmanencia del Espíritu en las gradaciones vibratoriales de la materia y el aumento de la frecuencia vibratoria del alma.

La elección de cada nuevo eslabón en la cadena de vidas

Por lo expuesto, en el tránsito entre vidas que erróneamente llamamos muerte, nuestro Yo profundo y el alma

eligen el nuevo eslabón —el cuerpo y la vida, el yo y mis circunstancias— en el que tendrá continuidad la cadena de vidas que constituye la encarnación. La elección se hará en función de los requerimientos de la dinámica vibratoria interactiva y dependiendo, por tanto, del grado de consciencia alcanzado; y de los estados de conciencia y experiencias que correspondan ser vividos para aumentar el nivel consciencial.

Para el Espíritu y el alma, cada nacimiento físico es meramente la idea de que «tengo este cuerpo»; y la muerte no es más que la de que «ya no tengo este cuerpo», pasando a estar en otro. Cuando un cuerpo fallece, Espíritu y alma pasan a uno «nuevo» y a otra vida física, esto es, a otro eslabón de la cadena de vidas en las que se plasma su presencia subyacente en el plano humano (encarnación). Y en el tránsito en sí, cuya duración en términos de nuestra temporalidad tarda años, se afloja el encadenamiento a los ciclos de la materia. Esto permite a nuestro Yo profundo (Espíritu) y al alma ponderar con exactitud, por decirlo de algún modo, el nivel logrado en la elevación del grado de consciencia, de lo que es un fiel indicador la gradación vibracional alcanzada por la segunda. Con esta base, se selecciona el siguiente cuerpo, vida y estadio de conciencia (hay que volver a subrayar que, para facilitar el entendimiento del proceso, puede hablarse de reencarnación, aunque en el conocimiento de que encarnación sólo hay una).

El alma es el resultado de la convivencia vibracional y el efecto de heterodinaje entre la vibración pura del Espíritu y la densa del cuerpo. Su rango vibratorio, acumulado a lo largo de las experiencias previas, indica como si de una especie de termómetro se tratara el grado de consciencia alcanzado. Y la nueva reencarnación deberá ser en un cuerpo y una vida que posean las características energéticas ajustadas al nivel vibratorio ya logrado. Verbigracia, si el alma ha conseguido una mayor cota vibracional porque en vidas

precedentes se ejercitaron conductas (estadio de conciencia y experiencias) cercanas a la naturaleza divina (Amor), el nuevo cuerpo y vida contarán con un perfil apto (nuevo estadio de conciencia y novedosas experiencias) para lograr otra vez el aumento del grado de consciencia a través de la continuidad y fomento de esas cualidades y comportamientos (expresado, obviamente, en cuanto a potencial e inclinaciones, pues en cada vida rige el libre albedrío y nada está determinado).

La elección de la siguiente reencarnación (estadio de conciencia y sus consiguientes experiencias esenciales) tiene lugar antes de que la misma se concrete en un nuevo cuerpo, previamente a que el embrión de éste se halle en el vientre de su madre. Los que serán los rasgos esenciales de su vida y los valores a desarrollar quedan configurados en ese estado de la existencia previo a la maternidad en el que el alma y el Espíritu preparan su nuevo escenario experiencial. Se entiende así mejor el auténtico significado de la respuesta «soy lo que decido ser», que se recoge en el Capítulo 1 a propósito de la primera pregunta —«¿quién eres?»— formulada en el libro *El laberinto de la felicidad*. Nos encarnamos en cada vida física con una especie de «plan de vida» ajustado al grado consciencial de partida, aunque después las experiencias en los correspondientes estadios de conciencia puedan llevarnos por otros derroteros.

Y también este es el instante inefable en el que, como síntesis de una perfecta sincronización, se produce el encuentro entre el alma y las otras almas (el Espíritu es uno, el mismo) que en otros cuerpos físicos serán sus acompañantes y colaboradoras en la vida material que se va a iniciar. Tal confluencia entre almas es mucho más que una experiencia gozosa. Es la aceptación mutua de las respectivas funciones y relaciones en el nuevo eslabón de la cadena de vidas para que cada cual cumpla con lo que constituye el propósito de su reencarnación. De hecho, es común que a lo largo de

distintas vidas físicas las almas se reencarnen en grupos, es decir, manteniendo y extendiendo sus relaciones e interacciones de apoyo consciencial, aunque asumiendo papeles y roles distintos (tu madre en una vida puede ser, por ejemplo, tu hijo en otra; tu actual pareja, tu futuro hermano; o tu amigo de hoy, tu abuela en el mañana).

En definitiva, como también ha resumido Kryon, antes de nacer sabemos las potencialidades y los atributos kármicos que vamos a disfrutar y las experiencias energéticas y vibracionales que viviremos en primera persona: ya estaban aquí como potencial y entramos de nuevo en el plano humano para vivirlas. E, igualmente, antes de venir conocemos los potenciales de las personas con las que nos vamos a encontrar: las sincronicidades con aquéllos con los que tendremos encuentros y, dentro de esto, escogemos a nuestros padres y ellos a nosotros. Cuando estamos al otro lado del velo, en la dimensión de la inmortalidad, que es la del Espíritu que somos, se eligen desafíos para poder enfrentarlos y resolverlos. Nadie vino aquí a sufrir, sino a desentrañar el rompecabezas de la vida. Y los buscadores están interesados en desentrañar la vida, en abrir la caja de la verdad. Aquí está: cada uno de nosotros es un pedazo del Creador y, por tanto, Dios mismo. No procedemos de ningún lugar. El Espíritu, no está en un lugar. Dios «es». Y siempre fuimos; ya «éramos» antes de que se creara el Universo. Elegimos venir a la Tierra por una razón que, en realidad, no tiene tanto que ver con este planeta como con el Omniverso: desplegar nuestras energías en la Tierra para elevar nuestro grado de consciencia, logrando así la expansión de la suma a la que pertenecemos y, por medio de ello, la expansión de la consciencia de la Unidad.

El momento preciso en el que el alma conforma su unión con el nuevo cuerpo físico, haciendo de bisagra con el Espíritu, va ligado a la fecundación del nuevo ser humano. Como es sabido, la fecundación es la unión de dos células

sexuales o gametos (el espermatozoide masculino y el óvulo femenino) en el curso de la reproducción sexual, dando lugar a la célula cigoto donde se encuentran reunidos los cromosomas de los dos gametos. Y de la multiplicación celular del cigoto (2, 4, 8, 16, 32,... células) parte la formación del embrión. En este orden, la ciencia actual comienza a hablar de unas células madres o base celular del nuevo ser, que son exactamente las 8 primeras. De hecho, el avance celular de 2 a 4 y de 4 a 8 es muy rápido, mientras que al llegar a 8 se produce una especie de parada en el camino antes de pasar a 16 y continuar la multiplicación.

Pues bien, es en ese estadio —cuando el embrión está configurado por las 8 células madre— en el que el alma se asocia al cuerpo y, además, inyecta divinidad en el ADN y, como se apuntó en el epígrafe precedente, implementa en él —en dos capas interdimensionales llamadas <<Registro akásico del ADN>>— los componentes y recuerdos de otras vidas precisos para las experiencias conscienciales y concienenciales que, en libre albedrío, corresponden ahora vivir. Por esto, algunas tradiciones espirituales denominan a esas 8 células las «Células del alma», lo que explica, a su vez, la importancia que al 8 y al octógono le han otorgado históricamente distintas escuelas iniciáticas.

Es así como alma y cuerpo quedan asociados en el estadio celular citado, que algunas corrientes iniciáticas llaman «Viento del nacimiento». No es un sitio, sino una energía divina; y en el que también el Espíritu, eterno e inmutable, desempeña su papel, pues, siendo multidimensional, mantiene su presencia tanto inmanente en la tridimensión de nuestra corporeidad —Espíritu Santo— como en la interdimensionalidad. Algunas tradiciones indican al respecto que el Espíritu se escinde, pero tal cosa no es posible, dada su inalterabilidad. Lo que sí acontece es que su presencia subyacente en la materialidad no impide su realidad multidimensional.

Se podría expresar coloquialmente que no todo el Espíritu se transfiere al ser humano y que una parte se queda residiendo al otro lado del velo. La creencia en los guías espirituales responde precisamente a este hecho: la naturaleza multidimensional del Espíritu hace que, estando en la tridimensionalidad —plano humano— y en cada persona (Espíritu Santo), también permanezca en la interdimensionalidad, actuando como guía espiritual (incluyen, verbigracia, los «Ángeles de la Guarda» de la religión católica). Tus guías son Tú Mismo, tu Mí Mismo. La multidimensionalidad del Espíritu y, por ende, de nuestro Ser interior hace que nunca estemos solos. Y cuando nos sentimos en soledad o abandonados, podemos estar seguros de que la hermosa energía de los guías está a nuestro alrededor esperando que le demos permiso para actuar.

Final del «gran olvido»: la Iluminación

La encarnación inmanente del Espíritu en el plano humano culmina cuando alcanza su cénit la dinámica vibratoria interactiva y el alma alcanza el mayor rango consciencial y vibratorio posible en el plano humano. La vida física en la que esto se consigue habrá sido en un ser humano con consciencia sobre su dimensión espiritual, con discernimiento acerca de lo que «es» y «no es» y plenamente consciente de su verdadero ser: ¡soy el que soy!. Ha superado el «gran olvido» y se contempla por fin como lo que realmente es: Dios mismo o, si quiere, un «estado de Dios».

San Bernardo describió muy bien a un hombre o mujer así: *«aspira tranquilo a las bodas del Verbo (...), deja de temer iniciar una alianza de comunión con Dios (...) ¿A qué no podrá aspirar con seguridad ante él si se contempla embellecido con su imagen y luminoso con su semejanza?. ¿Por qué puede temer a la majestad, si su origen le infunde confianza?. Lo único que debe hacer es procurar conservar la nobleza de su*

condición con la honestidad de vida; esforzarse por embellecer y hermoear con el digno adorno de sus costumbres y afectos la gloria celestial que lleva impresa por sus orígenes» (San Bernardo; SC 83:1).

La presencia subyacente del Espíritu es tan viva, pujante y poderosa que el ser humano disfruta de la Unidad Divina. El ego y sus apegos, el piloto automático, queda absolutamente desactivado y el Yo profundo toma el mando de la vida, centrada en el momento presente, el aquí y ahora, y ocupada sólo en Ser y, por ende, en Amar. Se produce la experiencia maravillosa de la consciencia plena, la «Iluminación» interior: se constata y se comprueba radicalmente que lo que afanosamente, a lo largo de tantas vidas o reencarnaciones, se buscaba fuera de uno mismo, a través de los anhelos y deseos de la materialidad, en verdad lo tenemos en nuestro interior, nuestro auténtico Yo, Dios mismo y su Felicidad.

Tal como ya se recogió en la primera parte de este texto, de manera espectacular lo describió San Agustín: *«Tarde os amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde os amé. Y he aquí que Vos estabais dentro de mí y yo de mí mismo estaba fuera; y por defuera yo os buscaba. Y en medio de las hermosuras que creasteis irrumpía yo con toda la insolencia de mi fealdad. Estabais conmigo y yo no estaba con Vos. Manteníanme alejado de Vos aquellas cosas que si en Vos no fuesen, no serían. Pero Vos derramasteis vuestra fragancia, la inhalé en mi respiro y ya suspiro por Vos»* (Confesiones, Libro X, 27).

El cambio de tornas que la «Iluminación» representa es completo: ahora es la fuerza vibracional del Espíritu la que contagia y «tira» vibracionalmente hacia arriba de la materialidad, y no al revés. Este intenso tirón vibratorio que la dimensión espiritual da a la dimensión material lo experimenta el alma, que gozará de toda la energía vibracional que ha ido acumulando durante la dinámica vibratoria interactiva y la cadena de vidas en la que ha estado adherida a la

materia; y estará lista para pasar a otros planos de existencia de mayor frecuencia vibratoria (como se examinará más tarde, especialmente en el epígrafe sobre el «Juicio Final» del Capítulo 8, el paso del alma a otro plano existencial y vibracional no suele ser «individual», de un alma específica, sino en un contexto de unidad con las almas de los demás seres humanos, produciéndose un salto consciencial colectivo de almas que están energéticamente preparadas para ello).

Se trata de algo fascinante. Como se ha insistido, todo comienza «de arriba hacia abajo» y tiene su correlato «de abajo hacia arriba»: una colosal dinámica que evidencia la unión entre Creador y Creación, sin separación alguna, con la consciencia como hilo conductor y el Amor como energía nutriente.

Recuérdese el arranque, que es «de arriba hacia abajo»: 1. Concentración: en Consciencia Perfecta y Concentración Absoluta, emana la Esencia del Ser Uno, acompañada del Verbo como vibración asociada. 2. Expansión: la Esencia emanada y el Verbo se expanden; y en las manifestaciones derivadas de la condensación del Verbo (lo Manifestado, vibración finita) se encuentra inmanente el Espíritu (Esencia emanada y expandida, lo No Manifestado, vibración infinita).

Y aquí se desencadena el proceso «de abajo hacia arriba» (también denominado Absorción): 1. Como consecuencia de tal convivencia vibracional y por el efecto heterodinaje, surge el alma como tercera gama energético-vibracional. 2. Espíritu, alma y cuerpo protagonizan una dinámica vibratoria interactiva (grado de consciencia, estadio de conciencia, experiencias). 3. Y conforme se eleva el grado consciencial del ser humano, el alma va ganando frecuencia vibracional hasta hallarse en condiciones energéticas de «subir» hacia planos de mayor rango vibracional.

La expansión de la consciencia del ser humano expande, así, la propia Creación, haciendo que la Creación sea Creadora y unificando Creador y Creación. Figuradamente, el Espíritu («Hijo»), por su presencia inmanente en la materialidad, habrá desarrollado el pacto de amor («sacrificio») que hace posible la resurrección de la materia («carne») mediante la elevación de la gradación energética del alma (surcida precisamente de la convivencia Espíritu/materia) hacia otros planos vibracionales («Cielo») cada vez más próximos a la calidad vibracional pura e infinita de la Esencia divina («Padre»).

Como se enunció en Capítulo 6, la indisoluble identidad entre Creador y Creación, por lo que la Creación es, a la vez, Creador, explica la traducción «Yo resultaré ser lo que resultaré ser» de lo que Dios indicó a Moisés en el versículo 3,14 del *Libro del Éxodo*. En el Ser Uno, «Yo soy el que soy» y «Yo soy el que resultaré ser» no sólo no chocan ni se contradicen, sino que se fusionan de manera armónica, hermosa, maravillosa. La consciencia es la base de la fusión; y el Amor, la energía que la nutre: la Consciencia Perfecta desencadena el proceso «de arriba hacia abajo»; y la toma de consciencia en el ámbito de reducida gradación vibracional de lo Manifestado (mundo material, cuerpo humano,...) produce una especie de rebote consciencial «de abajo hacia arriba».

Hablamos de ti y de mí: estamos en acto de servicio por Amor

Llegados a este punto, conviene traer aquí unas espléndidas reflexiones de Félix Gracia —*Hijos de la luz: un pacto de amor*— que vienen como anillo al dedo a propósito de lo hasta aquí sintetizado y su aplicación al ser humano y nuestra condición de «buscadores». Porque los hechos narrados han sucedido siempre y están sucediendo ahora. No

hablamos, pues, de éste o de aquél, sino de ti y de mí, de nosotros. De nuestro Espíritu, inmanente y subyacente en la tierra siendo su hogar el cielo. El grito desgarrado que pide salir de las tinieblas no es un eco traído por el tiempo, sino el de tu garganta y la mía. No evocamos la historia ni hablamos de teorías, sino de la lectura viva de nuestra alma. Somos lo que se ha reflejado en las páginas anteriores: ¡Hijos de la Luz!, Espíritus puros unidos al Padre; hechos de su misma Esencia, eternos. Somos uno con Dios y, por lo tanto, Dios. Sin tiempo ni límite. ¿Cómo podría perderse una criatura de tan elevado rango?.

No, no nos hemos perdido; ni estamos exiliados. Caminamos por el mundo para que el mundo —la materia, la carne— resucite. Nadie nos ha obligado, pues esa era nuestra voluntad y nuestro destino. Nos hicimos uno con la Ley para que la Ley se cumpliera. Y lo hicimos, no desde la ruptura, sino desde la unión con Dios. Por eso, aquella voluntad no fue la nuestra, sino la de Él, la Voluntad, la única. Este es nuestro pacto de amor. Ni nos hemos extraviado ni andamos solos, aunque milenios de ignorancia nos hayan hecho creer lo contrario. Si el Hijo que emprendió ese camino era uno con Dios, también Él ha descendido «ad íferos».

Que callen todas las voces y cesen las músicas todas. Que todo pare un instante y que se detenga el mundo. Silencio, para que puedas oír dentro de ti. Para que escuches en ti las palabras anteriores. Para que sientas que, más allá de dogmas y creencias, ésta es la verdad que sale del corazón: ¡Dios y el ser humano jamás han dejado de ser Uno!. No estamos, pues, condenados, sino en acto de servicio para expandir nuestra consciencia desde la tridimensionalidad, provocando, así, pequeños «big-bangs» que extienden los efectos del principal e impulsan la expansión de la Consciencia de la Unidad.

Hijos de Dios, no porque nos haya creado Él, sino porque somos Él

Dios mira por nuestros ojos y camina con nuestros pies. Pero lo hemos olvidado y nuestra existencia se convierte en dramática, no por causa de una pérdida, sino por un gran olvido. Si Dios escribiera la historia de la humanidad, enseñaría cómo se extendió a sí mismo haciéndose múltiple sin dejar de ser Uno; y cómo, para lograrlo, estableció la ilusión de la separación que da consistencia a su multiplicidad. Constataría que el ser humano es fruto de su misma Esencia, porque es Él mismo hecho visible. Y confirmaría que no fue creado o hecho por Él, sino que es un estado de Dios y, por lo tanto, testimonio de su eterna Inmanencia. Esta es nuestra grandeza: el título de Hijo de Dios señala la más alta dignidad imaginable, no porque nos haya creado Él, sino porque somos Él.

Esta es la auténtica realidad, el orden natural en el que se establece el pacto de amor que precede a la encarnación. Su reconocimiento sobrecoge y cambia radicalmente la visión del mundo y de nosotros mismos. Nada puede seguir siendo igual para aquél que ha accedido a tan suprema verdad. No somos resultado del error, ni pesa sobre nosotros vejación alguna. Todo es santo, inocente de culpa, bienaventurado. No hay trasgresión ni condena, sino manifestación de Dios. Este es el sublime pacto de amor que nos trajo al mundo.

Y cuando en nuestro corazón sentimos el ansia de liberación es, en el fondo, la advertencia de que la misión está cumplida, que la dinámica vibratoria interactiva está llegando al culmen. Pero su realización no significa una victoria sobre el estado de encadenamiento —nada hay que vencer donde todo es la Voluntad de Dios—, sino el cumplimiento de la misión creadora: expandir la consciencia para que se expanda la Consciencia de la Unidad. Por ello, el anhelo de liberación lleva aparejado tanto la aspiración en sí, como su

subordinación a la divina Voluntad. Se trata del «deseo disolverme (en la Unidad) y estar con Cristo (cupio dissolvi et esse cum Christo)», hecho suyo por místicos como Beatriz de Nazareth (*Siete modos de vivir el Amor*), aunque sometido a lo que Charles de Foucauld expresó tan emotivamente: «Padre, me pongo en tus manos, haz de mí lo que quieras (...) lo acepto todo (...) con una confianza infinita, porque tú eres mi Padre».

Como escribió Teilhard de Chardin (*Adora y confía*), las leyes de la vida y las promesas de Dios garantizan que cuanto nos reprima e inquiete es falso. Cesan, entonces, todas las inquietudes por las dificultades de la vida, por sus altibajos, por sus decepciones, por su porvenir más o menos sombrío. Se quiere lo que Dios quiere; y se vive feliz, en paz, siendo sólo, ni más ni menos, que Amor. Nada altera ni es capaz de quitar esa paz: ni la fatiga psíquica ni los posibles fallos morales. En el rostro brota una sonrisa que es reflejo de la que el Padre/Madre permanentemente nos dirige. Y como fuente de energía y criterio de verdad se coloca todo aquello que nos llena de la paz de Dios.

Llegado a este punto, el ser humano, consciente de su verdadero Ser y presto a volcarse en la Unidad a la que siempre ha pertenecido, comprende bien que la liberación no es una pericia individual ni una práctica puntual, sino el estado del Espíritu que realiza conscientemente a Dios en la materia. La liberación va mucho más allá de una experiencia personal y provoca una expansión de la consciencia en toda la Creación: un crecimiento cualitativo de todo hacia la Consciencia de Ser y el reconocimiento de Ser Dios. Así de maravillosa es la Creación surgida del «big-bang» analizado en capítulos precedentes. La expansión de la consciencia en las distintas dimensiones de existencia que constituyen la Creación genera múltiples «big-bangs» y transforma la Creación en Creador: Creador&Creación; Creación&Creador.

CAPÍTULO 8 BIEN Y MAL

Acercamiento desde la objetividad

En páginas anteriores se ha hecho mención al «Bien» y al «Mal». Es momento de profundizar al respecto, partiendo de que las ideas y percepciones en torno a ambos se mueven casi siempre en el ámbito del más absoluto subjetivismo. Con intensidad e inconsciencia, volcamos en los dos tanto los clichés y convencionalismos de la tradición cultural y religiosa en la que hayamos sido educados como los prejuicios generados por la mente de cada cual, en función de sus propias vivencias y respectivos deseos, apegos, fobias y frustraciones.

Sin embargo, resulta crucial que la objetividad presida la actitud y la aptitud para discernir sobre el Bien y el Mal. Objetividad que ha de estar fundamentada en el distanciamiento personal del asunto y el acercamiento a él por medio de la meditación serena y profunda, el conocimiento revelador que de ésta dimana y la experiencia cotidiana que la puesta en práctica de ese conocimiento aporta.

En este orden, es oportuno subrayar que, en el Omniverso multidimensional surgido de la Creación, los «hechos» (por ejemplo, si suelto un vaso que mantenía sujeto con la mano, el vaso caerá al suelo) están regidos por una serie de «leyes físicas» (en el caso expuesto, la llamada ley de la gravedad) y éstas, a su vez, por una serie de «principios», conocidos desde la antigüedad como «principios herméticos». Dos de ellos, el de polaridad y el de vibración, son muy útiles para acercarnos con objetividad al Bien y al Mal.

El principio de polaridad afirma que todo tiene dos polos que son idénticos en naturaleza y diferentes en grado vibratorio. Esto es, que tanto los fenómenos físicos como los mentales tienen dos lados o aspectos extremos que, sin

embargo, comparten la misma naturaleza, aunque se diferencien en el nivel de vibración, existiendo innumerables grados vibratorios entre ambos polos.

Para entender mejor lo anterior, hay que acudir a otro eje del saber hermético: el principio de vibración. Como se ha repetido en capítulos previos, la ciencia contemporánea se está acercando a él con celeridad tras reconocer que la materia y la energía son expresiones de ondas y movimientos vibratorios. Concretamente, el principio de vibración indica que todo vibra, que el Omniverso en su globalidad y en todas sus dimensiones es una plasmación de la vibración y que las diferencias entre las diversas manifestaciones — desde las intangibles a las tangibles, desde el espíritu más sutil a la materia más espesa— obedecen al distinto modo e intensidad vibratorios. Así, la frecuencia más elevada radica en la vibración pura del Espíritu divinal, la Esencia de Dios; y su opuesto en la materia más extremadamente densa que podamos imaginar. El grado vibracional es lo que distingue a ambos polos, entre los que hay un sin fin de diferentes potencias y modalidades vibratorias.

Sobre estas bases, hay que resaltar que la indagación que sustenta el principio de polaridad arranca de la formulación de interrogantes tan paradójicos y radicales como estos: ¿dónde termina la oscuridad y comienza la luz?; ¿dónde el frío y dónde el calor, o lo duro y lo blando?; y ¿lo pequeño y lo grande, o lo alto y lo bajo?. Sopesemos el hecho de que se trata de nociones —oscuridad, luz, frío, calor,...— que utilizamos asiduamente y con completa seguridad acerca de lo que son y significan. Pero, por centrarnos sólo en un botón de muestra entre los ejemplos expuestos, ¿dónde empieza el frío y dónde el calor?. Porque la temperatura es un concepto primario y sin ambivalencias; y el termómetro es un instrumento válido, neutral y sencillo para su medición. Hasta aquí todo perfecto, pero ¿dónde comienza el frío y dónde el calor?. Por vueltas que demos a la posible respuesta, siempre

llegaremos a la conclusión de que frío y calor, por más que parezcan realidades del todo distintas, son, en verdad, de idéntica naturaleza (la podemos denominar temperatura), siendo la diferencia entre ambos mera cuestión de vibraciones calóricas, grados vibratorios.

La frecuencia vibratoria es, igualmente, la que marca la diferencia en la escala musical entre los sonidos graves y los agudos; o la que en la gama de colores genera la variedad de los mismos; etcétera. Y esto no ocurre no sólo en los planos físicos y materiales, sino igualmente en los de carácter mental. Así, el amor y el odio, estimados por lo general como inapelablemente diferentes, son realmente denominaciones que otorgamos a los polos de una misma cosa, con muchos grados, eso sí, entre ambos. Empezando en cualquier punto de la escala, hallaremos más amor o menos odio, si ascendemos por ella; o menos amor o más odio si descendemos por la misma. Y esto es cierto sin importar nada el punto alto, medio o bajo que tomemos como partida. Hay muchos grados de amor y odio y un punto intermedio en donde el agrado y el desagrado se mezclan de tal forma que es imposible distinguirlos. El valor y el miedo quedan, igualmente, bajo la misma regla.

Ahora sí, el Bien y el Mal

Todo lo expuesto en el epígrafe precedente es aplicable al Bien y al Mal. Como ocurre con el calor y el frío, o la luz y la oscuridad, el Bien y el Mal comparten la misma naturaleza y se diferencian en la frecuencia vibratoria, existiendo innumerables estadios vibracionales entre ambos polos.

Retomando lo examinado en capítulos previos, cuando el ser humano ha elevado su grado de consciencia hasta niveles en los que desarrolla un estadio de conciencia y experiencias que se acercan a lo que es propio de su naturaleza y Esencia divina (Amor), se puede afirmar que hace el Bien,

aproximándose a este polo tanto más cuanto mayor sea la prevalencia del Espíritu frente a los influjos de la materialidad y, por consiguiente, mayor el grado vibracional del alma: el Yo profundo habrá cogido las riendas de nuestra vida y el piloto automático del ego se habrá desactivado.

El Mal, en cambio, va ligado a un ser humano con bajo grado vibracional, sin consciencia acerca de su auténtica identidad y con olvido de su linaje divino, de modo que vive sus días bajo el control del piloto automático, del ego, y atado a los apegos y pasiones dominantes propios de la materialidad que nos rodea y de la que el cuerpo físico participa, lo que sitúa al alma en un reducido nivel vibratorio, tanto menor cuanto más cerca esté del polo del Mal.

Por tanto, el Bien y el Mal existen, pero, desde luego, no con el contenido y significado que muestran muchas corrientes culturales y religiosas vigentes. Los dos comparten naturaleza —estado de consciencia, gradación consciencial— y se diferencian por su frecuencia vibratoria: el mayor grado de consciencia es el Bien; el menor, es el Mal. Y entre los dos existen innumerables grados vibratorios (grados de consciencia —estadios de conciencia— experiencias). La Esencia divina, Amor Incondicional y vibración pura infinita, marca el polo del Bien, donde la Consciencia es Perfecta —«Soy el que Soy»—. La ausencia total de Amor fija el polo del Mal (al igual que la ausencia de luz explica la oscuridad), donde rige la inconsciencia completa sobre lo que se Es y lo que es Real.

El ser humano se acerca al Bien cuando ha elevado su grado de consciencia —lo que tendrá su reflejo en la alta frecuencia vibratoria del alma— y el Espíritu o ser interior lleva la batuta de su conducta y dirige la marcha y el rumbo del vehículo planetario (cuerpo) en el que mora por inmanencia, aportándole los valores, afectos y costumbres (Amor) innatos de la divinidad. En cambio, se aproxima al Mal cuando el grado consciencial es reducido —por lo que

baja será la frecuencia vibracional del alma— y su día a día queda a merced del piloto automático, de los deseos del ego y de los influjos, tensiones y apegos de la materialidad del mundo que le rodea.

Pero que esto sea así no ha de llevarnos a efectuar juicios sobre buenos y malos, superiores e inferiores. Estas clasificaciones son propias del ego y los antagonismos y dualidades que tanto le agradan. Bien y Mal coinciden en naturaleza -estado de consciencia- y se distinguen en gradación consciencial y vibratoria: cualquier ser humano que goce de un elevado grado de consciencia y se mueva en la esfera del Bien habrá vivido en su cadena de vidas físicas experiencias de reducida gradación consciencial enmarcables en la esfera del Mal. Todo entra de lleno en el ámbito de la dinámica vibratoria interactiva y la conexión grado de consciencia — estadio de conciencia— experiencias analizada en los capítulos precedentes. El altruista de hoy fue egoísta ayer; y el que ahora desprecia por falaces los anhelos de poder y riqueza es porque ya los disfrutó y conoce en primera persona lo vacío que finalmente resulta la vivencia. Las experiencias de ausencia de Amor (Mal) permiten incrementar el grado de consciencia y avanzar hacia experiencias plenas de Amor (Bien).

Todo es perfecto y no debemos caer en dualismos, ni siquiera en lo relativo al Bien y al Mal. Cuando los oponemos, consideramos generalmente el Bien como perfección o, al menos, como una tendencia a la perfección, con lo que el Mal no es otra cosa que lo imperfecto. Pero, ¿cómo lo imperfecto podría oponerse a lo perfecto?. La perfección está en la esencia del Ser Uno, del que no puede derivar lo imperfecto; de lo que resulta que lo imperfecto no existe o sólo puede existir como elemento constitutivo de la perfección total. Y, siendo así, no puede ser realmente imperfecto, por lo que la llamada imperfección no es más que relatividad: el Mal sólo es tal cuando se le distingue del Bien.

Piénsense en las indagaciones científicas. En ellas, el error no es sino verdad relativa, ya que todos los errores deben ser englobados en la Verdad total, sin lo que ésta no sería perfecta, lo que equivale a decir que no sería la Verdad. Los errores, o, mejor dicho, las verdades relativas, no son sino fragmentos de la Verdad total; es, pues, la fragmentación la que produce la relatividad. Aplicado esto al Bien y al Mal, podríamos decir que si llamamos Bien a lo perfecto, realmente lo relativo no es algo distinto, ya que en principio está contenido en Él. Entonces, desde el punto de vista universal, el Mal existirá únicamente si consideramos las cosas bajo un aspecto fragmentario y analítico, separándolas de su Principio común, en lugar de considerarlas sintéticamente como contenidas en este Principio, que es la perfección.

El Bien y el Mal son creados al distinguirlos el uno del otro, pues realmente comparten naturaleza e interactúan vibracionalmente para hacer posible la elevación del grado de consciencia. Es la fatal ilusión del dualismo la que sustituye a la Unidad por la multiplicidad, encerrando a los seres sobre los cuales ejerce su poder en el dominio de la confusión y de la división. A este dominio es al que se refieren autores como René Guénon cuando hablan del «Imperio del Demiurgo» (*El Demiurgo*; revista *La Gnose*, nº1, noviembre 1909).

El pecado no existe

Por tanto, el pecado no existe, sino un ser humano con un grado de consciencia mayor o menor y con más o menos Amor Incondicional y compasión en sus pensamientos y actos (decía San Antonio Abad que el pecado es una pérdida de tiempo: el que deberías dedicar a Amar; a ser lo que eres, Amor). Si todo es creación del Ser Uno, ¿cómo podría alguna parte tuya, mía o del Omniverso, por remota o insignificante que sea, ser menos bendita que otra?.

El plan divinal consiste en que te busques a ti mismo. Como se enunció en el Capítulo 3, dentro del epígrafe dedicado al «dador», si deseas explorar cómo ser egoísta, ignorante, asesino o carecer totalmente de fe, Dios (tu Verdadero Yo, el Yo Auténtico) permite todas estas experiencias; no eres juzgado, ninguna de tus acciones es buena o mala desde la óptica divina. Recuérdese lo allí señalado: un asesino y un santo son iguales si el pecador y el santo son sólo máscaras que te pones. Estos papeles son sólo ilusiones desde la perspectiva divina. Lo único significativo es el Amor y el grado de consciencia que la persona haya logrado; y, por tanto, su contribución a la expansión de la consciencia de la suma de la que forma parte y, a través de ella, de la Unidad. Y para elevar el grado de consciencia es necesario vivir muy distintas experiencias en libre albedrío, incluidas las englobadas en el Mal (bajo grado de consciencia).

El Amor es universal y no toma partido. Al ego no le gusta esto y piensa «yo merezco el amor de Dios, pero ese otro no». Mas esta perspectiva es ajena a Dios. El ladrón inflige pérdida de propiedad; el asesino, pérdida de vida. Mientras estas pérdidas sean reales para ti, condenarás a la persona que las causa. Pero, ¿acaso el tiempo mismo no acabará robándote la propiedad y la vida?. El pecado es ilusión; nada de lo que llamamos pecado puede causar la más mínima mancha en el Amor de Dios. Y hay que tener sumo cuidado con expresiones como «mejor» o «superior»: es el ego el que habla de buenos y malos.

Por supuesto, es absolutamente rechazable que un ser humano cause dolor o daño a otro, de cualquier forma o manera; y es pertinente que la sociedad establezca leyes y normas que lo prevengan y, en su caso, lo sancionen o castiguen. Pero entendiendo el papel que todo ello desempeña desde la perspectiva de la dinámica vibratoria interactiva y la comprensión de lo que supone en términos de elevación del grado de consciencia, avance en el estadio de consciencia.

cia y vivencia de experiencias que permitan un nuevo aumento consciencial.

La «interacción consciencial»: el «Juicio Final»

Llegados a este punto, ¿qué sentido tiene hablar de lo que el cristianismo califica como «Juicio Final», mencionado también, aunque con diversos nombres, por otras corrientes espirituales?. Pues con tal expresión se hace mención a un fenómeno real de carácter cosmogónico y trascendente cuyo verdadero contenido ha quedado postergado tras siglos de ignorancia. Tiene su base en un hecho reiterado a lo largo de las páginas precedentes: en la Creación, todo es suma de partes y forma parte de una suma superior, aunque cada parte es, a su vez, el Todo. Tal es la grandeza de la Divina Unidad, que se expresa tanto en términos físicos y materiales como energéticos y vibracionales.

Lo anterior es perfectamente aplicable a cada uno de nosotros. Como ser humano soy suma de partes, ya que estoy conformado por multitud de órganos y células que en mi unidad vital se vivifican. Y formo parte de una suma superior: la humanidad; y, aún más, el planeta Tierra, ser vivo en el que vivo y me vivifica. Igualmente, la Tierra se encuentra dentro del sistema solar de Ors, del que como ser humano formo parte y en el que vivo. Y su Sol, astro central, es un ser vivo que me vivifica.

Ors pertenece y se halla en un brazo menor (denominado brazo de Orión, por su proximidad a esta constelación) de una galaxia, la Vía Láctea (200.000 millones de estrellas), de la que como ser humano formo parte. Su Centro es un ser vivo que me vivifica, aún estando a 27.000 años luz (es conocido, junto a su entorno inmediato, como «bulbo galáctico», que contiene estrellas binarias de rayos X, radiación de alta energía procedente de la interacción de monu-

mentales nubes moleculares con supernovas y un agujero negro gigante llamado Sagitario A).

Y la Vía Láctea se integra en un Grupo Intergaláctico o Cúmulo de Galaxias, una treintena aproximadamente (algunas cercanas en valores relativos —como la Nube de Magallanes, a 200.000 años luz- y otras más lejanas— la llamada El Triángulo está a 2,7 millones de años luz-; unas enormes —la mayor es Andrómeda— y otras más pequeñas —como su vecina M33—), del que formo parte y en el que vivo y cuyo Centro Intergaláctico es un ser vivo que me vivifica. Este Cúmulo Galáctico es uno de entre los muchos que acogen a los miles de millones de galaxias que conforman el Universo. Y el Universo se integra, a su vez, en el colosal y multidimensional Omniverso, del que formo parte y en el que vivo, en el que conviven diversos Universos en distintas dimensiones.

En este espectacular marco se desarrolla la vida en una innumerable cantidad de modalidades de existencia, encuadrables en muy distintos planos dimensionales y de frecuencia y rango vibratorio. Y en él también se despliega la consciencia, pues, como ya se ha reiterado, la Creación es Consciencia en expansión, por lo que la Creación es también Creador. Y el ser humano participa en ello a través de la elevación de su grado consciencial, que colabora a la expansión de la consciencia de la suma superior de la que forma parte y, así, a la expansión de la Consciencia de la Unidad.

Ahora bien, junto a esta perspectiva «de lo menor hacia lo mayor» (incremento mi grado de consciencia y contribuyo a la expansión de la consciencia de la suma de la que formo parte y, con ello, de la Unidad), hay que contemplar otra que es «de lo mayor hacia lo menor». No en balde, la suma superior de la que como humanos formamos parte —piénsese en la Vía Láctea— está compuesta por otras muchas modalidades de existencia que también avanzan

consciencialmente. De manera que esa suma a la que pertenecemos puede experimentar un salto consciencial aunque la humanidad, parte de la misma o un ser humano concreto no hayan alcanzado el grado de consciencia suficiente como para participar activamente en el mismo.

Ambas perspectivas —de lo menor hacia lo mayor y viceversa— son plenamente coherentes entre sí y están perfectamente interrelacionadas, dando cuerpo a la «interacción consciencial» de la suma y sus partes. Por tal interacción, cada persona, si eleva el grado de consciencia, contribuye a la expansión de la consciencia de la suma a la que pertenece y de la Unidad; por el contrario, no ayuda a tal expansión si mantiene un bajo grado consciencial. Y también por tal interacción, cuando la expansión de la consciencia de la suma alcanza un determinado punto de calidad e intensidad energética —salto consciencial—, genera una oleada electromagnética, energética y vibratoria que impacta y tira vibracionalmente de aquellos de sus componentes que hayan alcanzado un grado de consciencia cercano al polo del Bien, en palabras usadas en párrafos anteriores, pero que no afectará a los que conserven su grado consciencial próximo al polo del Mal.

La clave es el Amor

La suma a la que pertenecemos —conviene repetirlo— puede experimentar un salto consciencial aunque la humanidad, parte de la misma o un ser humano concreto no hayamos o haya logrado el grado de consciencia suficiente como para poder participar activamente en él. ¿Qué sucede entonces?

De forma alegórica, son numerosos los textos sagrados que responden a esta cuestión. Verbigracia, el *Evangelio de San Mateos*, que señala: «*El Reino de los Cielos llegará a ser semejante a diez vírgenes que cogieron sus lámparas y salieron*

al encuentro del novio. Cinco de ellas eran necias, y cinco eran prudentes. Las necias, al coger sus lámparas, no tomaron consigo aceite, mientras que las prudentes tomaron aceite en sus frascos, además de sus lámparas. Como el novio tardaba, todas sintieron sueño y se durmieron. Mas a mitad de la noche se levantó un clamor: «¡aquí está el novio, salgan a su encuentro!». Entonces todas aquellas vírgenes se levantaron y arreglaron sus lámparas. Mas las necias dijeron a las prudentes: «dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas están a punto de apagarse». Replicaron las prudentes: «no sea que no alcance para nosotras y para vosotras; id a los vendedores y comprad para vosotras». Mientras ellas iban a comprar, llegó el novio y las que estaban preparadas entraron con él al banquete de bodas; y la puerta fue cerrada. Después llegaron las otras vírgenes y dijeron: «¡señor, señor, ábrenos». Pero él respondió: «les digo la verdad, no las conozco». Manteneos pues alerta, porque no sabéis ni el día ni la hora» (25,1-13).

En esta metáfora dirigida a explicar cómo llegará el Reino de los Cielos, éste se encuentra representado por el «novio», que, aunque tarda, puede aparecer en cualquier instante. Los seres humanos somos las «vírgenes» que lo esperan, siendo la «lámpara» nuestro nivel consciencial y el «aceite» el trabajo interior de cada uno (dinámica vibratoria interactiva) para encender la consciencia, es decir, para elevar su gradación. Las vírgenes «prudentes» son las personas que a lo largo de la cadena de vidas avanzan consciencialmente y, a través de los correspondientes estadios de conciencia y experiencias, logran y conservan un alto grado de consciencia. En cambio, las «necias» son los seres humanos que, en su cadena de vidas, no incrementan el nivel consciencial o, incluso, retroceden en él, permaneciendo en un bajo grado de consciencia. Por último, el clamor que se levanta en un determinado momento —«¡aquí está el novio, salgan a su encuentro!»— refleja la venida del Reino de los Cielos, que es un salto de consciencia de la suma en la que los se-

res humanos estamos integrados. El influjo vibracional de este salto tirará energéticamente —«banquete de bodas»— de las personas que gocen de un alto grado de consciencia, mientras que no tendrá tal efecto —«la puerta fue cerrada»— para los que cuenten con un bajo grado consciencial.

De ahí que se nos inste a mantenernos «alerta» —consciencia despierta y elevada— porque no sabemos «ni el día ni la hora» en el que la suma de la que formamos parte experimentará el salto de consciencia, generando en toda ella, también en la Tierra y en la humanidad, un incremento energético que lanzará a otra dimensión vibracional a aquellos de sus componentes —seres humanos incluidos— que tengan un grado de consciencia alto y hayan contribuido a la propia expansión de la consciencia de la suma y de la Unidad.

A este respecto, cuando se hace mención a la elevación del grado de consciencia —acercamiento al polo del Bien—, es obvio que la clave radica en el Amor. Emotivamente lo recoge el *Evangelio de San Mateo* refiriéndose a los que gozan de un alto grado consciencial: «*Heredad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme (...)* Cada vez que lo hicisteis por uno de estos, mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis» (25, 34-36 y 40). San Juan de la Cruz lo resumió indicando que «a la tarde te examinarán en el amor», aunque no hay ningún juez ni autoridad externa que nos evalúe; sólo nosotros con nosotros mismos y el camino consciencial que hayamos seguido en libre albedrío, pues el amor al prójimo —dar de comer, beber, vestir, ...— son las acciones innatas a nuestro Yo profundo, Espíritu o Amor, y señal de que éste ha cogido el mando de nuestras vidas, apagando el piloto automático del ego.

El Reino de los Cielos está cerca

Por tanto, el «Juicio Final», considerado en el mundo católico como verdad de fe desde el Concilio Lateranense IV, no responde a la manida exégesis de un Dios justiciero que coloca a su derecha a los rectos y a su izquierda a los impíos, premiando a los primeros por sus buenas obras y castigando a los segundos por sus pecados. Tal interpretación es una imagen alegórica para describir un fenómeno cosmogónico y vibracional derivado de la conformación íntima de la Creación: la interacción consciencial entre la suma y sus partes. Una interacción que permite afirmar, aunque sea coloquialmente, que el «Juicio Final» es un punto de corte o de paso en la evolución espiritual de los seres humanos.

Dado que tal evolución se plasma en el grado de consciencia acumulado por el alma, aquellas almas que reciban la influencia vibratoria del reiterado salto consciencial será porque gozan de un alto grado de consciencia. Y, a partir de ese tirón energético, no volverán a encarnarse en el plano humano, sino que, en el camino de Absorción, lo harán con el Espíritu en otros planos y modalidades de existencia, de las muchas que pueblan el Cosmos, de menor densidad material y mayor pureza vibratoria («Cielo»).

En cambio, las que por tener un bajo grado de consciencia no reciban el influjo del salto consciencial, seguirán encarnadas como seres humanos, aunque en una humanidad en la que ya no estarán sus componentes más activos consciencialmente (ceranos al polo del Bien) y habrá quedado reducida a sus miembros de menor grado consciencial (próximos al polo del Mal, de lo que proviene la noción de «Infierno»).

Que el salto consciencial está próximo es algo anunciado por distintas religiones —así lo indica Jesús: *«está cerca el Reino de los Cielos»* (Mateo, 4, 17; Marcos, 1, 15)—. En textos como el *Libro del Conocimiento* se señala que, dado su avan-

ce consciencial, para muchos seres humanos —su Espíritu y alma— la vida actual será la última de la cadena de vidas en las que se ha plasmado su encarnación en el plano humano. Otras escuelas espirituales adelantan que, tras dicho salto, la raza humana actual desaparecerá para dar paso a otra nueva. En este sentido, señalan que la raza actual, llamada «aria», es la quinta que ha habitado el planeta, por lo que sería una sexta raza la que ocuparía su lugar. A esta quinta raza es a la que se pueden referir los Evangelios cuando utilizan el vocablo «generación» —verbigracia, para señalar «que no se le dará un signo a esta generación» (*Marcos, 8,12*)—.

Del mismo modo, otras escuelas relacionan ciertas profecías, como la maya sobre el 2012, con el momento del salto consciencial —el texto *El misterio de 2012* (Arkano Books, 2008) realiza una buena y plural aproximación al asunto—. Y aunque parcialmente puedan tener razón, hay que matizar bien sus afirmaciones, en cuanto que el 21 de diciembre de 2012 no acontecerá nada especial: ni cataclismos, ni días de oscuridad, ni nada que se le parezca. Simplemente, el solsticio de invierno del 2012 marca un punto especialmente álgido dentro de un proceso de carácter cosmogónico que será largo: comenzó lustros atrás y se dilatará en el tiempo. Tal proceso cosmogónico es un ciclo más de la naturaleza —como lo es, por ejemplo, un cambio de estación dentro de un año cualquiera—, pero su envergadura no se cuenta por días o semanas, sino por milenios: sucede cada muchos miles de años y se corresponde con la culminación del movimiento cíclico de nuestro sistema solar —Ors— en el seno de la Vía Láctea— y el alineamiento del Sol y la propia Tierra con el centro galáctico.

¿Qué es lo que empieza a aportar —lo hará con más intensidad en el futuro— tal proceso cosmogónico?. Pues proporciona un suplemento energético al sistema solar, a la Tierra (con impactos en el cambio climático), a la humanidad y a cada persona; una sobrecarga de energía vibratoria y

electromagnética que coadyuva a activar componentes durmientes o semi-durmientes del ADN humano y planetario. Pero ¡ojo!, tal suplemento de nada servirá si cada uno no realiza un trabajo propio e interior que eleve su grado de consciencia y posibilite que el Yo verdadero, nuestro Ser divino, coja las riendas de nuestra vida.

Esta es la clave: un trabajo íntimo que nos permita comprender, aceptar y asumir nuestra condición y dimensión divina, así como la Unidad de cuanto existe. Y que abra las puertas a un Amor Incondicional que nos vuelque en el amor al prójimo.

Que nadie espere que este trabajo lo haga alguien por nosotros. Ni alienígenas, ni ángeles, ni fuerzas cosmogónicas son responsables de nuestras vidas. Que cada cual asuma la responsabilidad de la suya. Por algo somos Hijos de Dios no porque nos haya creado Él, sino porque somos Él. Ya sabéis: somos Todo y Uno; Creación&Creador; Creador&Creación.

Satanás

El funcionamiento tanto de la dinámica vibratoria interactiva —por la que una manifestación concreta de existencia, por ejemplo, una persona, puede llevar a cabo la elevación de su grado de consciencia— como de la interacción consciencial entre la suma y sus partes —verbigracia, entre la Vía Láctea y el sistema solar de Ors, el planeta Tierra o un ser humano— ayuda a entender una figura recurrente en cuantiosas tradiciones espirituales: la de Satanás (el Maligno, Diablo, Demonio...).

Para numerosas personas la existencia de Satanás es una fantasía o, como mucho, el reflejo metafórico del Mal en abstracto, diluido en los seres humanos y en el mundo. Sin embargo, Satanás no es una ficción, aunque, como escribiera Beaudelaire, «la victoria más grande del Demonio es ha-

cer creer que no existe». Este ser oscuro y perturbador existe realmente y continúa actuando. Jesús lo define señalando que «es mentiroso y padre de la mentira» (*Juan, 8,44*). San Pedro lo compara con un león rugiente: «vuestro adversario, el Diablo, ronda como león rugiente buscando a quién devorar. Resistidle firmes en la fe» (*1Pedro, 5,8*). Y los textos sagrados de diferentes religiones lo citan con asiduidad y lo describen como un ser espiritual y concreto, el «ángel caído» de las Escrituras.

Su existencia se debe a que en el Omniverso rige la ley del ritmo. Por ella sabemos que no todo es evolución o progreso, sino que hay igualmente involución o regresión. Esto es así, como se subrayó en su momento, en lo que a la dinámica vibratoria interactiva se refiere: no sólo es posible elevar el grado de consciencia, sino que, como resultado de la manera en la que en libre albedrío se aborden los estadios de conciencia y experiencias, puede haber también reducciones en la gradación consciencial del ser. Y lo mismo ocurre, como se ha reseñado en los párrafos previos, en lo que a la interacción consciencial afecta: el salto consciencial tirará vibracional y dimensionalmente de aquellos seres con nivel de consciencia suficiente, pero no de aquellos que mantengan baja su gradación consciencial.

¿Qué ocurre con aquellos seres que caen en grado de consciencia y quedan fuera del salto consciencial?. Como ya se ha apuntado, el tirón vibracional no impacta en ellos y sus almas permanecen en el plano en el que ya estaban encarnadas, volviendo a vivir en él la dinámica vibratoria (grado de consciencia —estadio de conciencia— experiencias) que les permita recuperar y aumentar el nivel consciencial. Pero igualmente puede darse que continúen degradando su grado de consciencia hasta un punto que provoque el descenso en el plano o dimensión de existencia.

A esto último precisamente se está haciendo mención cuando se califica a Satanás de ángel caído, aunque ciertamente no tiene por qué ser sólo uno, sino muchos (legión) los ángeles caídos. Existiendo en una dimensión más pura vibracional y consciencialmente, sus vivencias en ella, en lugar de contribuir a incrementar su grado de consciencia, impulsándolo incluso a planos más elevados, estuvieron marcadas por el renacer de comportamientos egóicos impropios de tal dimensión, por lo que la minoración de su grado consciencial fue tan contundente que cayó —o cayeron— a un plano más denso vibracionalmente y de menor nivel consciencial: el plano de la tridimensionalidad, el planeta Tierra.

Su alma, cual acumulador vibratorio y energético, arrastra el recuerdo de la caída y, dado el rango vibracional que llegó a alcanzar, la Ley del Inferos no desactiva el mismo del modo que sí hace en los seres humanos. Ante ello, la pérdida del antiguo rango vibracional y consciencial, en lugar de conducirlo a una dinámica de recuperación de grado de consciencia, lo ha arrastrado a una existencia ruin: su desmesurado ego lo ha llevado a considerarse rey de este mundo (plano) y ejerce su poder —que conscientemente sabe que deriva de su condición de Hijo de Dios— procurando que los seres humanos, sus súbditos, no elevemos nuestro grado de consciencia. Para ello no duda en utilizar a su favor, con engaños, mentiras y la promesa de una felicidad imposible, el engatusamiento que el mundo material, sus apegos y anhelos, provoca en las personas que andan con el piloto automático encendido y sin consciencia de su Yo profundo y divino. Nos presenta acciones perversas como si no lo fuesen, nos estimula a actuar egóicamente y, en tercer lugar, nos sugiere razones para justificar tales acciones y sus consecuencias. Después de engañarnos, nos llena de inquietud y de tristeza.

Ante sus artes (las famosas «tentaciones») conviene estar atento y no dejarse atrapar. Y si en algún momento esto se produjera, no hay que desesperarse, sino adquirir experiencia de lo sucedido, llenar con amor los efectos de daño o dolor que hayamos podido ocasionar, recordar nuestro linaje divinal y confiar en la fuerza y energía que ello nos otorga para volver a avanzar en grado de consciencia y Amor.

Por todo lo expuesto, la figura de Satanás nada tiene que ver con apariciones, fantasmas y asimilados, que pertenecen a un ámbito bien distinto denominado «bajo astral» por determinadas escuelas. Pero sí debe ser puesta en conexión con la visión de lo demoníaco de distintas corrientes trascendentes que sostienen que sin haber descendido al plano humano, sino manteniéndose en planos de mayor nivel vibratorio, existe y se produce la acción consciente de seres que, a pesar de su grado de evolución, se han apartado del «plan divino» y pretenden impedir el avance consciencial de la humanidad, a la que desean mantener bajo su mando e influencia.

A este convencimiento responden tanto los «pactos con el diablo» como diversos tipos de «endemoniados» y «posesiones». Los primeros —recuérdese el Fausto de Goethe— conforman una tradición de mucha raigambre en diferentes culturas. En cuanto a los segundos, están muy presentes en la narrativa y el cine de nuestros días —verbigracia, la famosa película *El exorcista*—, aunque provienen de muy atrás, siendo bien conocidas, por ejemplo, las escenas evangélicas en las que Jesús se enfrenta a «espíritus impuros» que han poseído a seres humanos, como el hombre de la sinagoga de Cafarnaún (*Marcos 1,12-19*), o el ciego y mudo cuya curación milagrosa ocasiona un debate con los fariseos a propósito de Belcebú y Satanás (*Mateo, 12,23-33*). No obstante, estas categorías han de ser diferenciadas de los «espíritus inmundos», más cercanos al «bajo astral» antes citado

y recogidos igualmente en los textos evangélicos (*Mateo 12, 43-45* y *Lucas 11,24-26*).

Hipótesis e imposibilidad del Mal Absoluto

Para finalizar estas reflexiones sobre el Bien y el Mal y al hilo de lo enunciado sobre Satanás, no puede eludirse el examen de la hipótesis del Mal Absoluto, como polo opuesto al Bien Absoluto que es el Amor Incondicional, la Esencia del Ser Uno. Una hipótesis que ha de partir de lo ya descrito acerca de que como el Bien y el Mal comparten la misma naturaleza y se diferencian en el nivel vibratorio. Éste es el que distingue a ambos polos, entre los que hay innumerables estadios y modalidades vibratoriales. Las frecuencias altas marcan la esfera del Bien; y las bajas, la del Mal. Y la gradación vibratoria más elevada radica en la Esencia divina (vibración pura e infinita, Bien Absoluto) y su opuesto en la materia más extremadamente densa que podemos imaginar.

Pero, ¿cuán densa puede ser la materia?. Porque la densidad de las manifestaciones intangibles y tangibles y, por ello, de la materia depende del nivel de condensación del Verbo —la vibración asociada a la Emanación de la Esencia—. Y puede pensarse en la hipótesis de la condensación absoluta: el cero vibracional, que equivaldría a lo que en temperatura se corresponde con -273 grados. El cero vibracional sería, así, el extremo contrario a la vibración pura e infinita, es decir, el Mal Absoluto, el polo opuesto del Bien Absoluto.

Y en caso de que el Mal Absoluto existiera, la dinámica vibratoria interactiva que se ha examinado sería ante él un imposible, pues el Espíritu que por la Inmanencia de Dios estuviera subyacente en las manifestaciones de cero vibracional no podría nunca inyectar potencia suficiente en el alma para superar la fuerza de este influjo negativo: como ensañan las matemáticas, infinito (vibración del Espíritu)

multiplicado por cero (vibración del Mal Absoluto) es igual a cero. En tal escenario no habría posibilidad de que el alma incrementara su frecuencia vibratoria, ni de resurrección de la carne. Es el polo opuesto a la vibración pura (la Esencia divina) y sus atributos (Bien); es el Mal Absoluto sin remisión.

Ahora bien: ¿es factible que en la Creación exista un estado así?. Lo hace imposible el hecho de que la Creación toda surge de la Consciencia y Concentración del Ser Uno y de la Emanación y expansión de la Esencia divinal y el Verbo. Y por fuerte que sea la condensación de éste, cualquier cosa que emane del Ser Uno y en su Mente se sostenga cuenta, forzosamente, con un mínimo de energía vibracional. Así ocurre incluso con la mente humana, en la que cualquier pensamiento lleva asociado vibración, por modesta que sea su frecuencia. De idéntica forma, en una escala incomparable, sucede en la Mente divina.

Por tanto, existe el Bien Absoluto, pero no el Mal Absoluto. Esto hace que en cualquier supuesto, por alta que sea la condensación vibracional y baja la frecuencia de la manifestación resultante, pueda desarrollarse la dinámica vibratoria interactiva, con todo lo que ello supone.

PARTE IV
UNIDAD Y AMOR

CAPÍTULO 9 UNIDAD

Planteamiento

En las páginas precedentes se han hecho múltiples referencias a la Unidad de cuanto Es y Existe. En el capítulo que aquí arranca no se va insistir en lo ya expuesto, aunque sí se va a retomar el asunto y de manera monográfica al objeto de mostrar algunos exponentes, impactos y consecuencias de tal Unidad en el contexto tridimensional en el que nos desenvolvemos, así como en la cotidianeidad del Cosmos, el planeta, los seres vivos y especies que lo pueblan y el propio ser humano.

En este orden, se comenzará retomando la Física de la Deidad introducida en la Parte III para resaltar la absoluta ligazón que hay entre la Unidad y la estructura íntima de lo divinal —la «anatomía divina», podría expresarse coloquialmente—. Una estructura cuya mejor descripción, por engorroso que sea su entendimiento para el intelecto humano, es la de Matriz Cósmica Holográfica de complejidad infinita. Como se verá de inmediato, tal Matriz es la que explica y moldea la Unidad de cuanto Existe (si el epígrafe a ello dedicado resultara demasiado enrevesado, se puede prescindir de su lectura en la tranquilidad que no afectará a la comprensión del resto del capítulo).

Seguidamente, se contemplará esa misma Unidad desde la óptica de las formas y arquetipos subyacentes en el Cosmos y en la Tierra; y tanto en las manifestaciones de mayor envergadura como en las microscópicas. Esto conducirá a la llamada «Geometría Sagrada», cuya conexión con la vibración y el Verbo (vibración condensada) permitirá acercarse a ella desde la perspectiva del sonido, la música y las matemáticas.

Se estará así en condiciones de constatar ese prodigio de la naturaleza que es la realidad fractal. Una realidad que también puede ser dibujada desde el punto de vista de la geometría —aunque no en los términos tradicionales— y que llena nuestro planeta con un mismo patrón —Unidad— reproducido a múltiples escalas y con una inmensa diversidad de evidencias.

Tocará después centrarse en los seres vivos, en sentido estricto, y las implicaciones de la Unidad a nivel de especie biológica. Un marco en el que se analizarán los denominados «campos mórficos» o «morfogenéticos» y, por medio de ellos, los conceptos de «Akasha» y «Campo Crístico» y temas como la «Noosfera» y la «Teoría Sintérgica».

Por último, se examinará el ser humano y su interacción con la Unidad como Realidad, mostrando la conexión cósmica de las personas y algunas singularidades de nuestro ADN.

Con todo ello se comprobará que la Unidad no es una idea abstracta, sino un orden implicado en todas las esferas de la existencia, las espirituales y las manifestadas y, dentro de éstas, las intangibles y las materiales. Lo que, además de su interés intrínseco, tienen una consecuencia directa e inflexible: el Amor Incondicional —como energía mucho más que cual sentimiento— que ocupará el Capítulo Décimo y último.

La Matriz Cósmica Holográfica de complejidad infinita

Que la Unidad es consustancial a la estructura íntima de lo divinal, a la «anatomía divina», ha sido revelado en las obras y experiencias de místicos de todos los tiempos y de la globalidad de tradiciones espirituales. Y en la época contemporánea es eje de diversos escritos que escrutan en ello desde una óptica no sólo trascendente, sino también

desde la vanguardia científica. Es el caso, por ejemplo, de *El Ser Uno* (Cámara Brasileira del Libro; São Paulo, 2004), particularmente en su primera parte, titulada *Los arcanos de Thot*.

Acudiendo a estas fuentes, el Ser Uno —en el que somos y existimos— puede ser concebido aproximativamente como Hiperentidad Mental y Multidimensional. Su Esencia es el Amor —no cual sentimiento, sino como energía que vivifica y fusiona la infinitud de sus componentes—; y su Cualidad, Consciencia Perfecta y, por ello, Concentración Absoluta: Quietud y Movimiento. Es por esto que, de modo innato, fluye la Emanación y expansión constante de su Esencia y del Verbo a ella asociado, lo que configura una Matriz Cósmica Holográfica de complejidad infinita, con su centro en cualquier parte y su superficie en ninguna.

Tal Matriz es Consciencia unificada y energía de Amor y vibratoria en estado puro que se despliegan piramidalmente. Se generan, así, infinidad de vórtices energéticos, más o menos complejos y con mayor o menor grado consciencial y vibratorio regidos por dos reglas cosmogónicas fundamentales: todo vórtice es suma de cuantiosos vórtices y forma parte de otro superior; y cada uno experimenta su propio desarrollo energético y consciencial en un contexto de libre albedrío y con base en la masa crítica que le proporcionan los distintos vórtices que lo conforman. Llegados a un punto de tal desarrollo, la gradación consciencial y la energía vibracional acumulada por el vórtice provoca su «big-bang», explosionando y expandiéndose. Un «big-bang» que afecta energéticamente tanto a la globalidad de vórtices que lo conforman —impulsando una cadena de «big bangs» — como al vórtice superior al que pertenece— coadyuvando a su expansión y, por ende, a la expansión de la Unidad—. Así, cada vórtice, siendo Creación, actúa como Creador. El proceso es multidimensional e híper-interactivo —de arriba hacia abajo, de abajo hacia arriba y en el seno de cada

componente—; y se reproduce en un momento presente continuo mediante «big-bangs» conscienciales de las partes, de las sumas y de la Unidad.

El Ser Uno se asimila, así, a un sistema ubicuo de ejes del que parten infinitas líneas de fuerza en todas las direcciones espaciales y dimensionales; un haz de ejes en el que los puntos de intersección entre las líneas se sitúan en todos los lados simultáneamente. El «corazón» de este ensamblaje axial goza de omnipresencia y palpita hasta en los más remotos confines de la Realidad, por lo que el núcleo divino ocupa toda la inmensidad, tanto de la esfera de lo Manifestado como de lo No Manifestado. Funciona como un holograma de complejidad infinita cuyas partes reproducen el conjunto inmanente en el Todo. Y se manifiesta como Esencia multidimensional del Omniverso o conglomerado de los inacabables niveles frecuenciales paralelos, coexistentes, habitados y mutuamente interpenetrados (ocupantes del mismo hiperespacio).

Los componentes energéticos desplegados participan también de la ubicuidad, por lo que se sitúan en todas partes al mismo tiempo y operan en el eterno presente. Como efecto de la vibración del centro, su emanación energética ejerce una irresistible presión sobre el Cosmos e impregna el espacio y las galaxias. La globalidad de las líneas de fuerza vibran en el seno del Ser Uno. La Hiperentidad es un punto polidimensional de vibración infinita cuyas repercusiones energéticas producen la constante deformación del espacio e impactan, igualmente, en Lo No Manifestado, ocasionando la emanación de energía primigenia, que se transmuta de forma descendente en entes vibratorios de menor orden gradacional y, al final de la escala, en materia sólida. La materia puede ser definida, así, cual espacio deformado.

Las corrientes energéticas vivifican tanto las infinitas dimensiones habitadas del Cosmos como los entes potenciales implícitos, ya concebidos, pero «aparcados» en el ám-

bito de Lo No Manifestado. La expansión del Omniverso conforma una pirámide psíquica de estados de conciencia, interrelacionada y en perenne crecimiento, que genera Universos y seres dotados de inteligencia. En este Omniverso en expansión, las galaxias huyen entre sí con movimiento acelerado como consecuencia de la generación continua de energía lumínica en el seno del Cosmos. Y cuando una nebulosa se aleja, el espacio deformado que en su día se transformó en materia estelar tiende a volver a su estado inicial de espacio primordial, de acuerdo con la ley de rotación de masas en un campo magnético. El resplandor del Sol es, en última instancia, materia en proceso de reconversión en espacio primigenio no deformado. Así se reconstituye la energía libre que previamente se había coagulado en átomos físicos. Semejante metamorfosis se plasma en forma de luz, cuyo poder ondulatorio decrece normalmente hasta diluirse en la situación de entropía máxima.

La luz repele los campos magnéticos, por lo que la energía fotónica de cientos de miles de millones de estrellas ocasiona un inmenso empuje de repulsión en los vastos campos magnéticos asociados a las espirales de los soles. Esta lumínica presión interna separa a las nebulosas unas de otras, dando lugar al eventual movimiento periódico de sístole y diástole en un Universo oscilante. La vida o principio animador de los seres posee un componente eléctrico aparejado a otro magnético, al igual que la materia. Lo que entendemos por Dios es este mismo campo primordial de fuerzas electromagnéticas que interpenetra inmanentemente cuanto existe, incluidos nosotros mismos, dotándonos de linaje divinal.

El omnipresente campo de fuerzas divino crea continuamente y jamás permanece estático. Si se pudiera conceptualizar el Ser Uno por sus actitudes, habría que definirlo como Amor ilimitado e incondicional que infunde a los elementos de la Creación, transformándola en Creadora. Y es el

núcleo de los atributos implícitos que reside en el interior de todos los seres.

Conjunto de reflexiones que conducen a una idea en la que actualmente están confluyendo la espiritualidad y la ciencia: el diseño inteligente del Universo.

Geometría y sonido, música y matemáticas

El cuerpo de información que mejor apoya el concepto de tal diseño inteligente proviene de la geometría sagrada. Para ahondar en ella hay que volver a subrayar que, para alcanzar el conocimiento de la auténtica realidad de las cosas, se debe escarbar por debajo de la superficie. Hay que adentrarse en lo que se esconde detrás de las apariencias y buscar lo que verdaderamente es y se encuentra oculto tras formas materiales circunstanciales y perecederas. Sólo así se logra llegar a la organización subyacente, a la verdadera realidad que todo lo sustenta.

Una realidad esencial que no es física, por cuántica que sea, sino que goza, conforme a lo ya examinado, de calidad vibratoria. Ello le otorga una primera manifestación sensible de carácter ondular. Lo que, a su vez, tiene en la geometría y el sonido sus exteriorizaciones más directas. Precisamente, la novísima Teoría de los Campos de Fuerza y la Mecánica de Ondas avanzan hoy en esta línea de conocimiento. Sus postulados apuntan hacia el orden universal de la geometría armónica, que está en la obra de antiguos filósofos.

La geometría sagrada es un arte arcaico conocido y utilizado, verbigracia, por los constructores de las pirámides o de las catedrales góticas; y una ciencia muy actual basada en principios matemáticos que muestran la relación entre todas las partes de la Creación. Su estudio evidencia, como ya se ha reiterado, que todo es suma de partes y forma parte de una suma superior, aunque cada parte es, a su vez, el Todo. Y que el Universo es generado por una Consciencia que se

manifiesta a sí misma en la realidad física tridimensional a través de un cianotipo geométrico, como ilustra el denominado «cianotipo del mercaba».

Superponiendo, por ejemplo, su representación gráfica sobre el planeta Tierra, se comprueba que la mayoría de las pirámides están localizadas a 19.47° sobre y debajo del ecuador, exactamente donde los puntos de la estructura gráfica del mercaba se intersectan con la superficie terrestre. Si se hace lo mismo sobre el Sol, se constata igualmente que las manchas solares de alta intensidad están localizadas justo al norte y al sur del ecuador y que la mayoría de las erupciones de su masa coronaria también se localizan a 19.47° por encima y debajo del ecuador. Y repitiendo el experimento en el vecino planeta rojo, la famosa Cara de Marte está también ubicada a $19,47$ grados al norte de su ecuador. Estas semejanzas y otras muchas ejemplifican lo que numerosos investigadores de la geometría sagrada creen: todos los astros del sistema solar de Ors están contruidos con base en idénticos principios geométricos. Correspondencias matemáticas que se sustentan en el hecho de que Ors, la Vía Láctea, el Universo y el multidimensional Omniverso han sido contruidos por alguna forma de inteligencia de colosal escala.

Esta manera de analizar la realidad, recogida en saberes ancestrales, resulta sorprendentemente ajustada a lo que, poco a poco, se va descubriendo en múltiples ámbitos de investigación. Así, lo que hasta fecha muy reciente era sólo fruto de la superstición o de extravagantes teorías esotéricas a las que la ciencia no hacía caso alguno, es objeto ahora de estudio en los centros tecnológicos más avanzados. Valga como muestra el botón de uno de los campos científicos de mayor actualidad: la genética. Más específicamente, la ciencia ha avanzado mucho últimamente en torno a los códigos genéticos, considerados como vehículos de reproducción y continuidad. Y ha descubierto que su codificación no reside

en átomos concretos —en el carbono, oxígeno, nitrógeno e hidrógeno contenidos en la composición molecular del ADN o sustancia de los genes—, sino en la forma helicoidal en la que se disponen. Es decir, en su geometría más que en su contenido. La hélice del código genético es el resultado de una serie de proporciones geométricas fijas. La disposición de la existencia corporal se determina por sus formas, no por sus sustancias.

Sucede lo mismo, por poner otro ejemplo, con las plantas y el proceso de fotosíntesis. Éste obedece a que el carbono, el hidrógeno, el nitrógeno y el magnesio de las moléculas de la clorofila se disponen de acuerdo con un diseño geométrico dozado, similar a una flor de doce pétalos que brotaran de un núcleo central. Si tomamos los mismos componentes y los disponemos de una manera distinta, ya no serían capaces de transformar en sustancia viva las radiaciones del Sol.

Abundan casos similares. Tantos como para que no pueda hablarse de coincidencias o casualidades, sino de leyes y principios internos de una realidad subyacente y unitaria que no es material, sino vibratoria y ondular y cuyas manifestaciones sustantivas no son partículas cuánticas, sino geometría y sonido, música y matemáticas. A este respecto, conviene recordar que los astrónomos de la antigüedad vieron en la geometría la capacidad para explicar el sentido de la Creación y la usaron para designar, mediante notación angular, el movimiento y la posición de los cuerpos celestes. En esto se adelantaron enormemente a una ciencia moderna en continua expansión: la heliobiología. Es una rama novísima que, estudiando la posición angular de la Luna y los planetas, deduce las radiaciones electromagnéticas y cósmicas que influyen en la Tierra y en la manera en la que las fluctuaciones de estas energías determinan los procesos biológicos. De este modo, la ciencia justifica arcaicas creencias en la influencia de los arquetipos y acerca de cómo la

geometría y los números describen energías fundamentales y causales.

Analizamos el mundo material que nos rodea a través de los cinco sentidos, pero están supeditados a las frecuencias vibratorias. En última instancia, el contenido de nuestra experiencia procede de una arquitectura inmaterial y abstracta que está compuesta por ondas armónicas de energía, nodos de relaciones y formas melódicas que brotan de la proporción geométrica. Vibración y ondas manifestadas en una ordenación de geometría y sonido, formas y números, música y matemáticas.

La música tiene que ver con las leyes proporcionales de la frecuencia de sonidos y hay una relación entre la geometría y la música. La armonía musical es idéntica a la ciencia de la simetría de los cristales. Las ondas entrelazadas de la materia están espaciadas a intervalos de secuencia armónicas que se derivan de cada tono fundamental.

En cuanto a la cualidad del sonido, también la Teoría de los Campos de la astrofísica contemporánea comienza a confirmarlo. Esta Teoría concibe el Universo como un campo vibratorio integral, incomprensiblemente vasto, de plasma ionizado, pregaseoso. Dentro de él, las influencias se desencadenan creando una urdimbre y una densificación en configuraciones nodales. El desequilibrio y la turbulencia causados por estos centros de masa galáctica, formada por efecto de la concentración inicial, liberan ondas compuestas que causan violentos y abruptos cambios en la presión y la densidad de todo el plasma cósmico. Es lo que se conoce como «estampidos sónicos». Calificativo que reciben porque la propagación de cualquier sonido es, simplemente, el rápido cambio oscilatorio de presión/densidad en cualquier medio. Estos choques sónicos ondulantes crean un torbellino en toda la nube galáctica; y en las regiones interiores de ese torbellino, nacen las estrellas.

Geometría fractal y morfología de biominerales

Existen otras numerosas manifestaciones de la arquitectura geométrica a la que se viene haciendo mención. Sin ánimo de exhaustividad y en esferas y escalas bien distintas, son buenos exponentes la llamada geometría fractal, conocida hace algún tiempo, y los denominados biominerales, de descubrimiento mucho más reciente.

En lo relativo a la geometría fractal —del latín *«fractus»*, «quebrado» o «fracturado»—, la constituyen las formas que la naturaleza que nos rodea adopta en su desarrollo y plasmación: nubes, montañas, líneas costeras, sistema circulatorio, helechos, corales, caparzones de crustáceos y moluscos, copos de nieves, formas que toma el agua o la tinta derramada sobre una superficie, o las que la naturaleza hace suya cuando, por ejemplo, recupera para sí lo que antes fuera una tierra preparada para la labranza, al dejar de ser ésta cuidada para las faenas agrícolas por la mano del ser humano.

Tales formas en absoluto se corresponden con las de la geometría euclidiana inventada por la humanidad para facilitar el estudio y asimilación de nuestro entorno tridimensional: línea, triángulo, cuadrado, pentágono, círculo, tetraedro, ... La naturaleza desconoce tales simplificaciones geométricas y sigue otras pautas donde predomina lo curvilíneo y sinuoso. Lo que no significa azar, sino despliegue conforme a cánones perfectamente predefinidos y unitarios; ni caos, sino una armonía y una simetría que se repite incansablemente tanto en lo pequeño —verbigracia, una hoja— como en lo grande —un paisaje—. Desde la aparición de la función de Weierstrass, en 1872, la ciencia ha ido elaborando distintas herramientas para el estudio de los fractales, destacando la curva de Koch, el triángulo y la alfombra de Sierpinski, la dimensión de Hausdorff-Besicovitch y los conjuntos de Julia y Mandelbrot.

Lo que, aun cambiando de plano, hay que relacionar con la morfología suave y curvilínea de muchos minerales —calificados como biominerales— presentes en el planeta, que está ofreciendo pistas importantes a la ciencia para entender cómo se configuran estructuras como los huesos, las conchas o las espinas de erizo. Valga de muestra al respecto las investigaciones de los científicos José Manuel García Ruiz y Emilio Melero García (revista *Science*; enero, 2009) centradas en unos materiales cristalinos bautizados como «biomorfos» de sílice y carbonato que, lejos de adoptar formas de cristales con sus típicos ángulos, imitan a las espirales, los glóbulos y los filamentos propios de estructuras orgánicas, aunque no lo sean.

El término «morfo» deriva del griego «*morphe*» («forma»). Y para estos dos científicos del Laboratorio de Estudios Cristalográficos (centro conjunto del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y la Universidad de Granada), los minerales biomorfos, aun siendo minerales, se parecen extraordinariamente a los organismos vivos. Tanto como para que algunos restos fósiles muy antiguos de vida primitiva puedan ser, en realidad, biominerales. De hecho, la morfología de éstos es confusa; y para su identificación ya no es determinante hablar de biología, abriendo novedosos campos para la comprensión de la interrelación existente entre el plano mineral y los planos vegetal y animal.

Los investigadores han logrado reproducir con éxito en el laboratorio lo que ocurre en la naturaleza: el desarrollo de estos materiales cristalinos sin la simetría típica de los minerales. Un proceso que todavía sigue siendo misterioso a pesar de que los seres vivos lleven usando minerales 600 millones de años para sus dientes, las paredes de los corales o los exoesqueletos de los insectos. Concretamente, utilizaron biomorfos compuestos de nanocristales obtenidos de manera artificial y comprobaron que crecen a modo de lámina y que sus bordes se rizan a la par que aumenta su tamaño. Lo

que va dando lugar a diversas formas, algunas como caracolas, que crecen unas 30 micras a la hora y están configuradas por millones de diminutos cristales de carbonato.

Estos experimentos denotan que las piezas se autoensamblan a medida que se desarrollan. Y si un cristal se rompe cuando crece y hay impurezas, en el caso de los biominerales van autogenerando impurezas que rompen los cristales continuamente en millones de cristalinos que se colocan y ordenan creando bellas formas con curvas. Un mecanismo que puede ayudar a entender cómo se organiza la vida o cómo se hace un esqueleto, una piedra en el riñón o la concha de una almeja (La asimilación de minerales por organismos vivos elementales está en el origen de la propia vida: así, ciertas bacterias de la familia de los *Theobacillus* son capaces de transformar minerales de hierro, por ejemplo la pirita. Tampoco son desconocidos los estudios y cría de ciertas bacterias «comedoras» de petróleo para luchar contra los vertidos: una asimilación muy directa de la propia energía vibrante almacenada en los cristales).

Tantas manifestaciones de la Unidad comienzan a derribar los rígidos muros con los que la humanidad ha separado secularmente los planos mineral, vegetal, animal y hasta espiritual. Un mismo hilo conductor los engarza a modo de «pinchito» de energía de Amor y vibratoria.

Los campos mórficos y morfogenéticos

Retomando el término «morfo», también se utiliza por la ciencia moderna para referirse a los campos mórficos —incluyen los llamados campos morfogenéticos—, que pueden ser definidos como campos de forma, patrones o estructuras de orden inmateriales que se hallan en la naturaleza y las especies de seres vivos que la pueblan.

Su existencia fue defendida por vez primera por el investigador Rupert Sheldrake al indagar acerca de las causas

por las que un árbol de una determinada familia se estructura de manera idéntica en cualquier punto del planeta, a pesar de las enormes diferencias geográficas, climatológicas y ambientales; o por las que miembros de una misma especie animal reproducen cambios de conducta o procesos de aprendizaje aunque no haya contacto alguno entre ellos y los separen miles de kilómetros. Sus investigaciones lo llevaron a la conclusión de que la memoria es inherente a la naturaleza y a la hipótesis de causación formativa. A partir de lo cual, configuró un sistema teórico cimentando en la existencia de influencias no visibles que actúan sobre los seres y organismos a través del tiempo y el espacio y se localizan tanto en los sistemas que organizan como a su alrededor. Lo cual cuestiona la selección natural de Darwin al mostrar que, habiendo multitud de combinaciones y alternativas posibles, los organismos recurren siempre a una común.

Los campos mórficos inciden organizativa y estructuralmente no sólo en los organismos vivos, sino también en cristales y moléculas. Verbigracia, cada tipo de molécula —por ejemplo, cada proteína— tiene su propio campo mórfico —un campo de hemoglobina, un campo de insulina, ...—. De igual manera, cada clase de cristal, cada especie de organismo, cada tipo de instinto o patrón de comportamiento cuentan con algún tipo de organización inherente: su propio campo mórfico. Estos campos son los que ordenan la naturaleza, constituyendo otra muestra de la Unidad que a todo engloba. Y aunque hay una enorme variedad de campos o patrones, porque muchas son las modalidades de vida, la sistemática y el «modus operandi» son similares.

Los campos mórficos o morfogenéticos contienen información y, una vez creados, son utilizables con independencia del tiempo y el espacio sin pérdida alguna de intensidad. Gracias a ello, permiten la transmisión de tal información entre organismos de la misma especie sin mediar ni proximidad física ni sincronidad temporal. Es como si dentro

de cada especie de las innumerables que pueblan nuestro planeta —o el Universo— existiese un vínculo que actuara instantáneamente en un nivel subcuántico, fuera del espacio/tiempo.

Sobre estos pilares, los investigadores han explorado la relación entre los campos mórficos y el ADN. Para ello se han fijado en el hecho de que el ADN codifica la secuencia de aminoácidos que forman las proteínas, pero que existe una gran diferencia entre codificar la estructura de una proteína y programar el desarrollo de un organismo entero. Es la misma diferencia que hay entre fabricar ladrillos y construir una casa con ellos. Los ladrillos son necesarios para edificar la vivienda; y la calidad de ésta dependerá de la de aquéllos. No obstante, el plano de la casa no está contenido en los ladrillos. Análogamente, el ADN codifica los materiales, pero no el plano, la forma, la morfología del cuerpo.

Es en este punto en donde los campos morfogenéticos juegan su papel. Definen la existencia de un patrón o estructura energética que organiza la vida de los miembros de todas y cada una de las especies existentes; y que se encarga de informar a las células sobre cómo deben disponerse para formar al individuo de cada especie, determinando de manera sutil los movimientos, comportamientos y tendencias de todos los ejemplares de la misma. Por tanto, el campo mórfico no se halla en los genes —en el ADN biológico—, sino en el exterior de cada individuo concreto, interactuando con su interior a través del ADN sutil —también llamado ADN chatarra—. Y es el depositario de la información esencial que permite que la vida se desarrolle.

En definitiva, el campo mórfico no pertenece al mundo físico, sino que es inmaterial; y conforma una especie de memoria colectiva. Y no sólo gobierna la estructura de los organismos vivos, sino también su conducta. Los hábitos y comportamientos de cualquier especie en el pasado se acumulan por obra de un proceso que se ha dado en denomi-

nar «resonancia mórfica», la cual afecta a las conductas y prácticas de sus componentes actuales. La resonancia mórfica es, por tanto, una vía mediante la cual el conocimiento se transmite instantáneamente entre los miembros de una especie; y más allá del espacio y el tiempo.

La existencia de los campos mórficos se puede probar más por sus efectos, que de forma directa. La mejor manera de comprenderlos es trabajando directamente con grupos de organismos estructurados. Estas sociedades de individuos pueden transmitirse información a distancia sin estar conectados por medios sensoriales conocidos. No es sencillo comprender por medios tradicionales cómo se comunican las bandadas de pájaros para cambiar de dirección con rapidez y sin chocar unos con otros. De la misma forma es difícil conocer la naturaleza real de numerosos vínculos humanos, interpersonales y comunitarios. Se puede inferir que los campos mórficos trascienden el cerebro y nos unen a los objetos que percibimos, proporcionándonos la capacidad de afectarlos con nuestra atención e intención.

Siguiendo a Rupert Sheldrake, la resonancia mórfica representa en biología la existencia de una memoria intrínseca en el comportamiento de los organismos. A diferencia del instinto o morfogénesis, tal resonancia evoluciona de forma colectiva, observándose adaptaciones en gran escala y a enormes distancias en todo el planeta. Hace medio siglo, los caballos solían lastimarse con las vallas alambradas de los campos, pero en este tiempo toda la especie ha aprendido a evitar el alambre de púas. Y no solamente actúan de manera diferente frente a este obstáculo, sino que en general no reaccionan ya como sus predecesores ante otros avatares.

El concepto de resonancia mórfica permite igualmente comprender mejor el aprendizaje humano, incluyendo la adquisición del lenguaje. Las observaciones realizadas por lingüistas, como Noam Chomsky, han revelado que es imposible explicar la rapidez y la creatividad en la adquisición

del lenguaje solamente por vías de imitación. Este proceso se hace evidente cuando se examina la evolución de nuevos lenguajes, que se desarrollan con suma rapidez. Los niños suelen agregar complejidad gramatical en palabras simples, llegando a elaborar un nuevo tipo de lenguaje altamente expresivo.

En un sentido similar, la existencia de la resonancia mór-
fica explica el por qué los rendimientos medios en los tests de inteligencia tienden a aumentar: no es que las personas seamos cada vez más inteligentes, sino que la resonancia transmite a la especie el aprendizaje logrado al respecto por una porción de sus miembros. Valga como botón de muestra el *Test de Matrices Progresivas* de Raven, que mide la capacidad intelectual de sujetos de 12 a 65 años: tras ser usado durante decenios, hoy se considera prácticamente obsoleto debido a que, aunque los nuevos usuarios no lo conozcan y no tenga un mayor nivel medio de inteligencia, tanto los adolescentes como los adultos los resuelven con mucha más facilidad que antes.

«Akasha» y «Campo Crístico»

Por lo enunciado, si un aprendizaje ocurre en un campo concreto en algún punto espacial, esta información queda disponible en cualquier manifestación de este campo en cualquier lugar. Y, a través de los hábitos, los campos morfogenéticos van variando su estructura dando pie, así, a los cambios estructurales de los sistemas a los que están asociados.

El campo actúa como una especie de radio emisora que siempre está emitiendo en una franja de frecuencias específicas que define precisamente a ese campo. Por un lado, la radio, sus ondas, está permanentemente en el aire, propagando y haciendo disponibles las informaciones; por otro, también está constantemente recibiendo y almacenando

nuevas informaciones lanzadas por otras radios que funcionan en la misma franja. Se configura, así, una compleja red de informaciones, con constantes «inputs» y «outputs». A medida que van siendo repetidas y guardadas, el campo se configura en patrón morfogenético: algo así como la memoria de la especie o del individuo, lo que algunas escuelas llaman «Akasha» o «archivos akásicos».

Aplicando los campos mórficos y la resonancia mórfica al caso humano y a la esfera espiritual, cada escuela o corriente puede crear su propio campo, que se ve reforzado por cada una de las personas que emprenden esa senda iniciática. Y a medida que miembros de esa red avancen en grado consciencial, estadios de conciencia y experiencias y profundicen y descubran nuevas vías neuronales y novedosos recovecos psíquicos, irán abriendo camino para todos los que lleguen después.

Así aconteció cuando el primer humano se realizó como ser plenamente consciente: el primer Buda, usando terminología oriental. Con él se configuró el embrión de lo que suele calificarse como «Campo Búdico» o «Campo Crístico». El paso siguiente fue la continuación por ese camino de otras personas y la conformación de la primera comunidad alrededor de aquel primer Buda, lo que reforzó el campo original. Posteriormente, el surgimiento de este Campo Búdico primigenio forjó la posibilidad de la aparición de otros seres conscientes dentro y fuera de la comunidad inicial. Lentamente, por el mundo fueron surgiendo más seres que alcanzaron su «Ser Crístico» o «Estado Crístico» y enriquecieron el Campo Búdico Planetario con nuevas «informaciones akásicas». Cada Buda crea su propio campo específico, que incorpora las informaciones de los otros Campos Búdicos a las suyas propias. Y el campo es renovado si, con el paso del tiempo, un campo búdico concreto recibe nuevas informaciones generadas por la aparición de otros budas dentro del linaje del primero. Los campos búdicos creados

por todos los Budas, a través de los tiempos, constituyen el Campo Búdico Planetario o Resonancia Mórfica Búdica.

En este orden, el Campo Búdico o Campo Crístico puede ser entendido en un doble sentido. Por un lado, como Ser Crístico o plano superior de cada ser humano -el ligado a su realidad como Espíritu, de carácter multidimensional- al que éste accede cuando el Yo Verdadero asume definitivamente las riendas de la existencia, quedando «fuera de servicio» el ego o piloto automático. Y, por otro, como puerta consciencial y energética que ha sido abierta para toda la humanidad por aquellos hombres y mujeres que han realizado su Ser Crístico y han situado al Yo Verdadero en el centro de sus vidas. La apertura y ensanchamiento de tal puerta facilita las experiencias espirituales de los demás seres humanos, con independencia del tiempo y del espacio, y que estos puedan acceder y traspasar la misma siguiendo el camino crísticamente ya trazado. Obviamente, cuantas más personas y con mayor intensidad contribuyan a abrir y engrandecer esa puerta, más se ayudará al resto de los seres humanos (la palabra «Cristo» procede del griego, pronunciándose originariamente como «Jristós»).

Con este telón de fondo, la figura histórica de Jesús de Nazareth merece por derecho propio la denominación de Jesucristo («Jesús-Cristo»), pues realizó su Ser Crístico de manera espectacular y expandió con ello el Cuerpo Crístico de la humanidad de modo francamente excepcional. Con seguridad, su Yo profundo gozaba —goza— de un grado consciencial y espiritual enormemente elevado y de ninguna forma le correspondía encarnarse en el plano humano (valga el símil de quien calzando un número 45, introduce voluntariamente su pie en un zapato del 35). Si lo hizo fue para, desde su vivencia como hombre y sólo como hombre, plasmar pletóricamente su Ser Crístico y ampliar y dilatar enormemente la referida puerta. Por lo expuesto, esto no podía efectuarse desde fuera de la dimensión —especie—

humana: era imprescindible su encarnación en ella y experimentar como hombre la realización crística. Por ello convivió con nosotros, desarrolló una existencia plenamente humana y en ella cristalizó radicalmente su Ser Crístico, mostrando a los demás el camino a seguir y agrandando colosalmente el Cuerpo Crístico de la humanidad y el planeta (dado que en la expresión griega antes citada —Jristós—, sus dos primeras letras, «J» y «R», se escriben «X» y «P», respectivamente, los seguidores de Jesús adoptaron como primer signo para representarlo el llamado Crismón: la «X» y la «P» entrelazadas o superpuestas).

Gracias a él y a otros muchos seres humanos de menor grado consciencial y espiritual, hemos llegado a un momento de la historia en el que el Campo Crístico planetario ha alcanzado una estructura bastante desarrollada. Por ello, ya no se precisa la presencia física del Maestro Jesús para crear dicho campo; basta con que un grupo de personas conscientes y con el Ser Crístico despierto se reúnan para que la Presencia se manifieste: *«porque allí donde dos o tres se reúnan en mi nombre, allí estaré yo»* (Mateo, 18,19). Y esta manifestación puede traducirse en gozo, en éxtasis, en celebración de la vida, en sanaciones sorprendentes, en la sensación de estar estableciendo fuertes lazos de amistad o solidaridad, etcétera. En definitiva, en una gran expansión de la consciencia.

«Noosfera» y Teoría Sintérgica

Los campos mórficos tienen, por otra parte, similitudes significativas con la «noosfera». Con este término denominó el científico ruso-ucraniano Vladímir Vernadski a una de las cinco realidades integradas que en superposición, sostenía, conforman la Tierra. Y Teilhard de Chardin lo hizo suyo para referirse a la capa de materia pensante con una consciencia propia que, según vislumbró, recubre el plane-

ta: la noosfera sería análoga al pensamiento, al producto del córtex cerebral en los humanos.

En estos tiempos de ebullición de Internet, quizá el paleontólogo y filósofo francés la hubiera identificado como la «red planetaria pensante»: un sistema de conocimiento e información, una red global de autoconsciencia, instantáneamente retroalimentada y en comunicación total. Es decir, la mente de la Tierra. Línea de argumentación que Javier Candiera ha apurado con relación a la especie humana y su estadio evolutivo al afirmar que Internet se está configurando precisamente como el sistema nervioso artificial de la humanidad, que nos permite pensar como una comunidad y con facultades que superan a las de cada una de las partes, sea cualitativa o cuantitativamente.

Y citar en este contexto la noción de red, obliga a recordar el campo cuántico que subyace en el plano más profundo del mundo natural. Como ya se ha reiterado en capítulos anteriores, en ese nivel no hay materia sólida, sino vibraciones de energía que han tomado cierto aspecto de solidez. La física cuántica ha demostrado que todo lo que vemos está conectado por infinitos, eternos e ilimitados campos cuánticos: una especie de red invisible en la cual está entrelazada unitariamente toda la creación, hasta el extremo de que los límites de cada objeto son ilusiones impuestas por nuestra limitada capacidad de percepción.

En colación con lo cual, Einstein trabajó en la Teoría del Campo Unificado (guarda semejanzas con el «orden implícado» de David Bohm, reseñado páginas atrás), sosteniendo la existencia de un Universo totalmente relacionado, aunque todavía no se ha logrado definir una única fórmula matemática que demuestre esa realidad unitaria y total del Cosmos. Y existirían distintas formas, con la vibración como base, de conectarse con tal campo unificado. Una de ellas, por ejemplo, sería el sonido, razón por la cual nuestra voz —el canto, la oración o la repetición de un «mantra»—

puede coadyuvar a restablecer nuestro equilibrio interior y exterior y paliar o eliminar los trastornos energéticos de nuestro cuerpo.

Nociones que presentan indudables parecidos con la Teoría Sintérgica, del investigador mejicano Jacobo Grinberg, que se centra en la existencia de lo que él llama «campo sintérgico»: una matriz informacional, de perfil holográfico, que todo lo abarca y envuelve y que contiene en cada una de sus porciones la totalidad de la información. En tal nivel de cualidad de la experiencia no hay objetos separados unos de otros, sino un extraordinario campo informacional interconectado e interactivo de enorme complejidad. Los seres humanos interactuamos con él a través del cerebro.

La Teoría Sintérgica mantiene que uno de los últimos pasos en el procesamiento que el cerebro realiza para «construir» la realidad es la creación de un «campo neuronal»: cada proceso energético que se lleva a cabo en el cerebro —en la estructura de cada neurona, dendrita o axón— crea una microdistorsión de la estructura del pre-espacio; y las interacciones entre todas estas microdistorsiones dan lugar a una macrodistorsión hipercompleja denominada campo neuronal. Así, éste es una matriz resultante de la actividad neuronal del cerebro y actúa, a su vez, con la matriz preespacial. A partir de esa interacción aparece la «realidad percibida», la que captamos con los sentidos físicos, y se plasma el repetido «creas lo que crees». Y dependiendo de la cualidad del campo neuronal —su sintergia, coherencia y densidad informacional— así será el nivel de interacción congruente con el campo cuántico. Se puede prever que una persona con un elevado desarrollo consciencial poseerá un campo neuronal de alta sintergia, que funcionará de manera muy coherente y equilibrada y con gran frecuencia vibracional.

Siendo el campo neuronal una particular distorsión de la estructura del pre-espacio, se puede inferir que existe un

nivel de esta estructura que contiene la información de todos los campos neuronales existentes. La Teoría Sintérgica llama «hipercampo» a esa estructura informacional global y sostiene que somos una geometría dentro del hipercampo. Sólo un ser plenamente consciente (Cristo, Buda,...) puede actuar sobre él. Un grupo de seres humanos puede unir sus fuerzas para influir sobre el hipercampo, pero tienen que generar una onda muy intensa, una frecuencia especial, explosiva.

Ahora bien, la primera tarea al respecto de cada persona debe comenzar por uno mismo. Se trata de captar la energía propia que fluye por nosotros y aprender a sentir cómo vibramos —la emisión de sonido antes citada es una buena manera—. E, inmediatamente, ponerla en movimiento de modo consciente y expresarla mediante el cuerpo, creando una onda expansiva y proyectándola hacia el mundo que nos rodea y al Universo. A través de las rejillas energéticas que vamos creando se van abriendo puertas. Son de doble sentido y permiten trabajar con otras dimensiones.

La conexión cósmica de cada ser humano

Tras lo enunciado en los epígrafes precedente acerca de múltiples manifestaciones de la Unidad en esfera muy diferentes, es momento de recalcar que también el ser humano, por más que en la vida cotidiana se suele olvidar, se encuentra íntima y estrechamente integrado en la Unidad de la Creación. Y no sólo en su dimensión espiritual —el Espíritu (Espíritu Santo) inmanente en cada cual es realmente Uno (recuérdese el ejemplo del aire que respiramos, que siendo obviamente uno, al inspirarlo aparenta individualidad)—, sino también en su plano material.

De hecho, los seres humanos estamos conectados con el planeta en el que vivimos, la Tierra, y con nuestra estrella, el Sol, configurando un sistema que opera a modo de repe-

tidor. Primero, cada uno de nosotros mantiene una relación energética y vibracional con la Tierra y, a través de ésta, con el Sol. Y segundo, ambos interactúan energéticamente y operan vibratoriamente configurado un sistema repetidor que nos incluye a nosotros. No sólo el cerebro humano, también ellos tienen hemisferios derecho e izquierdo, claros y oscuros. Hay un patrón circular de resonancia e interacción energética y vibracional entre cada persona y la Tierra —auténtico ser viviente del que formamos parte, de la misma manera que nuestro organismo se configura de múltiples órganos y células— y, por medio de aquélla, con el Sol —otro ser viviente, aunque de dimensión superior, en torno al cual se articula y configura el sistema solar de Ors, del que la Tierra, todo lo que la puebla y, por supuesto, la humanidad forman parte—.

Es más, nuestro planeta, además de interactuar con sus pobladores y con el Sol, lo hace con su satélite, la Luna, y con los restantes astros integrados en Ors. Y éste, y cada uno de nosotros dentro de él, interactúa en el contexto de la gran galaxia que es la Vía Láctea, cuyo Centro influye energética y vibratoriamente en todos sus componentes de manera análoga a como el Sol incide en nuestro sistema solar, en la Tierra y en cada persona. Es algo tan natural y espontáneo que ni nos percatamos de ello. Pero tan real como el hecho de que nuestro organismo, intelecto y energía corporal y vital notan la diferencia entre el día y la noche o entre el invierno y la primavera.

Por tanto, cada ser humano está conectado al Cosmos. Emitimos energía que influye vibracionalmente en la Tierra, que la repite hacia el Sol y, desde éste, al Centro Galáctico, desde dónde sale hacia los cuerpos celestiales —como las supernovas— situados más allá de la Vía Láctea. Recíprocamente, los cuerpos celestiales transmiten energía al Centro Galáctico; éste, a toda la galaxia, incluido el Sol, que lo hace, a su vez, a la totalidad de Ors y, por tanto, a la Tierra;

y ésta, finalmente, la propaga a todo lo que la conforma, incluida cada persona.

El Cosmos entero está interconectado, lo que, lejos de empequeñecernos, ha de aumentar espectacularmente nuestra consciencia y sentido de responsabilidad. Un pensamiento o acto dañino transmite y repite energéticamente el dolor que lleva asociado por todo el Cosmos; un pensamiento o acto amoroso, expande el Amor hasta los confines del Universo. Cuando adquirimos consciencia de esta pertenencia a la Unidad cósmica y de nuestra íntima conexión con el Omniverso, nos convertimos en participantes activos de tan colosal interconexión energética y vibracional. Tiene su base en el Amor Incondicional y se despliega, como se verá en el próximo capítulo, en ondas de torsión: tanto arriba como abajo; en lo grande como en lo pequeño; en lo lejano como en lo cercano.

De hecho, como ya se ha indicado, todas las personas somos un campo o vórtice de energía vibratoria. Espíritu, alma y cuerpo, los tres componentes interrelacionados que se hacen unidad en nuestra condición de ser humano, son vibración: pura y de altísima frecuencia, la del Espíritu; densa y de baja gradación, la del cuerpo; e intermedia, la del alma. Y, como vórtices de energía, somos parte de un campo o vórtice superior, la Tierra, que lo es, a su vez, de otro mayor, el sistema solar de Ors, que lo es, a su vez, de la Vía Láctea. Todo el Omniverso, en sus distintas dimensiones, es un campo infinito de energía de Amor Incondicional y vibratoria, emanada del Principio Único. Y está conformado por múltiples subcampos o vórtices energéticos: cada uno es suma de otros y forma parte de una suma o vórtice superior. Cada vórtice emite y recibe energía, haciendo que el Cosmos entero se mantenga en permanente interacción.

«Akasha» y ADN

Dentro de éste inmenso y colosal campo unitario de influencias e impactos energéticos y vibratoriales vive el ser humano su existencia —cadena de vidas físicas—. En el seno del cuerpo, el ADN está perfectamente preparado para participar activamente en estas interacciones. Para ello, volviendo a lo expuesto en epígrafes previos acerca de los registros akásicos, en el interior del ADN existe un registro akasha de perfil nítidamente interdimensional.

De hecho, hay una capa del ADN que tiene la información completa acerca de quiénes hemos sido en cada eslabón de la cadena de vidas que configura la encarnación en el plano humano. En cada nueva vida, tal registro o capa se conforma energéticamente en el contexto de la fecundación y en las ocho células madre o «células del alma» referidas en el Capítulo 7. Al ser interdimensional, ajeno al espacio/tiempo, contiene el registro de cada vida disfrutada y el potencial de las que viviremos. Todas son realmente una —una encarnación en una serie de reencarnaciones— y están entremezcladas energética y vibratorialmente. En nuestra visión tridimensional, nos gustaría percibir las lineal y cronológicamente ordenadas, una tras otra. Pero no se organizan así, sino en función de su frecuencia vibratoria y con la capa de mayor gradación —más iluminada— arriba del todo. El nivel vibratorio constituye el eje operativo del sistema.

Además, este registro interdimensional, estando en el ADN de cada uno, también se muestra en el campo energético que rodea a cada cual. De ahí que haya personas capaces de percibirlo en los demás y de efectuar prácticas de recuerdos de otras vidas, tanto regresiones (pasadas) como progresiones (futuras). Pero cada ser humano, en la secuencia grado de consciencia —estadio de conciencia— experiencias, puede acceder al registro akásico y escoger los me-

jores atributos de su cadena de vidas. Con ello se relaciona lo comentado en capítulos anteriores acerca de la posibilidad de elevar al máximo el grado de consciencia de manera instantánea, sin necesidad de recorrer la cadena de vidas. Como se ha insistido, el que busca, halla; y en la búsqueda ya está el encuentro. El tiempo es una ficción tridimensional y no seremos un ser humano con mayor grado de consciencia «algún día». Lo que seremos, ya lo somos. Se trata de tomar consciencia y situar el centro de atención en lo que se desea. Así se accede a lo que seremos; y lo podremos incorporar a nuestra vida actual.

Todo está ligado en una energía hipercuántica envuelta como en un atado, en un momento presente continuo en el que lo eterno se desenvuelve. De ahí que también se pueda describir un acontecimiento futuro tal como si estuviese ocurriendo ahora.

CAPÍTULO 10 AMOR

Sobre el Amor, con Amor

La Unidad y la Consciencia conducen ineludiblemente al Amor. Para abordar éste, comienzo por insertar una «entrada» sobre el Amor que publique en mi blog (<http://emiliocarrillobenito.blogspot.com>) con fecha 25 de julio de 2009:

Hola, S. No creo que te importe que sea de manera pública como conteste a tu pregunta acerca del Amor.

Empecemos por tres señas de identidad:

1. El Amor es infinito, trascendente, eterno, estremecedor, definitivo; incomparablemente mucho más que un sentimiento.

2. El Amor es Incondicional, no admite predilecciones de ningún tipo, escala o especie.

3. El Amor pertenece al ámbito del Yo Verdadero, nuestro Ser Interior de linaje divinal; nada tiene que ver con ese amor con el que al ego —nuestro pequeño yo— le gusta llenarse la boca.

¿Por qué ostenta el Amor estas cualidades?. Muy sencillo: porque se fundamenta en la Unidad de cuanto Es y Existe.

¿No lo entiendes?. Recuerda:

1. Todo es suma de partes y forma parte de una suma superior, aunque cada parte es, a su vez, el Todo.

2. Y el Todo, la Unidad, es vivificado por la Consciencia de modo similar a como la sangre, en su circulación, anima y tonifica nuestro cuerpo físico.

Pues bien, de la Unidad y la Consciencia surge el Amor, que en términos científicos puede ser definido como energía pura de carácter vibratorio que se despliega en ondas de torsión.

Pero esto no son palabras para que las digiera tu intelecto. Estamos hablando de tu Esencia, que está más allá de cualquier concepto o conocimiento.

¡Sí, de tu Esencia (y de la mía, y de la del otro,...)!. Porque siendo la razón de ser del Amor la Unidad y la Consciencia, el Amor constituye inexorable y radicalmente la base energética de tu Ser profundo (y del mío, y del otro,...).

La consecuencia directa y colosal de ello se resume en el célebre soliloquio hamletiano: «to be, or not to be» (Ser, o no Ser). Es decir, tu Ser se realiza en el Amor o no es nada (aplicando al caso la popular canción de Eva Amaral: «sin (ti) el Amor no Soy nada»). Así de simple: Soy y, por tanto, Amo; o no Amo y, por tanto, no Soy.

Y realizarte en el Amor no consiste en ensalzarlo con bellas expresiones, ni en regocijarte meditativamente en él. Abre la puerta, sal a la calle y ocupa el momento presente en Amar, sólo en Amar. Esto es, vive el ahora -el único sitio donde la vida existe- con voluntad constante de dar y en disposición permanente de recibir; y en plena consciencia de que no Somos lo que tengamos, ¡Somos lo que damos!. Y lo que damos, es lo que recogemos; y lo que recogemos, afianza lo que Somos.

Elige, S: «to be, or not to be». Elige.

Y no olvides, tal como concluye la escena final del El Cielo sobre Berlín, que tu elección decide el juego para todos, porque todos somos Uno:

«Yo estoy a punto. Ahora te toca a ti. El juego está en tus manos. Ahora o nunca».

Con Amor.

El presente capítulo va a versar acerca de todo ello, empezando con una práctica ancestral, el ho'oponopono, que hace muy bien de bisagra entre la Unidad y el Amor.

«Ho'oponopono»

La Unidad de cuanto Es y Existe que ha sido telón de fondo de los últimos epígrafes es la base, igualmente, del denominado «ho'oponopono», una práctica ancestral que enlaza con el objeto del presente capítulo: el Amor Incondicional.

El ho'oponopono se fundamenta en la consciencia de ser y en la doble dimensión de ésta como «alerta» y «espacio» que fue ya resaltada en en la Parte II. Como allí se recogió, la consciencia se relaciona con «ser» y cuenta con dos esferas indisolublemente ligadas: «consciencia de lo que se es» y «consciencia de lo que es». La primera se refleja en estar «alerta»: sé y siento lo que soy (toma de consciencia de lo que se es, de quien soy). Y la segunda, con el «espacio»: mi ser es el espacio en el que surgen las formas del ahora (toma de consciencia de lo que es, de lo que es la realidad). «Yo soy el que soy» sintetiza esta doble perspectiva. Permanezco en alerta siendo y sintiendo en el ahora mi ser verdadero y subyacente, eterno, inmutable. Y constato cómo mi ser es la forma del momento presente, lo que explica y en lo que se despliegan los contenidos cambiantes del ahora.

Nada es, por tanto, ajeno a mi Ser: ni mi Yo verdadero, pues es mi Ser mismo; ni las formas mutables del ahora continuo, pues yo soy el espacio en el que existen y se desenvuelven. Al adquirir esta conexión con el Yo verdadero, no utilizo el ahora en otra cosa que no sea para Amar. Y comprendo y acepto que tengo el 100 por 100 de la responsabilidad de todas las cosas que me ocurren y suceden a mi alrededor y de la globalidad de las formas mutables del momento presente, del ahora, de la vida. El pecado no existe, ni nadie nos juzga, pero cada uno tiene la completa responsabilidad de su vida y de los hechos, relaciones, encuentros y eventos que en ella se producen.

Como se examinó en el arranque de estas páginas, este convencimiento estaba presente en antiguas culturas como la tolteca (recuérdese a Miguel Ruiz y sus *Cuatro acuerdos*: la vida de cada cual es una película en la que uno mismo es el guionista, director, cámara y protagonista). Y en ese mismo convencimiento se basa precisamente el ho'oponopono, que nos recuerda que la vida es realmente una cadena de vidas físicas y que guardamos en nuestra memoria trascendente, en el «disco duro» sutil de cada uno, todos los pensamientos generados y experiencias acontecidas a lo largo de la citada cadena vital. Son estos pensamientos (los plenos de Amor, pero también los dolorosos y funestos) y experiencias (las llenas de Amor, pero igualmente las carentes de él y que han causado daño a nosotros mismos o a los demás) los que mantenemos en nuestro disco duro y proyectamos hacia la dimensión superficial —formas y contenidos— del momento presente y del mundo exterior, que es moldeada por nosotros mismos a semejanza nuestra.

El ho'oponopono proviene de tradiciones indígenas del Pacífico, en general, y de la cultura hawaiana, en particular. Literalmente significa «acertar el paso» o «corregir el error». De acuerdo con arcaicas creencias, el error proviene de experiencias dañinas y pensamientos frustrantes desplegados en otras vidas y que se acumulan en la memoria donde almacenamos nuestra existencia —cadena de vidas—. Esta memoria trascendente, incluida la parte de la misma contaminada por tales experiencias y pensamientos faltos de Amor, aflora y se manifiesta en nuestra vida actual, reflejándose y explicando multitud de actos, sucesos y circunstancias que vivimos y nos rodean. Ante esto, la práctica del ho'oponopono nos enseña a que conscientemente agradezcamos a nuestro Ser profundo las cosas bellas y hermosas que ahora vivimos —cual modo de subrayar y poner en valor la parte (archivos del disco duro) repleta de Amor que la memoria trascendente atesora— y reconozcamos y asumamos como

responsabilidad propia la totalidad de las vivencias dolorosas del presente —cual forma de eliminar y borrar la parte (archivos del disco duro) carente de Amor que la misma memoria guarda—. De esta manera, ho'oponopono ofrece la posibilidad de revalorizar los archivos con Amor y eliminar los sin Amor, liberando la energía de experiencias y pensamientos cargados de daño y error que son causa y origen de desequilibrios, desasosiegos, insatisfacciones, enojos, enemistades y enfermedades.

Como se ha insistido, el ser humano es una unidad energética y vibracional en la que conviven tres gamas o modos vibratorios: Espíritu o Yo verdadero —en terminología ho'oponopono, «Aumakua», «Superconsciente» o Padre—; cuerpo físico, con la mente y el intelecto como componente más desarrollado —«Uhane», «Consciente» o Madre—; y alma, que, junto al ADN sutil («células del alma»), almacena las experiencias acumuladas durante la cadena de vida —en ho'oponopono se llama «Unihipili», «Subconsciente» o «Niño Interior» a esta conjunción de energía consciencial—.

Pues bien, éste último componente es el responsable de todo lo que proyectamos desde nuestro disco duro hacia las formas del mundo exterior. El Unihipili acumula los archivos de memoria, tanto de esta vida como de las restantes de la cadena de vidas que recorreremos en nuestra encarnación en el plano humano; y lanza sus contenidos a las formas del momento presente, moldeándolas a nuestra semejanza. Sin embargo, el ser humano consciente está en condiciones de incidir sobre esa memoria y los archivos para afianzar las experiencias y pensamientos plenos de Amor —que se manifiestan en hechos positivos y hermosos de nuestra vida de ahora— y eliminar los llenos de odio, frustración y resentimiento —que se plasman en circunstancias y vivencias negativas y dolorosas de la vida presente—.

¿Cómo hacerlo?. Por medio del Uhane o Consciente, que es a quien corresponde decidir que aceptamos al 100 por 100 la responsabilidad de nuestra vida. Esta aceptación posibilita que trabajemos en el archivo que haya generado la situación que nos afecta en la actualidad, en la idea de que todo en nuestra vida nos llega para que borremos energías perniciosas guardadas en la memoria trascendente o afiancemos los archivos llenos de Amor que también atesora.

Comunicación con nosotros mismos

Para la puesta en práctica del Uhane con esta finalidad, debemos dejar a un lado la racionalidad y el intelecto, confiar en nuestra dimensión subyacente —Espíritu, Amor— y trabajar con las herramientas que el ho'oponopono ofrece. Son sencillas y directas. La más fructífera consiste en establecer una comunicación fluida y constante entre el Uhane o Consciente y el Aumakua o Ser profundo.

Así, para fijar y potenciar en la memoria los pensamientos y experiencias de Amor, es suficiente con que desde el Uhane digamos «gracias» o «te quiero» a nuestro Ser interior ante las cosas hermosas de nuestra vida cotidiana. Y para borrar los pensamientos y experiencias sin Amor, basta con que digamos «lo siento, perdóname por la parte de mí que ha creado esto y lo ha traído aquí, lo ha puesto en mí o lo ha proyectado a otro o a los demás». Y recordando siempre que damos gracias o pedimos perdón a nosotros mismos, no a alguien o algo ajeno a mí. No hay nada fuera que nos traiga nada; no somos pecadores ni culpables; nadie nos juzga. Nuestro Espíritu sólo nos pide que desde el Consciente digamos «gracias» o «lo siento». Creas lo que crees; y si Yo lo he creado, Yo lo puedo cambiar. Esto es aceptar el 100% de responsabilidad de nuestra vida.

Ho'oponopono impulsa, por tanto, una comunicación consciente con nuestro Ser interior para que éste tome el mando y afiance o borre, según el caso, partes concretas de nuestra memoria trascendente. Y la respuesta ante tal comunicación es automática, aunque no la proporciona el intelecto, sino nuestra energía divina, a la que conscientemente dejamos fluir y operar para recalcar o eliminar componentes de la memoria. El intelecto y la mente no tienen capacidad para incidir en la memoria trascendente: ni saben donde está ni conocen el archivo dañado. Por lo mismo, tampoco debemos permitir que forjen expectativas sobre los efectos e impactos de la respuesta que se produzca, pues el intelecto carece de información para ponderar lo que determinada circunstancia realmente nos reporta: hay situaciones negativas que evitan otras peores, acontecimientos dolorosos que nos abren las puertas de la felicidad o de la consciencia, etcétera.

Ni siquiera tengo que pensar qué archivos del disco duro son los que deseo afianzar o borrar; sólo dar las gracias o pedir perdón ante los avatares, situaciones y contactos de la vida. Nuestro Espíritu o Aumakua conoce muy bien la parte de nuestra memoria que a continuación se debe poner en valor o limpiar. No hay que saber ni pensar. Ho'oponopono es aceptar que hay una parte de mí que es más sabia. Hay que aprender a confiar en uno mismo, en nuestro Ser interior; mientras mayor sea la confianza, más intensa será la toma de mando por parte del Yo verdadero. Y mejores resultados se obtendrán en el trabajo con nuestra memoria trascendente.

Cuando confiamos, algo pasa, algo se transforma. Sólo tenemos que «observar». Y potenciar o limpiar constantemente, repitiendo las palabras o frases y sabiendo que estamos impulsando el afianzamiento o el borrado. Por las experiencias acumuladas en la cadena de vidas, tenemos multitud de pensamientos y archivos dañados, así que hay

que borrar permanentemente hasta que llegue un momento en el que el Unihipili o Niño Interior lo haga de forma automática. La elevación del grado de consciencia facilitará la revalorización o eliminación de archivos de manera natural; y en ese trabajo interior encontramos nuestra verdadera Esencia.

Y asumir la responsabilidad íntegra de nuestra vida implica, igualmente, aceptar la responsabilidad por los pensamientos y acciones de las demás personas que aparecen en ella. Lo cual, lejos de ser una rémora agotadora, es una magnífica oportunidad, pues si soy responsable lo puedo cambiar. La gente que llega a nuestras vidas y con las que nos relacionamos de un modo más o menos familiar y estrecho no lo hace por casualidad, sino porque compartimos archivos con Amor, sin Amor o de ambos tipos. Esto es lo que nos une en la dimensión de las formas, pues en la dimensión subyacente estamos unidos en la Esencia divina. Cuando son archivos dañinos, la otra persona dirá cosas que nos molestan, realizará actuaciones que nos causan dolor o padecerá enfermedades. Ante ello, lejos de contrariarnos y reaccionar defensivamente o con agresividad, seamos conscientes de que no es sino una proyección de mí y ocasión para borrar tales archivos. Así que digo «te quiero» o «lo siento, por la parte de mí que ha creado esto y lo ha traído aquí o a ti» para desactivar el archivo contaminado, que se eliminará no sólo para mí, sino también para el otro. Quien toma la responsabilidad es el que borra.

A muchos les parecerá increíble, pero el camino más fácil es asumir la responsabilidad completa de nuestra vida, incluidos todos los hechos, circunstancias y personas que nos rodean; los pensamientos y actos propios y los de aquéllos que se relacionan con nosotros. En todo lo que llega y acontece hay que ver una preciosa oportunidad para que el Ser interior coja el mando y potencie o limpie los archivos (pensamientos, actos, experiencias,...) con o sin Amor, res-

pectivamente, guardados en nuestra memoria trascendente. La paz empieza en nosotros, por lo que decir «gracias, te amo» es el mejor regalo que podemos hacerle al mundo.

Ho'oponopono apoya la restauración del equilibrio y la armonía en la persona y, a través de ella, de la Creación. Ayuda a que el ser humano sea permanentemente consciente de su Ser profundo, desactivando el piloto automático del ego, generando paz y consiguiendo que nuestros actos se basen en la inspiración. En este orden, hay que diferenciar bien entre intuición e inspiración —términos que hemos usado con reiteración a lo largo del texto—. La primera procede de la memoria trascendente: algo que ya pasó puede volver a repetirse y la intuición nos avisa (los sueños premonitorios son un exponente de ello). La inspiración, en cambio, es algo nuevo, una guía que emana desde nuestro Yo verdadero y nos ofrece algo novedoso para nosotros y para nuestra vida.

Ho'oponopono va más allá de la Ley de Atracción porque no es posible controlar todo lo que tenemos en el inconsciente, pero que, no obstante, estamos proyectando y plasmando en nuestras vidas. Con Ho'oponopono se atrae lo que se agradece, lo cual coloca al Amor Incondicional en primer lugar. Un Amor que ha sido hilo conductor de todas las páginas vistas hasta aquí y que, ya en el tramo final, se va a convertir en protagonista absoluto de los apartados que restan, comenzando con el denominado Amor/Evolución.

El «Amor / Evolución»

El Amor/Evolución está basado en el principio de que existe una energía sutil o invisible, el Amor Incondicional, que, retomando lo expuesto en la Parte III dedicada a la Física de la Deidad, conecta el plano de lo No Manifestado con el de lo Manifestado; y que se explica por la Inmampencia de Dios (Espíritu, Amor) en todas las manifestaciones

(sean tangibles —materiales— o intangibles —inmateriales—), incluido nuestro cuerpo físico. Es el Amor el que teje nuestros deseos y sueños íntimos con los elementos básicos del Universo para que se manifiesten en nuestras vidas. Como seres humanos somos una trinidad —Espíritu, alma y cuerpo— hecha unidad como vórtice de energía vibratoria en un infinito magma de energía de Amor y vibratoria sostenida en la Mente infinita y eterna del Ser Uno, cuya Consciencia Perfecta y Concentración Absoluta genera la Emanación de la Esencia divina, con el Verbo a ella asociado, actuando cual Principio Único de cuanto existe.

En todo el Universo, cuando una estructura biológica —sea cual sea— se llena tanto de amor que ya no puede contener la energía vibracional a ella ligada, crea más células, o bien se expande, para mantener y continuar engrandeciendo ese amor: verbigracia, las personas que elevan su grado de consciencia y expanden con ello la consciencia de la suma a la que pertenecemos y, con ello, la consciencia de la Unidad. Por el amor existe el Todo y la parte; por el amor todo es suma de partes y forma parte de una suma superior; y por el amor cada parte es, a su vez, el Todo. Así funciona la Creación, el Omniverso y el Cosmos en sus múltiples dimensiones.

Sobre esta base gira otro de los principios herméticos: el de género. Describe y explica la realidad masculino/femenina de cuanto existe y que opera de manera análoga en los distintos niveles, desde parejas de seres sexualmente diferenciados teniendo hijos hasta las galaxias generando estrellas: como es arriba es abajo, y viceversa. Los intercambios energéticos de amor incondicional —por ejemplo, entre los humanos o entre nosotros y otros reinos vivientes (animales, plantas, minerales, la Tierra, las estrellas)— ayudan a aumentar la frecuencia vibratoria de ambas partes. Este toque enérgico es tan poderoso que transforma el ADN de las

partes implicadas e incrementa la consciencia del Universo entero.

Existen muchas investigaciones científicas recientes acerca de cómo se realiza este proceso. En ellas, como ya se indicó, al Amor Incondicional se le llama «energía de onda de torsión». Una denominación que reproduce literalmente lo comprobado en tales indagaciones respecto a que el amor viaja distorsionando ondas de energía. Y los científicos estiman que la energía de onda de torsión le indica al ADN qué hacer. Concretamente, el amor, como energía de torsión, actúa recíprocamente con nuestra alma (cuya frecuencia vibracional está en función del grado de consciencia) y nuestro corazón (energía vital). Esta interacción energética entre amor, alma y corazón actúa sobre el AND, indicándole cómo colocarse. Esto no sólo afecta a nuestro cuerpo físico, sino a nuestra realidad entera.

Vía de Servicio a los otros (VSO) y la Vía de Servicio a mi mismo (VSM)

Una cuestión crucial es poner atención a nuestras emociones. Nuestra frecuencia vibratoria disminuye cuando nos enredamos en odios, enojos, preocupaciones, envidias, resentimientos, celos, miedos, etcétera. Y si lo sentimos nosotros, lo emitimos al resto del género humano, a la Tierra en su conjunto y al Universo.

Tales emociones son humanas y no nos debemos desesperar cuando surgen. Pero no debemos identificarnos con ellas ni apegarnos a las mismas. Cuando las sintamos, seamos conscientes de tenerlas y no nos enganchemos, dejémoslas pasar. Ya sabemos que la oscuridad no se vence luchando contra ella, sino abriendo espacio a la luz. No nos apeguemos a los sentimientos oscuros y llenemos nuestras mentes y corazones con emociones de amor, tolerancia, respeto, alegría, paz,...

Estamos asistiendo a una tensión creciente entre dos caminos espirituales: la Vía del Servicio a mí mismo (VSM) y la Vía del Servicio a los otros (VSO). Hay escuelas que sostienen que la VSM ha sido abierta a los humanos en tiempos relativamente recientes, quizás en la era de la Atlántida, denominando a sus seguidores «hijos de la oscuridad». Este camino involucra al ser que es egoísta o egocéntrico más del 51% del tiempo. Los extremistas que están tomando este camino hasta su límite buscan el control absoluto de la Tierra. Algunos son tan radicales en el servicio a ellos mismos que no les importa situar al planeta al borde de la destrucción con tal de tomar el mando. Existen sociedades secretas, algunas muy antiguas, cuyos miembros son auténticos adoradores de la VSM, que personifican en Lucifer o en Satanás.

En cambio, los seres humanos que están en la VSO practican los principios de la Ley de Unidad y sirven las necesidades del Todo y de otros más del 51% del tiempo. Muchas personas que siguen este camino están ya listas para moverse en el cambio energético descrito en su momento a propósito del Juicio Final o salto dimensional. Hay numerosos estudiosos del cambio vibracional que sostienen que bastantes de los nuevos niños nacidos desde 1987 (los denominados «niños índigos») están al cien por cien en la Vía del Servicio a los Otros y se han encarnado para ayudar a incrementar la frecuencia de la Tierra.

Históricamente, la tensión entre VSM y VSO ha sido plasmada por cada generación de modo ajustado a su cultura y circunstancias. En la actualidad, la encontramos hasta en películas célebres que han dado lugar a seriales cinematográficos, desde *La Guerra de las Galaxias* al *Señor de los Anillos*, pasando por *Harry Potter*. Hay quien estima que la pugna entre ambos caminos está llegando a su clímax y que el choque se está acelerando. Pero como se ha recalcado en el inicio de este capítulo, las tensiones que observamos en

el exterior, en el mundo que nos rodea, son, en realidad, el reflejo y la proyección de las que hay en el interior de cada uno. En nuestra vida cotidiana estamos continuamente eligiendo entre pensamientos y conductas de alta frecuencia vibratoria (las fuerzas blancas de los filmes citados) y las de baja gradación vibracional (las fuerzas oscuras de las mismas películas). El reto no está en luchar contra la oscuridad, sino en abrazarla dentro de nosotros y de los demás para que la luz inunde nuestro corazón y el de la humanidad. El secreto es el Amor.

Hay una amplia batería de pensamientos y actuaciones que, consciente o inconscientemente, inundan nuestras vidas y minoran nuestra frecuencia vibratoria, alimentando energéticamente la Vía del Servicio a mí mismo. No sólo se trata de actos u obras que originan dolor o daño. Sucede también cada vez que juzgamos a alguien, al hacer suposiciones, cuando nos perdemos en la marejada de las opiniones (los tres escalones que *El laberinto de la felicidad* aconseja limpiar: lo que creo que los demás opinan de mí, lo que yo opino de los otros y la opinión que tengo de mí mismo) o al utilizar la palabra de manera no impecable -fomentando o haciéndonos eco de bulos, rumores, chismorreos-.

En cambio, el enamoramiento del Ser Uno y la consciencia de nuestro linaje divino, sentirse como parte y en contacto con el Universo, la Tierra y la naturaleza, la compasión, el perdón, el agradecimiento por lo hermoso, la bondad, la alegría o el amor al prójimo —sobre el que se ahondará de inmediato— crean energías que potencian las fuerzas de Luz. La mejor manera de aumentar nuestra gradación vibracional y apoyar a todos los que caminan por la Vía del Servicio a los Otros sin co-dependencia. Es, decir, servir a los demás, pero sin que nuestro ego aparezca en escena: por ejemplo, creyéndonos mejores, pensando que la buena acción nos hace merecedores de contrapartidas —verbigracia, alcanzar el Cielo— o enganándonos en el dolor ajeno,

que convertimos en sufrimiento propio y justificación de apegos materiales.

Necesidades mías (NM) y necesidades de los otros (NO)

El desafío cotidiano radica en saber equilibrar las lógicas necesidades para el cuidado básico de uno mismo -para no desgastarse- con las necesidades de la Unidad y, por tanto, de todos los demás. Frecuentemente, se aborda este asunto como si se tratara de polos opuestos: las Necesidades mías (NM) frente a las Necesidades de los otros (NO). Pero esta dicotomía es falsa.

Para ayudar a los demás, debo estar en condiciones de hacerlo: para atender las NO he de cubrir las NM. Sin embargo, debo evaluar bien, con sentido común y austeridad, cuáles son mis necesidades, para no terminar postergando las necesidades de los demás ni desvirtuar o exagerar las mías: la atención a las NM no puede relegar a un segundo plano las NO. No hay dualidad: la cobertura de las NM son el medio; la atención a las NO es el fin.

La prioridad es Amar. Y para ello debo estar en las condiciones físicas y mentales adecuadas. Tales condiciones han de ser coherentes con el servicio que prestemos a los otros; y cada uno debe conocerse a sí mismo y saber cuáles son sus talentos para ponerlos al servicio de los demás. No se trata de que todos sirvamos a los otros de la misma manera; la cuestión radica en poner nuestros talentos —cada uno tiene los suyos— al servicio de los otros. Sin intromisiones del ego, tan acto de servicio es curar una herida como dibujar una sonrisa en el rostro de los otros; tan servicio es compartir los bienes como escuchar al que te para por la calle.

Cuando se logra esta interacción entre las NM y las NO, se produce en el cerebro humano un hecho fantástico: el cambio de polaridad energética y vibratoria. Ello tendrá como consecuencia la sustitución de la dualidad «todo/

nada» por un equilibrio basado en «ambos/y». Se habrá producido el cambio de visión. Dejaré de contemplarme como «yo» y los «otros» (visión fragmentada o de separación de la Unidad). En su lugar, comprenderé íntimamente que todo es suma de partes y forma parte, a su vez, de una suma superior, por lo que el «yo» no es sino suma de partes y forma parte de una suma superior. Y esto no significa que soy un eslabón en una cadena unitaria (una hoja en el árbol), sino que soy la Unidad misma (el árbol mismo). Esto transforma radicalmente la consciencia y percepción y nos lanza a la consciencia multidimensional.

Actos con Amor (ACA) y Actos Sin Amor (ASA)

Lo más importante es que cada uno continúe elevando su frecuencia vibratoria, con lo que coadyuvará a que ascienda la de toda la humanidad, la Tierra, el Cosmos y la Unidad. En cada momento y diariamente tenemos cuantiosas oportunidades para hacerlo. De hecho, la vida diaria nos coloca ante numerosas situaciones en las que inevitablemente tenemos que elegir si optamos por la Vía del Servicio a los Otros o por la Vía del Servicio a mí mismo (VSM). Si en esas situaciones cotidianas nuestra respuesta es Actuar con Amor (ACA), habremos optado por la VSO; si, por el contrario, preferimos Actuar Sin Amor (ASA), habremos escogido la VSM.

Como se examinó en el Capítulo 8, no existen el Bien ni el Mal como usualmente se entienden, sino algo más trascendente y con muchísimas más implicaciones individuales y colectivas: el Amor o la falta de Amor. Así de sencillo. La consciencia y la materia, ambas, son formas de energía. Cuando usamos nuestras mentes para pensar, creamos movimientos de impulsos eléctricos en el cerebro. Cuando la energía eléctrica se mueve, se precipita la energía de lo etérico y crea nuestra realidad material y el mundo de las formas

que nos rodea, la dimensión superficial del momento presente. Lo mismo sucede con nuestros cuerpos: tal como nos vemos a nosotros mismos físicamente, así nos moldeamos. Creamos lo que creemos.

Si en nuestra cotidianeidad hay amor y optamos por ACA, avanzamos en la VSO y elevamos nuestra gradación vibratoria y consciencial, contribuyendo a que se incremente la consciencia de la suma de la que formamos parte y, a través de ello, de la Unidad. Si, por el contrario, nuestra vida discurre por la falta de amor y elegimos ASA, caminamos por la VSM y disminuimos nuestra frecuencia vibratoria y consciencial, colaborando a que se reduzca la de la suma en la que nos integramos y la de la Unidad. En libre albedrío, seleccionamos permanentemente una alternativa u otra. La que prefiramos tendrá un impacto inmediato y directo en nosotros mismos, el mundo que nos rodea y toda la Creación. Recuérdese que operamos en el contexto de un sistema repetidor que nos une energéticamente con la Tierra, el Sol y el Centro Galáctico.

Atrapados en el ajetreo y estrés del día a día, con la mente cual pelota de tenis entre el pasado y el futuro e ignorando el único sitio donde la vida existe —el ahora, el momento presente—, no nos percatamos de esta hermosa y grandiosa verdad. Mas la realidad es que momento a momento, cotidianamente, vivimos muchas experiencias (algunas, muy modestas; otras, muy notables, pero todas muy importantes) que nos marcan vibracionalmente -y con nosotros, a nuestro entorno- en sentido ascendente o descendente, según optemos por ACA y VSO o por ASA y VSM, respectivamente (sin olvidar que ASA y VSM, aun cuando reducen el grado consciencial de quien las ejercen, pueden suponer un enriquecimiento para los otros si reaccionan positivamente ante las acciones egocéntricas de los primeros —de ahí el «poner la otra mejilla»—; así, la energía vibratoria que pierden los que siguen VSV y ASA enriquece a los que

progresan en la toma de consciencia, como en la parábola de los talentos).

Debemos ser conscientes de todo lo que pensamos, sentimos y hacemos. Si escogemos ACA y VSO, estaremos progresando en la dinámica vibratoria interactiva (Espíritu/alma/cuerpo) y elevando nuestro grado de consciencia. Lo que nos permitirá avanzar en el estadio de conciencia y tener nuevas experiencias en las que, otra vez, podremos, o no, optar por ACA y VSO. Si volvemos a elegir las, gozaremos de un nuevo impulso en la dinámica vibratoria interactiva, repitiéndose la cadena. Y nuestros progresos en la citada dinámica y en el grado de consciencia repercuten positivamente en toda la humanidad, la Tierra y el Cosmos.

La Ciencia del Amor

El amor, por tanto, no es un concepto retórico; sus efectos son reales y espectaculares. Incluso desde la perspectiva biológica y genética genera una poderosa ola de energía que transforma tanto al remitente como al destinatario; y a niveles tan profundos que puede cambiar el ADN. Hace milagros que han sido científicamente validados en la biología, la fisiología, la psiconeuroinmunología y la física.

En este orden, se conoce que los Actos Con Amor fomentan la generación de endorfinas por el cerebro; esto es, sustancias químicas parecidas a la morfina que provocan sentimientos de alegría conocidos como el «éxtasis del corredor». Igualmente, como ha demostrado el investigador Paul Persall, los ACM hacen que el cerebro produzca la «Sustancia P», un químico neurotransmisor que bloquea el dolor. Estos dos poderosos procesos fisiológicos tienen una inmensa influencia en nuestro organismo y en la manera en la que experimentamos la vida. Son químicos cerebrales que mejoran la circulación, reducen la presión sanguínea, aumentan moderadamente el calor corporal y facilitan el

control de peso. Un flujo estable de endorfinas y Sustancia P fortalece nuestro sistema inmunológico y nos mantiene felices, jubilosos, optimistas y energizados. Esto nos ayuda a liberarnos de ataduras que dificultan el desenvolvimiento de nuestro Ser interior y su capacidad de influencia en las formas del momento presente. Y nos mantienen más serenos, equilibrados, centrados y concentrados, sin que nos afecten los eventos llenos de tensión que suceden en el entorno.

Lo contrario también es verdad. Por ejemplo, cuando estamos enojados con otros o con nosotros mismos, el flujo positivo de estos químicos queda detenido. Y son reemplazados por los cortisolos y otras formas de adrenalina, que crean enfados, peleas y comportamientos fríos asociados con el trauma y la tensión. Cuando fluyen por nuestros cuerpos nos sentimos irritables, hostiles, desvalidos y deprimidos. La exposición a largo plazo a estos químicos agota los órganos del cuerpo, baja la función del sistema inmunológico y nos conduce a enfermedades y desasosiegos. El estrés y las emociones contagian nuestro ADN, deteniendo la evolución consciencial.

Cada uno es 100 por 100 responsable de su existencia y escoge en un momento presente continuo la energía que emite. La opción que elijamos crea nuestra realidad. Por tanto, hay que asumir el desafío del Amor/Evolución. El Amor que mandamos es la fuerza más poderosa que existe. Al realizar Actos con Amor nos rodeamos de una fuerza de amor incondicional que nos transforma internamente y ayuda a la Tierra, al Cosmos y a la Unidad.

La Vía del Servicio a Mí Mismo

En epígrafes anteriores se ha reiterado cómo, con nuestros pensamientos y actos, permanentemente optamos entre caminar por la Vía del Servicio a los otros (VSO) o por

la Vía del Servicio a mí mismo (VSM); y cómo se avanza por la primera practicando Actos con Amor (ACA) y por la segunda mediante Actos Sin Amor (ASO). Pues bien, sin menoscabo de ello, es importante resaltar que los ACA y la VSO constituyen la mejor manera de transitar por la Vía del Servicio a Mí Mismo (con mayúsculas). ¿Cómo es esto?.

Se ha insistido hasta la pesadez, pero no hay inconveniente en repetirlo: cada ser humano es un vórtice de energía en un inmenso y sensacional magma de energía de Amor Incondicional y vibratoria. Si como vórtice incrementamos el grado de consciencia y vibratorio, apoyamos e impulsamos la expansión de la consciencia del magma en su conjunto y de la Unidad. Si, por el contrario, minoramos nuestra frecuencia consciencial y vibracional, reducimos la gradación vibratoria de la suma en la que nos integramos y de toda la Creación.

Teniendo en cuenta lo anterior, es obvio que los Actos con Amor y la Vía del Servicio a los otros constituyen la mejor manera de progresar en la Vía del Servicio a Mi Mismo. Esto es, del servicio no al pequeño, mediocre, egocéntrico y pasajero mi mismo, sino al Mi Mismo en el que puedo afirmar «soy el que soy»; el Yo verdadero en el que soy no una parte de la Creación, sino la Creación Misma y el Creador; el Ser interior en el que soy no una fracción infinitesimal de la divinidad, sino Dios Mismo.

A numerosos buscadores puede parecerles sorprendente, pero el ser humano no necesita proceso ni proyecto alguno para encontrar el Mi Mismo, pues, sencillamente, constituye su auténtico Ser, que siempre existe y existirá por encima de las formas cambiantes del momento presente continuo en lo que lo eterno se desenvuelve. Hallar a Mí Mismo es tomar consciencia de lo que soy y de lo que es —alerta y espacio— y, como consecuencia, Amor; sólo y ni más ni menos que Amor.

Para encontrar el Mí Mismo no se requieren ni programas, ni trabajos, ni tareas, ni tiempo, ni viajes, ni escuelas, ni libros, ni prácticas meditativas, ni ejercicios, ni retiros, ni acumular experiencias. El Mí Mismo es lo que realmente somos y sentirlo y vivirlo es natural y espontáneo. A lo sumo, ante el ritmo trepidante del mundo tridimensional en el que estamos encarnados, resulta conveniente parar de vez en cuando el ajetreo diario para contemplarnos a nosotros mismos, a nuestro Mí Mismo o Ser Interior, y que su llama luzca con fuerza. Precisamente en ello radica parte de la razón de ser de la *Liturgia de las Horas* que se sigue en los monasterios cristianos y de la oración del *Ángelus* al mediar el día; o de las cinco llamadas al rezo musulmán por parte del muecín a lo largo de la jornada; o de la meditación oriental, especialmente al amanecer y a anochecer.

Pero recuperada la sintonía interior, avivada la llama y asegurada la toma del mando por el Yo verdadero, inmediatamente ha de cesar la oración, la adoración o la meditación, pues nuestra esencia no es narcisista, sino Amor. Y Amar debe ser nuestra única ocupación en el momento presente, en el ahora, en la vida (El mundo exterior y la forma usual de vida son reacios a Él y favorables a que el ego, el piloto automático, actúe presionado por las situaciones del entorno. Esto puede y debe superarse mediante el entrenamiento consciente: sometidos a tensión, esperando tranquilos en la espera y permitiendo que el Ser Interior tome el mando).

Lo cierto es que no tiene sentido que necesitemos prepararnos para encontrar el Mí Mismo. Si así lo preferimos, muy bien, meditemos; o hagamos ritos; o levantemos altares llenos de flores y colores y postrémonos ante ellos. No hay problema. Pero no es, en absoluto, preciso. No requerimos preparativos, ni rezos, ni reverencias, ni técnicas de concentración, ni posiciones o posturas especiales, ni prácticas meditativas, ni tiempo, ni no tiempo para ser el Espíritu que realmente somos.

No hay otra verdad que la Verdad: Dios no es algo distinto a Mí y con el que me comunico como algo separado; y Yo no Soy un fragmento de Dios, sino Dios Mismo. Cuando me hago plenamente consciente de ello, me unifico tanto con la deidad que soy que puede entenderse aquella provocadora afirmación que Santa Teresa de Jesús espetó a sus inquisidores: «¡estoy engolfada de Dios!». La Creación comparte la Esencia del Creador: Amor. Y el Amor unifica en el Ser Uno al Creador con la Creación, hasta el punto de que la propia Creación se transforma en Creador. Y cada uno de nosotros puede aseverar, desde nuestra humilde encarnación humana, que somos Creación y Creador y que nuestro Mí Mismo es auténticamente la Esencia del Creador: Amor. Por lo que nada preciso para encontrarme a Mí Mismo, salvo Amar Incondicionalmente.

Manifiestos, artículos, comentarios, discursos: humaredas perdidas, neblinas estampadas, que cantó Alberti en Nocturno. ¡Qué dolor de papeles que ha de barrer el viento, qué tristeza de tinta que ha de borrar el agua!. Libros, teorías, conocimientos «interesantes»: ¿no sientes heridas de muerte las palabras?. Ejercicios, posturas, concentración, meditación, acumulación de experiencias: escaleras por las que subo y subo para llegar de nuevo al suelo. ¡Vanidad!; ¡todo es vanidad del mi mismo, del liliputiense ególatra!. Hay que vaciar la taza de esas energías viejas y caducas y llenarla hasta rebosar con una energía tan antigua y tan nueva: Amor. La puerta interdimensional está abierta de par en par para que la crucemos cuando nos plazca, de manera inmediata y sin otro protocolo que el Amor Incondicional, la única y colosal energía que fluye en el Omniverso y nutre la Creación, haciéndola Creadora.

Por lo mismo, tampoco necesitamos transitar una cadena de vidas físicas para elevar nuestro grado de consciencia y poder afirmar «soy el que soy» y constatar que somos Hijos de Dios, un estadio de Dios mismo. Pero si así nos apetece,

recorramos la cadena de vidas y experiencias. Tras tantas páginas reiterándolo, ya sabemos el camino de memoria:

A) Realizamos ACA y progresamos por la VSO.

B) Con ello, fomentamos la dinámica vibratoria interactiva (Espíritu-alma-cuerpo) y elevamos el grado de consciencia.

C) Esto nos permitirá avanzar en el estadio de conciencia y vivir nuevas experiencias.

D) Si en éstas efectuamos otra vez ACA, se repite el proceso, alcanzando mayor frecuencia vibratoria y grado de consciencia.

E) Y así sucesivamente durante una vida, o cien, o mil: ¡las que nos dé la gana, para experimentar la individualidad en la tridimensionalidad!. De una forma u otra, estaremos colaborando a la expansión de la consciencia de la Unidad, incluso cuando hayamos olvidado que pertenecemos a ella.

Nadie nos juzga. Nos encantan los juicios y los prejuicios. Y nos cuesta demasiado trabajo admitir que, al producirse lo que llamamos muerte, todos vayamos al mismo «lugar». Pero esto es lo cierto: todos regresamos a casa, a la Unidad divina en la que somos y a la que pertenecemos. Sin distingos de «malos» ni «buenos». Lo refleja bien la parábola del hijo pródigo. La diferencia radica en la consciencia que hayamos adquirido acerca de nuestro Ser divino y la capacidad para desplegarlo en clave de lo que es: Amor. Y, por ende, en nuestra mayor o menor contribución energética y vibracional tanto a la extensión en este mundo del campo cósmico como a la expansión de la consciencia de la suma de la que formamos parte y, con ello, de la Unidad

Aunque más de un buscador se estará preguntando a estas alturas sobre el contenido exacto del Amor. La realidad es que poco tiene que ver con lo que los seres humanos comúnmente llamamos amor —en muchas ocasiones no pasa de ser otro apego del ego—. Es crucial a este respecto diferenciar entre amor por predilección y amor por abnegación.

Para lo cual nos apoyaremos en lo desarrollado al respecto por autores como el filósofo y teólogo Soren Kierkegaard y comenzaremos por distinguir entre amor de pareja, de amistad y familiar, de un lado, y amor al prójimo, de otro.

Amor de pareja, de amistad y familiar y amor al prójimo

Muchas personas sienten o han conocido el amor de pareja. Tiene su más elevada expresión en que tan sólo hay un único amado: el amante se consume en su amor; no concibe otro amor distinto al que provoca la pasión que vive; y le es imposible tanto amar a ningún otro como dejar de amar, renunciar a su amado.

Análogo al amor de pareja es el amor de amistad y la semejanza es mayor cuanto más intensa es la amistad. En cualquier caso, tienen un mismo hilo conductor: el amor por predilección, esto es, el amor a una persona concreta (el amado, el amigo) a la que se le coloca en un nivel distinto de preferencia con relación a los demás.

En cuanto al amor familiar, tiene distintas variantes: el de los padres hacia los hijos, el de éstos hacia aquéllos, el de los hermanos entre sí,... . El primero de los citados — el amor que los progenitores sienten hacia sus descendientes— suele contar con un ingrediente que no se presenta, al menos no con la misma intensidad, en las demás variantes: la incondicionalidad. De hecho, que en la infancia notemos el amor incondicional de nuestros padres es considerado por la psicología moderna como un elemento clave en el proceso de madurez mental del niño y del adolescente; algo que marca decisivamente nuestros comportamientos, sentimientos y percepciones en la edad adulta. De ahí el enorme daño que los padres hacen a sus hijos cuando no los aman incondicionalmente (guapos o feos, simpáticos o huraños, niños prodigio o pésimos estudiantes, obedientes o indisciplinados,...) o cuando no lo demuestran suficien-

temente con palabras, contacto físico y actos (verbigracia, la absurda costumbre de regañar a los pequeños diciéndoles «como no hagas esto, no te quiero»). Con todo, aun cuando el amor familiar esté dotado de incondicionalidad, tiene una similitud radical con el amor de pareja y de amistad: la mencionada predilección, en este caso por el descendiente, el ascendiente, el hermano, etcétera.

Frente a ellos, en un plano bien diferente, se sitúa el amor al prójimo. Consiste en amar a todos los seres humanos y hacerlo de manera incondicional y a todos por igual, sin predilección de ningún tipo. Universalidad, incondicionalidad e igualdad (ausencia de predilección) identifican y definen al amor al prójimo y lo distingue de los otros tipos de amor que se acaban de referenciar.

Puede alegarse que, no obstante, el amor de pareja, de amistad y familiar cuentan con un importante punto en común con el amor al prójimo: la existencia de pasión. Y esto es verdad, pues amor sin pasión es un imposible. Ahora bien, más allá de esta coincidencia, la diferencia es enorme: en el amor de pareja, de amistad y familiar se sublima la inclinación, la predilección por el amado, el amigo o el familiar; mientras que el amor al prójimo carece de esa predilección y se extiende a todos los seres humanos (universalidad) por igual y sin preferencia alguna (equidad) y de manera incondicional.

Amor al prójimo y nueva visión

El amor al prójimo no necesita ser alabado por versos o canciones, como ocurre con el amor por el ser amado, por el amigo o por la madre o el hijo. Sólo necesita ser ejercido y puesto en práctica. El que ama al prójimo ha de comprender de una forma distinta, tener una nueva visión: debe reconocer su Mí Mismo. Ello exige de toda nuestra atención; y ha de compaginarse con la ayuda a los demás en

todo cuanto sea posible. Aunque parezca una doble tarea (hacia uno mismo y hacia los demás), se trata de un único trabajo, que es de naturaleza interior. Un trabajo que no se hace de vez en cuando, sino constantemente. Para ello hay que evitar la identificación con el exterior y el apego, el engatusamiento y el aprisionamiento de la vida mundana, su pompa y sus distracciones.

El amor de pareja, de amistad y familiar son emociones y sentimientos humanos de gran valor. Y son estadios necesarios en el despertar de la consciencia para desplegar la imponente fuerza de Amor que constituye nuestro Espíritu, nuestro Ser. Pero la dimensión de esa fuerza es tan espectacular que acompañará a la elevación de nuestro grado de consciencia como la subida de la lava a la erupción del volcán. Y cuando nuestra consciencia se expanda, surgirá de nuestro Ser profundo un Amor incandescente e incommensurable que, entre otras cosas, llenará nuestro entorno de amor al prójimo. No exceptuará a ni un solo ser humano. Y se extenderá a todas y cada una de las personas tan firmemente, por igual e incondicionalmente como la pasión amorosa de una madre por su hijo.

Y la madre, el hijo, la pareja o el amigo de un ser humano que haya explotado en amor al prójimo pueden dar por cierto que el amor que como prójimo les profesa no sólo no desmerece, sino que incrementa exponencialmente el que les tenía como hijo, padre o madre, pareja o amigo. Eso sí, le podrán echar en cara la universalidad y equidad de ese amor, pero tal reproche no será sino manifestación de lo vivo que en ellos se mantiene el ego.

El amor al prójimo muestra enseguida al ser humano el camino más corto. Cierra la puerta, guarda silencio interior y siente y aviva dentro de ti la presencia del Yo verdadero, tu Mí Mismo idéntico en Esencia al Creador y a la totalidad de la Creación. Utiliza para ello el tiempo mínimo imprescindible. Y, en cuanto lo consigas, abre la puerta y sal

al exterior. Puedes tener seguro que la primera persona con quien te topes —la conozcas o no, mujer u hombre, joven o vieja, rica o pobre, de tu nacionalidad o extranjera, ...— es tu prójimo a quien «has de» amar. Nunca podrás equivocarte ni tomarlo por ningún otro, pues el prójimo es, con absoluta seguridad, cualquier ser humano y todos al mismo tiempo.

El amor al prójimo destrona la predilección y pone en su lugar el «has de». El amor de pareja, de amistad y familiar carecen de contenido moral. Se conciben como una suprema dicha —encontrar al ser amado, al amigo o, por ejemplo, tener un hijo— a la que se tiene la suerte de acceder sin realizar tarea alguna. A lo sumo, la única tarea consiste en estar agradecido por la dicha que se disfruta, lo que moralmente no representa labor alguna. En cambio, sí se «ha de» amar al prójimo; la acción moral está precisamente en ello y esta tarea constituye, a su vez, el origen de todas las tareas.

Pasión de predilección y amor por abnegación

El amor de pareja, de amistad y familiar son predilección y pasión de predilección; el amor al prójimo es amor de abnegación, cosa que garantiza el «has de». La extralimitación caracteriza la pasión de predilección; la extralimitación también ha de identificar al amor de abnegación y conduce a no excluir ni a uno solo.

Actuando de esta forma no se repudia la pasión amorosa en cuanto sensualidad. El amor al prójimo no se opone a lo sensual, como tampoco prohíbe comer o beber. Todos ellos son instintos que el ser humano no se ha dado a sí mismo, sino que son obra de la naturaleza; y la sexualidad es una potente fuerza a disposición del ser humano y su evolución. Ahora bien, lo que el amor al prójimo sí rechaza es la sensualidad egoísta que no es otra cosa, en verdad, que amor a sí mismo. Y precisamente por esto hay que desconfiar del

amor de pareja, del de amistad e incluso, en ocasiones, del familiar: tras ellos se esconde el amor a uno mismo.

La predilección en la pasión no es sino otra forma de amor a sí mismo. Sólo cuando se ama al prójimo queda erradicado lo egóico. Hay una tendencia bastante extendida a efectuar esta división del amor: el amor de sí es repugnante, pues es amor a sí mismo; en cambio, la pasión amorosa y la amistad son amor. Mas la diferenciación real es bien distinta: el amor de sí y la predilección apasionada son, esencialmente, amor de sí mismo; mientras que el amor al prójimo es Amor.

El amor de sí cierra filas en torno a ese único mí mismo. Y la predilección apasionada del amor de pareja, de amistad y familiar lo hace igual de egoístamente en torno al único amado, del amigo o de los familiares. El amor de sí es de auto-inflamación: el yo se prende fuego a sí mismo; pero en la pasión amorosa y en la amistad también hay auto-inflamación, con una entrega al otro que realmente no es sino entrega a mi yo. De hecho, los celos están siempre en la raíz de la pasión y la amistad. Y, además, debe haber admiración.

Por el contrario, al prójimo no hay que admirarlo, sino amarlo. El amor al prójimo es amor de abnegación, que ahuyenta toda predilección y expulsa el amor de sí. Su único objeto es el prójimo, que somos todos los seres humanos sin excepción de ningún tipo. La abnegación extermina el amor de sí con la imposición del «has de» amar; supone la transformación por la que un ser humano se vuelve sobrio —frente al yo ebrio en el otro yo de la pasión por predilección— en el sentido de la eternidad.

Sólo en el amor al prójimo el sí mismo que ama está determinado como espíritu de una manera puramente espiritual; y el prójimo es una determinación puramente espiritual. En el amado, en el amigo o en el familiar no se ama al

prójimo, sino al otro yo; o se ama, una vez más y en mayor grado todavía, al primer yo.

El Amor de Dios como fuente del amor al prójimo

Ahora bien, el amor al prójimo no debe ser entendido o interiorizado como una especie de obligación para ser «bueno» o para superar el examen cuando me juzguen y «ganar el Cielo». Así planteado, el amor al prójimo no sería tal, sino otra variante del amor a uno mismo.

El amor al prójimo no emana del mí mismo, del ego, sino del Mí Mismo, el Yo verdadero, que es Espíritu y Amor y comparte la Esencia con el Creador&Creación. Esta Esencia divina, Amor Incondicional, es lo decisivo: de ella brota el amor al prójimo. En el amor de pareja, de amistad o familiar, la determinación intermedia es la predilección; en el amor al prójimo, la determinación intermedia es la Esencia compartida que nos unifica. La consciencia sobre nuestro auténtico Ser y el Amor de Dios que nos unifica con la Creación es la fuente del amor al prójimo.

El amor al prójimo es la equidad eterna en el amar, que es lo contrario de la predilección. La equidad consiste en que no se discrimine; y la equidad eterna consiste en que no se discrimine incondicionalmente en lo más mínimo. Por el contrario, la predilección consiste en discriminar; y la predilección apasionada, en discriminar ilimitadamente. Y con todo ello no se trata de aspirar a un nivel superior de amor. El amor al prójimo es demasiado grave y serio en sus movimientos como para mariposear danzando en la frivolidad de semejante discurso fácil y egóico acerca de lo altísimo. El camino que lleva al amor al prójimo pasa por el escándalo: cabalmente, es escándalo para la carne y la sangre y una locura para la racionalidad.

Y se equivoca de pleno quien cree que con la ayuda del conocimiento y la cultura se acercará más a lo supremo. La

cultura no enseña a amar al prójimo; más bien desarrolla una nueva distinción —entre cultos y los que no lo son—, algo que a veces sucede a los buscadores. El prójimo es lo equitativo; no es el amado por quien tienes predilección apasionada; tampoco es el amigo, ni el familiar, ni el cultivado con el que te igualas en cultura. El prójimo es cada ser humano. Y es tu prójimo en la igualdad contigo en la Esencia divina y en la Unidad del Ser Uno.

Sin temor y plenamente

Agustín de Hipona, tras haber reencontrado su Ser interior y Esencia divina y henchido por la fuerza del Amor, exclamó «ama y haz lo que quieras». Esta afirmación ha sido objeto de malas interpretaciones, pero muestra sin tapujos el giro radical que el Amor otorga a nuestras vidas. Volviendo a ejemplos usados en capítulos precedentes, la hoja (o la ola) que toma consciencia constata por fin lo que realmente es —el árbol (o el mar)— y de la energía vital que todo vivifica y unifica: el Amor. La encarnación, cadena de vidas, del Espíritu en el plano humano proporciona este colosal descubrimiento: el Amor, en general, y el amor al prójimo y la compasión, en particular, cual modo más perfeccionado de experimentar la individualidad. Al estar basado en la Esencia divina, nos pone en situación de volcarnos de nuevo en la Unidad de la que somos parte consustancial y activa. Del Ser Uno surgimos; a él pertenecemos; y en él retornamos perfeccionados tras haber degustado hasta el último sorbo la experiencia de la individualidad en libre albedrío, culminada de manera sublime con lo que somos: Amor.

El Principio Único es el Padre; su Hijo, el Espíritu o Amor; y el Espíritu Santo la plasmación de la inmanencia divina en cada manifestación (material o inmaterial) surgida de la condensación vibracional del Verbo. Los tres conforman la Santísima Trinidad que da luz a un cuaternario

que, de hecho, es una Unidad: el Ser Uno —que es activo (Padre), pasivo (Hijo) y neutro (Espíritu Santo)—. Él todo es; en Él todo existe y se sostiene. En esta dimensión y en este planeta, cada cual es el Ser Uno experimentando en el espacio/tiempo y viviendo una ilusión de separación, fragmentación e individualidad. Cuando adquirimos consciencia de ello, se descorre el velo y contemplamos nuestro auténtico Ser. Y esta toma de consciencia expande la consciencia de la Creación, contribuyendo a que sea Creadora.

Es un canto consciencial que llena la Creación. Es el canto que entona María con el «Hinneni» (palabra hebrea también utilizada por Abraham que puede ser traducida como «heme aquí») con el que responde al ángel Gabriel cuando le anuncia que va a ser madre de Jesús (*Lucas, 1,38*). Es el hermoso canto cósmico e interdimensional en el que, como ha escrito Ernesto Cardenal en *Vida en el Amor* (Editorial Trotta; Madrid, 1997), estamos unidos al coro de los astros y al de los átomos; al de los ángeles y al de las innumerables modalidades de existencia y civilizaciones que pueblan el Omniverso.

Es algo espectacularmente hermoso. Dios no está allí y nosotros aquí; no hay separación ni frontera porque estamos unificados en la Esencia, en el Amor. Por eso, no tenemos que pedir cosas cuando oramos; no es así como esto funciona, sino al contrario, pues se trata de hacer realidad el «heme aquí» («hinneni»): que el Ser interior aflore y coja el mando de nuestras vidas. Hay que ser consciente en cada momento de nuestro linaje divino, nuestro Yo verdadero. Y cuando nuestra mente piense que hay algo que no podamos hacer, nuestro Ser interior dirá de inmediato que nada hay que temer, que Él sabe lo que necesitamos incluso antes de que lo sintamos. Están ocurriendo muchas cosas a nuestro alrededor de las que nuestro intelecto y ego no tienen ni idea. Y todo es específicamente para cada uno de nosotros. Conforme empezamos a confiar gradualmente en ello, el Yo

verdadero toma el mando y se hace cargo de nuestra vida, que se transforma así en una Vida Impersonal, en el sentido que Joseph Benner ha reflejado en textos como *El Maestro* (Editorial Sirio; Málaga, 1996), es decir, de hegemonía absoluta del Yo Divino e interior y ausencia del pequeño yo, de la mediocre personalidad, del torpe ego.

Aquellos que deseen Ser y quieran Ver estas cosas, han de saber que no pueden hacerlo a medias: no caben las medias tintas. A lo largo de estas páginas muchos buscadores habrán encontrado lo que tanto buscaban: la energía interior del Dios que somos. Ahora sólo queda destapar el tarro de la Esencia, inhalar su fragancia en nuestro respiro y dejar que impregne la vida de manera absoluta y completa. Pero, ¡ojol!: una vez que el tarro se abre, es muy difícil de cerrar. Ya nada será como era, sino que será como Es. Y antes de disfrutar de la felicidad y la alegría de lo que eres y Es, sentirás cierta sensación de vértigo originada por tu propia infinitud y eternidad y la falta inicial de referencias. Pero nada hay que temer; es una sensación pasajera. De lo que sí has de ocuparte en cada instante es de asumir el 100 por 100 de la responsabilidad de tu vida; de comprometerte plenamente con la nueva visión; y de Amar, sólo Amar, en un momento presente continuo. Y el milagro explotará en ti por que tú eres el milagro.

El milagro incluye la resurrección en vida: un nacimiento nuevo en una existencia que sabrás eterna. Quizá tus familiares y amigos se percaten del cambio tan descomunal, consciencial, energético y vibratorio, que has experimentado; y habrá opiniones para todos los gustos, pues cada cual proyectará en ellas su propio grado de consciencia. Todas las aceptarás con agrado, pues también son tus proyecciones. Las restantes personas, salvo excepciones, no percibirán nada especial; al menos no a través de sus cinco sentidos. Pero sí notarás que, donde quiera que vayas, la gente querrá estar contigo, sentarse a tu lado, conversar, reír y hasta llorar

en tu compañía. Siempre tendrás tiempo para atenderles, pues conocerás que el tiempo no existe y las casualidades tampoco. Y te verás en ellos; sabrás escucharles y sentirás a todos dentro de ti con amor y compasión; a nadie juzgarás, sino que constatarás el entusiasmo que el ser humano derrocha incluso cuando produce daño a sí mismo o a los otros; y, conscientemente, darás a todos calor con tu luz interior. Vivirás en el ahora sin preocupaciones ni sufrimientos; llenarás el momento presente de Actos con Amor, ahondando en la Vía del Servicio a los otros; permanentemente te agradecerás a tu Mí Mismo las maravillas de la vida; y te pedirás perdón por los pensamientos y actos —tuyos y de los demás— carentes de Amor. Y no le dirás a nadie lo que estás haciendo. Tan sólo lo harás y observarás el Milagro.

Decidimos el juego para todos. Yo estoy a punto. Ahora te toca a ti. El juego está en tus manos. Ahora o nunca.

Con Amor; en Amor.

Buscadores,
de Emilio Carrillo,
se terminó de imprimir
en septiembre de 2009
por encargo de
RD Editores

